

Experiencias de varones en la migración. Contrastes introducidos por la etapa familiar y el status socioeconómico

Carolina Rosas

RESUMEN

El objetivo es brindar elementos para comprender que el sistema de género influye tan decisivamente en las experiencias de varones asociadas con la migración como en las de las mujeres. Específicamente, aquí se procura mostrar que en el contexto mexicano abordado las decisiones y resultados migratorios de los hombres, expuestos en algunos estudios como relativamente más liberados de restricciones morales, son en gran parte el resultado de éstas. Dado que en la relación entre el sistema de género y la migración intervienen otras dimensiones, el análisis se especifica en función de dos de las más relevantes: la etapa familiar transitada y el status socioeconómico. La estrategia metodológica es cualitativa. La investigación se realizó en una comunidad rural de la región central del estado de Veracruz, México, y en su principal destino internacional: la ciudad de Chicago, Illinois, Estados Unidos. El trabajo de campo duró un año y medio, dándose por finalizado a fines de 2002.

Palabras clave: migración internacional, género, etapa familiar

ABSTRACT

The objective is to offer elements to understand that the gender system influences so decisively in the experiences of males associated with the migration like in those of the women. Specifically, here it is tried to show that the decisions and results of the males' migration, exposed in some studies like relatively more liberated of moral restrictions, they are largely the result of these, in the approached Mexican context. Since in the relationship between the gender system and the migration other dimensions intervene, the analysis is specified in function of two of the most outstanding: the family transitions stage and the socioeconomic status. The methodological strategy is qualitative. The investigation was carried out in a rural community of the central region of Veracruz, Mexico, and in its main international destination: the city of Chicago, Illinois, United States. The field work lasted a year and half, being concluded in 2002.

Keywords: international migration, gender, family stage

* Carolina Rosas. Universidad de Buenos Aires - CONICET, Argentina
rosas.carol@gmail.com

CONSIDERACIONES INICIALES*

La incorporación de la perspectiva de género en los estudios sobre migración posibilitó la comprensión de la migración femenina como un fenómeno social diferente de la masculina, el cuestionamiento de las perspectivas teóricas que no visibilizaban los elementos de género presentes en las decisiones y estrategias migratorias, y la propuesta de indicadores y unidades de análisis que hicieran posible una mejor captación de las especificidades de los movimientos migratorios de mujeres, entre otros aspectos (Szasz, 1999).

Ahora bien, el interés por el análisis de la migración desde un enfoque de género se ha centrado principalmente en las mujeres. Esto ha resultado en un desequilibrio significativo entre la investigación realizada sobre ellas y la que ha involucrado a los varones.¹ Así, se ha producido un “vacío relativo” en términos del abordaje de la experiencia masculina en la migración desde una perspectiva de género.

Por ello, numerosos cuestionamientos que fueron propuestos para el análisis de las migraciones de mujeres no han obtenido la misma atención en el estudio de los movimientos de varones. Por ejemplo, especialistas preocupadas por comprender las especificidades de las migraciones de mujeres se han preguntado recurrentemente si, y de qué manera, la posición relativa de la mujer condiciona sus expectativas migratorias, la disponibilidad de recursos y las estrategias desplegadas para concretar el movimiento (Morokvasic, 1984; Lim, 1993; Szasz, 1999; Tienda y Booth, 1991; Hugo, 1991 y 1999, entre otros). Pero poco sabemos sobre este tipo de cuestiones cuando las trasladamos a los varones.

Aún así, en las investigaciones sobre migración y mujeres se han esbozado generalidades acerca de los condicionamientos de género que operan sobre la migración de los hombres. Entre ellas resalta que así como las mujeres ven condicionada (desanimada) su migración por su papel en la reproducción doméstica, los varones se ven condicionados (alentados) por su lugar de proveedores económicos; es decir, junto a las restricciones socioculturales de la migración femenina, se mencionan permisos socioculturales para la movilidad masculina. En estudios empíricos (Hondagneu Sotelo, 1994, entre otros) se ha propuesto que los varones deciden sus movimientos de forma menos conflictiva y con mayor grado de autonomía afectiva que las mujeres y que en sus decisiones prima una racionalidad económica (entre los adultos) o una forma de ritualizar el paso a la adultez (entre los jóvenes).

Respecto del momento de la discusión en el que se encuentra este tipo de estudios, cabe resaltar que fue en los años noventa cuando se comenzó a señalar la importancia de incluir a los varones en los estudios sobre migración y género

* El presente texto es una versión revisada y actualizada de la ponencia que la autora presentara en el II Congreso de ALAP

¹ Varones y hombres serán términos usados de forma indistinta.

(Jiménez Juliá, 1998; Szasz, 1999; Szasz y Lerner, 2003; Rosas, en prensa). Este reciente señalamiento se encuentra ligado a la -también joven- producción de reflexiones y estudios sociales sobre masculinidad. Esto alentó el cuestionamiento de supuestos que hacían equivalente hombres con poder (entendiendo a este último sólo como dominación y disfrute), y que habían obviado otras facetas, tales como el dolor que conlleva el ejercicio de los mandatos de la masculinidad y la capacidad de ejercer formas positivas de poder.

Precisamente, este artículo tiene como objetivo brindar elementos para comprender que el sistema de género influye tan decisivamente en las experiencias de varones asociadas con la migración como en las de las mujeres, sin olvidar que dicha influencia no sólo se realiza en quienes efectivamente se mueven, sino también en aquellos que se relacionan con la migración a través de otros actores (cónyuges, progenitores, hijos, pares, entre otros). Así es que la importancia del género va más allá del peso que pueda tener en la selectividad por sexo, extendiéndose en las motivaciones e incentivos para moverse, en la capacidad para hacerlo, en el protagonismo en la toma de decisiones propias y de otros, en los patrones y tipos migratorios, así como en las consecuencias de la migración sobre la autonomía personal, entre otros aspectos.

Especificamente, aquí se procura mostrar que en el contexto mexicano abordado las decisiones y resultados migratorios de los hombres, expuestos en algunos estudios como relativamente más liberados de restricciones morales, son en gran parte el resultado de éstas. Dado que en la relación entre el sistema de género y la migración intervienen otras dimensiones, el análisis se especifica en función de dos de las más relevantes: la etapa familiar transitada y el status socioeconómico.

El estudio más amplio del que parte este artículo incluyó el análisis de los discursos de varones y de mujeres.² Por razones de espacio aquí se pondrá el foco en las experiencias y percepciones de los varones. A continuación se realizan algunas consideraciones teóricas, se describe el universo abordado y la metodología empleada, para luego dar lugar a los resultados de la investigación.

INDICACIONES TEÓRICAS

La vida de hombres y mujeres, condicionada también por estructuras tales como la étnica o la de clase social, se desarrolla alrededor del conjunto de normas o tradiciones que cada grupo construye socioculturalmente en torno de cada persona como poseedor y expresión de un determinado sexo: “los sistemas género-sexo son los conjuntos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales

² Por los intereses que guiaron la investigación, los varones que expresaron tener elecciones sexuales diferentes a la hétero no formaron parte del universo estudiado. Este recorte operativo no significa desconocer que la masculinidad no se acota a la heterosexualidad.

que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anátomo-fisiológica y que dan sentido a la satisfacción de los impulsos sexuales, a la reproducción de la especie humana y en general al relacionamiento entre las personas” (De Barbieri, 1992, p. 151). Retomando a Bourdieu (1991), el género se puede concebir como parte de un habitus, es decir, integrante del conjunto de disposiciones duraderas y transferibles de percepciones, pensamientos, sentimientos y acciones de todos los miembros de una sociedad que, al ser compartidas, se imponen a cualquier agente como trascendentes.

Así, las prácticas de las personas no son libres ya que los habitus son principios generadores y organizadores de las mismas; pero tampoco están totalmente determinadas porque los habitus son disposiciones, y como tales no impiden la producción de prácticas diferentes. De ahí que algunas dimensiones del sistema de género –objetivadas en disposiciones duraderas– pueden ser cuestionadas y reinterpretadas en el curso de nuevas experiencias o coyunturas, tal como la migratoria.

El género tiene un carácter relacional, dado que no es posible pensar el mundo de las mujeres separado del de los varones, ni viceversa. Sin embargo, la masculinidad y la feminidad pueden ser concebidas como las dos diferenciaciones socioculturales primarias de las construcciones de género.³ Estas diferenciaciones dan lugar a distintos tipos de relacionamientos entre varones y mujeres; muchos de los cuales encierran desigualdades. Reconocer que la situación de las mujeres es, en términos relativos, más sufrida que la de los varones (hay suficiente evidencia al respecto, comenzando por la de la violencia en el hogar) no habilita a considerar que ellos estén menos condicionados por el sistema de género. Al respecto, identifico la existencia de dos discusiones diferentes: una que apunta al grado de condicionamiento y otra que apunta a las consecuencias de tal condicionamiento. Respecto de la primera, entiendo que los varones están igualmente condicionados que las mujeres por las construcciones de género en tanto habitus. En cuanto a la segunda discusión, entiendo que las mujeres son más perjudicadas por dicho condicionamiento. En pocas palabras, y haciéndome eco de Kaufman (1997), no equiparo el dolor de los varones con las formas sistemáticas de opresión sobre las mujeres, sino que reconozco que ellos están tan condicionados como ellas y que su poder también les es costoso.⁴

³ Por masculinidad entiendo al conjunto -socioculturalmente construido- de representaciones, normas y prácticas asignadas a los varones, que exime de, y alienta a, la consecución de determinados objetivos. A la vez que está grabado en los cuerpos, en las relaciones, en las prácticas y en las consecuencias de las mismas, es construido y deconstruido sociocultural e históricamente. Lo mismo puede ser propuesto para la feminidad.

⁴ El incumplimiento de los mandatos de la masculinidad es una fuente de gran confusión y dolor para los varones, ya que implica la descalificación social. Así, tienen una doble carga: por un lado, cumplir con dichos mandatos y, por otro lado, esconder lo más posible las faltas.

Ahora bien, el efecto combinado de diferentes categorías sociales ha llevado a reconocer múltiples masculinidades (Connell, 1997). Lo de “múltiples masculinidades” refiere a las múltiples combinaciones que se pueden producir entre diferentes categorías tales como clase, etnia, religión, preferencia sexual, etc.⁵ Si bien no hay una “receta” para distinguir una masculinidad de otra, he considerado que una manera cautelosa de diferenciarlas es en función del establecimiento de contrastes no sutiles entre grupos de varones, sin olvidar el carácter colectivo que una masculinidad debe observar (Minello, 2002). Más específicamente, ya que una masculinidad no se define en sí misma, sino que existe sólo en contraste con otra (Marqués, 1997), brindé importancia a la etapa familiar que transitan los actores, así como al status socioeconómico, en tanto factores que de forma no sutil diferencian expectativas y prácticas masculinas. Allí apunta este artículo, no sin antes reconocer que los mencionados no son los únicos factores diferenciadores de prácticas y concepciones masculinas. Es evidente la existencia de otros diferenciadores no sutiles (tales como el origen étnico), a la vez que también puede ser pertinente la distinción de masculinidades en función de factores de mayor sutileza. Ello deberá establecerse de acuerdo a las características del contexto analizado y de los alcances de cada estudio.

Las etapas de la trayectoria familiar fueron definidas en dos grandes categorías: juventud (varones solteros sin hijos, también llamados “jóvenes” en lo subsiguiente) y adultez (varones unidos con hijos, también llamados “adultos” en lo subsiguiente). Sin desconocer la complejidad de los estudios sobre trayectorias familiares (Mier y Terán, 2004, entre otros), aquí sólo se busca contrastar la situación previa a la adquisición de los roles de esposo, padre y proveedor, con la etapa en la que estos roles ya han sido adquiridos.

Por otro lado, en el contexto analizado no es fácil obtener criterios con los cuales discernir y clasificar a los actores en una determinada clase o estrato social, debido a los constantes cambios en las economías familiares acarreados por la migración (Rosas, en prensa). Por ello, las delimitaciones entre status socioeconómicos se realizarán de acuerdo a los referentes (antagonistas) identificados en los discursos de los entrevistados. Aunque se trate de una diferenciación poco refinada, resulta útil para establecer comparaciones entre masculinidades y diferentes formas de proceder ante la migración.

⁵ En este artículo se hace énfasis en los contrastes entre “masculinidades”. Sin embargo, cabe recordar la discusión acerca de la pertinencia de usar el término en singular o en plural. Al respecto, si bien considero necesario comprender la pluralidad y las formas complejas de las masculinidades, me parece desafortunado pensarlas como autónomas, desconociendo ciertos elementos más o menos compartidos. Por ello, creo que ambos términos -masculinidad y masculinidades- pueden ser utilizados, siempre que se tenga en cuenta que apuntan a diferentes niveles de análisis.

INDICACIONES METODOLÓGICAS

Debido al tipo de cuestionamientos que impulsó esta investigación la estrategia metodológica fue principalmente cualitativa: se realizaron 48 entrevistas en profundidad (a varones y mujeres).⁶ El trabajo de campo duró un año y medio, aproximadamente, dándose por finalizado a fines de 2002. Las entrevistas se realizaron tanto en una localidad de 1,860 habitantes llamada El Cardal, de la región central del estado de Veracruz, México, como en el principal destino internacional de los cardaleños, la ciudad de Chicago, Illinois, Estados Unidos. Ya que esta investigación se inscribe en el ámbito de los estudios de población, en donde prevalecen los abordajes metodológicos cuantitativos, es importante señalar los alcances de este estudio cualitativo, sin con ello pretender ingresar a la compleja discusión epistemológica y metodológica.

Comenzaré señalando que esta investigación aborda un fenómeno social. Para la interpretación profunda de un fenómeno social, desde el enfoque metodológico que se haya escogido, es necesario tomar un contexto (caso) específico. En este sentido, el “caso” es el medio pero no el fin de un estudio de esta naturaleza. Respecto de las posibilidades de generalización de los hallazgos, dado que los estudios cualitativos utilizan muestras pequeñas seleccionadas de forma no aleatoria, frecuentemente aparece la idea de que sus posibilidades de generalización son también pequeñas.⁷

Esta consideración se basa, en gran parte, en la estrategia que se sigue para establecer la muestra. Para avanzar en la discusión es necesario comenzar por “despegar” la idea de generalización de la de representatividad estadística. A grandes rasgos puede decirse que una muestra es estadísticamente representativa de la población bajo análisis cuando los errores estimados, al pasar de lo particular (la muestra) a lo general (el universo de población), no superan ciertos niveles, con un alto grado de confianza, todo lo cual puede establecerse debido a que la muestra fue seleccionada aleatoriamente. Como los estudios cualitativos utilizan muestras intencionales la estimación de errores no es posible, por lo que es incongruente preguntarse por su representatividad. Pero, ¿es incongruente preguntarse por las posibilidades de generalización en los estudios cualitativos? Considero que no lo es, siempre y cuando se deje de asociar el término “generalización” con el de representatividad. “[L]a disputa sobre generalización en la investigación cualitativa pareciera estar mal localizada cuando se plantea dentro del marco de la inferencia estadística” (Cortés, 2003, p.158).

⁶ En este documento se utilizarán algunos fragmentos de las entrevistas sólo con fin ilustrativo. Los nombres de los entrevistados y de la localidad fueron modificados a fin de resguardar las identidades.

⁷ Las discusiones entre posiciones cuantitativas y cualitativas acerca de la generalización pueden ser consultadas, entre otros, en King, Keohane y Verba (1994) y Cortés (2003).

Como ya se mencionó, la clave de los estudios cualitativos consiste en lograr profundidad en el análisis de un fenómeno. Ahora bien, no todos los estudios cualitativos persiguen los mismos fines; muchas veces se habla de “los estudios cualitativos” o “los estudios cuantitativos” como si se tratara de conjuntos homogéneos en su interior, sin prever la existencia de objetivos de distintos alcances. Es decir, dependiendo de los intereses del investigador, legítimamente se puede optar por la profundización en la dinámica de procesos o relaciones sociales que hacen a un fenómeno en un contexto específico, proponiendo que el fin de la investigación no es la “generalización” de sus hallazgos. Pero también existen estudios que, utilizando abordajes cualitativos, tienen algunas pretensiones respecto de la “generalización” de sus conclusiones. La profundización no está reñida con la generalización; la primera puede ser el medio necesario para llegar a la segunda, en tanto que la segunda puede detonar a la primera, a la vez que cualquiera de las dos puede constituir el fin de una investigación sin que ello signifique mayor o menor legitimidad científica. Entiendo que los estudios cualitativos que tienen alguna pretensión de “generalización” son aquellos que utilizan la profundización como medio para elucidar construcciones, relaciones, procesos, conceptos o modelos teóricos que, por su relativo nivel de abstracción, puedan ser analíticamente replicados en otros contextos, sirvan como recursos teóricos para ser confrontados en otras investigaciones y ayuden a comprender dimensiones de algunas otras realidades. Precisamente, lo que puede resultar más o menos “generalizable” es ese conjunto relativamente abstracto de relaciones, procesos y construcciones que hacen a un fenómeno social, sin con ello pretender hacer “generalizables” las particularidades encontradas en un contexto determinado.⁸

Resulta complicado, sin embargo, establecer a priori mayores o menores posibilidades de “generalización” en los estudios cualitativos, aunque algunas características contextuales en las que se llevó a cabo el estudio pueden alentar la propuesta de “tiempos y espacios” en los cuales los procesos, relaciones o construcciones abstraídos tendrían más posibilidades de aparecer o de ser viables como recursos analíticos. Pero la complicación tiende a disminuir a posteriori. Al respecto, cabe recordar el recurso de la acumulación de conocimiento. Cuando distintos estudios cualitativos sobre un mismo fenómeno coinciden en un determinado hallazgo o muestran la versatilidad del fenómeno ante el condicionamiento de características contextuales, emergen posibilidades, bien de “generalizar” teóricamente, bien de proponer tipologías dependientes del

⁸ Si se tiene en cuenta que la propuesta de relaciones, conceptos o modelos teóricos relativamente abstractos también puede ser el fin de estudios que utilizan metodologías cuantitativas, y se reconoce que los hallazgos de los estudios cuantitativos también se encuentran acotados a ciertas realidades, la condición de cualitativo o cuantitativo podría pasar a un segundo plano a la hora de discutir las posibilidades de generalización. Pero esta discusión merece mayores consideraciones y no es el fin de este artículo entrar en ellas.

contexto, bien de discutir y cuestionar un hallazgo, entre otras. En otras palabras, las posibilidades de “generalización” de una investigación cualitativa se refieren tanto a los estudios que la anteceden como a la utilización que de ella hagan, a posteriori, otros estudios; dicha utilización futura permitirá evaluar la pertinencia de lo propuesto y avanzar en el conocimiento del fenómeno analizado, lo cual no es exclusivo de los abordajes cualitativos. Ahora bien, la utilidad de los resultados de un estudio de este tipo no se restringe al campo de los que emplean metodologías cualitativas, pues constituyen importantes insumos para el diseño de estudios sociales que, mediante abordajes cuantitativos, se valen de herramientas que permiten, ahora sí, generalizar (sin comillas).⁹

EL CONTEXTO EN ESTUDIO

Las características del contexto abordado pueden imponer especificidades que lo diferencien de otros y, por lo tanto, diferencien los hallazgos. El análisis se enmarca en un contexto de migración internacional emergente: Veracruz es una de las entidades federativas mexicanas que recién en los años noventa vio crecer significativamente su flujo migratorio. El aumento de las magnitudes de dicho flujo es concomitante con la crisis económica que azotó a la entidad durante los años noventa, especialmente al sector primario. En el contexto cardaleño sobresale una gran dependencia de los cultivos de café y caña de azúcar, lo cual redunda en dificultades para encontrar alternativas en términos de cultivos o de fuentes locales de trabajo e ingresos.

La emigración veracruzana, y también la cardaleña, tiene un alto componente masculino. La gran proporción de varones imprime particularidades que lo pueden diferenciar de contextos donde el peso de las mujeres es relativamente mayor, o de aquellos en los cuales la participación femenina supera a la masculina.

El flujo abordado tiene su origen en una zona rural no indígena, lo cual puede incluir distinciones respecto de los originados en zonas urbanas o compuestos por poblaciones indígenas. También el destino impone su especificidad por tratarse de un espacio urbano y tradicional de la emigración mexicana.

Además, el crecimiento del flujo veracruzano tiene lugar en un marco de restrictivas políticas migratorias impuestas por Estados Unidos que han redundado en el aumento de las muertes en la frontera. El Cardal cuenta con la experiencia de haber sufrido la pérdida de cuatro de sus migrantes en un accidente en Estados Unidos. Debe tenerse en cuenta que el trabajo de campo se finalizó en el año 2002 y que desde ese momento hasta la actualidad se reforzaron las estrategias de vigilancia fronteriza, lo que puede haber afectado la dinámica migratoria que se expone en este artículo.

⁹ He utilizado las comillas cada vez que me refiero a la generalización en los estudios cualitativos, a fin de desligarla de la idea de generalización asociada con la representatividad estadística.

PROVEER O AVENTURARSE

Entre los detonantes de la migración cardaleña hacia Estados Unidos cumple un papel destacado la crisis agraria que afecta a Veracruz. Dicha crisis representa, además, la crisis del tipo de trabajo que opera como contenedor material y simbólico de la masculinidad. Así, los hombres con responsabilidades familiares legitiman su migración no sólo en las dificultades económicas que encuentran en su lugar de origen y en las posibilidades laborales que les ofrece Estados Unidos, sino en la división sexual del trabajo en la que han sido socializados: los varones son percibidos y se autoperciben como los principales encargados de suministrar el bienestar económico a la familia.¹⁰ El temor a ser calificados como proveedores poco eficientes es uno de los principales factores que los alienta a oponerse al trabajo remunerado de sus cónyuges (ver Kaufman 1997).

Por eso, ¿quién debe migrar? no es una pregunta que ocupe demasiada atención en las parejas cardaleñas: si se migra para trabajar y proveer, y el encargado de ello es el varón, será él quien migre. La migración, entonces, puede ser concebida como la expresión de al menos dos crisis relacionadas (la económica y la masculina), a la vez que como una forma de enfrentar dichas crisis; les permite continuar erigiéndose como proveedores sin necesidad de ceder al trabajo extradoméstico de las esposas.

Si me dice mi esposa: yo me voy ‘pal otro lado ¿Cuándo te voy a dejar irte? Me voy yo, tú no. Tú aquí te quedas, yo me voy. Si quieres vivir más bien, pues yo voy y trabajo. Pero eso de que dejara venir primero a la mujer ¡no! (...) Yo no la dejo que se venga. Y si la dejo, le doy el tiro de gracia. Si te vas, ya nunca vuelvas (...) Porque ella es mi pareja. En la familia siempre el hombre tiene la responsabilidad de llevar la cabeza del grupo, no la mujer. Porque por eso Dios lo hizo hombre; para que tomara las decisiones. Porque para mí no era posible. Por una sola cuestión de que no se puede (Silvio).¹¹

¹⁰ Aun cuando hombres y mujeres adultos manifiestan tener un fin común (que la familia viva en las mejores condiciones posibles), la forma en que cada uno contribuye a ese fin está socioculturalmente delimitada de forma muy similar a la documentada en numerosos estudios. La delimitación de los roles que corresponden a cada sexo aparece muy rígida y estereotipada en el “deber ser” (en las representaciones), pero en la cotidianidad (en las prácticas) es más flexible: se documentó la actitud crítica de varias cónyuges, quienes argumentaron que ellas también desean participar en la procuración de ingresos; mientras que otras (pocas, por cierto) trabajan extradomésticamente aunque ello les cause conflictos con los esposos. Sin embargo, ninguna mujer cuestionó la responsabilidad del hombre como proveedor principal del hogar. En pocas palabras, lo que las mujeres cuestionan es que ellas no puedan ayudar al ingreso familiar o tener su propio dinero, pero no impugnan (ni buscan ocupar) el rol económico del varón (Rosas, en prensa).

¹¹ Silvio: 31 años, unión consensual, 1 hija, escuela secundaria completa (entrevistado en Chicago).

Para los adultos los motivos económicos no pueden escindirse de los de tipo afectivo: les es muy doloroso considerar que sus hijos podrían verse expuestos a las mismas privaciones materiales que ellos vivieron en su infancia; les preocupa la previsión de un futuro incierto para la familia, especialmente por lo que respecta a la educación y salud de los hijos. Estos factores no siempre se reconocen como motivadores de los movimientos de los varones y suelen quedar ocultos en las explicaciones que hacen énfasis en lo económico.

Le dije a mi esposa: yo me voy, quiero hacer algo por mis hijos ¿no? Porque esperando una situación aquí; la verdad es que aquí no vamos a poder salir adelante (...) Por el hecho de que es una responsabilidad la familia ¿no? Y se siente que el irse allá es otro cambio ¿no? O sea, un buen futuro para los hijos (Manolo).¹²

Yo sí pensaba en lo que podía pasarme, hasta en morir y volver difunto (...) Pero yo recordaba en la madrugada, como a eso de las dos de la mañana y yo ya no podía dormir de pensar en mis drogas.¹³ A nadie le gusta deber, ni es bonito deber. Y los brazos se me entumían de que decía: ¡Dios! pero ¿cómo voy a pagar? Yo vía que mi papá no me podía ayudar porque, pues, ellos también ‘taban igual. Decía yo ¿quién me puede ayudar? ¿Qué me pongo a vender? ¿Qué? ¿Mariguana? Uno anda bien decidido a todo, hasta a hacer cosas malas (Beto).¹⁴

Yo sufrió mucho de chavo. No tuve la oportunidad de estudiar. Y mis hijos van hacia delante, ¿no? Y ¿qué va a pasar de ellos si yo sigo así? Para empezar yo no tengo estudio, no tengo una preparación. Digo: ¿qué les voy a dar? (Mario).¹⁵

Los varones con responsabilidades familiares se describen a sí mismos como “acorralados” por una coyuntura económica que los obligó a la alternativa migratoria. Es decir, para quienes migraron o están planeando hacerlo, la migración es justificada discursivamente como una obligación y no como un deseo.

El estar fuera de la familia no quiere decir que es uno irresponsable, que no quiero batallar con la familia. Es uno ser más responsable. Que ya estuvimos mucho tiempo con ellos y no pudimos darle lo que ellos querían (Beto).

Aun cuando se esfuerzen por justificar su migración como un acto de responsabilidad y argumenten que estar lejos de la familia les es altamente doloroso, saben que varias personas los cuestionan. Algunos miembros de la comunidad, especialmente las mujeres, expresan críticas acerca de aquellos que

¹² Manolo: 35 años, unión legal, 3 hijos, escuela preparatoria completa (entrevistado en El Cardal).

¹³ “Droga”: deuda.

¹⁴ Beto: 40 años, unión consensual, 3 hijos, universitaria incompleta (entrevistado en Chicago).

¹⁵ Mario: 34 años, unión legal, 3 hijos, escuela primaria completa (entrevistado en Chicago).

son percibidos como “migrando sin necesidad”. De esta manera, la crítica a la que se verían expuestos quienes dieran razones diferentes a las ancladas en su rol de proveedor, los conduce a exaltar las que saben legitimadas en ese papel económico y a ocultar las de otra índole.

Sin olvidar que los adultos pueden haber magnificado discursivamente el dolor frente a la satisfacción –aspecto demandado socialmente, como ya mencioné– no es posible obviar la existencia de una serie de conflictos que podrían explicar por qué la migración no necesariamente es deseada. Entre estos conflictos deben contarse las preocupaciones asociadas con la distancia espacial y temporal que los apartará de sus afectos y las dificultades para velar por su bienestar, la posibilidad de la infidelidad de la cónyuge, así como los temores relacionados con los peligros que encierra el cruce del desierto.

Existen dos casos en El Cardal que no concuerdan en las generalizaciones que acabo de expresar. Se trata de hombres adultos que no han mostrado compromiso con la familia ni con la responsabilidad de proveer. Aún así, considero que en los estudios sobre migración y género se tiende –con razón– a enfatizar las situaciones dolorosas para las mujeres, pero no se resalta con la misma importancia los casos en que los hombres cumplen eficientemente con sus obligaciones de proveedores y, aún a la distancia, siguen comprometidos con el bienestar de sus familias. Los actos irresponsables de algunos opacan el esfuerzo y el dolor de los muchos que cruzan la frontera y sufren la lejanía de los afectos. Por otro lado, en los motivos para irse se observa cierta competencia entablada con otros varones proveedores. La migración no sólo está atada a las necesidades propias y del núcleo de dependientes, sino amarrada a un otro a que se percibe en mejores condiciones y que se admira por su eficacia económica.

Me platicaban cómo les iba por allá y yo vía lo que hacían, lo que tenían. Y pues yo me ponía a pensar, digo, si yo llego a estar allá, voy a hacer lo mismo, si Dios quiere (Ricardo).¹⁶

O sea, uno dice, si aquél la hizo ¿por qué yo no? También sé trabajar ¿no? (Manolo).

La competencia constituye una forma de proceder (no necesariamente consciente o dirigida) mediante la cual los hombres acumulan los símbolos culturales que refuerzan su masculinidad, acceden de forma diferenciada a esos recursos o símbolos, desarrollando estrategias y sus propias modificaciones para preservarlos (Gilmore, 1994). Valdés y Olavarria (1998) señalan que la competencia de un varón generalmente es con otros varones: compiten por mayor

¹⁶ Ricardo: 24 años, unión consensual, 1 hijo, escuela primaria incompleta (entrevistado en El Cardal).

poder, prestigio, dinero, fuerza, inteligencia y, especialmente, por las mujeres. En este tipo de disputas, el ámbito público cumple un papel fundamental para que las acciones se desplieguen a fin de ser vistas y evaluadas.

Esta lógica de competencia también se encuentra entre los jóvenes entrevistados. Con la migración gran parte de ellos pretende igualar o superar a sus pares, especialmente a los más escolarizados o a los que poseen medios de transporte.

Allá en El Cardal hay mucha gente que [discrimina]. Tan sólo los que estudian, que llevan más estudio, siempre discriminan un poco a los demás, siempre quieren estar arriba. Y yo nunca me he dejado. A mí me dicen muchos... y sale, vámonos; hacemos algo para estar siempre igual o tal vez más que ellos y mejor que ellos (...) Yo también decía: si mis primos están en Arizona, están allí cerquita, Chicago es más lejos. Yo me voy porque está más lejos y porque, según, está mejor. Si voy, voy p'a allá; si no, no me voy (Hugo).¹⁷

A su vez, también compiten con los que han realizado la acción migratoria pero se han destinado cerca de la frontera con México. Llegar más lejos que otros es una meta generalizable entre jóvenes y adultos, y la migración permite escenificarla en términos de distancia geográfica.

En lo expresado se comprende que las motivaciones de los jóvenes encuentran diferencias respecto de las de los adultos: así como estos últimos justifican su migración por la familia, los primeros la justifican por ellos mismos. Para los jóvenes, el rol de proveedor es descartado como un mandato actual en sus vidas.¹⁸ Su motivación primaria es la búsqueda de experiencias nuevas y la realización de una gran “aventura”. Independientemente de si los sueños de una vida cargada de emociones son previos o no a la aparición de la migración, ésta los convirtió en una posibilidad más cercana. Los horizontes se ampliaron y así llegaron los relatos de los amigos que constituyeron pruebas para creer que en Estados Unidos les esperaba una vida más atractiva que los sacaría de la rutina, del aburrimiento y que les daría más independencia. En pocas palabras, los motivos de tipo no económico cobran gran relevancia entre los jóvenes.

Yo le dije a mamá: yo, si me voy para allá, no creas que voy a estar matándome tanto. Yo voy a conocer. Les voy a mandar dinero poquito. Yo no voy a ir a juntar dinero allá. Voy a conocer. Así le decía a mi mamá (...) Ya ellos [los adultos]

¹⁷ Hugo: 21 años, soltero, sin hijos, escuela preparatoria completa (entrevistado en Chicago).

¹⁸ Sólo un entrevistado joven manifestó tener expectativas similares a las de los adultos, explicada por su interés en formar pronto una familia y, por lo tanto, convertirse en proveedor. Otras investigaciones han documentado casos de varones jóvenes solteros que migran para proveer a sus padres y hermanos. Aun cuando intensificó su búsqueda, en El Cardal no fue posible encontrar alguno. Esto sugiere que, aunque existan casos de jóvenes que provean a sus familias, se trata de una práctica muy poco extendida.

tienen responsabilidad. Pues, yo tengo también mi familia, pero yo sé que todavía pueden allá. Y los casados que ya tienen hijos... las dejan solas. Ellos tienen que trabajar a fuerza (Coqui).¹⁹

¿Qué significa Estados Unidos para mí? Para mí significa el lugar donde puedes realizarte. O sea, un lugar donde puedas hacer lo que tú quieras. Donde puedes ser independiente (...) No sé. Sería una gran aventura conocerlo, la verdad (Joselo).²⁰

Para los jóvenes, pero también para algunos adultos, la migración era vista como una forma de salir de una situación familiar agobiante (Hondagneu Sotelo, 1994).

Yo me fui porque necesitaba, necesito otra vez salir de esta casa. Yo no tengo presión de irme por mucha necesidad de dinero. Nomás porque ya quiero salir de aquí. Con mi padre como es, ya tengo que salirme (Federico).²¹

Los padres sobresalen entre los actores con los cuales los entrevistados señalaron tener ciertas “rivalidades”. Éstos fueron descritos como limitadores de sus decisiones y acciones. Resaltan los discursos en donde se menciona que los padres preferían a algún hermano o cuñado. Por un lado, el padre es presentado como partícipe en la disputa y tomando partido por el otro, ya sea en términos económicos como afectivos. Por otro lado, el padre aparece como el disputado, en tanto los entrevistados tenían expectativas de que al migrar se ganarían su agrado y le demostrarían que eran muy capaces y responsables. En estas rivalidades que suelen conformar el conjunto de motivaciones migratorias se puede observar también el procedimiento de la competencia entre hombres.

En síntesis, las búsquedas y obligaciones socioculturales asociadas a la juventud y a la adultez, así como las relaciones afectivas que caracterizan a esas dos etapas, penetran toda la experiencia migratoria. Por eso, también se encuentran importantes contrastes en la vivencia de la salida de la comunidad, el viaje hasta la frontera, el cruce del desierto y en lo logrado una vez en destino (Rosas, en prensa).

LA COMPETENCIA MASCULINA EN TIEMPOS DE MIGRACIÓN

Los logros que estos dos grupos de varones han realizado en Estados Unidos son coherentes con las expectativas que los motivaron a migrar.

¹⁹ Coqui: 20 años, soltero, sin hijos, escuela secundaria completa (entrevistado en Chicago).

²⁰ Joselo: 23 años, soltero, sin hijos, escuela preparatoria completa (entrevistado en El Cardal).

²¹ Federico: 25 años, soltero, sin hijos, escuela preparatoria completa (entrevistado en El Cardal).

Entre los hombres adultos se pone de relieve que gran parte de la remesa está dirigida no sólo al mantenimiento cotidiano de la familia y a gastos de salud o escolaridad de los hijos, sino también al mejoramiento o construcción de la vivienda.²² La casa propia aparece como una necesidad material y simbólica importante para hombres y mujeres. Para muchos varones significa la posibilidad de dejar de ser “arrimados”, de asegurarles alguna herencia a los hijos y una de las mejores formas de demostrar públicamente que su ida a Estados Unidos ha sido exitosa. Las fincas también ocupan posiciones importantes. Así, si bien la mayor parte de la remesa está dirigida a bienes no productivos, también existen inversiones de tipo productivo.

En contraste, los jóvenes no han invertido en casas o fincas. Con el dinero obtenido en Estados Unidos adquirieron bienes que son de utilidad para ellos pero que generalmente no lo son para la familia, tales como grandes equipos de música, ropa y, menos frecuentemente, una moto o un automóvil.

Los ojos evaluadores de la comunidad están puestos en los que se fueron, porque son pocos y porque todos se conocen en el rancho. Sin embargo, también hay diferencias en las formas en que los logros de cada uno de estos dos grupos de varones son socialmente evaluados.

El tiempo que un hombre adulto lleva en Estados Unidos debe correlacionarse de forma positiva con los adelantos realizados: a mayor duración de la migración, mayores deben ser las inversiones. Existe un supuesto implícito en que la migración sin mejoramiento económico implica un fracaso. El temor a regresar sin haber hecho lo suficiente es un aspecto reiterado en los discursos y señala la importancia de la comparación y la competencia como condicionantes de las acciones migratorias de los varones adultos.

Digo: yo me voy aguantar. Me voy aguantar pues siento que al llegar allá sin nada, siento que las personas van hablar de mí: este tonto estuvo en Estados Unidos y no hizo nada. Y es que está uno allá en México y piensa que aquí gana uno, que es fácil (Gab).²³

Pero ahorita lo que digo es que yo soy de los primeros y creo que yo soy el que me voy atrasando más. Muchos que se vienen después, la van haciendo más que uno que ya estaba (...) Ya ahora que hay más gente acá, ya como que hay hasta competencia. Ya uno tiene que tener más cuidado, mandar más y hacer (...) Pero la mera competencia te la hacen de allá, porque la gente comenta: oye aquél tiene bien poquito tiempo que se fue y ya está haciendo muchas cosas (Beto).

²² Debido a que el apremio en el envío de dinero es mayor entre los adultos, en éstos se documentaron las mayores cargas horarias de trabajo.

²³ Gabo: 25 años, unión legal, 1 hija, escuela primaria completa (entrevistado en Chicago).

Y de que malgaste yo el dinero aquí, mejor lo mando para allá. Y allí es a ‘onde se ve que está uno trabajando bien (...) Y que fulano mandó dinero para echarle otro piso a su casa. Que fulano compró un juego de sala. No pues, si él lo hizo trabajando también ¡Allí va también! (Tony).²⁴

Para no ser calificado como “fracasado”, el lugar donde se invierta y el tipo de inversión realizada son dos elementos que deben ser cuidados. Se afirma la importancia de mandar dinero a la comunidad de origen, ya que allí es donde se ve que están “trabajando bien”. Entonces, aunque diversos elementos deben tenerse en cuenta para comprender la validación social adquirida por un migrante, las inversiones visibles realizadas en la comunidad son el principal. Los miembros de la comunidad, tanto hombres como mujeres, coinciden en validar este aspecto conforme se adecua a una expectativa social generalizada.

Si bien los jóvenes no escapan a la posibilidad de ser cuestionados por lo que hicieron (en términos económicos) en Estados Unidos, expresan no prestarle importancia a los cuestionamientos. Si la experimentación y el conocimiento formaban la ecuación primaria que los impulsó a irse, también conformará un escudo ante posibles críticas. En coherencia con las expectativas que tenían, haber llegado y vivido en Estados Unidos es el principal elemento que les da la posibilidad de competir y de sentirse por encima de sus pares.

Yo pienso regresar. Pero no, mi familia no me pide que yo llegue con algo, ni nadie espera. Nadie tiene que decir nada, porque no me he echado compromiso. Y si alguien dice, le voy decir que yo sí estuve acá y él no, que él no (Leandro).²⁵

De esta manera, la competencia entre migrantes (tanto entre los adultos como entre los jóvenes) trasciende fronteras; las noticias sobre los logros de cada uno viajan rápidamente haciendo que la comparación sea constante. No tengo elementos que señalen que estas dos masculinidades compitan entre sí, y pocos que indiquen que una tenga deseos de imitación respecto de la otra. Por ello no he establecido relaciones entre ambas, lo cual no significa sugerir que se trata de dos masculinidades independientes. Este es un aspecto que debe ser profundizado en futuras investigaciones. Ahora bien, entre los adultos la competencia no sólo se plantea en el ámbito del rol de proveedor, sino también en el del status socioeconómico. Estos ámbitos se encuentran íntimamente relacionados, ya que si la disponibilidad de dinero o la posesión de bienes son material y simbólicamente importantes para validarse masculinamente como proveedor, también son indicativos de la ubicación en la estratificación social. En este sentido, la migración permite a los adultos competir, al mismo tiempo, en ambos ámbitos.

²⁴ Tony: 33 años, soltero, sin hijos, escuela primaria incompleta (entrevistado en Chicago).

²⁵ Leandro: 26 años, soltero, sin hijos, universitaria incompleta (entrevistado en Chicago).

Pero a esta competencia no sólo entran los migrantes. Es decir, además de competir entre ellos, los migrantes también lo hacen con hombres que antes se percibían como social y económicamente inalcanzables: los llamados “adinerados”.²⁶

Hay veces que hablan bien de mí, ahorita que estoy acá. Porque cuando se vienen las fiestas patronales del pueblo le digo a Ana que le dé cierto dinero a la Iglesia para comprar flores o eso. Y por ahí no falta quien diga ¡Silvio dio tanto dinero! ¡nunca han dao los que tienen dinero aquí nada, nunca nadie esa cantidá! (...) en El Cardal hay gente con dinero, adinerados, como los del Beneficio, pero no dan (Silvio).

Yo llevé el carro y mucha gente que yo le caía mal decía: esa camioneta es de las que ya no quieren allá, que las tiran. Yo nomás decía: esta camioneta es camioneta aquí y es camioneta allá. Sí. Sí. Porque no es una porquería, es una ochenta y tanto. Esta camioneta aquí la ves y está bonita, la ves allá, pues, doble de bonita. Dije: envidia. Y decían: no pues, yo tengo para comprarme una más nueva. Dije: que se la compren ¿verdá? Dije: yo no sé por qué no se la compran y no andan pidiendo que los lleven. Yo tengo esas carcachas, pero son mías y sí ando en ellas. Ellos tienen p'a comprar una buena, pero no se la compran (Beto).

[Los migrantes] se jactan de decir: ya ves ese fulano lo que era. Y el papá del fulano [dice]: ya mi hijo tiene una camioneta, ya esto, ya el otro, ya lo otro. O [dice]: cuánto gana el profesor; mi'jo gana más. Y se pavonean con eso (Carlos).²⁷

A Beto la migración le permitió competir con éhos que tienen dinero pero no se compran una camioneta; a Silvio le sienta bien que lo comparen en la Iglesia con los que más tienen pero no donan tanto dinero como él; en cambio, Carlos, un importante productor de café, se molesta porque los migrantes se jactan de sus logros. El cuestionamiento del valor material de las camionetas traídas desde Estados Unidos es una forma de estigmatizar lo logrado por los migrantes y de continuar delimitando y reproduciendo la desigualdad (ver Scott, 2000). Así, las referencias a, al menos, dos grupos con status socioeconómicos diferentes aparecen claramente en varias entrevistas.

Esta diferenciación permite introducir la discusión que gira alrededor de la idea de “masculinidad hegémónica”. Retomando brevemente la noción de hegemonía de Gramsci (1981) se puede decir que un grupo social deviene hegémónico cuando logra generalizar su concepción del mundo sobre el resto,

²⁶ En El Cardal, los estudios, el capital y hasta el apellido, cuentan a la hora de conseguir trabajo o de emprender un negocio. Una vez en Estados Unidos no importa demasiado el nivel de estudios, ni el capital con el que se contaba: el éxito depende principalmente del trabajo.

²⁷ Carlos: 28 años, unión legal, 1 hijo, escuela preparatoria completa (entrevistado en El Cardal).

creando y legitimando una especie de “norma de conducta activa”. En lo que respecta a la discusión sobre masculinidad, en cada sociedad habría algún grupo de varones que ha logrado legitimar sus características masculinas y que se propone como “modelo de referencia” para otros hombres. Al grupo que detenta este modelo se lo ha llamado “masculinidad hegemónica”. Considero que los “adinerados” cardaleños tienen características “hegemónicas” que los colocan en un lugar privilegiado en la jerarquía masculina comunitaria (ver Connell, 1997), ya que encarnan un modelo que provoca imitación y/o deseos de igualación en otros varones. Sin embargo, el carácter hegemónico de una masculinidad siempre está en disputa y ello tiene lugar en El Cardal. La llegada de la migración está comenzando a desdibujar la delimitación entre unos y otros: no sólo los migrantes están consiguiendo, poco a poco, reunir el dinero necesario para igualar o superar a los “adinerados”, sino que han emprendido una empresa (la migratoria) simbólicamente difícil de igualar quedándose en El Cardal.

En este punto es necesario recordar que la migración también afecta a varones que no tienen planes migratorios. La aparición de la migración amplió las posibilidades de mejorar materialmente y, con ello, los deseos y los conflictos de quienes no participan en el proceso. Allí está implícita la validación social de la que son objeto los migrantes. Es decir, aún cuando son numéricamente minoritarios en El Cardal, están promoviendo imitaciones y deseos de imitación. Y si la producción del deseo de imitación es una de las mínimas y primeras condiciones que debe cumplir una masculinidad para aspirar a legitimar y reproducir su modelo, hay más elementos para sostener que la migración está impulsando el proceso que conduce a la disputa de la hegemonía masculina en El Cardal. Sin embargo, además del status socioeconómico otros elementos que legitiman a los adinerados deben tenerse en cuenta, tales como su lugar de dirigentes políticos y autoridades del rancho, sus nexos con actores políticos municipales, así como su capacidad de influenciar en la distribución de servicios y programas sociales. Por esto los migrantes tienen un largo camino que recorrer para posicionarse como masculinidad hegemónica. Aún así, en contextos migratorios de mayor antigüedad se encuentran ejemplos en los cuales los migrantes se ubicaron mejor no sólo en términos socioeconómicos, sino también en el quehacer político y organizativo de sus comunidades (véase García Zamora, 2003, entre otros). El seguimiento de procesos recientemente iniciados o el análisis en regiones de mayor antigüedad migratoria, son clave para observar las posibilidades de los migrantes para imponerse como masculinidad hegemónica.

ARRIESGADOS Y VALIENTES

En la investigación que da lugar a este artículo se analizaron los riesgos del trance migratorio y sus relaciones con el mandato masculino de la valentía u hombría.

Ahí también se observaron diferencias según la trayectoria familiar y el status socioeconómico.

La valentía se define entre los cardaleños (adultos y jóvenes) como un sentimiento orientador de las acciones, manifestado en una actitud decidida, necesaria para lograr un fin y sobreponerse a los obstáculos. Cotidianamente se concretan múltiples acciones y no todas ellas son consideradas demandantes de valentía; lo que otorga tal calificativo es la magnitud de los obstáculos enfrentados y superados durante la acción: cuanto mayores sean éstos, mayor será la valentía asignada y demostrada.

En el imaginario cardaleño la migración se percibe como una acción que demanda la superación de grandes obstáculos. Frecuentemente se utiliza la palabra “arriesgar” para sustituir la de “migrar”. Las políticas migratorias restrictivas impuestas por Estados Unidos exponen al migrante a diversas dificultades desde que sale de su hogar: accidentes, robos, condiciones climáticas extremas, ataques de rancheros, engaños de coyotes, maltrato de las autoridades, entre otras.²⁸

Cuando una empresa demanda casi necesariamente la aceptación de la exposición al riesgo de muerte (más allá de que ello se concrete), no sólo está en juego la validación simbólica de la decisión o la palabra de un hombre, sino también su vida. Es decir, la diferencia entre la valentía asociada con lo cotidiano y la asociada con el cruce de la frontera radica en que, en la primera el “aguante” que preserva la vida puede no llegar a requerirse, mientras que en la segunda puede alcanzar el status de necesidad. Por ello, el riesgo de muerte adquiere una importancia que antes no tenía y, por eso mismo, los cardaleños magnifican la hombría de quienes han migrado.

Se vienen bien valientes, pero acá en la frontera topa uno con algo que es más duro que el valor (Beto).

Me dio gusto. Digo, este cabrón tiene [valor] a pesar de tan vacilador, de tan rajadillo que se ve. O sea, yo pensé que le faltaba valor. Digo: no, es cabrón. Sí tiene decisión. Este cabrón nomás de un momento a otro dijo: me voy. Y al otro día ya se había venido (Gabo).

Ahora bien, que la valentía de los migrantes sea altamente estimada no significa que la de los no migrantes sea desestimada. El status socioeconómico tiene mucho que decir al respecto. Por un lado, hay que considerar a quienes no migran porque no tienen “necesidad” económica. Para éstos, su relativo éxito en

²⁸ Si bien no es mi intención discutir acerca del concepto de riesgo, los elementos analizados en la investigación más amplia son coherentes con la forma en que Ruiz Marrujo (2001) lo define en el contexto migratorio: como la exposición, durante el camino, a una cosa o persona que es potencialmente una amenaza o un peligro, a tal grado que pueda perjudicar o dañar el proyecto de migrar o la integridad física del migrante, a veces irreversiblemente.

el mandato de proveedor los libra de la necesidad de migrar y, por lo tanto, de que su hombría sea criticada por no enfrentar los riesgos de la migración.

Casi a todos nos mueve un poquito ¿no? incluso a profesionistas. (...) Entonces, cuando oyes que se va un grupo y como que se te antoja. Por aventura en este caso mío. Hay quienes se van obligados por la necesidad y se arriesgan (...) Y cuando no hay esa necesidad, ahí te quedas, no te arriesgas (Franco).

Es que en ese momento valoraron más su familia. No fue su timidez (...) Seguramente no se vinieron porque no tenían mucha necesidad (Silvio).

Por otro lado, hay que considerar a quienes tienen necesidad económica pero no migran porque no reúnen el capital necesario para pagar los costos del traslado. En estos casos tampoco aparecen críticas porque la no migración se justifica por la mencionada falta de recursos para costear el cruce fronterizo.

De lo anterior se desprende que los recursos económicos median la relación entre el mandato de proveedor y el de la valentía. Si se tienen recursos que faciliten un papel de proveedor relativamente exitoso y que eximen de la necesidad de migrar, así como si no se tienen ni para ser un buen proveedor ni para costear los gastos de la migración, la valentía no parece ponerse en cuestión. En cambio, cuando no se logra éxito como proveedor pero se cuenta con recursos mínimos para solventar el movimiento, la situación puede transformarse y verse cuestionada la hombría; máxime si alguna vez se manifestó públicamente la inquietud de migrar. En estos casos se suelen arrojar hipótesis acerca de la falta de decisión y de valentía para explicar la no migración. De esta manera, algunos se ven apremiados a tomar decisiones no sólo por las dificultades laborales y la progresiva mengua de sus ingresos (que redunda en una sostenida disminución de los ahorros que permitirían pagar el cruce), sino también por ser objeto de habladurías.

Hay muchos que dicen: me voy. Pero se vienen sin querer. Ahora sí, sin querer queriendo se vienen; por el temor de que va la gente a hablar de ellos (Gabo).

Regresando a los migrantes, cabe destacar que la etapa transitada de la trayectoria familiar permite hacer una distinción en la vivencia que jóvenes y adultos tienen del cruce del desierto. Tal distinción se encuentra asociada con las expectativas que cada una de estas dos masculinidades busca satisfacer cuando decide migrar.

En términos generales, los jóvenes narran el cruce del desierto de forma menos dolorosa que los adultos aun cuando hayan sufrido percances similares. En el tiempo que le dedican y en el nivel de detalle que despliegan en sus narrativas, se puede observar que el cruce fronterizo les significó una gran experiencia;

usaron el cuerpo de forma diferente, llegando en algunos casos a exponerse voluntariamente a riesgos.²⁹

Pasó el coyote y ya él agarro para abajo. Vio que venían y corrió para abajo. Y la migra se fue atrás de él, pero no corriendo, caminando ahí nomás para ver para dónde agarraba. Y ya es que nosotros nos levantamos corriendo todos y pasamos (...) Yo hasta pasé y le pegué a la camioneta así corriendo y que le hago así [mueve la mano imitando un golpe] Y ya corrimos; y ahí se desapartó la gente; porque hay unos que corremos más y otros que poquito (...) Yo quería que me agarrara la migra p'a ver cómo era. De veras se lo digo. Yo quería que nos agarrara (Coqui).

Yo iba viendo los conejos, liebres que les dicen. Y luego vi que las empiezan corretear en las noches. Ya andando correteando a peñazos y a los gritos ahí en medio del desierto. Y el coyote nomás nos iba a callar: no hagan ruido que nos va a agarrar la migra que aquí anda. Lo mandábamos a la chingada y nos íbamos a andar siguiendo los pinches conejos, a las carreras. Y otros pobres viejitos que no aguantaban, iban malamente y todavía uno correteando. Pasábamos por en medio corriendo y pues así estaba divertido (Rogelio).³⁰

A algunos jóvenes parecen sobrarle energías para gastar en divertimentos extras que desafían las órdenes del coyote. Otros pueden estar dispuestos a ser atrapados por la patrulla fronteriza y a emprender nuevamente el cruce a fin de contar con tal experiencia. Este es el tipo de relatos que los jóvenes publicitan entre sus pares, atendiendo a los símbolos que son importantes para su masculinidad. En cambio, entre los adultos parece haber primado el autocuidado y una mayor obediencia a las órdenes del guía. En sentido estricto, lograr ser validado en la hombría es un beneficio obtenido a partir de la necesidad de migrar para proveer, pero no constituye una expectativa premigratoria principal entre los adultos, como sí podría sugerirse para los jóvenes.

Ahora bien, los elementos analizados permiten apuntar que una vez iniciado el movimiento la valentía opera como condicionante tanto de los jóvenes como de los adultos, particularmente cuando requieren superar el sentimiento de miedo frente a situaciones riesgosas. Ambos grupos de varones están condicionados por las concepciones acerca de lo que un hombre debe ser y hacer, en las cuales el regreso desde la frontera sería un fracaso para la hombría.³¹

²⁹ Al igual que en otros contextos (de Keijzer, 2001; Rivas Sánchez, 2004), los jóvenes cardaleños ocasionalmente (a veces intencionalmente) se ven expuestos a situaciones de riesgo. Tal es el caso de quienes conducen ebrios a altas horas de la noche por caminos quebrados, y de los que realizan competencias automovilísticas o se enfrentan en riñas. Por otra parte, afirmar que la exposición a riesgos es importante para la masculinidad y que ello también encuentra lugar en el escenario migratorio no implica proponerla como una de las causas de las muertes que ocurren durante el cruce de la frontera.

³⁰ Rogelio: 25 años, soltero, sin hijos, escuela preparatoria completa (entrevistado en El Cardal).

Pero otros factores también operan en ese seguir adelante a pesar del miedo. Por ejemplo, la falta de control y la limitación de las acciones que se sufren durante el cruce del desierto. De esto último se derivan escasas posibilidades de regresar aunque así se deseé, ya que sería poco conveniente abandonar el grupo en medio del desierto e intentar regresar a la frontera sin guía.

En las ramillas se escuchaba cuando tronchaban y cuando pasaban zumbando las balas. Así las oías, pero las oías bien a las balas, cuando caían, cuando pegaban en una rama y cuando te pasaban así, las escuchabas (...) Oíamos alrededor las motos y las aceleraban así [imita el ruido]. Y decía un chavo: nos van a agarrar, han de ser los de migración. [El coyote decía:] no, ustedes de esos no se preocupen, porque si fueran de migración mandan un helicóptero a buscarnos; esos son los pinches rancheros (...) Y ahí yo, en serio, que allí yo decía: me voy a regresar. Pero ya no podía regresarme porque sabía que estaba yo lejos, que no podía (Hugo).

Muchos se regresan. Hubo personas que estuvieron de este lado y se regresa arrepentida. Pero yo, bueno, en lo personal no me puedo regresar ¿por qué?, porque para empezar allá perdí mi trabajo, ya dejé mi trabajo, dejé mi familia allá preocupada que me vengo acá. ¿Y me voy a regresar? Voy a regresar a empezar otra vez de abajo. O sea dije: yo ya estoy acá, me voy a arriesgar (Mario).

Además, entre los adultos pesan las necesidades económicas y familiares que hayan motivado la migración. Regresar puede significar la vuelta a una situación económica peor a la pre-migratoria por haber abandonado el trabajo y por los compromisos económicos asumidos para pagar el cruce de la frontera. Ahora bien, la demostración de hombría no se limita al cruce del desierto; una vez en Estados Unidos las exigencias no se detienen.

Me han dicho que me regrese desde que apenas tenía cinco meses de estar aquí. Me decían: ya vente. Principalmente mi novia me decía: ya vente. Y yo le decía: no, ¿sabes qué? mínimo tengo que estar aquí un año para poderme ir. Pero, ¿sabes por qué? Porque si llego allá: ¡te fuiste y no aguantaste! Y eso es lo que... Eso sí tengo. O sea, hasta que yo sienta que ya tenga yo un buen tiempo. Porque sí he visto gente que se van y tardan bien poquito y ya empieza a hablar la gente: que se fue y no sé para qué se fue, si no iba a aguantar. Como el señor que vive junto a mi casa, que te digo que tardó bien poquito, que ni pagó la deuda. Todos decían:

³¹ Se puede agregar algo más respecto del no retroceso una vez que se ha emprendido el movimiento. El valor para seguir adelante y no doblegarse frente a las dificultades que se presentan puede encontrar su principio en el temor a perder la estima o la admiración del grupo de pares o de la comunidad en general. Retomando a Bourdieu (2000) me atrevería a decir que la valentía muchas veces se basa en la cobardía, y se podría sugerir que para llegar a Estados Unidos hay que tener una buena conjugación de valentía, para seguir adelante enfrentando los escollos, y cobardía, para no regresar por temor a ser socialmente cuestionado.

cómo se fue, no aguantó y todavía se vino y sin pagar. Y por eso no me quiero ir. Sí tengo ganas de estar allá otra vez, pero (...) para mí es un orgullo. Sea, yo dije un año, y lo hago; aunque esté aquí extrañando y pasando (Hugo).

Yo conozco gente muy cobarde. Estuvieron aquí hace poco unos amigos míos. Llegaron, no tenían dinero, no tenían trabajo. Yo fui a visitarlos. Yo no tenía mucho dinero pero les regalé veinte dólares a cada uno para que se compren algo. Después no tenía trabajo uno y le di trabajo (...) Estaba muy arrepentido de haberse venido porque le pensaba mucho a su familia. Y es que aquí se juntó con gente que los trató mal. Llegaron a vivir y los trató muy mal (...) Aquellas personas se fueron. Uno sí tenía con qué sostenerse allá, tenía fincas. Pero el otro no tenía nada (...) Y no pagó deuda. Y dijo que iba a vender su casa para poder pagar. Entonces, ¿qué ejemplo tú le das a tus hijos?, ¿qué ejemplo le das tú a tu familia? (...) Hubo tanta gente que se quiere venir y no tiene cómo o les suceden tantas cosas que no pueden llegar aquí, no logran su intención. Y ustedes que ya están aquí se les cierra el mundo ¡Hombre!, eso es no quererse uno mismo (Silvio).

Es que estar aquí no es para cualquier persona. Sí lloramos. Yo lloro, por qué digo que no, si lloro. A cada rato lloro y eso (...) La adoro a mi familia, pero hay que tener decisión (...) Yo digo que es que son, ¿cómo se le podría decir?, menos valientes, así. Porque luego los ve uno y están hablando y llorando. Pues sí, llora uno. Uno habla por teléfono con la familia y en vez de alegrarse, se entristece uno; pero uno sabe que aquí cien dólares es bastante (Beto).

Para los jóvenes como Hugo es muy importante demostrar públicamente que aguantaron la nostalgia; no quieren que los tilden de cobardes en el pueblo. Pero para los adultos, el control de la expresión de los sentimientos de tristeza se asocia no sólo con preservar su hombría, sino con las obligaciones de proveedor. La crítica a los que regresan pronto y no cumplen con su papel de proveedores pone el acento en cierta incoherencia entre los riesgos asumidos para llegar a Estados Unidos y un rápido regreso. La nostalgia y la tristeza son considerados obstáculos menores a los riesgos del cruce y, por lo tanto, debieran controlarse más fácilmente. En el mismo sentido, Burin y Meler dicen: “la mayor parte de los hombres que conocemos ha construido su psiquismo sobre la base del repudio de la dependencia y de una afirmación crispada de asertividad. Quienes no lo han hecho así, forman parte de las masculinidades que muchos consideran todavía como fallidas o derrotadas, integrando los estamentos más bajos del escalafón viril” (2000, pp. 116-117).

Quiero hacer notar que el reconocimiento de sentimientos tales como la tristeza, la nostalgia o el miedo, no están reñidos con la hombría. Lo que está reñido con la hombría es no lograr controlarlos. Pero también hay que señalar que el reconocimiento de tales sentimientos, y su expresión, se realiza sólo en ciertas circunstancias y espacios (Héller, 1985). Por ejemplo, en el ómnibus

que los lleva hacia la frontera el llanto no está vedado;³² el reconocimiento del miedo no es algo que los varones entrevistados manifestaran con facilidad, pero aparece espontáneamente, sin disimulos, en los relatos asociados con el cruce del desierto.³³ Esto deja al descubierto la existencia de momentos o situaciones en las cuales dicho reconocimiento no es asociado con cobardía.

CONSIDERACIONES FINALES

Este artículo ha sintetizado sólo algunos de los hallazgos de mi investigación, privilegiando la exposición de ciertos aspectos gruesos. Procuré mostrar que, como se ha documentado respecto de las mujeres, las construcciones de género tienen mucho que decir en cuanto a las experiencias de varones relacionadas (directa o indirectamente) con la migración. Si bien eso ya ha sido reconocido (Szasz y Lerner, 2003; Szasz, 1999; Jiménez Juliá, 1998, entre otros), hallazgos como los aquí presentados contribuyen a darle contenido a dicho reconocimiento.

Se mostró que la etapa familiar transitada condiciona ciertas representaciones y acciones en los varones. Las necesidades del núcleo de dependientes y la búsqueda de aventura, se perfilaron como los grandes contrastes que guían las motivaciones y prácticas de adultos y de jóvenes, respectivamente. En cuanto a la transición entre ambos estadios, cabe preguntarse cuál es el papel de la migración. En varios estudios se plantea la hipótesis de que entre los jóvenes la migración puede ser comprendida como un rito de pasaje a la adultez. En algunos de los casos analizados esta hipótesis podría tener asidero; se trata de los jóvenes de mayor edad que han superado el calendario sociocultural que norma la formación de pareja. Sin embargo, para la gran mayoría de los jóvenes entrevistados, la migración se propone como una vía para seguir siendo jóvenes. En ellos pueden descifrarse claros procesos de individuación que, como tales, no se orientan a cubrir necesidades familiares. El status socioeconómico fue incorporado en el análisis atendiendo a grandes contrastes delimitados en los discursos de los entrevistados. Ello permitió esclarecer que la migración propicia disputas entre masculinidades y cambios en su jerarquización. Además, se mostró que la situación socioeconómica condiciona, no sólo la “necesidad” de migrar o la posibilidad de costear los gastos de la migración, sino la toma de riesgos y la validación social en el mandato masculino de la valentía.

³² En estudios realizados en Chile se menciona que idealmente el modelo exige un varón “fuerte”, que no tiene miedo y no expresa sus emociones ni llora, pero existen algunas situaciones en las que reconocer miedo o llorar no afectan la condición de valiente (Valdés y Olavarria, 1998). Tal es el caso de situaciones como la despedida de los amigos o responsabilidades ante demandas de la patria.

³³ Los miedos fueron expresados ante mí, alguien externo a la comunidad. Ese reconocimiento puede no causar los mismos efectos que ante un miembro de la comunidad o ante un entrevistador varón.

En procesos como el originado en El Cardal, las construcciones socioculturales de género son elementos clave que ayudan a comprender las decisiones migratorias que favorecen la selectividad del flujo a favor de los varones. Aunque debe señalarse que la importancia que allí adquieren las construcciones de la masculinidad se ve magnificada por una serie de factores, tales como las características del mercado de trabajo de destino que, en el caso de Chicago, permiten la inserción de los varones; el carácter riesgoso del cruce de la frontera entre México y Estados Unidos, que inhibe a las mujeres de intentarlo; y la poca antigüedad de la migración cardaleña. En otros contextos, aun cuando las construcciones de género impulsan a los varones a erigirse como proveedores principales o a adquirir experiencias y aventurarse, las mismas no necesariamente alientan su selectividad. Tal es el caso del flujo peruano que se dirige a Buenos Aires (Rosas, 2007 y 2008a) en el cual se favorece el movimiento de las mujeres dado que el mercado laboral de destino facilita su inserción y que las redes han sido reforzadas por ellas. El flujo peruano muestra que cuando se ve cuestionada la manutención básica de la familia, especialmente de la prole, ceden las prescripciones de género.

Pero independientemente de la relevancia que las construcciones de género tengan en la selectividad por sexo, su incorporación al análisis de la migración es imprescindible para entender no sólo las motivaciones, sino la complejidad que subyace en el proceso de toma de decisión, en los significados simbólicos del trance, de la exposición a riesgos y de los logros realizados en el destino, entre otros.

La migración, por su parte, demuestra ser un fenómeno potencialmente propiciador de transformaciones en las representaciones, los sentimientos y las prácticas masculinos. Pero dichas transformaciones no siempre van en el mismo sentido. En el contexto cardaleño la migración brinda a los varones la posibilidad de cumplir y mejorar con mayor contundencia con los mandatos de proveer, experimentar, aventurarse y probar su valentía.³⁴ En otros contextos puede actuar en contrario, debilitando el ejercicio de esos mismos mandatos. Un ejemplo de esto último se encuentra también en el flujo peruano destinado en Buenos Aires: entre los adultos, las mujeres han llevado la delantera y sus esposos deben acostumbrarse –al menos temporalmente– a ver cuestionado su papel de principal proveedor, a convivir con rumores acerca de la infidelidad de sus esposas, a asumir más tareas domésticas y del cuidado de los hijos, y a observar gestos de autonomía en sus esposas, entre otros aspectos (Rosas, 2007 y 2008a).

³⁴ En la investigación de la que se desprende este artículo también se analizó el mandato del control sobre la mujer, el cual se vio afectado negativamente por la migración debido a la distancia que impone entre el migrante y su esposa, y la consecuente dificultad para controlar los movimientos y la sexualidad femeninas (Rosas, en prensa).

Los contrastes entre el flujo cardaleño y el peruano indican que las construcciones de género y las relaciones de poder aparecen mediando las transformaciones político-económicas macroestructurales y el proceso migratorio (Szasz, 1999). La influencia específica de tal mediación dependerá de la combinación de una multiplicidad de factores, entre los cuales se cuentan las características de los grupos involucrados en términos de su selectividad por sexo, edad, clase social, origen étnico, entre otras; las coyunturas sociales, políticas y económicas que prevalezcan en los ámbitos de origen, tránsito y destino, especialmente sus marcos regulatorios respecto de los movimientos de personas. Lo mismo puede decirse de la relación inversa: la influencia específica de la migración sobre las relaciones de género dependerá de tal multiplicidad de factores.

BIBLIOGRAFÍA

- Bourdieu, M., (1991), *El sentido práctico*, Taurus Ediciones, Madrid.
 ----- (2000) *La Dominación Masculina*, Ed. Anagrama, Barcelona.
- Burin, M. e I. Meler, (2000), *Varones. Género y Subjetividad Masculina*, Ed. Paidós, Buenos Aires.
- Connell, R., (1997), “La organización social de la masculinidad”, en Valdés y Olavarria (eds.), *Masculinidad/es. Poder y Crisis*, Isis / Flacso, Chile.
- Cortés, F., (2003), “Algunos aspectos de la controversia entre investigación cualitativa e investigación cuantitativa”, en Canales y Lerner Sigal (coords.), *Desafíos teórico-metodológicos en los estudios de población en el inicio del milenio*, El Colegio de México, Universidad de Guadalajara y SOMEDE, México.
- De Keijzer, B., (2001), “Hasta donde el cuerpo aguante: género, cuerpo y salud masculina”, en VI Congreso de Ciencias Sociales y Salud, Lima, Perú.
- García Zamora, R., (2003), “Migración internacional y desarrollo local: una propuesta binacional para el desarrollo regional del sur de Zacatecas”, ponencia presentada en el Seminario Permanente sobre Migración Internacional: Nuevas Tendencias y Nuevos Desafíos, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, México.
- Gilmore, D., (1994), *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*, Ed. Paidós, Buenos Aires.
- Gramsci, A., (1981), *Cuadernos de la cárcel*, Ed. Era, México.
- Héller, A., 1985, *Teoría de los sentimientos*, Ed. Fontamara, Barcelona.
- Hondagneu – Sotelo, P., (1994), *Gendered Transitions. Mexican experiences of immigration*, University of California Press, Berkeley.
- Hugo, G., (1999), “Gender and Migrations in Asian Countries”, en A. Pinnelli (ed.), *Gender in Population Studies Series*, IUSSP, Bélgica.
- , (1991), “Migrant women in developing countries” (mimeo), en United Nations Expert Group Meeting on the feminization of internal migration, Aguascalientes, México.
- Jiménez Julia, E., (1998), “Unha revisión crítica das teorías migratorias desde a perspectiva a xénero”, en Estudios Migratorios, No 5.
- Kaufman, M., (1997), ”Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres”, en Valdés y Olavarria (eds.), *Masculinidad/es. Poder y Crisis*, Isis / Flacso, Chile.
- King, G., R. Keohane y S. Verba (1994) *Designing Social Inquiry*, New Jersey, Princeton University Press.

- Lim, L.L., (1993), "Effects of women's position on their migration", en Federici, Mason y Sogner (editoras), *Women's Position and Demographic Change*.
- Marqués, J., (1997), "Varón y Patriarcado", en Valdés y Olavarría (eds.), *Masculinidad/es. Poder y Crisis*, Isis / FLACSO, Chile.
- Mier y Terán, M., (2004), *Pobreza y transiciones familiares a la vida adulta en las localidades rurales de México*, ponencia presentada en el I Congreso de la ALAP, Brasil, 2004.
- Minello, N., (2002), "Masculinidad/es: un concepto en construcción", en *Nueva Antropología*, Vol. XVIII, No 61, CONACULTA, INAH, UCM, México.
- Morokvasic, M., (1984), "Birds of Passage are also Women...", en *International Migration Review*, Vol. XVIII, N° 4.
- Pessar, P., (2005), *Women, gender and international migration across and beyond the Americas: inequalities and limited empowerment* (mimeo), en Reunión de Expertos. *Migración internacional y desarrollo en América Latina y El Caribe*, México, diciembre.
- Rivas Sánchez, E., (2004), "Entre la temeridad y la responsabilidad. Masculinidad, riesgo y mortalidad por violencia en la sierra de Sonora", en *Desacatos* No 15-16, CIESAS, México.
- Rosas, C., (2005), "Administrando las remesas: posibilidades de autonomía de la mujer. Un estudio de caso en el centro de Veracruz", en *Género, Cultura y Sociedad*, Serie de Investigaciones del PIEM, No 1, El Colegio de México AC, México.
- , (2007), "¿Migras tú, migro yo o migramos juntos? Los condicionantes de género en las decisiones migratorias de parejas peruanas destinadas en Buenos Aires", en IX Jornadas Argentinas de Estudios de Población, Huerta Grande, Córdoba, 31 octubre-2 noviembre: http://www.estadistica.chubut.gov.ar/biblioteca-virtual/aepa/vision_migrar.pdf.
- , (2008a), "Mujeres migrantes, mujeres proveedoras: Transformaciones y conflictos en las feminidades y las masculinidades", en IX Jornadas de Historia de las Mujeres y IV Congreso Iberoamericano de Estudios de Género, 30-31 de julio y 1 de agosto de 2008, Rosario, Argentina.
- , (en prensa), *Varones al son de la migración. Migración internacional y masculinidades de Veracruz a Chicago*, Ed. El Colegio de México AC, México.
- Rosas, C., L. Cerezo, M. Cipponeri y L. Gurioli, (2008b), "Migrantes, Madres y Jefas de Hogar: Algunos matices detrás de los promedios. Ciudad de Buenos Aires y Conurbano Bonaerense, 2001", en *Revista Población de Buenos Aires*, DGEyC-CABA.
- Ruiz Marrujo, O., (2001), "Riesgos, migración y espacios fronterizos: una reflexión", en *Estudios Demográficos y Urbanos*, Vol. 16, No 2, mayo-agosto, México.
- Scott, J., (2000), *Los dominados y el arte de la resistencia*, Ed. Era, México.
- Szasz, I., (1999), "La perspectiva de género en el estudio de la migración femenina en México", en García (coord.) *Mujer, género y población en México*, El Colegio de México, SOMEDE.
- Szasz, I., y S. Lerner, (2003), "Aportes teóricos y desafíos metodológicos de la perspectiva de género para el análisis de los fenómenos demográficos", en Canales y Lerner Sigal (coords.), *Desafíos teórico-metodológicos en los estudios de población en el inicio del milenio*, El Colegio de México, Universidad de Guadalajara y SOMEDE, México.
- Tienda, M. y K. Booth, (1991), "Gender, migration and social change", en *International Sociology*, Vol. 6, No 1.
- Valdés, T., y J. Olavarría, (1998), "Ser Hombre en Santiago de Chile: a pesar de todo un mismo modelo", en Valdés y Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, FLACSO, Chile.

La participación de los varones en la práctica del aborto. La construcción del conocimiento en América Latina

Susana Lerner Sigal, Agnès Guillaume

RESUMEN

Los estudios sobre el aborto han estado centrados esencialmente en las mujeres, en tanto son consideradas como las principales protagonistas. No obstante, una de las perspectivas de investigación que ha adquirido cada vez mayor atención e importancia en el campo de la sexualidad y de la reproducción se refiere a la participación de los varones en dichos campos. En efecto, son los varones quienes, desde el ámbito público y privado, inciden mayormente en distintos aspectos relacionados con la interrupción del embarazo. En este artículo documentamos, por una parte, algunas de las reflexiones académicas en torno a la manera de abordar la problemática del aborto desde la perspectiva de los varones. A continuación presentamos los hallazgos de algunas investigaciones a partir de las voces expresadas por los propios varones.

Palabras clave: aborto; masculinidad

ABSTRACT

The studies about abortion have mainly focused on women because of their most important role. However, the involvement of men in the sexuality and reproduction is achieving a growing interest for researchers. Actually, the men intervene in many fields related to abortion both from the public and private sphere. In this article we first document some of the academic research about abortion from a masculine view. Secondly, we present the results of several researches about the men's responses to this topic.

Keywords: Abortion; masculinity

* Susana Lerner Sigal. El Colegio de México, México
slerner@colmex.mx

* Agnès Guillaume. Institut de Recherche pour le Développement, Francia
agnes.guillaume@ird.fr.

INTRODUCCIÓN

Los estudios sobre el aborto en América Latina y El Caribe, así como en otras regiones del Mundo, han estado centrados esencialmente en las mujeres, en tanto son consideradas como las principales protagonistas en el complejo proceso que las lleva a la decisión voluntaria de interrumpir el embarazo: son las mujeres quienes se embarazan y abortan, quienes enfrentan y cargan con las consecuencias físicas, materiales, emocionales y familiares de interrumpir el embarazo; son quienes reciben casi exclusivamente las sanciones estipuladas por la legislación vigente, quienes mueren o sufren las secuelas físicas y mentales por haberse practicado un aborto en condiciones de higiene inadecuadas y, por tanto, con riesgos más altos; quienes son estigmatizadas por la sociedad y quienes mayoritariamente no tienen el derecho a decidir libremente sobre su propia reproducción y a ejercer la sexualidad libre de riesgos e imposiciones. Finalmente, son ellas quienes se encuentran en condiciones de mayor vulnerabilidad social, además de estar mayormente expuestas a sufrir sanciones de tipo moral.

No obstante, una de las perspectivas de investigación que ha adquirido cada vez mayor atención e importancia en el campo de la sexualidad y de la reproducción, se refiere a la participación de los varones en dichos campos. Como parte de la misma, la literatura producida en la región en los últimos años evidencia el interés por indagar acerca de las actitudes y el papel de los varones en la experiencia voluntaria del embarazo, no únicamente para tener una mejor comprensión de esta cuestión sino también para subrayar la imperiosa necesidad de considerarlos en el ámbito de las intervenciones públicas. En dichos estudios se destaca que los varones son la “otra mitad significativa”, son quienes embarazan a las mujeres, muchas veces participan y son frecuentemente los responsables, directa o indirectamente, de la toma de decisiones respecto a la práctica del aborto, ya sea a nivel societal, familiar e individual. En efecto, son los varones quienes, desde el ámbito público y privado, inciden mayormente en distintos aspectos relacionados con la interrupción del embarazo. Se trata, en el primer caso, de los legisladores y los encargados de la procuración de justicia, los que dictan las leyes y establecen las condiciones y las regulaciones bajo las cuales se puede o no practicar el aborto; los médicos, quienes determinan los criterios y normas sanitarias al respecto, autorizan las condiciones para ello además de llevar a cabo tal práctica; los representantes de las religiones, quienes dictan las sanciones, o bien las anuencias morales y espirituales ante la interrupción voluntaria del embarazo. En el ámbito privado, los cónyuges, compañeros, novios o padres de la mujer obstaculizan o apoyan la realización de tal práctica. Pero aún estando ausentes o siendo indiferentes, los varones son quienes influyen indirectamente en la decisión de la mujer de recurrir al aborto. En este sentido, se han planteado diversos cuestionamientos pertinentes, sobre todo en los estudios

críticos desde la perspectiva feminista. Parafraseando el título del libro de Ortiz-Ortega (2001) «*Si los hombres se embarazaran, ¿el aborto sería legal?*», cabe agregar otras interrogantes: ¿si los legisladores, los juristas, los médicos, los padres, y por lo tanto los varones en general se embarazaran, el aborto sería legal? ¿Sería autorizado a petición de ellos, respetando y garantizado sus derechos? ¿Sería penalizado y estigmatizado social y moralmente de la misma manera? ¿Si los varones se involucraran en la experiencia del aborto de sus compañeras, las consecuencias para ellas serían las mismas? ¿Sería una responsabilidad compartida? Interrogantes que a su vez guardan una estrecha relación con lo que sostiene Salcedo (1999) acerca de la imposibilidad de los varones de vivenciar en su propio cuerpo la experiencia del embarazo y su interrupción. Ello explica, en gran medida, no sólo su débil o insuficiente participación en la interrupción voluntaria de embarazos, sino también muestra su actitud y valoración hacia ella.

En este artículo documentamos, por una parte, algunas de las reflexiones académicas en torno a la manera de abordar la problemática del aborto desde la perspectiva de los varones. Esta presentación está basada sobre una investigación documental (de los años 1990 a 2005) sobre el aborto inducido en América Latina y en el Caribe, en la cual uno de los capítulos está consagrado al papel de los varones en el aborto (Guillaume y Lerner, 2007). En la primera parte abordamos de manera resumida algunas perspectivas conceptuales bajo las cuales se ha analizado esta problemática. A continuación presentamos los hallazgos de algunas investigaciones a partir de las voces expresadas por los propios varones.¹

Conviene agregar, como se puede constatar en la literatura, que los estudios empíricos acerca de la presencia, participación o implicación de los varones en la práctica del aborto son aún insuficientes y escasos. Ello obedece a las limitaciones y complejidad de las diversas dimensiones, procesos, actores, ámbitos sociales e institucionales y circunstancias y realidades específicas que intervienen en este hecho. Esta escasez de datos responde también a las dificultades de obtención de la información, sobre todo en contextos que se caracterizan por tener leyes restrictivas sobre aborto, situación que prevalece en la mayor parte de la región. El aborto está totalmente prohibido en 6 países de América Latina y del Caribe, autorizado sin restricciones en únicamente 8 países, y en el resto está autorizado ante condiciones muy particulares, pero también restrictivas (para salvar la vida o preservar la salud de la mujer, en caso de violación o de malformación del feto...), que además muestran, en numerosas ocasiones, que el acceso al mismo es más teórico que real.

¹ En este texto, las interpretaciones y representaciones sobre la participación de los varones a partir de las voces de las mujeres no son considerados. Véase al respecto el capítulo 9 de la publicación citada.

PERSPECTIVAS DE ANÁLISIS

Las principales reflexiones teóricas privilegiadas en la región ponen el acento sobre diversos aspectos que están vinculados con ejes analíticos de la sociodemografía en general, así como con aspectos particulares del aborto. Como parte de los primeros enfoques, la perspectiva “relacional” constituye una de las problemáticas de investigación que ha adquirido cada vez mayor atención y relevancia en el campo de la sexualidad y de la reproducción.

En este caso, el acento no sólo está puesto en los diversos procesos sociales y culturales que participan y ejercen una influencia en las circunstancias que rodean la salud reproductiva, sino y sobretodo en los mecanismos de interacción entre los diversos ámbitos y actores sociales. Bajo esta perspectiva, se busca romper con el sesgo universalista que centra el análisis y focaliza las intervenciones exclusivamente en las mujeres y, por tanto, responde a una lógica exclusivamente individual, y altamente cuestionada, que guía el proceso de decisiones y las prácticas de diversos comportamientos, como es el caso de la interrupción del embarazo.

En esta misma línea, las aportaciones de los estudios feministas han mostrado la importancia de incorporar la “perspectiva de género” al campo de la reproducción y la sexualidad, en tanto concepto o categoría relacional. Esta perspectiva ha permitido destacar las diferentes identidades y roles femeninos y masculinos, social y culturalmente construidos, las condiciones de desigualdad genérica y las relaciones de poder entre hombres y mujeres en tal ámbito, que corresponden a y son modificadas por situaciones históricas, valores culturales, religiosos y por normas tradicionales particulares a cada sociedad, así como por las propias experiencias que viven los sujetos (Szasz, 1998).

De igual manera, el concepto de salud reproductiva adoptado durante la Conferencia de El Cairo en 1994, ha permitido ampliar las visiones estrechas sobre el comportamiento reproductivo, la sexualidad y los derechos reproductivos, y ha puesto el acento sobre la “necesidad de involucrar a los varones, no sólo en cuanto actores que intervienen en la toma de decisiones o como usuarios de métodos anticonceptivos, o para lograr una mayor igualdad de género sino considerados además en tanto sujetos de derechos y obligaciones en la formación familiar, en la sexualidad y en la reproducción” y, por lo tanto, en la interrupción de los embarazos no deseados ni planeados (Lerner et Szasz, 2003). Así, a partir de esta Conferencia y de otros foros internacionales, tales como la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer (Beijing, 1995) y la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Social (Copenhague, 1995) se hace hincapié en el tema de la masculinidad y el papel de los varones en la sexualidad y la reproducción. En ellos también se han subrayado las desigualdades genéricas existentes en diversos

y variados ámbitos, en particular en la esfera conyugal y familiar, así como en el diseño e implementación de políticas públicas y programas sociales y de salud relacionados con estos procesos (Frye Helzner, 1996; Ortiz Ortega, 2001; Lerner et Szasz, 2003). Es a la luz de estas perspectivas, en particular considerando la construcción social, cultural e ideológica de las significaciones de género, y las distintas identidades y roles femeninos y masculinos asignados socialmente, que diversas reflexiones conceptuales se han propuesto acerca del papel del varón en la cuestión del aborto.

Diversos autores destacan la dominación masculina sobre la vida sexual y reproductiva de las mujeres como un argumento central. Para Tolbert et al. (1994), en sociedades donde se mantienen normatividades y roles tradicionales de género, el hombre domina en las decisiones que conciernen a la fecundidad, incluido el uso o no uso de anticonceptivos y la decisión de que la mujer aborte o continúe su embarazo, ya sea a través de una indicación directa, una amenaza indirecta o implícita, o abandonando a su pareja. En cambio, en sociedades más modernas y democráticas, en la medida en que las relaciones de género en el seno de las parejas se vuelven más equitativas, el poder de la mujer para decidir la continuación de un embarazo no deseado aumenta, mientras disminuye el poder del hombre para decidir si se interrumpe la gestación o llega a término, aunque el poder masculino sigue permeando, con frecuencia, en la vida de las mujeres. En esta sentido, Faúndes y Barzelatto (2005) señalan que la cultura patriarcal, o sea aquellas sociedades que se caracterizan por negar los mismos derechos sexuales y reproductivos a los hombres y a las mujeres, es una de las principales causas de los embarazos no deseados y su aceptación pasiva es un obstáculo para abordar el problema del aborto.

Otros autores ponen el énfasis en las tensiones, los conflictos y las contradicciones que resultan de los roles impuestos por las normatividades sociales y culturales vigentes como parte de las identidades masculinas que inciden en la práctica del aborto y las reacciones subjetivas que emergen en el ámbito privado e individualizado de esta experiencia (Alliaga Bruch y Machicao Barber, 1995; GIRE, 2001; Figueroa y Sánchez, 2000). Asimismo, se argumenta que la casi nula investigación acerca del papel de los hombres en el aborto, “ha colocado a los varones sólo como víctimas o victimarios sin considerar que existen puntos de encuentro entre las demandas y necesidades de ellos y entre las necesidades y derechos de las mujeres” (Guevara Ruiseñor, 2000). Para esta autora, “la experiencia de los hombres ante el aborto forma parte de las relaciones institucionales del poder, un poder que es aun menos visible porque ocurre en dos espacios considerados femeninos: el de la reproducción y el de las emociones”. Agrega que la forma en que responden los hombres a un embarazo no deseado depende, sobre todo, “del marco material y simbólico de la relación en la que ocurre este embarazo y de las posibilidades de ejercicio del poder que les ofrece,

de manera que un hombre puede participar responsablemente en una situación y actuar de manera totalmente opuesta en otra” (citado en GIRE, 2001, págs. 55-56).

Existen otros argumentos en el contexto cultural de los varones y las mujeres que explican las prácticas y las representaciones de la anticoncepción y de la sexualidad, y por tanto de manera indirecta del aborto. Uno de ellos se relaciona con la noción de temporalidad que se caracteriza por una “necesidad de inmediatez”. Necesidad que implica vivir el presente y tener cierta imposibilidad de pensar en un tiempo lineal que permita elaborar proyectos a futuro o una simple planificación en distintos ámbitos de la vida, incluyendo las decisiones reproductivas. Tal visión es más común en los varones que en las mujeres, pues para ellos no resulta habitual tomar medidas para prevenir embarazos (Rostagnol, 2003). En este sentido, se alude a la ausencia de una “cultura de la prevención” en la cual también se inscribe la relación entre anticoncepción y aborto. Según Zamudio et al. (1999), la población difícilmente puede desarrollar una cultura de la planeación, en cuyo seno la prevención sea una forma cotidiana de actuar, dadas las precarias condiciones de vida para configurar dicha cultura en los países en desarrollo. Tal precariedad, señalan, se debe a “la ausencia de condiciones claras y estables de trabajo, de estructuras organizativas fuertes, de reglas de juego previsibles, de estructuras amplias y fuertes de seguridad social, de mecanismos equitativos de acceso y de participación social”. En condiciones de desempleo, de trabajo mal remunerado, de inequidad estructural y cotidiana, “la población desarrolla el sentido de oportunidad, el sentido de momento, el gusto por el azar, y esa habilidad les permite vivir el imprevisto cotidiano y enfrentar sus riesgos” (p. 64).

Los hallazgos de otros estudios ilustran las diferentes y variadas posiciones, actitudes y valoraciones que adoptan los varones respecto a su participación en la práctica anticonceptiva y el aborto. Su participación puede ser activa o pasiva. En ocasiones pueden ser los principales tomadores de decisión frente a tales eventos. En otras llegan a estar ausentes o totalmente indiferentes y desinteresados por estos eventos. También puede ocurrir que el compañero de la mujer comparta tal decisión con ella. Su apoyo o ausencia influencia las condiciones en las cuales el aborto se practica y sus consecuencias. El grado de involucración no es unívoco y no puede generalizarse; puede variar según el contexto sociocultural, la organización familiar, y depende principalmente del grado de compromiso afectivo que tenga con su pareja (GIRE, 2001; Tolbert et al, 1994; Llovet y Ramos, 2001). Estos resultados ilustran el carácter complejo, dinámico, y el cambio en cuanto a la participación de los varones en el aborto de acuerdo con sus diversas experiencias, y el momento del ciclo de su vida sexual y reproductiva.

¿CUÁLES SON LAS EVIDENCIAS EMPÍRICAS SOBRE EL PAPEL DE LOS VARONES?

De acuerdo con la literatura consultada, se pueden identificar dos ejes analíticos temáticos bajo los cuales se ha abordado de manera prioritaria el análisis acerca de la participación de los varones en relación con el aborto. El primero de ellos remite a los vínculos entre las formas de relación emocionales (afectivas y sentimentales) que tiene la pareja y, en estrecha asociación con lo anterior, las distintas modalidades de arreglos de convivencia en ella. Estas dimensiones analíticas han mostrado ser muy relevantes para indagar acerca de las formas de responsabilidad que asumen los varones ante sus vivencias frente a un aborto inducido, pues en este ámbito relacional es decisivo el proceso de toma de decisiones para interrumpir el embarazo. El segundo eje analítico se refiere al papel y la responsabilidad que reconocen y/o asumen los varones en cuanto a su participación en la práctica anticonceptiva, ya sea la propia o la de su pareja, dada la estrecha relación que tiene con condiciones de mayor o menor riesgo de un embarazo no deseado y por tanto de un aborto.

El vínculo con la pareja en la decisión de interrumpir un embarazo

El análisis empírico de este eje analítico proviene principalmente de dos fuentes de información: por un lado, los diversos acercamientos cuantitativos, como son las encuestas sobre la sexualidad y la salud reproductiva, realizadas en determinados contextos sociales y geográficos, en las que se incluye un módulo específico para los varones; o bien encuestas ad hoc exclusivamente diseñadas para esta subpoblación, pero que, en ambos casos, incluyen pocos aspectos directamente relacionados con la cuestión del aborto. Por otro lado, se encuentran mayoritariamente los estudios de corte cualitativo, a través de entrevistas en profundidad y/o grupos focales, que buscan profundizar y conocer la experiencia de los varones entrevistados, desde una perspectiva más amplia, en la medida que busca dar cuenta de sus actitudes, percepciones, la interiorización de las normatividades social y culturalmente construidas, además de las distintas modalidades de su participación en la práctica del aborto. Se trata, asimismo, de estudios cuya contribución y riqueza reside en que sugieren reflexiones y preguntas adicionales y ofrecen pistas importantes sobre qué y cómo investigar el tema y nos ofrecen una mejor comprensión del significado que adquiere esta problemática.

La mayoría de los estudios realizados en diferentes contextos socioculturales y según diversas características sociodemográficas de los varones, han incursionado en el mundo de los sentimientos emocionales (el grado

de amor hacia las mujeres) y en la responsabilidad asumida por los varones en función de la modalidad de vínculos más o menos estables o formales que ellos establecen con la mujer y el tipo de apoyo que proponen ante la decisión de interrumpir el embarazo, sea por parte de la mujer, de ellos, o de ambos. Los hallazgos encontrados muestran que asumen mayores responsabilidades ante el aborto cuando el embarazo no deseado ocurre en relaciones formales (esposa o novia) y cuando la amaban mucho. En los otros casos, es decir, cuando se trataba de una relación ocasional o de amantes, o cuando no las querían, su actitud es la indiferencia, permanecen más distantes y su apoyo es prácticamente inexistente, consiste generalmente en un aporte económico. En este caso, la responsabilidad de la decisión del aborto es frecuentemente asumida por las mujeres, que ante a la falta de interés o a la indiferencia del compañero frente al embarazo deciden no compartir con ellos su decisión de abortar o, aun más, no informarles de su embarazo. Sin embargo, si bien se observan comportamientos más o menos similares, es importante advertir que no se trata de patrones unívocos o bien definidos acerca de la práctica anticonceptiva y del aborto, sino que se trata de percepciones, respuestas y comportamientos diferenciados, según distintos grupos sociales, contextos culturales, económicos y sociales en los cuales los varones se encuentran. Las conclusiones de algunos estudios ilustran, como vemos a continuación, la riqueza de este tipo de análisis.²

Guevara Ruiseñor (1998), en su estudio cualitativo con varones residentes en la Ciudad de México, que habían vivido al menos un aborto y cuyo nivel de escolaridad correspondía al bachillerato, encuentra que “en las relaciones no formales es donde se presenta un menor margen de negociación y un mayor obstáculo a las opciones y derechos de las mujeres. En estas situaciones los códigos no explícitos dejan perfectamente claro que ninguna otra opción entra en la negociación, la interrupción del embarazo es parte de las reglas implícitas del juego. Se asume que desde el momento que se acepta una relación de amante o el contacto coital con una amiga, se aceptan implícitamente las reglas de no compromiso y no responsabilidad de los hombres” (p.173).

Aliaga Bruch y Machicao Barber (1995) analizaron las actitudes de los varones en Bolivia con respecto a la toma de decisión sobre el aborto de sus compañeras, que dependieron de la naturaleza de la relación de la pareja, la etapa de vida en que ellos se encuentran, su situación económica y la predisposición emocional que manifestaron para asumir el papel de padre. Dichas actitudes se expresan en sentimientos y reacciones que comprenden desde miedo, dolor, culpa, rechazo e insensibilidad, hasta responsabilidad y solidaridad. Asimismo, identifican una tipología más sutil en que estas actitudes pueden manifestarse: a) los varones que no vinculan el sexo con el amor y a quienes un embarazo y la interrupción del

² Los resultados empíricos más detallados de estos estudios y de los que se señalan en la siguiente sección pueden consultarse en el texto de Guillaume y Lerner (op cit).

mismo les afecta en tanto se sienten involucrados sentimentalmente con su pareja. Estos varones pueden manifestar sentimientos de preocupación por la pareja en términos afectivos y psicológicos, y en caso de que sólo experimenten algún grado de responsabilidad llegan a pagar el servicio médico, pero se distancian; b) varones que apoyan la decisión de su pareja, pero no asumen la responsabilidad de la misma; c) varones que reaccionan agresivamente, expresando la duda de haber sido ellos quienes embarazaron a la mujer; d) varones que manifiestan el deseo de asumir la paternidad del hijo y resienten la decisión de su pareja de abortar, situación en la que se sienten frustrados, desilusionados y marginados de una decisión en la cual perciben que deberían participar; y e) varones que asumen una actitud de solidaridad con su pareja, tanto con respecto a su salud física como emocional.

Mora y Villarreal (2000), en su investigación en un estrato medio urbano en Colombia que combinó metodologías (de tipo cuantitativo y cualitativo), analizan la reacción inicial en el seno de la pareja respecto a la interrupción del embarazo como parte del proceso de negociación que se da en ella, así como la injerencia de los varones en el proceso de decisión frente al último embarazo. Al igual que en los estudios anteriores, observan diferencias en la respuesta de la pareja y de los varones, al identificar el tipo de relación de pareja. Encuentran que en una tercera parte ambos miembros de la pareja coincidieron en su deseo de interrumpir el embarazo, situación que se presentó más frecuentemente entre las parejas casadas o unidas, siendo menor en aquellas con relaciones ocasionales o paralelas y en las de noviazgo. Entre las parejas en las que de acuerdo a su reacción inicial ambos deseaban continuar o tenían una reacción ambivalente, la menor proporción se dio en las que mantenían relaciones ocasionales y paralelas, y la mayor entre las relaciones de noviazgo.

En las parejas en las cuales se encontró la mayor divergencia en la reacción inicial de la misma frente al embarazo, según el tipo de relación, el desacuerdo se presentó en las parejas con relaciones ocasionales o paralelas y el deseo de continuar el embarazo fue algo mayor en las mujeres que en los varones. En cambio, en las relaciones de convivencia (casadas o unidas) fue menor el desacuerdo, siendo mucho menor el deseo de continuar el embarazo por parte de las mujeres que en los varones. En las relaciones de noviazgo, el deseo de continuarlo fue también mucho menor entre las mujeres que entre los varones. Estas evidencias, como señalan las autoras, sugieren que en las relaciones con convivencia, son los varones los que tienen menos posibilidad de influir en la decisión de la mujer. Situación similar se observa en las relaciones de noviazgo. De acuerdo con las autoras, el hecho de tener una relación ocasional o paralela fue el factor explicativo de la ausencia de muchos hombres que no acompañaron a sus mujeres a los servicios y de que sean ellas las que asumen solas la resolución del aborto y los problemas derivados sin el apoyo del varón. Tal situación se explica,

en gran medida, por la inestabilidad e incertidumbre sobre el futuro de la relación o a la falta de interés o indiferencia del compañero con respecto al embarazo, lo que lleva a muchas mujeres a no compartir con ellos su decisión de abortar o, aun más, a no informarles de su embarazo.

La información que obtuvieron de las entrevistas en profundidad resulta sumamente relevante para comprender el complejo proceso de negociación en el seno de la pareja y la mayor incidencia de los varones en la decisión final de interrumpir el embarazo. Observan que cuando la mujer propuso la interrupción del embarazo, el varón acogió esta decisión. Sin embargo, en los casos de desacuerdo de la pareja, cuando la mujer expresó su deseo de continuarlo, el varón planteó los inconvenientes haciendo ver a la mujer que la mejor opción era la interrupción del mismo, o sea, buscando orientar la decisión hacia lo que ellos querían. No obstante, los diálogos en dicho proceso dejan claramente expuesto que para ellos es en la mujer en quien recae la decisión final; es ella quien asume la responsabilidad de las consecuencias del comportamiento sexual de la pareja. Adicionalmente, este estudio muestra la presencia de otros factores que intervienen en la interacción que se dio en el seno de la pareja para tomar la decisión de interrumpir el embarazo. Las condiciones económicas resultaron ser el factor más importante para quienes tenían una relación de convivencia. Para las parejas con relación de noviazgo, si bien el factor económico (falta de independencia económica) también fue el de mayor peso, éste es seguido de cerca por lo que los varones consideran como “la situación de la mujer”, es decir, las adversas implicaciones sociales de tener un hijo en una relación no formalizada socialmente, como serían la perdida de apoyo familiar o la necesidad de interrumpir sus estudios. Asimismo, los proyectos o expectativas individuales resultaron ser un factor relevante. En cambio, en las relaciones menos estables (ocasionales y paralelas), el factor de mayor peso fue precisamente el tipo de relación: las consecuencias sociales y familiares que la mujer tendría que enfrentar en una relación no formalizada y la inestabilidad de la misma. En éstas, el factor económico y los proyectos o expectativas individuales adquieren un menor peso.

Fachel Leal y Fachel (1998), en su investigación con personas de sectores marginales urbanos de la ciudad brasileña de Porto Alegre, y mediante un análisis en el cual se combina el enfoque etnográfico con el estadístico, muestran la importancia de la organización familiar, las redes de relaciones de parentesco y la conformación de alianzas para entender la transacción que se establece entre hombres y mujeres en torno al embarazo y al aborto. Sus hallazgos revelan la presencia de una postura discursiva menos conservadora por parte de los varones al señalar que la decisión de abortar es parte de la autodeterminación de las mujeres, y que se ve justificada ante determinadas circunstancias, tales como la falta de condiciones para la manutención y crianza de los hijos. Pero dicha

posición suele relativizarse en el caso de los hombres jóvenes. Algunos de los varones que se oponen a dicha práctica prefieren, como alternativa, considerar la posibilidad de que algún miembro de la familia asuma la crianza del hijo, lo que pone de manifiesto la importancia que adquiere la organización familiar extensa entre los grupos urbanos populares, así como en contextos rurales, donde la circulación de los hijos es recurrente y nada despreciable. En cambio, para las mujeres la situación de la práctica del aborto parece ser más ambigua y compleja, debido a la particular importancia de la legitimidad y reconocimiento social que le confiere a una mujer el embarazo.

En la también ciudad brasileña de São Paulo, y a través de entrevistas en profundidad, Oliveira et al. (1999) analizaron en 1997 la interacción entre los procesos sociales (el contexto socio-cultural en que los varones han vivido) y la dimensión subjetiva (la lógica interpretativa de los varones respecto a su propia vida reproductiva) con relación a la práctica anticonceptiva en varones jóvenes de dos generaciones de sectores medios. Con respecto a la experiencia de los varones en el aborto, las autoras constatan, como en los estudios ya citados anteriormente, que el tipo de relaciones en la pareja marca diferencias en dicha experiencia: de nuevo, el aborto es la solución preferida para un embarazo no deseado en el contexto de una relación incidental o cuando no incluye planes futuros. No obstante, algunos hombres se convierten en padres bajo estas circunstancias, dado el deseo o imposición de su pareja, a veces en contra de sus propios deseos. La ambigüedad de los varones con respecto a este acto se expresa en términos de experiencias negativas, dolorosas y traumáticas, que en ocasiones llevaron a finalizar la relación. En el caso de las relaciones cortas o extramaritales, dicha ambigüedad se manifiesta, asimismo, en sentimientos de culpa, remordimiento o alivio. Entre los varones entrevistados hubo quienes dijeron, por ejemplo, haberse sentido muy incómodos por participar en la decisión y acompañar a su pareja a practicarse un aborto. Esta situación ambigua, de incomodidad y de alivio, surge no sólo de considerar el aborto como un acto de violencia contra el cuerpo de la mujer, sino de reconocer la legitimidad del deseo de ella de experimentar o no la maternidad. Asimismo, tal situación también obedece a las condiciones para acceder al aborto, determinadas, en gran medida, por el hecho de que, salvo por ciertas excepciones legales, el aborto sea un acto ilícito en Brasil y por lo tanto es practicado en condiciones clandestinas.

De los resultados del estudio cualitativo realizado por Cáceres (1998) con adolescentes y jóvenes de Lima, se encontró que el embarazo no deseado representa para los varones una barrera en su vida y que en su imaginario existe el riesgo de ser engañados por una chica que busque forzar una unión por medio del embarazo, mientras que para las mujeres éste es una deshonra. Sin embargo, algunos jóvenes reconocen en las mujeres la autoridad para decidir sobre el embarazo, al considerar que son ellas quienes experimentan la mayor parte de las consecuencias cuando éste es no deseado.

Anticoncepción: ¿práctica compartida o individual?

En el segundo eje de análisis, las actitudes y prácticas que expresan los varones acerca del papel y la influencia que ejercen en la práctica anticonceptiva de su pareja o bien acerca de sus propias experiencias con la misma, se conforman y moldean, como ante el hecho de la interrupción de un embarazo, en las relaciones de poder y en las identidades y roles masculinos y femeninos, construidos social y culturalmente en torno a los significados y valoraciones sobre la sexualidad y la reproducción. La paradoja, a la que se alude en la mayoría de los estudios, reside en la percepción que el varón tiene de la sexualidad como un ámbito predominantemente masculino, en el cual éste ejerce un control y poder sobre la sexualidad femenina. En cambio, el ámbito de la reproducción y su regulación es considerado como un espacio femenino del cual se responsabiliza la mujer. No obstante, el varón es visualizado con frecuencia como el actor protagónico, en términos del poder que ejerce en el proceso de decisiones en tal ámbito.

La gran mayoría de las investigaciones realizadas directamente con varones muestran que, por lo general, para ellos la mujer tiene más influencia en la decisión del embarazo. Su decisión es la que se impone en tal situación, además de que ella es la responsable por las consecuencias de emplear o prescindir de métodos anticonceptivos (Mora Villarreal, 2000; Álvarez Vázquez y Martínez, 2002). Sin embargo, es importante advertir que esta situación contrasta con los diversos estudios, basados en las encuestas de fecundidad realizadas desde los años 70 en América Latina, que evidenciaban que el varón suele oponerse y ser el principal obstáculo para que la mujer utilice métodos anticonceptivos.

Los estudios que dan cuenta del papel de los varones en la práctica anticonceptiva y la prevención de embarazos no deseados son también muy escasos. No obstante, algunos de los hallazgos confirman que existe una amplia y cambiante gama de factores y situaciones en torno a estas prácticas. Confirman respuestas y comportamientos diferenciados, según distintos grupos sociales, contextos culturales e institucionales, y sobre todo en generaciones distintas. A su vez, se encuentra una estrecha asociación con otros factores, entre los cuales destaca nuevamente, además del conocimiento, uso y fallas de los métodos anticonceptivos, el tipo de vínculo emocional y de arreglo de convivencia en la pareja. Los testimonios que se recabaron en entrevistas en diferentes países de la región mostraron cómo los varones envueltos en la vivencia de un aborto no se habían responsabilizado por el uso de algún método anticonceptivo. Sus respuestas sobre las razones de no utilizar la anticoncepción ilustran muy bien la influencia de algunos de los factores mencionados.

En estos estudios se distinguen diferentes tipos de respuesta que reflejan una actitud negligente en la prevención del embarazo: aquella que delega la responsabilidad en las mujeres, “pensé que ella se cuidaba”; la que obedece al

imaginario social frecuentemente prevaleciente de “no pensaba que se fuera a embarazar”; y por último, y en menor proporción, la relacionada con una falla del método, “ella usaba el DIU” o “se rompió el condón” (Guevara Ruiseñor, 1998; Zamberlin, 2000; Jiménez Guzmán, 2003). Son éstos factores vinculados con la presencia de algunos imaginarios que disminuyen la percepción del riesgo reproductivo para los hombres y para las mujeres. Es decir, la ausencia de una cultura preventiva.

Otras representaciones, más asociadas a las identidades masculinas para no utilizar la anticoncepción, se encuentran al considerar las razones expresadas por los varones, particularmente adolescentes y jóvenes adultos. Entre ellas, por ejemplo, se menciona el impulso incontrolable y natural de satisfacer su deseo sexual o un mayor deseo sexual que supera el temor de un embarazo, la demostración de su virilidad y la disposición a asumir riesgos en encuentros sexuales imprevistos y sin protección. El aborto es también considerado como una práctica frecuente de regulación de la fecundidad, regulación en la cual la responsabilidad de la prevención de los embarazos no deseados, y de la utilización de la anticoncepción, reside ante todo en la mujer.

La falta de información precisa y sobre todo el conocimiento de los métodos anticonceptivos es débil, impreciso y frecuentemente falso. Los obstáculos para acceder a la anticoncepción, los efectos adversos, reales o imaginarios de ciertos métodos, sus fracasos o la utilización incorrecta e irregular de algunos métodos masculinos (métodos naturales o preservativo), y las percepciones negativas en el uso de los preservativos (sensaciones de incomodidad, dificultades en su uso, falta de espontaneidad y, sobre todo, interferencias en el placer sexual), son otros elementos asociados al riesgo de embarazos no deseados que han sido enfatizados en la mayoría de estos estudios.

Adicionalmente, diversos estudios señalan que la mayor participación de los varones en la elección de un método anticonceptivo se relaciona, por un lado, con su percepción o en algunas ocasiones con su convicción de que es un tema en el cual debe existir una responsabilidad compartida. Por el otro, se advierte que la ausencia de compromiso o el mayor compromiso con la pareja es un elemento relevante para que los varones se involucren o no en la anticoncepción. Cuando las relaciones son estables (con la novia o la esposa) y el vínculo afectivo es fuerte, la responsabilidad de la anticoncepción es más compartida y se orienta fundamentalmente a prevenir embarazos no deseados. En cambio, en las relaciones ocasionales, de amistad y con menores sentimientos afectivos, hay una menor práctica anticonceptiva (Zamberlin, 2000; Guevara Ruiseñor, 1998; Jiménez Guzmán, 2003; GIRE, 2001; Arilha, 1999; Oliveira et al, 1999; Arias y Rodríguez, 1998; Cáceres, 1998). Un elemento central que se destaca en algunos estudios es la importancia de analizar el comportamiento de los varones considerando su cambiante trayectoria de la práctica anticonceptiva en el tiempo: en las primeras

relaciones sexuales suele caracterizarse por la escasa preocupación de los varones de evitar un embarazo; en cambio, en relaciones subsecuentes, se tiende a una mayor corresponsabilidad y compromiso con el uso de métodos preventivos por parte de ellos (GIRE, 2001).

Otro aspecto que amerita subrayarse, aunque haya merecido poca atención, se refiere al desarrollo de las tecnologías anticonceptivas y a la orientación de las políticas de control de la fecundidad como factores que inciden en la participación del varón en dicha práctica, aspecto en el cual ha prevalecido una desigualdad genérica. La investigación biomédica ha otorgado prioridad a inhibir la fecundidad, orientando los mayores recursos hacia el desarrollo de métodos modernos femeninos. Los métodos más antiguos –el coito interrumpido, la abstinencia periódica y el condón– pasaron a ser considerados de baja eficacia y desestimados por los programas de planificación familiar (PPF). Las limitadas opciones de métodos anticonceptivos reversibles para los hombres; y la orientación casi exclusiva de la planificación familiar hacia las mujeres son, sin duda alguna, elementos que han propiciado que los varones no participen de la misma manera que las mujeres en la regulación de la fecundidad, de que no se perciban como protagonistas en la anticoncepción, y en consecuencia, de que confieran la responsabilidad y el dominio de la misma a las mujeres, mientras se excluyen de su práctica o, en el mejor de los casos, asumen un rol secundario (Castro, 1998; Ringheim, 1996; Zamberlin, 2000; Zelaya et al, 1996). Como señalan otros autores, la experiencia y la decisión respecto a un aborto puede visualizarse como un proceso de exclusión genérica, ya que el discurso y la gestión de los programas se han centrado en la feminización de los derechos y de las prácticas reproductivas (Figueroa y Sánchez, 2000).

Finalmente, y retomando las interrogantes planeadas al inicio de este capítulo, otro aspecto que debe destacarse alude al poder que los varones ejercen en torno al aborto dentro y fuera de la esfera doméstica, un tema que merece especial atención por sus implicaciones en dicha práctica y sus consecuencias, así como para lograr que sea una práctica anticonceptiva libre. Esta influencia no sólo se hace patente en el ámbito de la pareja o de la familia, sino también en el ámbito institucional/social, sea éste el jurídico, el médico o el religioso. En tales esferas es evidente la dominación masculina y la fuerte influencia de las fuerzas religiosas, máxime en sociedades conservadoras, como las de la inmensa mayoría de los países latinoamericanos. Por lo tanto, las prácticas anticonceptivas y, en particular las abortivas, están aún lejos de llegar a ser una responsabilidad compartida, de libre autodeterminación y de respeto y garantía de los derechos reproductivos y sexuales. En particular de las mujeres, ya sea desde las normatividades legales, médicas, religiosas y culturales, hasta las intervenciones concretas y efectivas.³

³ Estos temas son abordados en los capítulos 1, 2 y 7 de la publicación de Guillaume y Lerner (2007).

PARA CONCLUIR

El papel de los varones en el proceso de decisión para interrumpir embarazos no deseados o inesperados, ya sea como árbitros o ejecutores que imponen su decisión o bien como actores que participan bajo diferentes modalidades en este proceso, sea en la esfera privada o en el ámbito público, es aún un tema insuficientemente estudiado. No obstante, los estudios y hallazgos existentes muestran la relevancia de incluirlos, tanto como alternativa analítica para una mejor comprensión de la problemática del aborto, de las adversas condiciones y severas restricciones bajo las cuales las mujeres optan por esta decisión, como para fines de diversas acciones, programas y políticas que se desarrollen al respecto. En estas últimas, sin duda se deben de considerar tanto los argumentos de los movimientos feministas que clara y acertadamente señalan que las mujeres son las dueñas y responsables de su cuerpo y, por tanto, de asumir la libre decisión en su vida sexual y reproductiva, como de los argumentos que subrayan la imprescindible y necesaria implicación de los varones, de una mayor toma de conciencia por parte de ellos acerca de su influencia y participación en este hecho, así como de intervenciones públicas dirigidas a ellos, prácticas de corresponsabilidad tanto en materia anticonceptiva como en la prevención de embarazos y en la resolución de los mismos.

De lo expuesto en los párrafos precedentes, la participación de los varones pareciera depender de manera predominante de las modalidades y condiciones de la relación (formal o no), como elementos determinantes de su implicación tanto en la anticoncepción como en el aborto. Esta determinación también es frecuentemente expresada a través de las voces de las mujeres, aunque asimismo aluden a la situación de dependencia económica y social de ellas y que ponen de manifiesto que su decisión permanece subordinada a las relaciones desiguales de género, al poder de los varones. Una subordinación que es más acentuada en determinados casos, como sería en situaciones de abuso sexual y violación.

Un conocimiento más amplio y riguroso sobre el tema requiere de llevar a cabo investigaciones con una mirada cruzada, que incorpore los discursos, experiencias y prácticas de los varones y de las mujeres sobre esta cuestión. Mas aún, y de manera reiterativa, resulta esencial analizar las implicaciones de los actores sociales que desde diversos ámbitos de autoridad y poder, ya sea como legisladores, personal de salud o autoridades morales y religiosas, influyen y determinan las condiciones de acceso al aborto y los riesgos asociados a esta práctica.

BIBLIOGRAFÍA

- Aliaga Bruch, S., & Michicao Barbery, X. (1995), *El aborto: una cuestión no sólo de mujeres*, La Paz, CIDEM, Centro de Información y Desarrollo de la Mujer.

- Álvarez Vázquez, L., & Martínez, M.T. (2000), "Anticoncepción y aborto en Cuba", en E.A. Pantelides, & S. Bott (Eds.), Reproducción, salud y sexualidad en América Latina, Buenos Aires, Editorial Biblos, pp.73-98.
- Arias, R., & Rodríguez, M. (1998), "A puro valor mexicano. Connotaciones del uso del condón en hombres de la clase media de la Ciudad de México", en S. Lerner (ed.), Varones, sexualidad y reproducción, México, El Colegio de México, pp.319-340.
- Arilha, M. (1999), "Homens, saúde reprodutiva e gênero: el desafío da inclusão", en K. Giffin, S.H. Costa, & (orgs.), Questões de saúde reprodutiva, Rio de Janeiro, Fiocruz, pp.455-467.
- Cáceres, C.F. (1998), "Jóvenes varones en Lima: dilemas y estrategias en salud sexual", en T. Valdés, & J. Olavarria (eds.), Masculinidades y equidad de género en América Latina, Santiago de Chile, FLACSO, pp.158-174.
- Castro Morales, P. (1998), "¿Qué razones exponen los hombres que están recurriendo a la vasectomía sin bisturí para limitar su fecundidad?", en S. Lerner (ed.), Varones, sexualidad y reproducción (pp. 341- 368), México, El Colegio de México.
- Fachel Leal, O., & Fachel, J.M.G. (1998), "Aborto: tensión y negociación entre lo femenino y lo masculino", en S. Lerner (ed.), Varones, sexualidad y reproducción, México, El Colegio de México, pp. 303-319.
- Faúndes, A., & Barzelatto, J. (2005), El drama del aborto. En busca de un consenso, Bogotá, Tecnopres Ediciones
- Figueroa Perea, J.G., & Sánchez Olguín, V. (2000), "La presencia de los varones en el discurso y en la práctica del aborto", Papeles de Población, 6(25), pp. 59-82.
- Figueroa Perea, J.G., & Sánchez Olguín, V. (2004), La presencia de los varones en el discurso y en la práctica del aborto, en F. Lozano Ascencio (ed.), El amanecer del siglo y la población mexicana", Cuernavaca, UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias/Sociedad Mexicana de Demografía, pp.257-275.
- Frye Helzner, J. (1996), "Men's involvement in family planning", Reproductive Health Matters, 7, 146-153.
- Grupo de Información en Reproducción Elegida (GIRE) (2001), Los hombres y el aborto, Temas para el debate, México, Grupo de Información en Reproducción Elegida (GIRE).
- Guevara Ruiseñor, E.S. (1998), "Amor y pareja en la responsabilidad de los hombres ante el aborto", en Asociación de Estudios de Población de la Argentina [AEPA], Centro de Estudios de Estado y Sociedad, & Centro de Estudios de Población [CENEP] (eds.), Trabajos del III Taller de Investigaciones Sociales en Salud Reproductiva y Sexualidad, 12, 13 y 14 de agosto de 1998, Buenos Aires, Argentina, AEPA, pp.161-180.
- Guillaume, A., & Lerner, S. (2007), El aborto en América Latina y el Caribe: una revista de la literatura de los años 1990 a 2005/ L'avortement en Amérique Latine et dans la Caraïbe. Une revue de la littérature des années 1990 à 2005/Abortion in Latin America and the Caribbean. A review of literature from 1990 to 2005, en Les Numériques du Ceped, Paris, Ceped/México, Colegio de México.
- Jiménez Guzmán, M.L. (2003), Dando voz a los varones. Sexualidad, reproducción y paternidad de algunos mexicanos, UNAM/CRIM. México.
- Lerner, S. (1998), Varones, sexualidad y reproducción: diversas perspectivas teórico metodológicas y hallazgos de investigación, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano/ Sociedad Mexicana de Demografía.
- Llovet, J.J., & Ramos, S. (2001), "El estudio del aborto inducido en América Latina: un balance parcial y algunas propuestas a futuro", en C. Stern, & J.G. Figueroa Perea (eds.), Sexualidad y salud reproductiva: avances y retos para la investigación (pp. 285-322), México, El Colegio de México.
- Mora Téllez, M., & Villarreal, C. (2000), Hombres y decisiones reproductivas, Bogotá, Fundación Oriéntame.
- Oliveira, M.C., Bilac, E.D., & Muszkat, M. (2001), "Men and contraception: a study on middle-

- class brazilian men”, en IUSSP (ed.), XXIV IUSSP General Conference, Salvador Brazil, p.29.
- Ortíz Ortega, A. (2001), Si los hombres se embarazaran, ¿el aborto sería legal? Las feministas ante la relación Estado-Iglesia católica en México (1871-2000), México, Edamex y Population Council.
- Ramos, S., Gianni, C., & Arias Feijoo, J. (2005), “Conocimientos, opiniones y actitudes de ginecólogos y obstetras sobre el aborto”, en P. Council (ed.), II Reunión de investigación sobre embarazo no deseado y aborto inseguro. Desafíos de salud pública en América Latina y el Caribe. México, El Colegio de México.
- Ringheim, K. (1996), “Wither methods for men: emerging gender issues in contraception”, Reproductive Health Matters, 7, 79-89.
- Rostagnol, S. (2003), “Representaciones y prácticas sobre sexualidad y métodos anticonceptivos entre hombres de sectores pobres urbanos”, Anuario de Antropología Social y Cultural, 39-55.
- Salcedo Fidalgo, H. (1999), “El aborto en Colombia: una exploración local de la experiencia masculina”, en Cuadernos de Investigaciones sobre Dinámica Social (ed.), El aborto inducido en Colombia. Bogotá, Universidad Externado de Colombia, Centro de investigaciones sobre dinámica social.
- Szasz, I. (1998), “Los hombres y la sexualidad: aportes de la perspectiva feminista y primeros acercamientos a su estudio en México”, en S. Lerner (ed.), Varones, sexualidad y reproducción, México, El Colegio de México, pp.137-162.
- Tolbert, K., Morris, K., & Romero, M. (1994), “Los hombres y el proceso de decisión respecto del aborto: hacia una teoría de las relaciones de género y el aborto”, en D. Special Programme of Research, and Research Training in Human Reproduction, World Health Organization [WHO], & Alan Guttmacher Institute [AGI] (Eds.), Encuentro de Investigadores sobre Aborto Inducido en América Latina y el Caribe, Bogotá, Universidad Externado de Colombia.
- Zamberlin, N. (2000), “‘La otra mitad’. Estudio sobre la participación masculina en el control de la fecundidad”, en M. Gogna (ed.), Feminidades y masculinidades. Estudios sobre salud reproductiva y sexualidad en Argentina, Chile y Colombia, Buenos Aires, CEDES, pp. 245-299.
- Zamudio Cárdenas, L., Rubiano Blanco, N.L., Wartenberg, L., Viveros, M., & Salcedo Fidalgo, H. (1999), El aborto inducido en Colombia, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, Centro de investigaciones sobre dinámica social.
- Zelaya, E., Peña, R., García, J., Berglund, S., Persson, L.A., & Liljestrand, J. (1996), “Contraceptive patterns among women and men in León, Nicaragua”, Contraception, 54, pp.359-365.

Distancia social y uniones conyugales en América Latina

Luis A. López Ruiz, Albert Esteve i Palós y Anna Cabré i Plá.

RESUMEN

A partir de muestras de microdatos censales, este artículo tiene como propósito examinar los niveles de homogamia educativa en seis países latinoamericanos: Brasil, Chile, Costa Rica, Ecuador, México y Venezuela. Para evaluar los niveles de homogamia se recurrió a la técnica de análisis log-lineal, incluyendo en los modelos algunas variables tradicionalmente asociadas con los altos niveles de desigualdad en la región: raza, etnia e inmigración. La evidencia presentada sugiere que: a) la tendencia a formar uniones homogámicas es mayor en los extremos de la jerarquía educativa; b) esta tendencia varía en función del sexo y grupo de pertenencia de los individuos; y c) no existe un patrón de conducta específico entre poseer una mayor escolaridad y los niveles de uniones interétnicas o interraciales.

Palabras clave: Homogamia Educativa; Mercados Matrimoniales; Nupcialidad.

ABSTRACT

On the basis of censuses microdata, this study examines the levels of educational homogamy in six Latin American countries: Brazil, Chile, Costa Rica, Ecuador, Mexico and Venezuela. Loglinear analysis is used to assess the degree of educational homogamy for each one, including in the models some variables traditionally associated with high level of social inequality in the region: race, ethnic and immigration. Evidence is presented which suggests that: a) the tendency to form homogamy unions is higher at the extremes of the educational hierarchy; b) this tendency varies depending on gender and group membership; and c) there is no specific behaviour pattern between having more education and the level of interracial or interethnic unions.

Keywords: Educational Homogamy; Marriage Markets; Nuptiality.

* Luis Angel López Ruiz. Universidad Autónoma de Barcelona, España
lalopez@ced.uab.es.

* Albert Esteve i Palós. Universidad Autónoma de Barcelona, España
aesteve@ced.uab.es.

* Anna Cabré i Plá. Universidad Autónoma de Barcelona, España
acabre@ced.uab.es.

INTRODUCCIÓN

Pocas decisiones en los itinerarios vitales de las personas son tan importantes como la elección de un cónyuge o pareja. Aunque el sentido común invita a considerar este fenómeno como algo relegado a los gustos y necesidades individuales, lo cierto es que la gran cantidad de instituciones religiosas, políticas y económicas establecidas para organizar los vínculos y la naturaleza del compromiso entre hombres y mujeres indica que existe algo más que factores biológicos o personales en juego.

Es así como a lo largo de la historia la mayoría de sociedades han constituido complejos entramados institucionales, no sólo para regular la transmisión de bienes materiales y culturales a través del matrimonio, sino también para asegurar alianzas entre familias y grupos sociales más amplios. La capacidad por parte de los sistemas familiares y de género para anteponer sus necesidades grupales a las individuales se originaba en la naturaleza misma del vínculo matrimonial, pues durante siglos el matrimonio cumplió muchas de las funciones que hoy cumplen los mercados y los gobiernos: “Organizaba la distribución de los bienes y personas. Establecía alianzas políticas, económicas y militares. Coordinaba la división del trabajo por género y por edad. Determinaba los derechos y obligaciones personales de las personas en las más diversas esferas, desde las relaciones sexuales a los derechos sucesorios de propiedad.” (Coontz, 2006, p. 25).

Sin embargo la capacidad de estos sistemas para regular la vida marital no se ha mantenido inmutable a lo largo del tiempo, sino que más bien ha tendido a debilitarse. Los procesos modernizadores acontecidos con mayor o menor intensidad en los distintos contextos locales y regionales han modificado significativamente la forma en que el matrimonio, como institución social, se vincula con las estructuras de dominación y jerarquización. Estas transformaciones implican cambios significativos relacionados con la dinámica de los mercados matrimoniales y la forma en que las personas se emparejan. Ambos aspectos son de suma importancia cuando se pretende analizar la formación de familias y las decisiones reproductivas que se toman en el seno de las uniones conyugales.

Una de las regiones del planeta en donde son relativamente escasas las investigaciones referidas a este tema es la que conforman los países latinoamericanos. El análisis de la composición de los mercados matrimoniales y la forma en que éstos se estructuran a partir de diversos ejes de desigualdad social, tales como la educación, el género o la etnia reviste especial interés. Sobre todo considerando la evolución experimentada por la región durante las últimas décadas, en términos de la aceleración de los procesos de transición demográfica; las altas tasas de participación femenina en los mercados de trabajo y la incorporación masiva de las mujeres al sistema educativo formal.

Tomando en consideración estas nociones elementales, el objetivo central del presente estudio consiste en explorar el papel que desempeñan la educación y la condición etnoracial o migratoria en la conformación de las uniones conyugales. Para cumplir con este propósito, se utilizan muestras de microdatos censales provenientes de seis países latinoamericanos: Brasil, Chile, Costa Rica, Ecuador, México y Venezuela. El análisis consiste en la aplicación de una serie de modelos de regresión log-lineales. Los datos utilizados proceden del proyecto IPUMS, con base en el Minnesota Population Center (2006). Se seleccionaron todas las personas comprendidas entre las edades 30-39 años, que al momento de la última ronda censal se encontraban casadas o en unión libre.

El artículo se desarrolla a lo largo de cinco apartados. En el apartado de elementos conceptuales se realiza un breve recorrido por la literatura existente y se exponen algunos de los conceptos básicos que guían el diseño de este trabajo. En la tercera parte se contextualizan algunas de las transformaciones asociadas con los procesos de modernización que influyen sobre la dinámica de los mercados matrimoniales. En el cuarto apartado se describen las fuentes de datos y la metodología utilizada. En la quinta sección se exponen los resultados obtenidos derivados de la aplicación de los modelos de regresión log-lineal para cada país y, finalmente, el último apartado corresponde a las conclusiones.

ELEMENTOS CONCEPTUALES

El término homogamia se aplica aquí cuando se unen dos personas similares en función de algunos rasgos socialmente significativos vinculados al sistema de jerarquización social. Estos rasgos pueden ser adscritos (etnia, raza) o socialmente adquiridos (educación, religión, ocupación, etc.). Para referirse a la situación opuesta (es decir uniones entre personas con características disímiles), se utiliza el término heterogamia. Asimismo, suele tomarse como punto de referencia la posición de la mujer al interior de la pareja¹ para distinguir dos tipos de situaciones: hipergamia, cuando la mujer se une con un hombre que se encuentra mejor posicionado en relación con el sistema de jerarquización social o; hipogamia, cuando la mujer es la que ocupa la posición más elevada en dicha jerarquía.

La homogamia constituye un tema clásico en el ámbito de los estudios acerca de la familia. Burgess (1943), ubica las primeras revisiones bibliográficas del tema a partir de 1912, con los trabajos de Harris (1912), Jones (1929) y Richardson (1939). Entre algunas de las debilidades que caracterizaban los estudios que se realizaban por aquellos años, el propio Burgess menciona el fuerte acento en las características físicas e intelectuales de los cónyuges, así como la falta

¹ Medida en términos de alguna variable de naturaleza jerárquica que sea socialmente significativa, como por ejemplo: escolaridad, ocupación, ingresos, etc.

de un esfuerzo sistemático por investigar la influencia de los factores sociales y culturales sobre los emparejamientos selectivos. Durante las décadas siguientes, diversos autores (Davis, 1941; Merton, 1941; Hollingshead, 1950; Winch, Ktsanes & Ktsanes, 1954; Coombs, 1961; Kerckhoff, 1964; Trost, 1965; Murstein, 1967) contribuyeron decisivamente al refinamiento teórico y conceptual dentro de este campo de investigación, proponiendo distintos enfoques para explicar los factores que se encuentran detrás de los procesos de selección de pareja. Sin embargo, puede afirmarse que es a partir de la década de los ochenta cuando se acentúa la preocupación por estudiar los mecanismos estructurales subyacentes a las decisiones maritales (Surra, 1990), y por desarrollar metodologías para controlar los efectos de estructura sobre las conductas de emparejamiento (Hout, 1982; Goldman, Westoff & Hammerslough, 1984; Schoen, 1986; Gray, 1987; McCaa, 1993). La mayoría de investigaciones que se realizan en la actualidad se han nutrido de estos avances, principalmente en lo que se refiere a la utilización de modelos estadísticos multivariados, entre los cuales destacan los modelos log-lineales de amplia utilización en este tipo de estudios.

En términos generales, las aportaciones realizadas pueden clasificarse en dos grandes grupos (South, 1991; Pullum & Peri, 1999), dependiendo del énfasis otorgado a las distintas dimensiones involucradas durante el proceso de elección de pareja: a) los enfoques vinculados a la teoría del intercambio social y, b) aquellos que se orientan en mayor medida al estudio de las características estructurales de los mercados matrimoniales. En el primer caso, el proceso de elección de cónyuge o pareja es fundamentalmente un acto de naturaleza transaccional. Se asume la premisa de que los procesos de selección en las modernas sociedades occidentales funcionan a través de mecanismos de mercado (Goode, 1963; Lévi Strauss, 1969). Esto significa que los individuos tienden a orientarse, en mayor o menor medida, por el principio de maximización de ganancias, referido a aquellas características positivamente valoradas por la sociedad: belleza, capital económico, capital cultural, capital educativo, etc. (Edwards, 1969; Becker, 1987; Schoen, Wooldredge & Thomas, 1989). En el segundo caso, es decir, desde un punto de vista más cercano a la dinámica estructural de los mercados matrimoniales, se confiere especial énfasis a los límites que la estructura poblacional impone a las posibilidades de contacto e interacción de los posibles candidatos (Blau, Blum & Schwartz, 1982; Lichter, Anderson & Hayward, 1995). En realidad, estos enfoques no representan tendencias opuestas, sino más bien complementarias. Kalmijn (1998) sugiere que un adecuado abordaje del tema debería considerar tres factores estrechamente relacionados: 1) las preferencias individuales; 2) la influencia del grupo social al cual pertenecen los miembros de la pareja y; 3) los límites del mercado matrimonial en el cual se interrelacionan estas personas.

En relación con los resultados obtenidos, prácticamente todas las investigaciones realizadas hasta el día de hoy han concluido que la unión entre

personas con características similares es la pauta predominante (Kalmijn, 1998). Este fenómeno ha sido estudiado considerando distintas dimensiones, tanto en función de las particularidades de cada contexto social, como de los intereses de los investigadores. De esta forma, se han utilizado variables tales como la raza (Qian, 1997), religión (Kalmijn, 1991), ocupación (Hout, 1982), edad (Bozon, 1991; Cabré, 1993), proximidad residencial (Katz & Hill, 1958) y educación (Mare, 1991). La mayoría de investigadores suele explicar los resultados de sus trabajos a partir de ciertas transformaciones vinculadas a los procesos de modernización e individualización. Entre los factores más mencionados sobresalen: 1) la incorporación de la mujer en distintos espacios de la vida pública, como por ejemplo los mercados laborales y el sistema educativo formal; 2) el paso de una sociedad en donde predominan los criterios adscriptivos de estatus (etnia, género u origen social) a una en donde predominan los criterios adquiridos (la ocupación o la educación); y 3) un lento proceso de erosión de los fundamentos mismos del sistema de dominación patriarcal. Teóricamente, estos factores amplían las posibilidades de tomar decisiones con respecto a una amplia gama de situaciones, fortaleciendo el papel que ejercen los mecanismos de mercado en la búsqueda de pareja. En otras palabras: “La relación entre familia y biografía individual se afloja” (Beck & Beck-Gernsheim, 1998, p. 58).

Uno de los recursos mejor valorados en los mercados matrimoniales de las sociedades occidentales modernas es la educación. En primer lugar, el poder de la dimensión educativa se origina en su eficiencia como principio de diferenciación social al interior de las estructuras sociales (Bourdieu, 2006). Asimismo, los sistemas educativos constituyen mercados matrimoniales sumamente eficaces, pues reúnen a personas de distintos sexos e inquietudes similares durante períodos de tiempo relativamente extensos, aumentando las probabilidades de formar parejas homogámas entre los compañeros de estudio (Mare, 1991; Blossfeld & Timm, 2003). En este sentido, el comportamiento de los candidatos más escolarizados es especialmente importante, pues al unirse entre ellos encauzan al resto de los grupos a un comportamiento similar (Smits, 2003; Schwartz & Mare, 2005; Esteve & McCaa, 2007).

Sin embargo, debe aclararse que estos mecanismos de mercado tienden a operar en formas variadas. Esta diversidad se genera a partir de las circunstancias políticas, económicas, sociales y culturales de cada contexto particular. Siguiendo a Goode: “Todos los sistemas de cortejo constituyen sistemas de mercado o de intercambio. Difieren uno de otro con respecto de quién realiza la compra y la venta, cuáles características son menos o más valoradas y qué tan explícita o abierta es la negociación.”(Goode, 1963, p. 8). De ahí la importancia de las investigaciones comparativas, pues nos permiten apreciar las regularidades subyacentes a las distintas estructuras y contextos sociales.

En el caso latinoamericano, el acelerado proceso de modernización económica, política y social llevado a cabo durante las últimas décadas, unido a

los índices de desigualdad social más altos del planeta, hacen de la educación un criterio de jerarquización social especialmente importante. Dada esta situación, sería razonable esperar que las mayores barreras entre los grupos se encuentren a ambos lados de la jerarquía educativa. En este contexto, altos niveles de homogamia educativa contribuyen en alguna medida a que los niveles de inequidad social se perpetúen a través de generaciones, en función de la acumulación (positiva o negativa) de los recursos económicos y culturales de ambos individuos.

EL CONTEXTO LATINOAMERICANO

Los elementos distintivos que caracterizan las pautas de emparejamiento entre hombres y mujeres latinoamericanas se inscriben en un contexto más amplio de transformación de las esferas económica, sociodemográfica y cultural. Estas transformaciones han potenciado a su vez diversos cambios en relación con los sistemas familiares y de género, promoviendo una creciente autonomía y control de las personas sobre su propia sexualidad. Entre algunas de las transformaciones más significativas a partir de mediados de los años sesenta asociadas directamente con la familia y el papel de las mujeres en las sociedades de América Latina se encuentran: la aceleración de los procesos de transición demográfica; las altas tasas de participación femenina en los mercados de trabajo; y la incorporación masiva de las mujeres al sistema educativo formal. Estos cambios a su vez ocurren paralelamente a un lento proceso de erosión de los fundamentos mismos del sistema de dominación patriarcal. Tomados en conjunto, estos procesos de carácter estructural aumentan las probabilidades de que hombres y mujeres con similares cualificaciones educativas y ocupacionales se encuentren e interactúen al interior de los mercados matrimoniales, aumentando las posibilidades de establecer uniones homogámas.

Transición demográfica y patrones de nupcialidad

A pesar de estas diferencias específicas entre países, existe amplio consenso entre los demógrafos de la región en cuanto a que la intensificación de este proceso se ubica a mediados de la década de los años 60 con pronunciadas caídas en las tasas de fecundidad (Zavala de Cosío, 1995; Rodríguez Wong, De Carvalho & Aguirre, 2000). En la actualidad prácticamente toda la población se ha incorporado al proceso de transición demográfica (Chackiel, 2004), situación especialmente válida para los países que componen la población objeto de este estudio. De estos, tres de ellos se encuentran ubicados en la fase avanzada del proceso: Chile, Brasil y Costa Rica, mientras que los otros tres se ubican aún en la fase plena: Ecuador, Venezuela y México (CEPAL -Comisión Económica para América Latina y el Caribe, 2005). Hacia el año 2000, las tasas de fecundidad en los países bajo

estudio iban desde 2,8 hijos por mujer en Ecuador, hasta 2,0 hijos por mujer en Chile (CELADE -Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía, 2004). Otro aspecto importante de este proceso para efectos de este estudio, se relaciona con los patrones de nupcialidad, principalmente en lo que atañe a la reducción de las diferencias de edad a las primeras nupcias entre hombres y mujeres, tal y como puede apreciarse en el cuadro 1. Las posibilidades de formar una unión con una persona que posea un nivel de estudios similar al propio aumentan conforme disminuye la diferencia de edad entre los miembros de la pareja.

País	Hombres					Mujeres					Diferencias entre sexos				
	1950	1960	1970	1980	1990*	1950	1960	1970	1980	1990*	1950	1960	1970	1980	1990*
Brasil	26.2	25.3	25.8	23.0	22.6	22.7	3.2	2.7	3.1
Chile	27.0	26.4	25.5	25.7	25.8	23.7	23.5	23.3	23.6	23.4	3.3	2.9	2.2	2.1	2.4
Costa Rica	26.2	25.5	25.4	25.1	21.9	20.8	21.7	22.2	4.3	4.7	3.7	2.9
Ecuador	25.6	25.1	24.8	24.3	24.9	21.1	20.7	21.1	21.1	21.8	4.5	4.4	3.7	3.2	3.1
México	24.4	24.4	24.1	24.6	21.1	21.2	20.6	22.4	3.3	3.2	3.5	2.2
Venezuela	26.5	25.7	25.5	24.8	25.4	18.1	17.8	20.4	21.2	22.1	8.4	7.9	5.1	3.6	3.3

Fuentes: Naciones Unidas. (1990). First Marriage: Patterns and Determinants. New York.
 * Naciones Unidas. (2000). World Marriage Patterns. New York.

Mercados de Trabajo

Hacia finales de la Segunda Guerra Mundial, las sociedades latinoamericanas se caracterizaban por ser predominantemente rurales. El porcentaje de la población económicamente activa en la zona dedicada a las labores agrícolas alcanzaba el 55 por ciento (Szasz & Pacheco, 1995). Durante el período de posguerra, las economías de la región impulsaron fuertemente una estrategia económica caracterizada por el desarrollo de un proceso de industrialización sustitutivo de importaciones, orientado básicamente al mercado interno y tendiente a lograr una dinámica de crecimiento económico autosostenido. Esta estrategia posibilitó intensos procesos de urbanización y concentración de la población, a la vez que transformó fuertemente la composición interna de los mercados de trabajo. Para el tiempo en que este modelo de desarrollo se había agotado (finales de los años setenta), América Latina había pasado de ser un subcontinente rural a una región cuya población se concentraba en los sectores de la industria y servicios, con importantes procesos de movilidad social de la mano de obra local y mejoras considerables en los niveles de vida y acceso a los servicios de salud y educación para amplios grupos poblacionales.

El abandono de este modelo significó para los países de la región el inicio de un importante período de ajustes, caracterizado por la reorientación de sus economías hacia los mercados internacionales. Este cambio de estrategia iniciado a principios de la década de los ochenta, se tradujo en fuertes medidas de apertura comercial y financiera, un intenso proceso de privatización de las instituciones públicas, la desregulación de los mercados laborales y, en términos generales, la redefinición del rol del Estado hacia una menor intervención en la economía; fenómenos que sucedían al mismo tiempo que se deterioraba la calidad de vida y aumentaba la pobreza en la región. Es precisamente en el marco de estos intensos procesos de cambio en donde se hacen patentes los incrementos en las tasas de participación femenina, estimulados en gran medida por la terciarización de la economía², la proliferación de industrias maquiladoras y, en términos generales, de las estrategias de flexibilización y segmentación de los mercados laborales a escala global tendientes a abaratar los costos de la mano de obra (Szasz & Pacheco, 1995; Ariza & De Oliveira, 2001). Estos aumentos en las tasas de participación femenina son apreciables para todos los países contemplados en este estudio, sobre todo en los casos de Brasil, México y Venezuela, cuyas poblaciones constituyan poco más de la mitad de los habitantes de la región para el año 2000. En estos países sus tasas de participación femenina entre 1960 y 2005 se incrementaron 157%, 154% y 115% respectivamente, seguidos por Costa Rica con un 112%, Ecuador con un 98% y Chile con un 73% (CELADE -Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía, 1999).

Acceso a la Educación

Lógicamente, el aumento de las tasas de participación femenina en el mercado laboral no obedece exclusivamente a los factores de carácter macroeconómico descritos, sino que también fue propiciado en gran medida por la reducción del tiempo dedicado a las labores reproductivas (asociada a la caída de las tasas de fecundidad descritas anteriormente) y el aumento en los niveles educativos de las mujeres. Este último factor es de suma importancia, dado que las desigualdades de acceso a la educación entre hombres y mujeres se encontraban (y aún se encuentran en algunas zonas) estrechamente asociadas con la división sexual del trabajo, la cual relega a las mujeres a la esfera privada de la reproducción y los cuidados familiares. En el caso latinoamericano, durante las últimas décadas se han dado importantes avances en la reducción de estas desigualdades en casi todos los países de la región. De hecho, la CEPAL ha sostenido durante los últimos años el argumento de que “hoy en la región prácticamente no se registran desigualdades de acceso entre hombres y mujeres” (CEPAL, 2002, p. 93).

² Mediante el aumento de ocupaciones consideradas como tradicionalmente femeninas, tales como maestras, secretarias, recepcionistas, enfermeras y meseras, entre otras.

CUADRO 2

Distribución de la matrícula estudiantil según nivel sexo y razón de paridad educativa entre hombres y mujeres. América Latina: países seleccionados.1970-2003

Nivel y País	1970			2003		
	Hombres	Mujeres	Razón de paridad	Hombres	Mujeres	Razón de paridad
<i>Primaria</i>						
Brasil	6443116	6368913	0.99	9890936	9028186	0.91
Chile	1029458	1010613	0.98	882953	830585	0.94
Costa Rica	178486	170892	0.96	280870	260624	0.93
Ecuador	526104	490379	0.93	1012405	975060	0.96
México	4814783	4433507	0.92	7604635	7252556	0.95
Venezuela	890820	878860	0.99	1778964	1671020	0.94
<i>Secundaria</i>						
Brasil	2024004	2062069	1.02	11866559	12726010	1.07
Chile	141759	160305	1.13	786706	770414	0.98
Costa Rica	29949	31119	1.04	151543	154397	1.02
Ecuador	118227	98500	0.83	489985*	482792*	0.99
México	974673	609669	0.63	4945860	5242325	1.06
Venezuela	209703	215443	1.03	885856	980258	1.11
<i>Terciaria</i>						
Brasil	268297	162176	0.60	1740131	2254291	1.30
Chile	48305	30125	0.62	295836	271278	0.92
Costa Rica	8738	6735	0.77	37891	41608	1.10
Ecuador	27063	11629	0.43	163526*	108430*	0.66
México	197793	49844	0.25	1126297	1110494	0.99
Venezuela	59617	41150	0.69	481539	501678	1.04

Fuente: CEPALSTAT: Estadísticas e Indicadores Sociales (BADEINSO).

* Con base en datos para el año 1987.

El cuadro 2 muestra la magnitud de estos avances para el período comprendido entre los años 1970 y 2003, en función del indicador denominado razón de paridad educativa entre hombres y mujeres. El indicador se obtiene de dividir el total de mujeres matriculadas entre el total de hombres matriculados para un año en particular. De esta forma, un valor de 1 indicaría que existe igual número de hombres y mujeres matriculados; mientras que uno de 0,25 significaría que por cada mujer existen 4 hombres matriculados. En relación con la primaria, el cuadro 2 muestra que ya para el año 1970 existían altos niveles de igualdad entre niños y niñas si se compara con lo que acontece en los otros niveles educativos. La situación varía sustancialmente a nivel de secundaria. Al respecto, es importante destacar la evolución del indicador hacia valores cercanos a la unidad en la mayoría de países, sobre todo en México y Ecuador, quienes presentaban las menores tasas de matrícula femenina en 1970 y que al final del período considerado obtuvieron los avances más notables. Esta tendencia hacia

la nivelación entre hombres y mujeres hacia el 2003 también es apreciable en relación con la educación terciaria, sólo que en este caso la evolución ha sido más dramática en todos los países. Por ejemplo, para el año 1970 en México, por cada mujer existían cuatro hombres matriculados en el nivel de educación superior (valor de 0,25), mientras que para el 2003 la proporción de hombres y mujeres era casi idéntica (valor de 0,99). Cambios similares se advierten en los demás países e incluso, en el caso de Brasil para el año 2003, las cifras se invierten totalmente con 130 mujeres matriculadas por cada 100 hombres.

El hecho de que la educación superior fuera un ámbito especialmente reservado para los varones cuatro décadas atrás se refleja al comparar los altos valores del indicador obtenidos en la educación secundaria para 1970 en países como Brasil, Venezuela, Costa Rica y, especialmente Chile; con los bajos valores para ese mismo año en relación con la educación superior. En términos prácticos, podría suponerse que si bien es cierto que una mayor cantidad de mujeres poseían estudios secundarios en comparación con los hombres, también es cierto que una mayor cantidad de mujeres no continuaba sus estudios superiores, incrementándose en gran medida las diferencias entre ambos sexos.

METODOLOGÍA

Los datos utilizados en esta investigación proceden de las muestras integradas de microdatos censales puestas a disposición por el proyecto Integrated Public Use of Microdata Series (IPUMS), con sede en el Population Center de la Universidad de Minnesota. En concreto, se trata de las muestras de hogares para los casos de Brasil 2000 (6%), Chile 2002 (10%), Costa Rica 2000 (10%), Ecuador 2001 (10%), México 2000 (10,6%) y Venezuela 1990 (10%). Para Venezuela se trabaja con el 1990 puesto que era el último año censal disponible al momento de realizar este trabajo. A excepción de México, los hogares de las muestras se han seleccionado de forma sistemática a partir del fichero original: uno de cada diez hogares y, en el caso de Brasil, uno de cada dos hogares que respondieron el cuestionario extenso. Para México 2000, la selección de los hogares se realizó según un método de muestreo estratificado, que obliga a la utilización de los factores de expansión.

A partir de estas muestras, se seleccionaron aquellas parejas cuyos miembros residían en el mismo hogar en el momento del censo, indistintamente del tipo de unión (matrimonio o unión consensual). Todas aquellas personas que estando emparejadas no convivían con su cónyuge en el momento del censo han sido descartadas al no poder conocerse las características del mismo. En el caso de Chile esto afecta al 2.4% del total; en Brasil al 2.2%; en Costa Rica al 2.6%; en Ecuador al 1.8%; en México al 1.7%; y en Venezuela al 3.2%. Aunque no es claro ni existe literatura sobre el efecto que este hecho pueda ocasionar sobre la representatividad de las parejas observadas. Para garantizar la comparabilidad de

los datos entre países y reducir el efecto que la disolución de las uniones pueda tener sobre los resultados, se limitó el análisis a aquellas parejas en las que ambos cónyuges tienen entre 30 y 39 años. La limitación por edad de las parejas es una práctica común en este tipo de investigaciones, especialmente cuando se trabaja con datos de prevalencia y no de incidencia, como es el caso de los censos de población. En primer lugar, por debajo de cierta edad, por ejemplo los 25 años, la proporción de individuos que todavía no están conviviendo en pareja es mayor que a los 30 años. Aunque el verdadero elemento de sesgo radica en el hecho de que el riesgo de no estar conviviendo en pareja a los 25 años varía, entre otras cosas, debido al nivel de estudios. De este modo, si se considerasen parejas jóvenes se estaría subestimando muy probablemente a aquellas parejas en las que ambos cónyuges o uno de ellos tiene estudios superiores. El límite superior de edad es utilizado para limitar el sesgo que puede introducir la disolución diferencial de las uniones. Es decir, el hecho de que las uniones tiendan a disolverse más o menos en función de las mismas características de los cónyuges (efecto de selección). Aunque no existe evidencia sobre estos aspectos para los países examinados, se aplicó esta restricción con base en los hallazgos provenientes de otros contextos (F. L. Jones, 1996; Kalmijn, de Graaf, & Janssen, 2005).

El nivel de instrucción tomado como referencia es el declarado en la fecha censal y, por tanto, no se corresponde con el que tenían los cónyuges en el momento de casarse o unirse. El reto de esta investigación radica en la creación de una clasificación por nivel educativo que sea comparable entre países. De entrada, los países estudiados no comparten los mismos niveles educativos. En el sistema brasileño las divisiones se observan a los 4 años de escolarización (Primaria), a los 8 (Secundaria básica), a los 11 (Secundaria superior) y a los 15 y más (Estudios Superiores). En Chile, las divisiones son a los 8 años (Primaria), 12 años (Secundaria) y 17 y más (Estudios superiores). En Costa Rica son a los 6 años (Primaria), 11 años (Secundaria) y 16 y más (Estudios superiores). En Ecuador a los 6 años (Primaria), 9 años (Secundaria elemental), 12 años (Secundaria) y 16 y más (Estudios superiores). México presenta sus principales divisiones a los 6 años de escolarización (Primaria), a los 9 (Secundaria Elemental) a los 12 (Secundaria) y a los 16 y más (Estudios superiores). En Venezuela, las principales divisiones se establecen a los 6 años de escolaridad (Primaria), a los 12 (Secundaria) y a los 17 y más años (Estudios superiores). Finalmente se optó por una clasificación en cuatro categorías: Menos de Primaria, Primaria Completa, Secundaria Completa y Terciaria Completa; elaborada a partir de la variable EDATTAN construida por IPUMS. EDATTAN registra el máximo nivel educativo alcanzado o por el que se ha obtenido un diploma, y utiliza la clasificación internacional de Naciones Unidas que establece la primaria en 6 años, la secundaria elemental en primaria más 3 y la secundaria superior en secundaria elemental más 3. Los niveles de instrucción de cada país se han adaptado a esta clasificación. Los detalles sobre

la codificación de esta variable están disponibles en la página web del proyecto IMPUMS-International.

A la hora de considerar la dimensión etnoracial y migratoria, se clasificó a los individuos según su pertenencia a uno u otro grupo. Sin embargo, tanto las características propias de cada país, como la disponibilidad de información contenida en las fuentes censales, obligan a utilizar criterios distintos. En el caso de Costa Rica y Venezuela se utilizó el lugar de nacimiento para identificar a los nacidos en el país y los nacidos en el extranjero. Esto se realiza como una forma de aproximarse a la dimensión migratoria, de reconocida importancia histórica en ambos países (Martínez Pizarro, 2003; Pellegrino, 2003). Por otra parte, en Brasil y Ecuador se utilizó la raza. Y, finalmente, en Chile y México las personas se clasifican según pertenezcan o no a un colectivo indígena. Diversos estudios indican que la dimensión etnoracial en estos últimos cuatro países se encuentra fuertemente asociada con los niveles de desigualdad social y, consecuentemente, con el acceso a la educación (CELADE -Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía, 2006; Hopenhayn, Bello, & Miranda, 2006). Al introducir las dimensiones étnica, racial y migratoria en el análisis, se controla el efecto de las desigualdades en el acceso a la educación sobre los niveles de homogamia observados entre los distintos grupos.

Para calcular la propensión hacia la homogamia educativa en función de los distintos niveles de escolaridad y grupos de pertenencia se ha optado por la aplicación de la metodología de análisis log-lineal. Los modelos log-lineales son un caso específico de la familia de modelos lineales generalizados, para datos que asumen una distribución Poisson. Se utilizan usualmente en el análisis de tablas de contingencia en donde la relación entre dos o más variables, categóricas o discretas, se lleva a cabo mediante la transformación logarítmica de las frecuencias de aparición de casos en las distintas celdas. Las variables analizadas bajo este tipo de procedimiento son tratadas como variables de respuesta; es decir, no se distingue entre variables dependientes e independientes. En este sentido, este tipo de modelos sólo muestra los niveles de asociación entre las distintas variables involucradas (Agresti, 1990). Otras de las características que hacen a este tipo de modelos especialmente valiosos para efectos de este trabajo, es que consideran todas las interacciones posibles al interior del mercado matrimonial sin necesidad de fragmentarlas y descomponen jerárquicamente cada uno de los efectos, ofreciendo parámetros específicos del efecto de pertenecer a un grupo A, B, así como el efecto de pertenecer a ambos simultáneamente (Esteve & McCaa, 2007). Los modelos log-lineales son conocidos por su capacidad de extraer información de las interacciones que existen en una tabla de contingencia, controlando el efecto que los marginales de la tabla ejercen sobre estas mismas interacciones, razón por la cual tienden a prevalecer en este tipo de investigaciones (F. L. Jones, 1991; Kalmijn, 1991; Mare, 1991; Qian, 1997). En su forma más elemental, el

modelo que estima las frecuencias esperadas para una tabla de doble entrada (2x2) se establece en los siguientes términos:

$$h(F_j) = \mu + \lambda_i^A + \lambda_j^B + \lambda_{ij}^B$$

En donde:

$h(F_j)$: es el logaritmo natural de la frecuencia esperada de la fila i columna j de la tabla de contingencia;

μ : promedio total del logaritmo natural de las frecuencias esperadas;

λ_i^A : el efecto principal para la variable A;

λ_j^B : el efecto principal para la variable B; y

λ_{ij}^B : el efecto de la interacción entre A y B.

Los tres primeros términos del lado derecho de la ecuación constituyen lo que se denomina como modelo de independencia. Cuando se le añade el cuarto elemento se obtiene el modelo saturado. La gama de resultados que se obtiene entre ambos extremos representados por estos dos tipos de modelos brinda importante información para efectos de análisis. En el presente estudio se aplicó el mismo modelo para todos los países considerados. Su estructura se formaliza en los siguientes términos: [AC, BD, AB, CD, ACD, BCD, CAB, DA].

En donde:

A: grupo de pertenencia del hombre; B: grupo de pertenencia de la mujer; C: nivel de escolaridad del hombre; y D: nivel de escolaridad de la mujer.

RESULTADOS

El cuadro 3 muestra la distribución de la población analizada en función del sexo, grupo de pertenencia y niveles de escolaridad. En síntesis, puede afirmarse que los datos agregados apoyan las tendencias descritas en el tercer apartado, relacionadas con la reducción de la brecha educativa entre hombres y mujeres en los distintos países. Sin embargo, al desagregar esta información con base en algunos ejes de desigualdad típicos de la región, tales como la etnia, raza o país de origen, es evidente que aún persisten desigualdades importantes. Por lo general, estas desigualdades tienden a concentrarse en los grupos indígenas, afrolatinos o inmigrantes. Asimismo, al interior de cada uno de estos grupos, las desigualdades de género en relación con los logros educativos tienden a manifestarse con mayor frecuencia.

CUADRO 3

Distribución de la población de 30 - 39 años, casada o unida, según escolaridad y grupo de pertenencia. América Latina: países seleccionados (porcentajes)

Brasil 2000						
<i>Hombres</i>	n	P Inc.	P Com.	S Com.	Univ	
Blancos	2815428	(56,2%)	36,5	28,2	25,2	10,2
Mestizos	1827880	(36,5%)	57,9	25,0	14,8	2,3
Afrolatinos	328041	(6,5%)	57,1	26,3	14,5	2,1
Asiáticos	20480	(0,4%)	13,7	14,5	35,5	36,2
Indígenas	20650	(0,4%)	60,4	25,5	13,0	1,1
Total	5012479	(100%)	45,6	26,8	20,7	6,8
<i>Mujeres</i>						
Blancos	2946303	(58,8%)	35,3	27,3	26,9	10,5
Mestizos	1760423	(35,1%)	53,4	26,3	17,9	2,5
Afrolatinos	265264	(5,3%)	56,2	25,6	16,1	2,1
Asiáticos	20187	(0,4%)	15,7	15,4	35,4	33,5
Indígenas	20302	(0,4%)	65,1	21,1	11,2	2,6
Total	5012479	(100%)	42,8	26,8	23,1	7,3

México 2000						
<i>Hombres</i>	n	P Inc.	P Com.	S Com.	Univ	
No Indíg.	2811099	(95,0%)	17,2	50,8	17,7	14,3
Indígenas	149380	(5,0%)	46,4	41,3	7,6	4,7
Total	2960479	(100%)	18,7	50,3	17,2	13,8
<i>Mujeres</i>						
No Indíg.	2816779	(95,1%)	18,8	52,3	18,7	10,2
Indígenas	143700	(4,9%)	56,9	35,4	5,3	2,5
Total	2960479	(100%)	20,7	51,5	18,1	9,8

Ecuador 2001						
<i>Hombres</i>	n	P Inc.	P Com.	S Com.	Univ	
Mestizos	225690	(78,3%)	19,9	44,3	25,0	10,7
Blancos	28580	(9,9%)	13,3	37,3	32,5	16,9
Indígenas	19080	(6,6%)	45,5	45,4	7,1	1,9
Mulatos	7510	(2,6%)	26,1	46,9	20,9	6,1
Afrolatinos	6290	(2,2%)	34,5	46,6	15,3	3,7
Otro	980	(0,3%)	17,3	43,9	25,5	13,3
Total	288130	(100%)	21,4	43,8	24,3	10,5
<i>Mujeres</i>						
Mestizos	225950	(78,4%)	21,3	42,9	27,7	8,1
Blancos	30350	(10,5%)	13,6	35,6	38,1	12,8
Indígenas	18780	(6,5%)	62,8	31,8	4,5	0,9
Mulatos	6820	(2,4%)	27,7	44,1	23,6	4,5
Afrolatinos	5380	(1,9%)	35,9	43,3	17,1	3,7
Otro	850	(0,3%)	20,0	52,9	23,5	3,5
Total	288130	(100%)	24,8	42,2	25,7	7,3

Cuadro 3

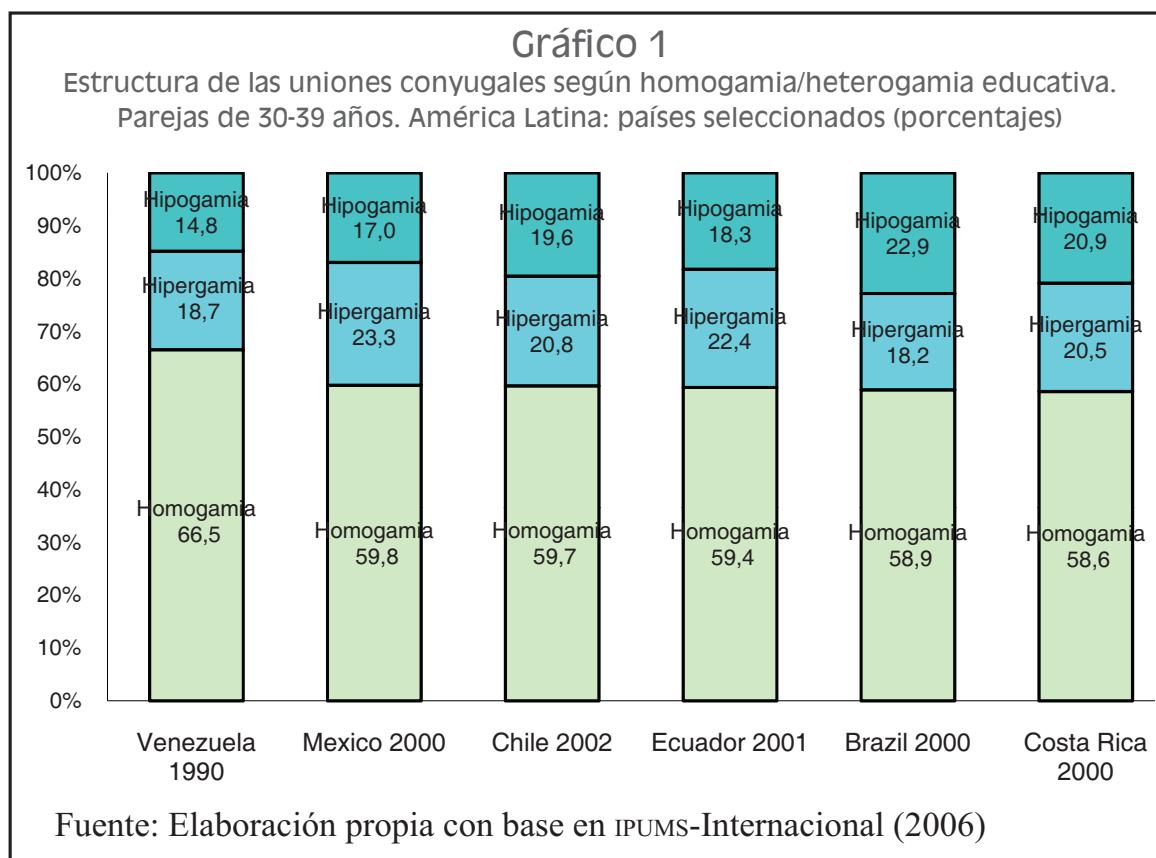
Distribución de la población de 30 - 39 años, casada o unida, según escolaridad y grupo de pertenencia. América Latina: países seleccionados (porcentajes)

Chile 2002						
Hombres	n	P Inc.	P Com.	S Com.	Univ	
No indígenas	442730 (95,5%)	7,8	41,9	42,4	7,9	
Mapuches	18660 (4,0%)	14,7	56,9	26,2	2,2	
Aimaras	1260 (0,3%)	6,3	46,8	43,7	3,2	
Atacameños	590 (0,1%)	10,2	52,5	33,9	3,4	
Otro	540 (0,1%)	11,1	38,9	50,0	0,0	
Total	463780 (100%)	8,1	42,5	41,7	7,6	
<i>Mujeres</i>						
No indígenas	442620 (95,4%)	8,0	40,6	45,8	5,6	
Mapuches	18710 (4,0%)	19,6	53,6	25,5	1,3	
Aimaras	1320 (0,3%)	18,2	47,0	33,3	1,5	
Atacameños	570 (0,1%)	12,3	43,9	42,1	1,8	
Otro	560 (0,1%)	17,9	39,3	35,7	7,1	
Total	463780 (100%)	8,5	41,1	44,9	5,4	
Venezuela 1990						
Hombres	n	P Inc.	P Com.	S Com.	Univ	
Venezuela	369789 (89,2%)	20,8	58,8	15,9	4,4	
Colombia	25572 (6,2%)	39,6	47,5	11,2	1,8	
Otro	19128 (4,6%)	17,6	50,7	25,4	6,3	
Total	414489 (100%)	21,8	57,7	16,1	4,4	
<i>Mujeres</i>						
Venezuela	365505 (89,3%)	22,2	59,1	14,5	4,2	
Colombia	28851 (7,0%)	42,9	49,2	7,0	0,9	
Otro	14916 (3,6%)	20,3	52,9	20,8	6,1	
Total	409272 (100%)	23,6	58,2	14,2	4,0	
Costa Rica 2000						
Hombres	n	P Inc.	P Com.	S Com.	Univ	
Costa Rica	108760 (90,6%)	11,8	56,1	20,9	11,1	
Nicaragua	8440 (7,0%)	38,4	44,7	12,6	4,4	
Otro	2910 (2,4%)	7,9	16,2	35,4	40,5	
Total	120110 (100%)	13,6	54,3	20,7	11,4	
<i>Mujeres</i>						
Costa Rica	109030 (90,8%)	10,9	56,0	23,2	10,0	
Nicaragua	8340 (6,9%)	34,8	48,2	13,8	3,2	
Otro	2740 (2,3%)	6,2	18,6	39,1	36,1	
Total	120110 (100%)	12,5	54,6	22,9	10,1	

* P Inc=Primaria Incompleta; P. Com=Primaria Completa; S Com=Secundaria Completa;
Univ=Universidad.

Fuente: IPUMS-International (2006).

En el gráfico 1 se muestra la estructura general de cada uno de los países seleccionados, considerando los porcentajes de homogamia educativa entre las parejas cuyos miembros tienen 30-39 años de edad. Tal y como puede observarse en este primer acercamiento, predomina la pauta homogámica, con valores muy similares en los distintos casos. Quizá lo que más llama la atención del gráfico radica en que los porcentajes de parejas hipógamas (mujeres con mayor escolaridad que el hombre) tienden a acercarse a los porcentajes de parejas hipérgamas (mujeres con menor escolaridad que el hombre), e incluso en algunos casos, tienden a ser superiores, como en Brasil y Costa Rica.



Sin embargo, el gráfico no nos aporta información acerca de cuáles son los grupos más propensos a la homogamia educativa. Por esta razón, en el cuadro 4 se presenta la intensidad de establecer relaciones homóginas entre personas de distintos niveles educativos, representada en términos de los logaritmos de las razones de verosimilitud (log odds). Aquí, los valores por encima de 0 indican que existe un mayor número de uniones homóginas de las que se hubieran obtenido si las personas se emparejaran al azar, mientras que los valores inferiores a 0 denotan un menor número de uniones. Los valores para cada país se representan en un conjunto de tablas de 2 por 2, en el cual los hombres se ubican en las filas y las mujeres en las columnas.

De este cuadro pueden obtenerse algunas conclusiones importantes. En primer lugar, se observa que los parámetros de homogamia más elevados se

presentan a lo largo de la diagonal en cada una de las matrices, transformándose en valores negativos conforme se alejan de ella. Esto no hace sino confirmar la tendencia a las uniones entre personas con niveles de escolaridad similares. La única excepción proviene del grupo con secundaria completa en Chile, cuyo parámetro negativo significa que el nivel de relaciones heterogámicas es mayor del que hubiera resultado si las personas se emparejaran al azar.

Cuadro 4

Intensidad de las uniones entre los distintos grupos educativos. América Latina: países seleccionados (logaritmos de las razones de probabilidad).

		Brasil 2000				Chile 2002			
Hombres	Prim Incomp	Mujeres			Prim Incomp	Mujeres			Universidad
		Prim Comp	Sec Comp	Universidad		Prim Comp	Sec Comp	Universidad	
Prim Inc	2,00	0,49	-0,77	-1,72	1,06	-0,17	0,27	-0,13	
Prim Comp	0,46	0,51	-0,20	-0,77	1,12	1,34	-0,36	-1,46	
Sec Comp	-0,76	-0,10	0,40	0,46	-0,11	0,31	-0,24	-0,32	
Universidad	-1,71	-0,89	0,57	2,03	-1,46	-1,59	0,07	2,89	
		Costa Rica 2000				Ecuador 2001			
Hombres	Prim Incomp	Prim Comp	Sec Comp	Universidad	Prim Incomp	Prim Comp	Sec Comp	Universidad	
		2,31	0,19	-1,12	-1,47	1,74	0,22	-0,83	-0,99
Prim Inc	2,31	0,19	-1,12	-1,47	1,74	0,22	-0,83	-0,99	
Prim Comp	0,52	0,43	-0,20	-0,67	0,39	0,83	-0,43	-0,92	
Sec Comp	-1,16	-0,01	0,84	0,41	-0,67	-0,19	0,63	0,46	
Univ Comp	-1,57	-0,61	0,49	1,73	-1,42	-0,85	0,63	1,54	
		México 2000				Venezuela 1990			
Hombres	Prim Incomp	Prim Comp	Sec Comp	Universidad	Prim Incomp	Prim Comp	Sec Comp	Universidad	
		2,67	0,60	-1,27	-1,99	2,34	0,40	-1,29	-1,38
Prim Inc	2,67	0,60	-1,27	-1,99	2,34	0,40	-1,29	-1,38	
Prim Comp	0,73	0,44	-0,39	-0,78	0,44	0,57	-0,31	-0,66	
Sec Comp	-1,21	-0,31	0,86	0,66	-1,16	-0,13	1,15	0,18	
Sec Comp	-2,19	-0,73	0,80	2,12	-1,61	-0,84	0,45	2,05	

Fuente: IPUMS-International (2006).

En segundo lugar, se observa que los valores más altos de homogamia educativa se encuentran entre los grupos que presentan el menor y el mayor nivel de escolaridad. En este sentido, debe tenerse presente que estos resultados están en alguna medida influenciados por el hecho de que estos grupos tienen limitadas sus opciones de movilidad en un único sentido (descendente en el caso de los universitarios y ascendente en el caso del grupo “primaria incompleta”). La concentración de valores negativos en las esquinas de la diagonal indica que, fuera de su grupo, los individuos tienden a unirse con personas que tienen un

nivel de escolaridad lo más cercano posible al propio. Por otra parte, dada la importancia que tiene el grupo de mayor escolaridad al momento de conformar la estructura de las uniones en los mercados matrimoniales, así como por su papel en relación con los procesos de transmisión de las desigualdades sociales; interesa saber si: 1) los niveles de homogamia educativa entre los universitarios varían en función del género y del grupo étnico, racial o migratorio; y 2) si el hecho de poseer mayores niveles educativos aumenta o reduce las propensiones a establecer uniones interétnicas o interraciales (homogamia etnoracial).

En relación con el primer punto, el gráfico 2 muestra la situación de cada país según la intensidad con la que se presentan patrones de conducta homogámicos entre universitarios al interior de los distintos grupos etnoraciales (Brasil, Chile, Ecuador y México) y en relación con la condición migratoria (Costa Rica y Venezuela). La línea horizontal intermitente representa el valor general de la homogamia universitaria para cada país (cuadro 1). Valores por debajo de la línea representan una intensidad por debajo del promedio, ya sea en el caso de las mujeres o de los hombres; mientras que valores por encima de la línea significan que los hombres y/o mujeres universitarias dentro de cada grupo se caracterizan por poseer mayores niveles de homogamia en relación con el promedio de todas las personas con estudios universitarios. Así, se aprecia que los niveles de homogamia universitaria femenina y masculina no son iguales a lo largo de los distintos grupos.

Al observar la situación de cada país, sobresale el caso de Ecuador, en el cual las mujeres con nivel universitario tienden a ser más homogámas si se les compara con los hombres. Un fenómeno de este tipo podría obedecer en alguna medida a la existencia de una menor cantidad de mujeres universitarias que de hombres universitarios entre las edades 30-39 (cuadro 3). Esta situación podría forzar a los hombres a buscar pareja entre las mujeres con menor escolaridad dentro de su propio grupo de pertenencia, dando como resultado menores niveles de homogamia educativa masculina.

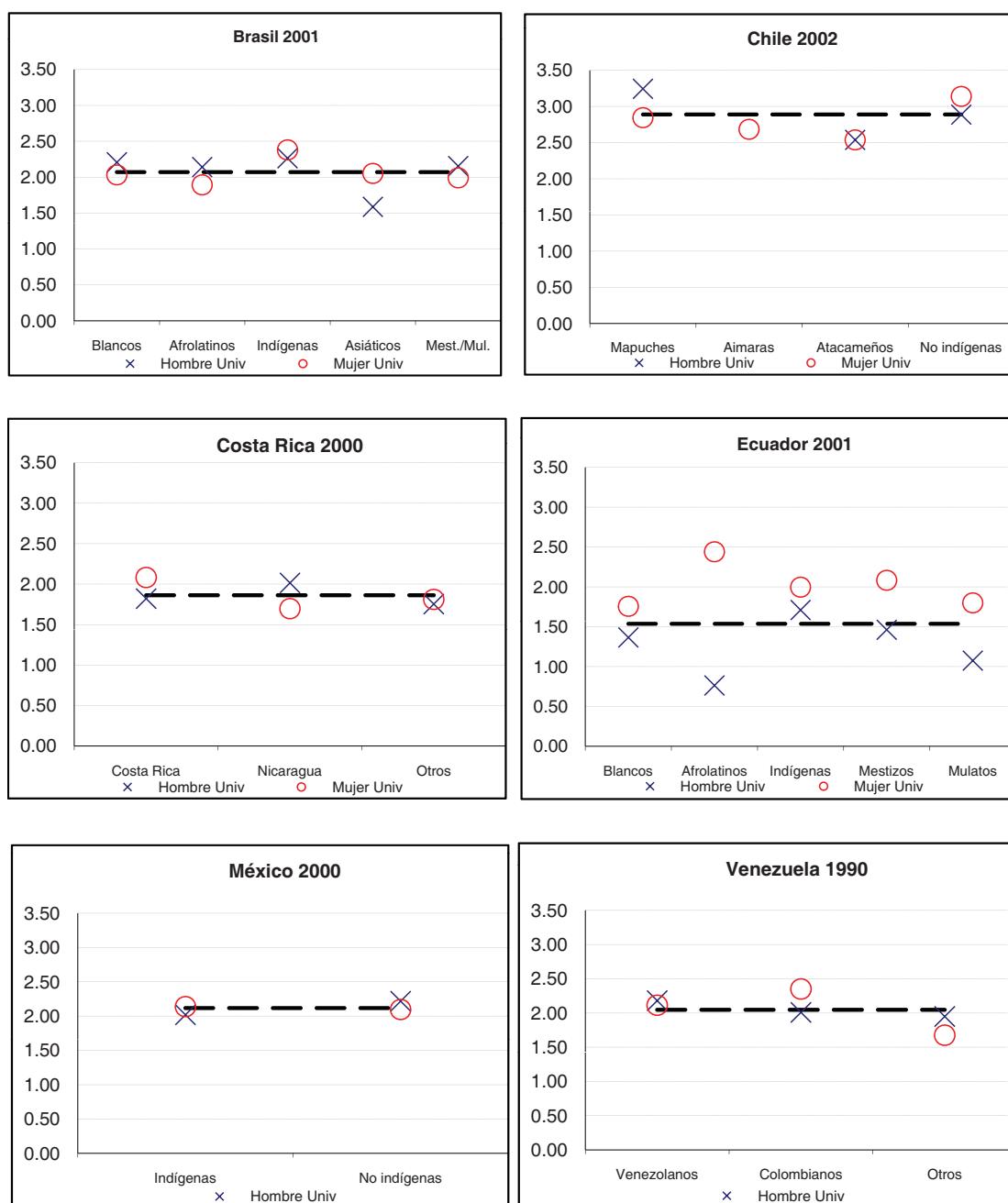
Asimismo, para el caso de Brasil, las propensiones entre hombres y mujeres tienden a ubicarse muy cerca del promedio general. Destaca el grupo de los hombres asiáticos con nivel universitario, quienes poseen una menor propensión hacia la homogamia educativa en relación con el conjunto, así como el caso de las mujeres indígenas que presentan relativamente una mayor propensión hacia la homogamia universitaria. En Chile, las mujeres pertenecientes al grupo mayoritario “no indígena” muestran una tendencia levemente mayor que los hombres hacia la homogamia. En el caso de los mapuches se da la situación inversa.

Para los países en los cuales se consideró la variable “país de nacimiento”, se aprecia que las costarricenses universitarias tienen una mayor propensión hacia la homogamia educativa en relación con los hombres; mientras que en el caso de

los nicaragüenses, son los hombres los que presentan esta conducta. En Venezuela, las mujeres colombianas universitarias tienden a ser más homogámicas que los hombres originarios de su mismo país; mientras que en el caso de los venezolanos ambos sexos presentan intensidades similares.

Gráfico 2

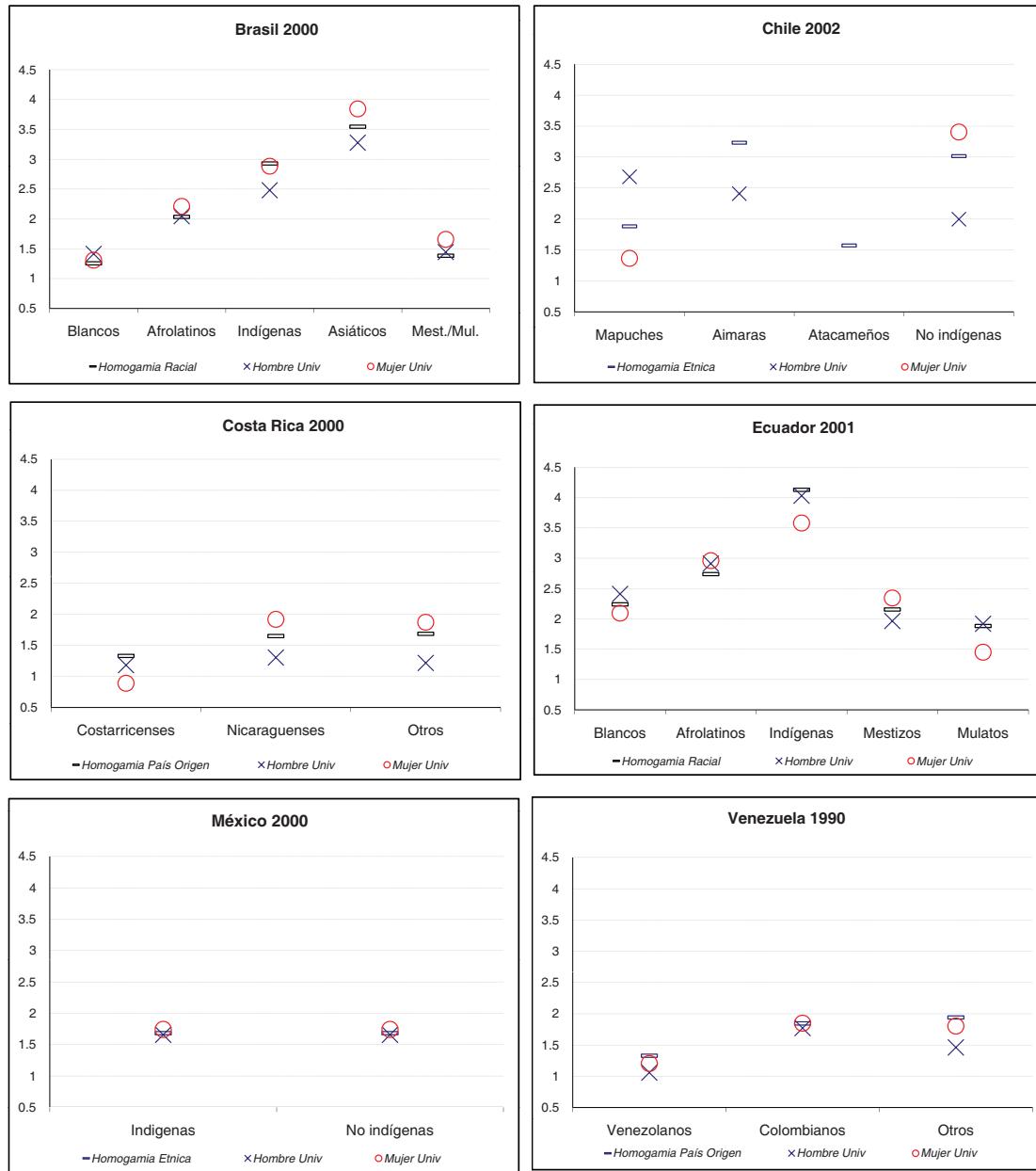
Intensidad de establecer uniones homogámicas entre universitarios, según grupo etnoracial y condición migratoria. América Latina: países seleccionados.



Fuente: IPUMS-International (2006).

Gráfico 3

Intensidad de la homogamia etnoracial o migratoria en hombres y mujeres universitarias. América Latina: países seleccionados.



Fuente: IPUMS-International (2006).

En resumen, salvo en el caso de Ecuador, no puede afirmarse que existe un patrón de homogamia educativa determinado para los hombres y mujeres universitarias al interior de los distintos grupos de pertenencia. Sin embargo, queda claro que los niveles de homogamia educativa entre los universitarios tienden a variar, tanto en función del sexo como de su grupo de pertenencia etnoracial.

En relación con el hecho de si los niveles de escolaridad se asocian con una mayor propensión a establecer relaciones interétnicas o interraciales, en el

gráfico 3 se muestran los parámetros de homogamia etnoracial para hombres y mujeres universitarias en cada uno de los países. Los círculos simbolizan a las mujeres universitarias, las cruces a los hombres universitarios y las líneas horizontales reflejan los niveles de homogamia etnoracial general pertenecientes a cada grupo. En Chile, la ausencia de valores en las categorías “Aimara” y “Atacameño” obedece a la inexistencia o insuficiente número de casos. De esta forma, ubicarse por encima o por debajo de estas líneas horizontales equivale a decir que se posee una mayor o menor tendencia hacia la homogamia etnoracial que el promedio de las personas del grupo de pertenencia.

En términos generales, se aprecia que los mayores niveles de homogamia etnoracial se presentan entre los universitarios de Brasil y Ecuador. Además de obtener los mayores puntajes, estos países también se caracterizan por una mayor variación entre los distintos grupos etnoraciales, con importantes diferencias de género. En el caso de Brasil, la mayoría de mujeres universitarias presentan una mayor propensión a establecer relaciones homogámicas si se les compara con los hombres de los distintos grupos. O lo que es lo mismo, en términos generales, los hombres universitarios brasileños tienen mayor propensión a establecer relaciones interraciales en comparación con las mujeres universitarias brasileñas. En el caso de Ecuador son los indígenas universitarios los más propensos a la homogamia etnoracial, mientras que en Chile ese puesto le corresponde a la población universitaria no indígena. México presenta los valores más bajos en este sentido.

Los casos de Venezuela y Costa Rica, en donde se consideró el país de nacimiento como aproximación a la condición migratoria, se caracterizan por poseer niveles similares de homogamia migratoria. Asimismo, sus niveles son más bajos en comparación a aquellos países en donde se tomó la variable étnica o racial. En este sentido, podría hipotetizarse que en el contexto de los países latinoamericanos analizados, la condición migratoria pesa menos que la etnia y la raza al momento de establecer relaciones de carácter intergrupal, aunque se mantienen comportamientos diferenciales entre hombres y mujeres. De esta forma, las mujeres costarricenses tienden a ser menos homogámas que sus coterráneos, situación inversa a la que presentan las personas originarias de Nicaragua y “Otros” países, en donde los hombres son los que poseen una menor propensión hacia la homogamia migratoria. En Venezuela, hombres y mujeres universitarios colombianos presentan prácticamente los mismos niveles de homogamia, mientras que las diferencias entre ambos sexos para el caso de los propios venezolanos son muy tenues.

En síntesis no puede afirmarse que exista un patrón de homogamia etnoracial en ninguno de los países. Lo que el gráfico 3 sugiere es la existencia de un comportamiento diferencial, tanto en relación con los distintos grupos de pertenencia, como en función del género de los universitarios. En otras palabras,

no puede afirmarse que los mayores niveles de escolaridad promuevan o reduzcan en forma generalizada las relaciones de carácter interétnico o interracial.

CONCLUSIONES

El propósito de este artículo consiste en explorar el papel que desempeñan la educación y la condición etnoracial o migratoria en la conformación de las uniones conyugales en seis países latinoamericanos: Brasil, Chile, Costa Rica, Ecuador, México y Venezuela. A lo largo del texto se ha prestado especial atención a la dimensión educativa, en función de su eficiencia como criterio de diferenciación en las estructuras sociales contemporáneas.

En primer lugar, se comprobó que la homogamia educativa es el patrón de conducta predominante en los países analizados. Asimismo, los resultados de los modelos log-lineales permiten afirmar que este patrón no se presenta con igual intensidad entre los grupos, sino que varía en función de los distintos niveles de escolaridad. De esta forma, la mayor propensión hacia el establecimiento de uniones homogámas se localiza en los extremos de la jerarquía educativa. Aquí, estos extremos se encuentran representados por las categorías “primaria incompleta” y “universitarios”. Estos hallazgos concuerdan con los de la mayoría de investigaciones referentes al tema (Mare, 1991; Kalmijn, 1998; Blossfeld & Timm, 2003). Lógicamente, esta tendencia general hacia la formación de uniones homogámas en los niveles educativos superiores también ha sido propiciada por los cambios sociales experimentados en la región décadas atrás, y que se expusieron en el apartado de contextualización: 1) reducción del tiempo dedicado a las labores de reproducción por parte de las mujeres, derivada de la intensificación de la transición demográfica y su incorporación masiva a la esfera pública de los mercados de trabajo; 2) reducción de la brecha entre hombres y mujeres con acceso a educación universitaria; y 3) reducción de las diferencias entre hombres y mujeres relacionadas con las edades medias a la primera unión. Estos tres factores tienden a aumentar las probabilidades de contacto e interacción entre personas de distinto sexo con niveles de estudio similares.

Por otra parte, reconociendo la importancia que tiene el grupo de mayor escolaridad al momento de encauzar el comportamiento de los otros grupos, así como su papel en relación con los procesos de transmisión de las desigualdades sociales, nos propusimos evaluar la existencia de algún patrón de conducta entre hombres y mujeres universitarias. En concreto, interesaba saber si: 1) los niveles de homogamia educativa entre los universitarios varían en función del género y grupo étnico, racial o migratorio, y 2) si el hecho de poseer mayores niveles educativos aumenta o reduce las propensiones a establecer uniones interétnicas o interraciales (homogamia etnoracial). En relación con la primera de estas inquietudes, los resultados obtenidos muestran que los niveles de homogamia

educativa para el caso de los universitarios varían en función del género, así como también en relación a los distintos grupos de pertenencia étnica, racial o migratoria. Asimismo, en relación con la segunda interrogante, puede afirmarse que el hecho de tener niveles de escolaridad más elevados no se asocia con una tendencia generalizada hacia el aumento o disminución de las uniones interétnicas o interraciales según sea el caso.

BIBLIOGRAFÍA

- Agresti, A. (1990). Categorical Data Analysis. New York: John Wiley & Sons, Inc.
- Ariza, M., & De Oliveira, O. (2001). Familias en Transición y Marcos Conceptuales en Redefinición. *Papeles de Población*(28), 9-39.
- Beck, U., & Beck-Gernsheim, E. (1998). El Normal Caos del Amor. Las Nuevas Formas de la Relación Amorosa. Barcelona: Paidós.
- Becker, G. S. (1987). Tratado sobre la Familia. Madrid: Alianza Editorial.
- Blau, P. M., Blum, T. C., & Schwartz, J. E. (1982). Heterogeneity and Intermarriage. *American Sociological Review*, 47(1), 45-62.
- Blossfeld, H.-P., & Timm, A. (2003). Who MarriesWhom? : Educational Systems as Marriage Markets in Modern Societies (Vol. 12). Dordrecht: Kluwer Academic.
- Bourdieu, P. (2006). La Distinción : Criterio y Bases Sociales del Gusto (3a ed.). Madrid: Taurus.
- Bozon, M. (1991). Women and the Age Gap Between Spouses: An Accepted Domination? *Population: An English Selection*, 3, 113-148.
- Burgess, E. W., & Wallin, P. (1943). Homogamy in Social Characteristics. *The American Journal of Sociology*, 49(2), 109-124.
- Cabré, A. (1993). Volverán Tórtolos y Cigüeñas. En L. Garrido & E. Gil (Eds.), *Estrategias Matrimoniales* (1^a ed., pp. 113-131). Madrid: Alianza Universidad.
- CELADE -Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía. (1999). Población Económicamente Activa 1980-2025. *Boletín Demográfico*(64).
- CELADE -Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía. (2004). América Latina: Tablas de Mortalidad. 1950-2025. *Boletín Demográfico*(74).
- CEPAL -Comisión Económica para América Latina y el Caribe. (2005). Panorama Social de América Latina 2004. Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- CELADE -Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía. (2006). Pueblos indígenas y afrodescendientes de América Latina y el Caribe: Información Sociodemográfica para Políticas y Programas. Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- Coombs, R. H. (1961). A Value Theory of Mate Selection. *The Family Life Coordinator*, 10(3), 51-54.
- Coontz, S. (2006). Historia del Matrimonio: Cómo el Amor Conquistó el Matrimonio. Barcelona: Gedisa.
- Chackiel, J. (2004). La Dinámica Demográfica en América Latina, Serie Población y Desarrollo. Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- Davis, K. (1941). Intermarriage in Caste Societies. *American Anthropologist*, 43(3), 376-395.
- Edwards, J. N. (1969). Familial Behavior as Social Exchange. *Journal of Marriage and the Family*, 31(3), 518-526.
- Esteve, A., & McCaa, R. (2007). Homogamia Educativa en México y Brasil, 1970-2000: Pautas y Tendencias. *Latin American Research Review*, 42(3), 56-85.
- Goldman, N., Westoff, C. F., & Hammerslough, C. (1984). Demography of the Marriage Market in the United States. *Population Index*, 50(1), 5-25.
- Goode, W. J. (1963). World revolution and family patterns. New York: The Free Press of Glencoe.
- Gray, A. (1987). Intermarriage: Opportunity and Preference. *Population Studies*, 41(3), 365-379.

- Harris, J. A. (1912). Assortative Mating in Man. *Popular Science Monthly*(80), 476-492.
- Hollingshead, A. B. (1950). Cultural Factors in the Selection of Marriage Mates. *American Sociological Review*, 15(5), 619-627.
- Hopenhayn, M., Bello, A., & Miranda, F. (2006). Los Pueblos Indígenas y Afrodescendientes ante el Nuevo Milenio, Serie Políticas Sociales. Santiago de Chile: CEPAL -Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
- Hout, M. (1982). The Association between Husbands' and Wives' Occupations in Two-Earner Families. *The American Journal of Sociology*, 88(2), 397-409.
- Jones, F. L. (1991). Ethnic Intermarriage in Australia, 1950-52 to 1980-82: Models or Indices? *Population Studies*, 45(1), 27-42.
- Jones, F. L. (1996). Convergence and Divergence in Ethnic Divorce Patterns: A Research Note. *Journal of Marriage and the Family*, 58(1), 213-218.
- Jones, H. E. (1929). Homogamy in Intellectual Abilities. *The American Journal of Sociology*, 35(3), 369-382.
- Kalmijn, M. (1991). Shifting Boundaries: Trends in Religious and Educational Homogamy. *American Sociological Review*, 56(6), 786-800.
- Kalmijn, M. (1998). Intermarriage and Homogamy: Causes, Patterns, Trends. *Annual Review of Sociology*, 24, 395-421.
- Kalmijn, M., de Graaf, P. M., & Janssen, J. P. G. (2005). Intermarriage and the risk of divorce in the Netherlands: The effects of differences in religion and in nationality, 1974-94. *Population Studies*, 59(1), 71 - 85.
- Katz, A. M., & Hill, R. (1958). Residential Propinquity and Marital Selection: A Review of Theory, Method, and Fact. *Marriage and Family Living*, 20(1), 27-35.
- Kerckhoff, A. C. (1964). Patterns of Homogamy and the Field of Eligibles. *Social Forces*, 42(3), 289-297.
- Lévi Strauss, C. (1969). Las Estructuras Elementales del Parentesco (2^a ed.). Barcelona: Paidós.
- Lichter, D. T., Anderson, R. N., & Hayward, M. D. (1995). Marriage Markets and Marital Choice. *Journal of Family Issues*, 16(4), 412-431.
- Mare, R. D. (1991). Five Decades of Educational Assortative Mating. *American Sociological Review*, 56(1), 15-32.
- Martínez Pizarro, J. (2003). El Mapa Migratorio de América Latina y el Caribe, las Mujeres y el Género, Serie Población y Desarrollo. Santiago de Chile: CELADE -Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía.
- McCaa, R. (1993). Ethnic Intermarriage and Gender in New York City. *Journal of Interdisciplinary History*, 24(2), 207-231.
- Merton, R. K. (1941). Intermarriage and the Social Structure: Fact and Theory. *Psychiatry*(4), 361-374.
- Minnesota Population Center. (2006). Integrated Public Use Microdata Series -International: Version 4.0 (Publication., from University of Minnesota: <https://international.ipums.org/international/index.html>)
- Murstein, B. I. (1967). Empirical Tests of Role, Complementary Needs, and Homogamy Theories of Marital Choice. *Journal of Marriage and the Family*, 29(4), 689-696.
- Naciones Unidas. (1990). First Marriage: Patterns and Determinants. New York: Naciones Unidas.
- Naciones Unidas. (2000). World Marriage Patterns. New York: Naciones Unidas.
- Pellegrino, A. (2003). La Migración Internacional en América Latina y el Caribe: Tendencias y Perfiles de los Migrantes, Serie Población y Desarrollo. Santiago de Chile: CELADE -Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía.
- Pullum, T. W., & Peri, A. (1999). A Multivariate Analysis of Homogamy in Montevideo, Uruguay. *Population Studies*, 53(3), 361-377.
- Qian, Z. (1997). Breaking the Racial Barriers: Variations in Interracial Marriage Between 1980 and 1990. *Demography*, 34(2), 263-276.

- Richardson, H. M. (1939). Studies on Mental Resemblance between Husbands and Wives and between Friends. *Psychological Bulletin*(36), 104-120.
- Rodríguez Wong, L., De Carvalho, J. A., & Aguirre, A. (2000). Duración de la Transición Demográfica en América Latina y su Relación con el Desarrollo Humano. *Estudios Demográficos y Urbanos*(43), 185-207.
- Schoen, R. (1986). A Methodological Analysis of Intergroup Marriage. *Sociological Methodology*, 16, 49-78.
- Schoen, R., Wooldredge, J., & Thomas, B. (1989). Ethnic and Educational Effects on Marriage Choice. *Social Science Quarterly*, 70(3), 617-630.
- Schwartz, C. R., & Mare, R. D. (2005). Trends in Educational Assortative Marriage from 1940 to 2003. *Demography*, 42(4), 621-646.
- Smits, J. (2003). Social closure among the higher educated: trends in educational homogamy in 55 countries. *Social Science Research*, 32(2), 251-277.
- South, S. J. (1991). Sociodemographic Differentials in Mate Selection Preferences. *Journal of Marriage and the Family*, 53(4), 928-940.
- Surra, C. A. (1990). Research and Theory on Mate Selection and Premarital Relationships in the 1980s. *Journal of Marriage and the Family*, 52(4), 844-865.
- Szasz, I., & Pacheco, E. (1995). Mercados de Trabajo en América Latina. *Perfiles Latinoamericanos*, 4(6), 49-69.
- Trost, J. (1965). Mate Selection, Marital Adjustment, and Symbolic Environment. *Acta Sociologica*, 8(1-2), 27-35.
- Winch, R. F., Ktsanes, T., & Ktsanes, V. (1954). The Theory of Complementary Needs in Mate Selection: An Analytic and Descriptive Study. *American Sociological Review*, 19(3), 241-249.
- Zavala de Cosío, M. E. (1995). Dos Modelos de Transición Demográfica en América Latina. *Perfiles Latinoamericanos*, 4(6), 29-47.

Familias, pobreza y desigualdad social en Latinoamérica: una mirada comparativa

Marina Ariza, Orlandina de Oliveira

RESUMEN

En este texto analizamos las repercusiones que pueden tener diferentes escenarios demográficos y económicos sobre el bienestar de las familias. Elegimos un conjunto de países que en los albores del siglo XXI muestran importantes diferencias en el grado de avance de la transición demográfica y los niveles de desarrollo socioeconómico. Con base en tabulaciones especiales de las encuestas de hogares elaboradas por CEPAL comparamos a Argentina y Uruguay, que se encuentran en etapas más avanzadas de la primera transición demográfica; Brasil y México, que atraviesan por una fase menos avanzada; y Honduras y Nicaragua, que por el contrario, se encuentran en un estadio más temprano de dicha transición. La comparación entre los rasgos familiares y socioeconómicos del conjunto de países seleccionados arroja distintos escenarios sociales que nos permitirán mostrar cómo el cruce entre las dimensiones sociodemográfica y socioeconómica incide diferencialmente sobre la organización del mundo familiar y las formas de convivencia.

Palabras clave: familia, hogar, jefatura femenina, pobreza, familia extensa, desigualdad social, dinámica familiar

ABSTRACT

This text analyzes the repercussions of different demographic and economic scenarios on families' well-being. The authors chose a set of countries, which, at the beginning of the 21st century, show significant differences in the degree of progress of the demographic transition and levels of socio-demographic development. On the base of special tabulations of the household surveys compiled by CEPAL, the authors compared Argentina and Uruguay, which are at more advanced stages of the first demographic transition; Brazil and Mexico, currently at a less advanced stage and Honduras and Nicaragua, which are at an earlier stage of this transition. A comparison of the family and socio-economic features of the set of countries chosen reveals different social scenarios enabling the authors to show how the intersection between socio-demographic and socio-economic dimensions has a different effect on the organization of the family sphere and forms of coexistence.

Keywords: family, household, female headship, poverty, extended family, social inequality, family dynamics.

* Marina Ariza. Instituto de Investigaciones sociales de la UNAM, México.
ariza@servidor.unam.mx.

* Orlandina de Oliveira. El Colegio de México, México
odeolive@colmex.mx.

INTRODUCCIÓN*

En las últimas décadas del siglo XX las familias latinoamericanas experimentaron transformaciones importantes como resultado de las tendencias demográficas de largo plazo y de los cambios socioeconómicos recientes. La caída de los niveles de mortalidad trajo consigo una elevación de la esperanza de vida individual y en pareja, con repercusiones en el aumento de las separaciones, los divorcios y la formación de hogares unipersonales. Los descensos de la fecundidad propiciaron la reducción del tamaño promedio de las familias y del número de sus dependientes económicos, con lo que se obtuvieron condiciones más favorables para el sostenimiento de los hogares.¹ No obstante, algunas de las ganancias propiciadas por el cambio demográfico han sido contrarrestadas por las recurrentes crisis económicas y por el moderado crecimiento que ha acompañado al modelo económico en curso. Las familias han recurrido a diversas estrategias para obtener recursos económicos adicionales, ya sea mediante la migración interna o internacional de algunos de sus miembros o con el uso más intensivo de la mano de obra disponible en los hogares. A pesar de ello, muchas unidades domésticas han fracasado en el intento por traspasar el umbral de la pobreza.

En este trabajo analizamos la diversidad de arreglos familiares que coexisten en América Latina e identificamos los que enfrentan mayores niveles de pobreza relativos. Destacamos las similitudes y diferencias entre países con el interés de mostrar las huellas que el avance diferencial de la transición demográfica y la acentuada desigualdad social de la región imprimen en el universo más acotado de las familias. Como veremos, la conjugación de los distintos momentos de avance de la transición demográfica y los desfases en los niveles de desarrollo socioeconómico han dado lugar a patrones de diferenciación interna de la región bastante consistentes.

El trabajo se estructura en tres partes. En la primera se describen de forma general las tendencias demográficas y económicas predominantes en América Latina en las últimas décadas. En la segunda se señalan las convergencias y divergencias en un conjunto seleccionado de países, prestando especial atención a unidades domésticas que enfrentan mayores carencias relativas. Por último, y debido a la ausencia de datos comparables para el conjunto de los países de la región, destacamos las interrelaciones entre la desigualdad social y las formas de convivencia y organización familiar, abrevando principalmente de la experiencia mexicana.

* El presente texto es una versión revisada y actualizada de la ponencia que las autoras presentaron en el II Congreso de ALAP, y que fue publicado en la revista de *Estudios Demográficos y Urbanos*, Vol. 22, No. 1 (64), de El Colegio de México.

¹ Véase García, 1998; García y Rojas, 2002; Oliveira et al., 1999; Ariza y Oliveira, 2005.

PRINCIPALES CAMBIOS DEMOGRÁFICOS Y SOCIOECONÓMICOS DE AMÉRICA LATINA EN DÉCADAS RECIENTES

Región heterogénea y desigual, América Latina se ha caracterizado en su historia reciente por marcadas transformaciones sociodemográficas y económicas. Las primeras son el resultado de procesos de larga duración cuya génesis data de mediados del siglo XX, mientras las económicas—sin excluir las tendencias previas—refieren más a los altibajos de las últimas décadas. En efecto, las recurrentes crisis económicas y la puesta en marcha de un nuevo modelo económico a partir de los años ochenta de la centuria pasada, han tenido consecuencias desestabilizadoras sobre las economías nacionales.

En el ámbito sociodemográfico ha ocurrido una serie de transformaciones con repercusiones importantes en el mundo familiar. El descenso sostenido de los niveles de mortalidad propició el aumento de la esperanza de vida al nacer y el envejecimiento de la población, sobre todo en los países que iniciaron más tempranamente el proceso de transición demográfica. Tales aspectos han contribuido a prolongar la duración de los roles familiares, y en ocasiones han llegado a modificarlos. El uso de anticonceptivos hizo posible la caída de la fecundidad, dió a las mujeres un mayor control sobre sus cuerpos y acentuó la separación de las esferas de la reproducción y la sexualidad. Si bien la disminución de la fecundidad y la mayor esperanza de vida al nacer han acortado el tiempo total que las mujeres dedican a la reproducción sociobiológica (embarazo, parto, crianza y socialización de los hijos), el envejecimiento de la población ha multiplicado sus deberes familiares de atención y cuidado de las personas senescentes. Por otra parte, la prolongación del proceso de formación escolar ha extendido la etapa de la adolescencia y ha retardado el momento de escisión del núcleo familiar en los sectores medios urbanos. Este conjunto de transformaciones (descenso de la fecundidad y la mortalidad, aumento de la esperanza de vida al nacer, envejecimiento de la población, separación entre la sexualidad y la reproducción), forma parte de la primera transición demográfica, proceso con consecuencias decisivas para la vida familiar.

En este contexto general emergen de manera incipiente otros cambios relacionados con el proceso de formación y disolución familiar que pueden ser tomados como expresión de tendencias emergentes. Al incremento de las uniones consensuales² y la reducción del número de matrimonios se suman un cierto retraso de la edad a la unión entre las mujeres, una mayor disolución conyugal, y una creciente fecundidad adolescente. El incremento de la esperanza de vida y la prolongación de la vida en pareja se relacionan con la mayor probabilidad de disolución conyugal y de segundas nupcias, que está presente en casi todos los países de la región, y con la importancia menguante de la viudez como causa de disolución (CEPAL, 1994; Quilodrán, 2001). Los países difieren en el modo de

disolución conyugal preferido (separación o divorcio); en algunos las separaciones suelen ser más frecuentes que los divorcios.³ En general la propensión a la ruptura suele ser mayor en los primeros años de vida conyugal entre las parejas formadas muy tempranamente (Ojeda, 1986; Quilodrán, 1991).

Las transformaciones ocurridas en los procesos de formación y disolución conyugal han sido mayores en los países del cono sur (Argentina, Uruguay y Chile),⁴ y hallan cabida dentro del concepto de segunda transición demográfica. Dicha transición refiere a un proceso más generalizado de cambio sociocultural vinculado al incremento de los niveles de escolaridad, la participación económica de las mujeres, su mayor autonomía, y la emergencia de nuevas imágenes sociales femeninas y masculinas, entre otros factores.⁵ De sus manifestaciones más elocuentes podemos mencionar: el incremento de la edad al matrimonio, de la población que vive sola, y de la cohabitación; la prolongación del periodo de residencia con los padres; el aumento de los nacimientos fuera del matrimonio, de los divorcios y las separaciones, así como de las segundas y (o) terceras nupcias.

En los países de América Latina que se encuentran en etapas menos avanzadas de la primera transición demográfica, en cambio, resulta difícil deslindar el sentido de las recientes transformaciones en el proceso de formación y disolución familiar debido en parte a las pronunciadas desigualdades sociales existentes en nuestra región. En un trabajo previo planteamos que el aumento de las uniones consensuales y el leve retraso en la edad a la unión entre las mujeres tienen un significado distinto en los sectores medios y altos que en los populares. En cierta medida, en los primeros pueden responder, análogamente al caso europeo, a la mayor autonomía de las mujeres. En los sectores empobrecidos, sin excluir la existencia de situaciones reales de mayor autonomía femenina, sería más factible asociar algunas de las transformaciones en curso al constante deterioro de los niveles de vida. La dificultad que enfrentan los jóvenes de estos sectores sociales para ingresar al mercado de trabajo, aunada a la contracción de los salarios y a

² En general, la coexistencia de múltiples formas de configuración de la pareja –relaciones legales, consensuales o de visita– distinguía, décadas atrás, al Caribe y Centroamérica del resto de los países de América Latina y de otras regiones del mundo, en las que predominaba aún el matrimonio sancionado por la ley (Rossetti, 1994). No obstante, con el aumento gradual de las uniones consensuales en algunos países de la región (de acuerdo con García y Rojas, 2002, cuadro 3, entre 1980-1990 los incrementos más importantes tuvieron lugar en Argentina, Colombia y Chile), la diferencia en el tipo de uniones entre países ha disminuido, aunque el significado atribuido a cada arreglo conyugal sea distinto en los diversos contextos socioculturales (Ariza y Oliveira, 1999b).

³ Entre los países donde se ha incrementado el número de divorcios por matrimonio partir de los años ochenta se encuentran Costa Rica, Cuba, Ecuador y Venezuela (García y Rojas, 2002 cuadro 2).

⁴ En particular los sectores medios urbanos de estos países muestran signos más acentuados de cambio (véase Quilodrán, 2000; García y Rojas, 2002; Ariza y Oliveira, 2001).

⁵ Véase Van de Kaa, 1987; Lesthaeghe, 1998; Ariza y Oliveira, 1999b; Quilodrán, 2000.

la escasa cobertura de la seguridad social, podría hipotéticamente contribuir en algunos casos a retrasar la salida de la casa paterna retardando con ello la edad a la unión. Esto es probable sobre todo cuando por escasez de recursos la pareja no puede recurrir a la corresidencia con la familia del novio, no obstante el patrón de residencia patrivilocal prevaleciente en ciertos países. Así, en estos sectores (populares urbanos y campesinos), especulamos, la imposibilidad de cubrir la erogación monetaria que representa el matrimonio podría indirectamente reforzar la pauta de unión consensual existente (Ariza y Oliveira, 2002).

En cuanto a los cambios socioeconómicos, en el lapso de unas pocas décadas la mayoría de las economías de la región atravesó por procesos de reestructuración productiva que representaron el fin del estilo de desarrollo centrado en el crecimiento del mercado interno (sustitución de importaciones). El modelo económico en boga tiene como ejes de acumulación la apertura externa, el turismo, y la atracción de capitales transnacionales. Este cambio de rumbo ha acarreado hondas repercusiones sobre el ámbito laboral. Los rasgos que caracterizaron el funcionamiento del mundo del trabajo desde la posguerra (predominio del trabajo de tiempo completo, carreras laborales previsibles, masculinización del mercado de trabajo, posibilidades de movilidad social, seguridad social, políticas sociales asistenciales, etc.) han sufrido una erosión sistemática y gradual, palpable entre otros aspectos en el incremento del trabajo de tiempo parcial, del subempleo y el desempleo; la pérdida de la seguridad en el trabajo; la polarización de los ingresos y las ocupaciones, y el aumento de la precariedad laboral (véase Pérez Sainz, 2000).

Al deterioro de los empleos formales como resultado de la flexibilización laboral se añaden los elevados niveles de desempleo en Argentina, Brasil, Nicaragua, y Uruguay; en otros países –como es el caso de México– han crecido las actividades informales (trabajadores por cuenta propia, microempresas y trabajo no remunerado). La proliferación de éstas en el pequeño comercio y en los servicios, el crecimiento del trabajo a domicilio, junto a la terciarización y la expansión de las industrias de exportación, han incidido en la tendencia a la feminización del mercado de trabajo que se ha observado en las últimas décadas, otro de los rasgos distintivos del proceso de flexibilización laboral a escala mundial (Standing, 1999).

Entre sus muchas consecuencias, la globalización ha contribuido a intensificar los movimientos migratorios internacionales. Los emigrantes internacionales han sabido aprovechar el avance en las condiciones de comunicación y del capital social generado en los lugares de origen y destino para crear un entramado de vínculos transnacionales con consecuencias diversas sobre la estructura y la dinámica de las relaciones intrafamiliares.⁶ Al fragmentar los

⁶ Véase Portes, 1996; Guarnizo, 1997 y 1998; Glick Schiller, L. Basch y Blanc-Szanton, 1992; Guarnizo y P. Smith, 1998; Portes et al., 1999; Ariza, 2002.

espacios residenciales, la migración internacional ha contribuido de manera directa a la pérdida de importancia de la corresidencia como criterio de pertenencia a los hogares o unidades domésticas (Guarnizo, 1997; Popkin, Lawrence y Andrade-Eekhoff, 2000). Cabe resaltar también que las remesas que envían los inmigrantes a sus países de origen se han convertido en una de las principales fuentes de divisas y en un factor de equilibrio del déficit en cuenta corriente.⁷ A pesar de la intensidad y el ritmo diferencial de estas transformaciones en los diversos países de la región, un rasgo común a todos ellos es la acentuada desigualdad social, hecho que por lo demás distingue a América Latina en el contexto mundial. En la última década la situación se ha agravado, pues los países han tendido a converger hacia una mayor inequidad distributiva. La elevada concentración de ingresos obstaculiza el aumento de las tasas de crecimiento económico y la reducción de los niveles de pobreza. En el periodo 2000-2002 el crecimiento del producto interno bruto regional registró una fuerte desaceleración. Luego de las cifras favorables alcanzadas en 2000, el dinamismo económico perdió fuerza debido en gran parte a las severas contracciones ocurridas en Argentina y Uruguay, y a la escasa o nula expansión de Brasil y México, las grandes economías latinoamericanas. En 2002, la fuerte reducción del producto en Argentina, Uruguay y Venezuela, y el leve incremento en un grupo importante de países, ocasionaron la disminución del PIB per cápita de la región en su conjunto. Así, en el año 2003 los niveles de pobreza alcanzaban a 44% de la población latinoamericana, y no daban señales de mejoría en relación con los años anteriores (CEPAL, 2003 y 2004).

El conjunto de transformaciones sociodemográficas y socioeconómicas descritas ha repercutido notablemente sobre la organización de la vida familiar. Una de sus consecuencias ha sido el estímulo a la participación económica de sus miembros como respuesta a la caída de los ingresos y a la inseguridad laboral; otra, la reorganización del consumo y de la vida doméstica. En cierto modo, las tendencias contrapuestas recién destacadas han alterado la capacidad de las familias para trazar con un mínimo de certidumbre los itinerarios sociales de sus integrantes (Ariza y Oliveira, 2005). Pero aun dentro de este panorama de acentuados cambios y no pocas continuidades, los países latinoamericanos exhiben semejanzas y disparidades que vale pena destacar.⁸

⁷ Las remesas son un factor de creciente contrapeso económico y estímulo a la demanda. Se estima que en República Dominicana, Nicaragua, Honduras y México en el año 2002 recibían remesas 20.6, 19.0, 11.1 y 5.7% respectivamente de los hogares. En Uruguay la cifra ascendía a 13.0% de los hogares urbanos (CEPAL, 2004).

⁸ En la bibliografía especializada los hogares o unidades domésticas son definidos como grupos residenciales conformados por un conjunto de personas –ligadas o no por lazos de parentesco– que comparten la vivienda, un presupuesto común y una serie de servicios y actividades imprescindibles para la reproducción cotidiana de sus miembros. En contraste con los hogares, las familias se constituyen sólo a partir de relaciones de parentesco, sancionadas o no legalmente. No obstante esta diferenciación analítica, los conceptos familia y unidad doméstica necesariamente se superponen y complementan, como quedará de manifiesto a lo largo de este texto.

AMÉRICA LATINA: CONVERGENCIAS Y DIVERGENCIAS ENTRE PAÍSES

Con el propósito de ilustrar las posibles repercusiones de diferentes escenarios demográficos y económicos sobre el bienestar de las familias, elegimos un conjunto de países que en los albores del siglo XXI muestran importantes diferencias en el grado de avance de la transición demográfica, los niveles de desarrollo socioeconómico, la magnitud de la pobreza y la desigualdad social (véase los cuadros 1, 2 y 3).

Cuadro 1 Indicadores demográficos seleccionados, América Latina (6 países), 2000-2005					
País	Tasa global de fecundidad	Esperanza de vida al nacer	Población de 65 años y más (2000)	Relación de dependencia demográfica (2000)	Porcentaje de población urbana (2000)
Grupo A					
Argentina	2,35	74,3	9,7	59,8	89,6
Uruguay	2,3	75,2	12,9	60,5	92
Grupo B					
Brasil	2,34	71	5,2	51,4	79
México	2,49	73,4	4,7	61	75,4
Grupo C					
Honduras	3,72	69,5	3,4	82,1	48,2
Nicaragua	3,3	69,5	3,1	84,1	55,3

Fuente: Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe 2004, Santiago de Chile, Naciones Unidas/CEPAL, 2005.

Cuadro 2 Indicadores económicos seleccionados, América Latina (6 países), 2002					
País	Producto interno bruto per cápita dólares (1995)	Crecimiento del producto interno bruto (promedio tasas anuales)	índice de Gini	Población pobre (%)	Población en pobreza extrema (%)
Grupo A					
Argentina	6127	-10.8	0.59	41.5	18.6
Uruguay	4841	-12	0.455	15.4	2.5
Grupo B					
Brasil	4219	1.5	0,639 ^a	37,5 ^b	13,2 ^b
México	4691	0.9	0.514	39.4	12.6
Grupo C					
Honduras	714	2.6	0.588	77.3	54.4
Nicaragua	818	0.7	0,579 ^a	69,4 ^b	42,4 ^b

a Nacional.

b Cifra para 2001.

Fuente: Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe 2004, Santiago de Chile, Naciones Unidas/CEPAL, 2005.

Cuadro 3

Indicadores socioeconómicos seleccionados, América Latina (seis países), 2002

País	Tasa de desempleo urbano (áreas urbanas)	Tasa de participación de mujeres en la actividad económica	Gasto Social como % del PNB (2000-2001)	Gasto social per cápita (2000-2001) ^a
Grupo A				
Argentina	19,7	46	21,6	1650
Uruguay	17	50	25,6	1494
Grupo B				
Brasil	11,7	53 ^b	18,8	936
México	2,7	45	9,8	456
Grupo C				
Honduras	6,1	47	10	77
Nicaragua	11,6	52 ^b	13,2	61

a Dólares de 1997.

b Cifras para 2001.

Fuente: Panorama Social de América Latina, ediciones 2002-2003 y 2004, CEPAL.

Argentina y *Uruguay* se encuentran en etapas más avanzadas de la primera transición demográfica. Entre 2000 y 2005 compartieron bajas tasas de fecundidad global y mayor esperanza de vida al nacer, factores que han contribuido al envejecimiento de sus poblaciones (cuentan con más elevados porcentajes de población senescente). Presentan a su vez el grado de urbanización más alto de la región y un mayor desarrollo socioeconómico, a pesar de la fuerte contracción registrada por sus economías en el lapso de 2001 a 2002. Con un producto per cápita elevado –superior a 4 000 dólares–, dedican una alta proporción del PIB al gasto social (más de 20%). El monto per cápita del gasto social asciende en estos dos países a cifras cercanas o superiores a 1 500 dólares. A pesar de estas semejanzas, se advierte un fuerte contraste intrarregional en términos de equidad social: Uruguay ostenta los menores niveles de concentración del ingreso y de pobreza de la región; Argentina, en cambio, posee una de las distribuciones de ingreso más regresivas de América Latina, superada sólo por Brasil. La caída del empleo y de las remuneraciones reales en Argentina en el año 2002 produjeron una escalada en los niveles de pobreza, los cuales alcanzaron a más de 40% de la población.⁹

Brasil y *México* atraviesan por una fase menos avanzada de la transición demográfica; la esperanza de vida al nacer y las proporciones de la población senescente están por debajo de las de Argentina y Uruguay. Los niveles de fecundidad y las tasas de dependencia demográfica de Brasil son inferiores a los

⁹ A principios de los noventa Argentina y Uruguay se ubicaban entre los países con niveles medios de desigualdad, pero ya en 1997 Argentina había entrado a formar parte del grupo de los de alta concentración, y Uruguay mostraba un bajo grado de desigualdad de ingresos (CEPAL, 2004).

de México, aspecto que denota la mayor importancia relativa de la población en edades activas en ese país. Las dos grandes economías de la región cuentan con un elevado producto per cápita y niveles de pobreza semejantes (inferiores a 40%). Brasil, en cambio, presenta mayor desigualdad del ingreso, si bien dedica porcentajes mucho más elevados del PIB al gasto social: casi el doble que México, medido en términos per cápita.

Honduras y Nicaragua, por el contrario, aún poseen elevadas tasas de fecundidad (3.17 y 3.9 hijos) y porcentajes importantes de población fuera de las edades activas (alta dependencia demográfica), por lo que la porción de los que tienen más de 65 años es sustancialmente menor. Ambos aspectos denotan el estadio más temprano de la transición demográfica en que se encuentran, situación que se corresponde con un nivel relativamente bajo de desarrollo socioeconómico, una distribución del ingreso muy concentrada, y altos niveles de pobreza (77.3 y 69.4% del total de la población y de los hogares, respectivamente). Su producto per cápita es inferior a 2 000 dólares, y es también muy reducido el gasto social por individuo. Es evidente que estos países figuran entre los más rezagados de la región.

La comparación entre los rasgos familiares y socioeconómicos del conjunto de países seleccionados arroja distintos escenarios sociales que nos permitirán mostrar que el cruce entre las dimensiones sociodemográfica y socioeconómica incide diferencialmente sobre la organización del mundo familiar y las formas de convivencia.

Los arreglos familiares: sus cambios y continuidades

El análisis de la estructura de las familias latinoamericanas en términos de su composición de parentesco (y de jefatura de hogar) muestra tanto tendencias de cambio como de estabilidad (cuadro 4). Aunque los hogares nucleares siguen siendo mayoritarios en el conjunto de la región,¹⁰ se constatan cambios de importancia que expresan tanto las consecuencias del avance secular de la transición demográfica, como aspectos históricos, culturales y económicos contingentes a cada país. A continuación enumeramos los más importantes.

1) Los hogares unipersonales se han expandido en la mayoría de los países, pero de manera sustancial en los de transición demográfica avanzada (Argentina y Uruguay), gracias al envejecimiento de la población (cuadro 4). A medida que la esperanza de vida al nacer se incrementa y la duración de la vida en pareja se prolonga, aumenta el riesgo de disolución conyugal, ya sea por viudez o por separación, y con ello se eleva la probabilidad de que se conformen hogares unipersonales. Dada la mortalidad diferencial por sexo, una proporción no despreciable de estos hogares está conformada por mujeres mayores de 60 años

¹⁰ Bolivia, Brasil, Costa Rica y México se distinguen por la acusada presencia de hogares nucleares, que alcanzan alrededor de 70% del total.

(Hakkert y Guzmán, 2004). En contraste con los demás, los hogares unipersonales requieren cierta autosuficiencia económica para la subsistencia, de ahí que en el conjunto de países analizados no suelan figurar en los deciles más bajos de la distribución del ingreso (cuadro 5).

2) Las familias nucleares experimentaron transformaciones en su composición interna. El modelo familiar tradicional más frecuente en épocas pasadas –el nuclear biparental con hijos– ha perdido importancia en todos los países, sobre todo en Argentina, Uruguay, Brasil y México (cuadro 4). Este debilitamiento del modelo normativo de familia es resultado de dos procesos concomitantes: a) la expansión de los demás tipos de hogares nucleares (con excepción de Argentina y Uruguay, las familias biparentales sin hijos aumentan o mantienen su peso relativo, y las monoparentales de jefatura femenina se expanden en todos los países); b) la reducción del peso relativo de los hogares en las etapas del ciclo vital familiar centrales para la reproducción sociobiológica en favor de la etapa del nido vacío (Arriagada, 2004; Ariza y Oliveira, 2004). La presencia de los diferentes arreglos familiares varía según el nivel de ingresos de los hogares. En contraste con los hogares unipersonales, las familias nucleares con hijos se concentran en los deciles más bajos de la distribución de ingreso en los países analizados (cuadro 5).

3) Las familias extensas (padres e hijos y otros parientes) y las compuestas (incluyendo la presencia de no parientes) aumentan o conservan su peso relativo y alcanzan una mayor preeminencia en Honduras y Nicaragua,¹¹ donde abarcan más de la tercera parte de los hogares (cuadro 4). Entre los especialistas del tema, la persistencia de las familias extensas en América Latina es interpretada como el resultado de múltiples factores de orden cultural, demográfico y económico. De Vos (1995) ha advertido que la prevalencia de uniones consensuales y de pautas residenciales matri o patrividiloca es un factor relevante, pero también la influencia del estado civil de las mujeres en edad reproductiva y de la estructura por edad de los distintos países. Según esta autora, en el caso de Latinoamérica, las sociedades con mayores niveles de uniones consensuales poseen también una mayor presencia de hogares extensos o compuestos; y, viceversa, las que cuentan con menor presencia de hogares complejos tienen a su vez menores porcentajes de uniones consensuales. Ella muestra que los hogares extensos y compuestos son más frecuentes entre los 15 y 24 años y después de los 65, a diferencia de los que tienen entre 35 y 44 años. Algunas de las discrepancias observadas entre los países analizados por De Vos desaparecieron al controlar el efecto de las variables sociodemográficas, en particular el estado marital y la edad. Desde otra línea de reflexión se afirma que la frecuencia de los hogares extensos puede constituir una respuesta a las crecientes necesidades económicas. Efectivamente, la existencia de miembros adicionales puede representar una ayuda valiosa al realizar labores

¹¹ En el contexto latinoamericano, El Salvador, República Dominicana y Venezuela también presentan porcentajes elevados de hogares extensos y compuestos.

domésticas u obtener recursos monetarios complementarios, tan escasos en estos tipos de hogares.¹² Como evidencian las cifras disponibles, los hogares extensos y compuestos se concentran en los deciles más bajos de la distribución del ingreso (cuadro 5). En el caso particular de los países centroamericanos es importante tener en cuenta, además, las repercusiones de los conflictos armados sobre la composición familiar. En Nicaragua, por ejemplo, el alto porcentaje de población desplazada en calidad de refugiada debe haber contribuido a la conformación de unidades compuestas o extensas.

4) El aumento de la jefatura femenina en diferentes tipos de hogares es un rasgo consistente en la región. Los datos para inicios del presente siglo indican que dichos hogares superan 30% en Honduras, Nicaragua, y Uruguay, y se acercan a esa magnitud en el resto de los países analizados (con excepción de México) (cuadro 6). Los hogares nucleares monoparentales, un tipo particular de jefatura femenina, giran en torno a 10% en casi todos los países (cuadro 4). Como es sabido, en la formación de hogares con jefatura femenina confluyen factores de diversa índole. Entre los demográficos sobresalen: el incremento diferencial por sexo de la esperanza de vida al nacer y la menor frecuencia de nuevos casamientos entre las viudas, las separadas o divorciadas, con relación a sus pares masculinos. En países de transición demográfica avanzada, el porcentaje de hogares unipersonales con jefatura femenina se aproxima a 65% (cuadro 6).

Las pautas de unión conyugal, un factor sociocultural y demográfico de gran relevancia, tienen también una influencia decisiva. La mayor presencia de uniones consensuales se asocia con una alta inestabilidad conyugal y, por tanto, con una creciente probabilidad de formación de hogares monoparentales o extensos encabezados por mujeres. La jefatura femenina llega a representar cerca de 90% de los hogares nucleares monoparentales, y más de 40% de las familias extensas y compuestas en Brasil, Honduras y Nicaragua (cuadro 6). Uruguay también cuenta con elevados porcentajes de jefatura femenina en el conjunto de las familias extensas. Aspectos de carácter histórico cultural, como el peso de la población de origen africano, y otros como la frecuencia de embarazo adolescente, son destacados como factores de peso en la explicación de la presencia de jefatura femenina en nuestra región,¹³ así como los procesos masivos de emigración, dado su impacto directo en la conformación de este tipo de hogares. El grado de urbanización, el de escolarización, y la participación económica de la población femenina, al proveer condiciones favorables para la autonomía e individuación de las mujeres, pueden contribuir también al aumento de las familias encabezadas por ellas. En tales casos la jefatura puede ser más el resultado de una elección individual que de una imposición social o familiar. En otras situaciones puede constituir un espacio de autoridad conquistado en fases avanzadas del ciclo vital (Oliveira, et al., 1999).

¹² Véase por ejemplo, González de la Rocha, 1994.

¹³ Véase Chant, 1992 y 1999; Ariza y Oliveira, 1999a; Ariza, 2000; Quilodrán, 2001.

Cuadro 4

Distribución de hogares según tipo, zonas urbanas de América Latina
(6 países), 1990-2002 (porcentajes)

País	Año	Total hogares	Uni-personal	Tipos de hogar							
				Hogar sin núcleo conyugal	Subtotal familias nucleares	Nuclear sin hijos	Nuclear biparental con hijos	Nuclear monoparental jefe hombre	Nuclear monoparental jefe mujer	Extenso o compuesto	
Grupo A											
Argentina	1990	100	12,5	4,2	69,9	15,5	46,8	1,2	6,4	13,5	
(Gran Buenos Aires)	2002	100	15,3	3,9	66,7	14,1	41,7	2,4	8,5	14	
Uruguay	1990	100	13,9	5,6	64,3	17	38,9	1,3	7,2	16,2	
	2002	100	17,7	5,4	61,3	16,3	34,8	1,6	8,6	15,6	
Grupo B											
Brasil	1990	100	7,9	3,9	71,1	10	51,6	1,2	8,4	17,1	
	2002	100	9,8	4	68,7	10,7	46,5	1,3	10,2	17,5	
México	1989	100	4,6	4,1	71,6	6,3	57,6	1,2	6,4	19,7	
	2002	100	6,5	3,2	70,8	8,3	51,7	1,5	9,4	19,4	
Grupo C											
Honduras	1990	100	4,2	5,9	57	4,5	41,8	1,2	9,6	32,8	
	2002	100	5,1	5,8	55,4	4,3	38,9	1,5	10,7	33,6	
Nicaragua	1993	100	5,2	4,2	54,5	3,5	40	1,4	9,5	36,2	
	2001	100	4,1	4,3	53,3	3,7	37,7	1,1	10,8	38,3	

Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

Cuadro 5

Tipos de hogares urbanos según su nivel de ingreso per cápita del hogar, América Latina (6 países), 2002

País	Tipos de hogar														
	Hogar Unipersonal			Nuclear biparental con hijos			Nuclear monoparental			Nuclear sin hijos			Extenso o Compuesto		
	1	3	5	1	3	5	1	3	5	1	3	5	1	3	5
Grupo A															
Argentina ^b	2,8	18,1	25	51	37,4	35,1	15,5	9	9,2	3,8	14,4	21,2	27	21	10
Uruguay	1,7	15,3	37	52,2	31,8	22,1	11,3	10,1	8,6	4,2	20,3	21,9	31	23	10
Grupo B															
Brasil ^c	3,6	13,2	18	56,5	42,3	38,5	13,6	10,7	10,4	3,6	11,3	17,5	23	23	16
México	1,2	3,7	16	56,3	54,4	42,3	10,3	11,9	12,2	2,9	7,2	16,8	29	23	13
Grupo C															
Honduras	2	3,1	12	42,4	38,9	34,4	14,3	11,1	12,4	1,9	3,7	7,2	40	43	34
Nicaragua ^c	2,1	3,4	9	36,9	41,4	38,4	13,1	12,1	9	1	1,9	9,3	47	41	34

a El ingreso de los hogares está ordenado por quintiles según su ingreso per cápita.

El quintil 1 corresponde a los hogares más pobres y el quintil 5 a los hogares más ricos.

b Treinta y dos aglomerados urbanos.

c Refiere a 2001.

Fuente: Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe 2004, Santiago de Chile, Naciones Unidas/CEPAL, 2005.

Cuadro 6

Proporción de hogares urbanos con jefatura femenina, América Latina
(6 países), 1990-2002

País	Año	Total hogares	Uni-personal	Nuclear biparental	Nuclear monoparental	Nuclear sin hijos	Extenso o compuesto
Grupo A							
Argentina	1990 ^a	21,1	68,6	0,9	84,1	0,7	31,9
	2002 ^b	28,6	64,9	3,2	81,3	4,3	38,2
Uruguay	1990	25,2	70,6	0,8	85	1,9	35
	2002	32,3	63,5	6,5	84,6	8	42,1
Grupo B							
Brasil	1990	20,1	55,9	0,7	87,6	1,4	32,5
	2002	27,6	52,6	4,5	89,5	6,1	42,6
México	1992	16,6	50,6	0,4	88,9	1,6	25,6
	2002	21,4	47,8	1,9	86,5	2,2	34,2
Grupo C							
Honduras	1990	26,6	40	1,9	89	1,5	37,6
	2002	31,4	45,3	3,1	87,7	7	42,8
Nicaragua	1993	34,9	44,5	8,4	87,1	8,5	48,3
	2001	34,2	44	6,2	90,3	3,1	46

a Área metropolitana.

b Treinta y dos aglomerados urbanos.

Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

LOS ARRECLOS FAMILIARES Y SUS NIVELES DE POBREZA

Al observar los niveles relativos de pobreza según el tipo de hogar destaca tanto la acusada heterogeneidad del conjunto de países, como la persistente regularidad respecto a los contextos familiares más vulnerables en cada caso. En todos los países analizados, son los hogares extensos los que exhiben los más altos niveles de pobreza; les siguen, según el caso, los nucleares biparentales con hijos, y los monoparentales con jefatura femenina (cuadro 7).

Sin lugar a dudas, la situación de los hogares extensos es apremiante en Honduras y Nicaragua, en donde la incidencia de la pobreza sobrepasa 60%, pero también en Argentina, donde alcanza casi la mitad de los hogares. En los demás países, con la excepción de Uruguay, las cifras de incidencia de la pobreza oscilan alrededor de 35% de los hogares extensos (cuadro 7). En un análisis para México y varios países de Centroamérica en el que desglosamos los hogares extensos de acuerdo con su composición interna, encontramos que en el conjunto de los hogares extensos, unidades encabezadas por mujeres presentan la situación más crítica (Ariza y Oliveira, 2004). Este resultado es corroborado por Arriagada (2004) en un análisis para el conjunto de América Latina.

Frente a estos hallazgos nos hemos preguntado hasta qué punto la formación de los hogares extensos puede ser vista como una estrategia eficaz para combatir la pobreza. Desde cierta línea de reflexión, la conformación de este tipo

de hogares es entendida como una de las respuestas de los sectores populares ante situaciones económicas adversas. Se argumenta que mediante la incorporación de nuevos miembros al hogar se logra incrementar la mano de obra disponible, ya sea para ingresar al mercado de trabajo o para participar en los trabajos reproductivos, liberando a otros miembros como generadores potenciales de ingreso (González de la Rocha, 1994; Tuirán, 1993). Sin lugar a dudas la adición de nuevos miembros activos incrementa los recursos materiales de las familias y probablemente evite que caigan en situaciones más agudas de pobreza. No obstante, nos parece que estas estrategias de acopio de recursos no han resultado del todo eficaces en el esfuerzo colectivo por reducir la pobreza. Encuentran sus límites en las escasas oportunidades de empleo disponibles en los mercados de trabajo, así como en los bajos niveles educativos de la oferta de mano de obra. El modelo de hogar tradicional, el de las familias biparentales con hijos, acusa también niveles considerables de pobreza. Honduras y Nicaragua ostentan, una vez más, la mayor carencia relativa, seguidos de cerca por Argentina (cuadro 7). La importante situación de escasez de recursos que aqueja al hogar que absorbe el mayor volumen de población –el hogar biparental con hijos– denota la condición crítica por la que atraviesa buena parte de las familias latinoamericanas (con la excepción de Uruguay). Este modelo normativo de familia enfrenta al menos dos tipos de dificultades: a) ha perdido importancia relativa ante la emergencia o el fortalecimiento de otros tipos de arreglos familiares, como los unipersonales o los de jefatura femenina; b) ha visto disminuida su capacidad para garantizar la plena reproducción de sus integrantes. En realidad este último aspecto viene manifestándose desde hace unos años con la disminución del número de hogares que dependen del ingreso de un único proveedor, casi siempre el jefe varón, como veremos más adelante.¹⁴

Las tendencias no son tan consistentes en el caso de las familias dirigidas por mujeres, lo que no ha dejado de estimular el debate acerca de la relación entre la pobreza y jefatura femenina. La información aquí analizada muestra que la pobreza afecta a la mayoría de los hogares nucleares monoparentales encabezados por mujeres en Honduras y Nicaragua, y a casi la mitad en Argentina (cuadro 7). Únicamente en Argentina y Nicaragua los niveles de pobreza de estos hogares superan a los exhibidos por los hogares biparentales con hijos. En el caso de México, Gómez de León y Parker (2000) muestran que la contribución

¹⁴ A mediados de los años noventa, menos de la mitad de los hogares mexicanos se sustentaba con el ingreso de un solo proveedor. El cambio se produjo esencialmente entre 1984 y 1994, cuando el porcentaje de hogares con un solo perceptor pasó de 58.2 a 45.8%. El descenso fue aun mayor en los hogares de menores ingresos relativos (en los que el jefe recibe menos de dos salarios mínimos), en los que el mismo indicador descendió de 57.4 a 40.7% (Oliveira, 1999). En el mismo orden de ideas, datos para finales de los noventa muestran que el porcentaje de hogares con una mujer como el principal proveedor de facto era de 27% en México, 33% en Argentina y Brasil, y 35% o más en Honduras, Nicaragua y Uruguay (Arriagada, 2001).

proveniente de los ingresos no laborales, entre ellos las remesas, libra a los hogares encabezados por mujeres de una situación más crítica de pobreza. Es importante hacer notar que, de acuerdo con datos de México y varios países de Centroamérica, los hogares extensos encabezados por mujeres son más pobres que los nucleares de jefatura femenina (Ariza y Oliveira, 2004).¹⁵

Cuadro 7

Pobreza por tipos de hogar, zonas urbanas, América Latina (6 países), 1990-2002 (Porcentajes)

País	Año	Total hogares	Tipos de hogar								
			Hogares no familiares			Hogares familiares					Otros tipos de familia
			Hogar uni-personal	Hogar sin núcleo conyugal	Subtotal familias nucleares	Nuclear sin hijos	Nuclear bi-parental con hijos	Nuclear mono-parental jefe hombre	Nuclear mono-parental jefe mujer	Extensa	Compuesta
Grupo A											
B. Aires	2002	31,6	10,8	16,6	33,5	16,0	38,9	26,5	38,2	49,3	48,9
Argentina	2002	34,9	11,0	25,0	37,1	17,6	41,9	27,6	44,5	52,8	51,3
Uruguay	2002	9,3	0,4	4,9	10,4	1,7	14,4	7,2	1,5	16,0	24,3
Grupo B											
Brasil	2002	27,4	8,6	17,1	29,1	10,2	32,9	22,5	32,5	33,7	30,9
México	2002	26,0	5,3	21,5	25,5	11,1	28,0	5,4	27,3	35,8	33,2
Grupo C											
Honduras	2002	60,4	29,2	47,8	61,8	41,3	64,2	54,0	62,2	67,6	58,6
Nicaragua	2001	57,8	35,0	47,3	55,8	25,0	57,2	48,5	62,4	63,9	71,2

Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

DESIGUALDAD SOCIAL, ORGANIZACIÓN Y CONVIVENCIA DE LAS FAMILIAS

En esta última parte del texto abordamos dos rasgos de la vida familiar que consideramos de vital importancia para entender la dinámica actual de las familias: la menor presencia relativa del modelo familiar tradicional, el del jefe varón proveedor exclusivo, y la desigualdad en las relaciones intrafamiliares. En virtud de la carencia de información comparable para los distintos países, en el segundo de los aspectos mencionados nos centraremos principalmente en la experiencia mexicana.

¹⁵ Datos para mediados de los noventa muestran que en todos los países analizados hay una mayor incidencia de la pobreza en los hogares encabezados por mujeres cuando éstos son extensos y compuestos (Arriagada, 1997).

La pérdida de importancia del modelo de familia del jefe varón proveedor exclusivo y la sobrecarga de trabajo de las esposas

Las transformaciones socioeconómicas y demográficas descritas guardan una estrecha relación con los cambios en la organización de la reproducción cotidiana.¹⁶ Ante el deterioro de los salarios y la pérdida del poder adquisitivo ocasionados por los reiterados episodios de crisis económica y las políticas de desprotección laboral, las familias han respondido multiplicando su oferta de trabajo.¹⁷ Datos para México muestran que el número de perceptores es más elevado en la medida en que el salario del jefe del hogar es más reducido (Oliveira, 1999).

El incremento de la oferta laboral de los hogares ha descansado principalmente en la participación económica femenina, a la que han contribuido también la reducción sostenida de la fecundidad, la ampliación del sector servicios, y el afianzamiento de las industrias de exportación con preferencia por la mano de obra femenina, en particular las maquilas. Así, nos movemos gradualmente y por diferentes vías de un esquema de organización familiar con predominio del modelo “jefe varón proveedor único-mujer ama de casa”, cuyo salario alcanza a cubrir las necesidades familiares, a otro de dos o múltiples proveedores. En todos los países analizados disminuyó en forma consistente la importancia relativa de las familias nucleares biparentales con hijos en las cuales la esposa no trabaja, aunque todavía siga siendo éste el modelo de familia nuclear más extendido en la región (cuadro 8). La mayor prevalencia de dicho modelo tradicional de organización familiar se da en México, con 44%, y la menor en Uruguay, con apenas 28.2% de los hogares nucleares. El segundo tipo de organización más frecuente dentro de los hogares nucleares es el de la pareja con hijos en donde la esposa trabaja. En el conjunto de Brasil, Honduras y Nicaragua, estos hogares representan más de 30% de los nucleares.

No cabe duda de que mediante la participación en el mercado de trabajo y en el sustento económico de sus familias, muchas mujeres latinoamericanas han logrado redefinir su papel social más allá de la domesticidad.¹⁸ Sin embargo, el aumento de la participación económica femenina no ha estado acompañado por una clara reorganización de los roles domésticos. Datos para México muestran

¹⁶ La organización de la reproducción cotidiana implica la obtención de recursos (monetarios y no monetarios) mediante la participación de los integrantes de la familia en la actividad económica y la producción de bienes y servicios para el mercado o para el autoconsumo; se incluyen además la realización de una amplia gama de actividades domésticas, la administración del presupuesto familiar, y el establecimiento de redes de apoyo.

¹⁷ En el caso de México el número de perceptores por hogar aumentó de 1.53 a 1.79 entre 1977 y 1998 (Cortés, 2000).

¹⁸ De acuerdo con datos de la CEPAL para 1994, el aporte del ingreso por trabajo de las cónyuges al ingreso familiar alcanzaba desde 28% en México y Uruguay, hasta cerca de 39% en Argentina y Honduras (Arriagada, 1997).

que en la mayoría de los sectores sociales –pero sobre todo en los que cuentan con una situación económica más precaria– la esposa continúa siendo la responsable de la supervisión y (o) realización de las tareas domésticas. En las contadas ocasiones en que tiene lugar la participación doméstica masculina, ocurre de manera esporádica (fines de semana, vacaciones, o en casos de enfermedad), y con mayor regularidad cuando las cónyuges desempeñan actividades extradomésticas remuneradas. La participación doméstica de los varones es más frecuente entre los de 30 y 39 años, los de mayor escolaridad y en los que han sido socializados en contextos urbanos. La reparación de la casa, el cuidado del coche y los trámites administrativos son las tareas habitualmente asignadas a los hombres en el mundo doméstico. Es recurrente la mayor participación de los varones en el cuidado de los hijos/as que en las labores de la casa propiamente dichas (lavar trastes, cocinar, planchar, ir de compras, limpiar la casa y lavar).¹⁹

Cuadro 8

Tipos de familias nucleares y actividad económica de la mujer en zonas urbanas, América Latina (6 países), 1990-2002

País	Año	Nuclear biparental				Nuclear monoparental			Total	
		Sin hijos		Con hijos		Esposa no trabaja	Esposa trabaja	Esposa no trabaja		
		Esposa trabaja	Esposa no trabaja	Esposa trabaja	Esposa no trabaja					
Grupo A										
Argentina	1990	6.4	15.8	23.5	43.4	5.4	3.8	1.7	100	
Buenos Aires	2002	7.5	13.6	26.9	35.5	7	5.8	3.6	100	
Uruguay	1990	7.7	18.8	27.4	32.9	5.6	5.6	2	100	
	2002	8.3	18.4	28.6	28.2	7.5	6.5	2.6	100	
Grupo B										
Brasil	1990	5.3	8.7	27.2	45.3	6.4	5.3	1.7	100	
	2001	7	8.5	32.3	35.4	8.5	6.4	1.9	100	
México	1989	2.4	6.4	20.7	59.8	5.3	3.6	1.7	100	
	2002	4.8	6.9	28.9	44	9	4.3	2.1	100	
Grupo C										
Honduras	1990	2.6	5.3	25.7	47.6	11	5.7	2	100	
	2002	3.5	4.4	30.3	39.8	12.8	6.4	2.7	100	
Nicaragua	1993	3.2	3.3	31	42.4	12.3	5.1	2.6	100	
	2001	4.4	2.6	35.2	35.6	14.5	5.6	2.1	100	

Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

En el contexto actual de pérdida de importancia del Estado a la provisión de servicios sociales, las familias han visto acrecentadas sus responsabilidades económicas y domésticas. El tener que asumir la casi total responsabilidad de la administración y ejecución de las tareas del hogar, y a la vez colaborar en la

¹⁹ Véase García y Oliveira, 1994 y 2006; García, 1998; Rendón, 2003. Un resultado similar ha sido observado en Argentina (Wainerman, 2000).

obtención de los recursos necesarios para la manutención cotidiana de éste, se ha traducido en una sobrecarga de trabajo para una parte importante de la población femenina (Oliveira, Ariza y Eternod, 1996; Arriagada, 2004). La situación de las mujeres asume tintes más dramáticos cuando a las inequidades de género se suman las de clase.

La persistencia de las inequidades de poder en el interior de las familias

Las transformaciones en las formas de convivencia familiar hacia una mayor equidad entre géneros han sido lentas (Jelin, 1994; Oliveira, 1998). Los nexos entre los cambios socioeconómicos y las relaciones intrafamiliares suelen establecerse por diferentes vías. La mayor escolaridad de las mujeres, su participación económica, el control de sus ingresos, sus aportaciones a la manutención familiar, la migración individual masculina, la femenina, y la familiar, figuran entre los factores más destacados. Estudios realizados en México permiten afirmar que el hecho de acceder a niveles elevados de escolaridad guarda relación con la mayor tendencia de las mujeres a participar activamente en la búsqueda de relaciones de género igualitarias, así como en la defensa de sus derechos.

Infortunadamente los sectores más pobres de la población han tenido un menor acceso a las oportunidades educativas, en expansión en varios países de la región. En efecto, las diferencias en las proporciones de asistencia escolar de las personas de 20 a 24 años de los sectores más pobres y las de los ricos son extremadamente amplias en todos los países analizados (cuadro 9). Esto contribuye sin duda al reforzamiento de las fuertes distancias de clase y de género en nuestras sociedades. Las diferencias educacionales inciden en la reproducción de las inequidades de género, no sólo en virtud del acceso diferencial a los recursos materiales que suponen, sino por su influencia sobre los valores y las expectativas sociales, los que a su vez tienen efectos colaterales en la organización y la convivencia familiares. En un análisis de las opiniones sobre los roles de género llevado a cabo en el México metropolitano se advierten notables diferencias entre los distintos sectores sociales. Las opiniones más tradicionales y las condiciones de existencia más precarias contribuyen parcialmente a explicar la mayor inequidad de género prevaleciente en los sectores populares en contraste con los medios (García y Oliveira, 2006).

En cuanto a las repercusiones del trabajo extradoméstico y las aportaciones económicas familiares sobre una relación de pareja más democrática, se ha encontrado –de nuevo para el caso del México metropolitano– que la experiencia laboral de las esposas después de casarse o unirse tiene una influencia significativa significativa en varias dimensiones de la vida intrafamiliar. Una participación prolongada en la actividad laboral (5 años o más) establece diferencias en cuanto

Cuadro 9

Proporción de asistencia escolar en la población de 20 a 24 años de edad por quintiles de ingreso per cápita del hogar, América Latina (6 países), 2002

País	Total	20% más pobre	20% más rico
Grupo A			
Buenos Aires	2002	40,5	21,7
Uruguay	2002	34,8	12,7
Grupo B			
Brasil	2001	27,5	18,7
México	2002	30,7	16,4
Grupo C			
Honduras	2002	26,9	9,8
Nicaragua	2001	31,5	15,4
			55,1
			51,1
			52,8

Fuente: Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe 2004, Santiago de Chile, Naciones Unidas/CEPAL, 2005.

a la cooperación de los esposos en las tareas domésticas y en el cuidado de los hijos/as, así como en la autonomía relativa de las esposas frente a los cónyuges y en su capacidad de intervenir en las decisiones familiares importantes. No obstante, se asocia también con mayor conflictividad conyugal y con posible violencia hacia las esposas (véase García y Oliveira, 2006). Las mujeres que desempeñan actividades profesionales o técnicas, y las que aportan ingresos a la manutención familiar cuentan con más recursos materiales y emocionales al negociar relaciones más igualitarias en varias facetas de la vida familiar. Del mismo modo, cuando las esposas atribuyen al trabajo extradoméstico un significado de superación personal e independencia económica, logran negociar mayor participación de los cónyuges en el cuidado de los niños/as, así como dosis crecientes de autonomía (García y Oliveira, 1994).

Las evidencias acerca de las implicaciones del control de recursos sobre las relaciones de pareja no siempre apuntan en la misma dirección. Se destacan diferencias importantes según el sector social de pertenencia.²⁰ Además del monto recibido, es fundamental el control que las mujeres puedan efectivamente ejercer sobre los ingresos por ellas generados como vía para elevar el poder de negociación en el seno de las familias (Blumberg, 1991). Así, se ha documentado que un mayor control puede acarrear más participación de las mujeres en la toma de decisiones familiares y una distribución más igualitaria de las labores domésticas, principalmente en las clases medias y altas; mientras que en los sectores populares, cuando las cónyuges reciben ingresos similares o superiores a los del marido, éste puede sentir amenazado su rol de proveedor principal o

²⁰ Véase Safilios-Rothschild, 1990; García y Oliveira, 1994.

su sentido de masculinidad, y esto da lugar a situaciones de mayor opresión y violencia hacia las mujeres, como en el caso de algunas familias con jefatura femenina y presencia habitual del cónyuge (Safilios-Rothschild, 1990; García y Oliveira, 1994).

Datos recabados para varios de los países objeto de estudio denotan una preocupante situación de violencia doméstica en contra de diferentes sectores de mujeres (Traversa, 2001; Morrison y Orlando, 1999; González de la Rocha, 1988; Nieves Rico, 1992). Esto realza la necesidad de establecer políticas y programas sociales encaminados a romper los mecanismos de reproducción de la desigualdad de género. Es sabido que los individuos que han sido socializados en un entorno familiar violento son más propensos a recrear los mismos actos agresivos en sus familias de procreación.

Aún no ha sido suficientemente estudiado el impacto de las migraciones internacionales sobre las relaciones intrafamiliares.²¹ Los procesos de transnacionalidad han contribuido a la dispersión de los espacios residenciales, reforzando al mismo tiempo los lazos familiares (véase Ariza, 2002; Popkin, Lawrence y Andrade-Eekhoff, 2000). Se entiende que las consecuencias de la migración sobre las relaciones intrafamiliares son diferenciales según el tipo de movimiento (individual o familiar) y el contexto de análisis (origen o destino). Acerca de cómo cambian las formas de convivencia familiar debido a la emigración masculina (cuando el esposo migra y cuando regresa a la casa, por ejemplo), se ha encontrado que la ausencia del cónyuge no necesariamente ocasiona transformaciones profundas en la estructura de autoridad de la familia en el lugar de origen. Con frecuencia el varón temporalmente ausente sigue siendo reconocido como jefe del hogar, aunque las mujeres asuman en lo cotidiano la responsabilidad de la manutención de la familia, el cuidado y la socialización de los hijos (Szasz, 1999). Cuando quienes emigran son las mujeres parecen abrirse más oportunidades de participación y de redefinición de las relaciones con ellas mismas y con los demás. Sin embargo, se trata de procesos lentos y ambivalentes que bien pueden conducir al reforzamiento de los patrones más tradicionales de las relaciones de género (Ariza, 2000).

A modo de conclusión

En este trabajo hemos comparado tres grupos de países latinoamericanos caracterizados por rasgos socioeconómicos y demográficos muy dispares. Nuestro propósito ha sido ahondar en las complejas interrelaciones de las transformaciones macroestructurales y las tendencias de cambio y continuidad en las familias: su estructura, su bienestar y su dinámica interna. Hemos Ilustrado la

²¹ Véase Chant, 1992; Szasz, 1999; Guarnizo, 1995; Ariza, 2000.

manera en que las tendencias económicas de las últimas décadas en el contexto de reestructuración productiva y la apertura al mercado externo, han contrarrestado en algunos casos los posibles beneficios de la dinámica demográfica. En otras situaciones han contribuido a agudizar los ya considerables rezagos demográficos y socioeconómicos existentes, con efectos perversos sobre el bienestar y las formas de convivencia familiar.

Así por ejemplo, Argentina y Uruguay, al encontrarse en etapas más avanzadas de la transición demográfica, enfrentan inéditos desafíos sociales resultado del creciente envejecimiento de la población. La importante emigración de la mano de obra joven en estos países no ha hecho sino ensombrecer el panorama. En Argentina los efectos de la fuerte contracción económica de principios del siglo XXI se han traducido en un notable aumento del desempleo y la pobreza. Uruguay ha logrado contrarrestar parcialmente el magro desempeño de la economía sobre los niveles de pobreza de los hogares en virtud de su menor concentración del ingreso y la implementación de políticas sociales en beneficio de los jubilados y pensionados. A pesar de que datos recientes sugieren un aumento importante de la pobreza en ese país, aún posee los más bajos niveles de pobreza y la menor desigualdad del ingreso en la región (Aguirre, 2004). Por otra parte, el hecho de que en 2002, 13% de los hogares urbanos uruguayos recibía remesas del exterior contribuye sin duda a contrarrestar parcialmente la tendencia generalizada al aumento de la pobreza.

Brasil y México ponen de manifiesto que el bajo ritmo de expansión de la economía en un contexto de apertura externa, y una marcada desigualdad de ingresos, pueden dificultar el aprovechamiento del llamado “bono demográfico” (resultado de la expansión de los grupos en edad activa y de la reducción de las tasas de dependencia demográfica). Ambos países no han logrado el ritmo de crecimiento económico requerido para generar la cantidad de empleos necesarios para absorber la fuerza de trabajo en expansión.

Finalmente, Honduras y Nicaragua revelan que al interactuar el rezago económico y el demográfico se potencian los niveles de pobreza de los hogares. Con muy elevados índices de dependencia demográfica, valores relativamente altos de fecundidad y menores niveles de urbanización relativos, estos países enfrentan fuertes desafíos económicos y sociales que serán difíciles de superar en un escenario de bajo crecimiento económico y alto de desempleo. Tal es el caso sobre todo de Nicaragua.

Los países analizados se diferencian entre sí en cuanto a la composición de los hogares. En Argentina y Uruguay los hogares unipersonales representan un mayor peso relativo que en los demás países; lo mismo ocurre con las familias nucleares en Brasil y en México. Honduras y Nicaragua, por el contrario, se distinguen por la acentuada prevalencia de los hogares extensos y compuestos, aspecto que guarda un paralelismo con la alta frecuencia de las uniones

consensuales. Los hogares con jefatura femenina alcanzan altos porcentajes en Honduras, Nicaragua y Uruguay.

La marcada heterogeneidad de estos países se minimiza cuando se analizan las tendencias de cambio en los hogares durante la última década. En todos los casos, aunque con diferencias de intensidad, se verifica una cierta diversificación de los arreglos familiares. Las familias nucleares biparentales con hijos van perdiendo importancia mientras los hogares con jefatura femenina y los unipersonales se van incrementando. Como hemos visto, el modelo normativo de familia (nuclear biparental con hijos) ha perdido fuerza relativa en virtud de las transformaciones demográficas señaladas, pero además ha sufrido cambios de relevancia en su organización doméstica.

En cuanto a los contextos familiares más pobres, las similitudes entre los diversos países son mayores que los contrastes. Las unidades extensas presentan una situación realmente crítica, aunque mucho más aguda en los países de menor bienestar relativo de la región: Nicaragua y Honduras, seguidos de cerca por Argentina. Estudios previos indican que entre todos los hogares extensos, son los de jefatura femenina los que enfrentan la mayor carencia de recursos, tanto en México como en otros países centroamericanos. Su complemento, los nucleares monoparentales encabezados por mujeres, en expansión en casi todos los países, también exhiben altos porcentajes de pobreza (Ariza y Oliveira, 2004). Si bien las unidades familiares biparentales con hijos no son las más necesitadas, muestran también altos porcentajes de pobreza: desde la cuarta parte hasta más de la mitad en todos los países analizados, con la excepción de Uruguay. Estas familias, al concentrar los mayores volúmenes de población, ponen de manifiesto la precariedad económica de una parte considerable de las familias latinoamericanas de nuestros días.

Como una reflexión final queremos llamar la atención sobre dos aspectos. El primero hace alusión al carácter heterogéneo y selectivo de las posibles consecuencias de los cambios socioeconómicos y demográficos sobre la vida familiar. En América Latina las transformaciones en el mundo familiar tienen lugar asincrónicamente entre los distintos sectores sociales y los grupos étnicos, como entre los países y las regiones dentro de éstos. La acentuada desigualdad social es un rasgo distintivo de la región que no ha hecho sino profundizarse en el entorno de la globalización. Los beneficios del crecimiento económico se han concentrado en las áreas de mayor desarrollo relativo, en las ciudades, y en los sectores sociales privilegiados. Tales sectores han sido los protagonistas de cambios específicos tales como el aumento de la escolaridad, del trabajo extradoméstico y de la edad al casarse; la mayor utilización del control natal, y la reducción de la fecundidad. Son estos sectores los más propensos a impulsar transformaciones en los roles y las relaciones de género, a buscar una redefinición de la división sexual del trabajo, de las formas de ejercicio del poder y la

autoridad en el seno de sus familias, y a lograr un mayor control sobre sus vidas. La consecuencia de tan marcadas diferencias entre los sectores sociales ha sido la acentuación de las desigualdades de clase y género. El aumento de la pobreza y la vulnerabilidad social refuerzan las formas de convivencia familiar características de la desigualdad de género; y las fuertes y persistentes desigualdades sociales de clase y de género contribuyen a su vez a contrarrestar parcialmente los efectos positivos de los cambios sociodemográficos sobre el nivel de bienestar de las familias.

El segundo aspecto que nos importa recalcar se refiere a la necesidad de contar con datos comparativos sobre las formas de organización y convivencia familiar en diferentes países de la región, pues ellos nos permitirán analizar las repercusiones de los cambios sociodemográficos y económicos sobre distintos ámbitos de la vida familiar: la división del trabajo y las relaciones de poder entre géneros y generaciones.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, Rosario (2004), “Familias urbanas en el Cono Sur: transformaciones recientes en Argentina, Chile, Uruguay”, en Irma Arriagada y Verónica Aranda (comps.), Cambio de las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidades de políticas públicas eficaces, Santiago de Chile, CEPAL, División de Desarrollo Social/UNFPA, pp. 225-255.
- Ariza, Marina (2002), “Migración, familia y transnacionalidad en el contexto de la globalización: algunos puntos de reflexión”, Revista Mexicana de Sociología, vol. 64, núm. 4, octubre-diciembre, pp. 53-84.
- (2000), Ya no soy la que dejé atrás... Mujeres migrantes en República Dominicana, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México (IISUNAM)/Plaza y Valdés.
- y Orlandina de Oliveira (2005), “Families in Transition”, en Charles H. Wood y Bryan R. Roberts (eds.), Rethinking Development in Latin America, Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press, pp. 233-247.
- y Orlandina de Oliveira (2004), “Familias, pobreza y necesidades de políticas públicas en México y Centroamérica”, en Irma Arriagada y Verónica Aranda (comps.), Cambio de las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidades de políticas públicas eficaces, Santiago de Chile, CEPAL, División de Desarrollo Social/UNFPA, pp. 153-195.
- y Orlandina de Oliveira (2002), “Acerca de las familias y los hogares: estructura y dinámica”, en Catalina Wainerman (comp.), Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones, Fondo de Cultura Económica (FCE)/UNICEF, pp. 19-54.
- y Orlandina de Oliveira (2001), “Familias en transición y marcos conceptuales en redefinición”, Papeles de Población, año 7, núm. 28, pp. 9-39.
- y Orlandina de Oliveira (1999a), “Formación y dinámica familiar en México, Centroamérica y el Caribe”, en Beatriz Figueroa (coord.), México diverso y desigual: enfoques sociodemográficos, México, El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía (Somede), pp. 161-175.
- y Orlandina de Oliveira (1999b), “Escenarios contrastantes: patrones de formación familiar en el Caribe y Europa Occidental”, Estudios Sociológicos, vol. 17, núm. 51, pp. 815-836.
- Arriagada, Irma (2004), “Estructuras familiares, trabajo y bienestar en América Latina”, en Irma Arriagada y Verónica Aranda (comps.), Cambio de las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidades de políticas públicas eficaces, Santiago de Chile, CEPAL, División de Desarrollo Social/UNFPA, pp. 43-73.

- (2001), Familias latinoamericanas. Diagnóstico y políticas públicas en los inicios del nuevo siglo, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), División de Desarrollo Social (Políticas Sociales, 57).
- (1997), Políticas sociales, familia y trabajo en la América Latina de fin de siglo, Santiago de Chile, Naciones Unidas, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (Políticas Sociales, 21).
- Blumberg, Rae Lesser (1991), "Introduction: The 'Triple Overlap' of Gender Stratification, Economy and the Family", en Rae Lesser Blumberg (ed.), *Gender, Family and Economy: The Triple Overlap*, Newbury Park, Sage, pp. 7-34.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (2004), Panorama social de América Latina, 2004, Santiago de Chile, CEPAL.
- (2003a), Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe, 2003, Santiago de Chile, CEPAL.
- (2003b), Panorama social de América Latina y el Caribe, 2002-2003, Santiago de Chile, CEPAL.
- (1994), Panorama social de América Latina, edición 1994, Santiago de Chile, CEPAL.
- Cortés, Fernando (2000), "Crisis, miembros del hogar e ingresos", Demos. Carta demográfica sobre México, núm. 13, pp. 35-36.
- Chant, Sylvia (1999), "Las unidades domésticas encabezadas por mujeres en México y Costa Rica: perspectivas populares y globales sobre el tema de las madres solas", en Mercedes González de la Rocha (coord.), *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina*, Guadalajara, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS)/ Plaza y Valdés, pp. 97-124.
- (ed.) (1992), *Gender and Migration in Developing Countries*, Nueva York, Bellhaven Press.
- De Vos M., Susan (1995), *Household Composition in Latin America*, Nueva York, Plenum.
- García, Brígida (1998), "Dinámica familiar, pobreza y calidad de vida: una perspectiva mexicana y latinoamericana", en Beatriz Schmukler (coord.), *Familias y relaciones de género en transformación. Cambios trascendentales en América Latina y el Caribe*, México, Population Council/Edamex, pp. 53-82.
- y Olga Rojas (2002), "Los hogares latinoamericanos durante la segunda mitad del siglo XX: una perspectiva sociodemográfica", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 17, núm. 2 (50), pp. 261-288.
- y Orlandina de Oliveira (2006), *Las familias en el México metropolitano. Visiones femeninas y masculinas*, México, Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales y Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.
- y Orlandina de Oliveira (1994), *Trabajo femenino y vida familiar en México*, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano y Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.
- Glick Schiller, N., L. Bash y C. Blanc-Szanton (1992), *Towards a Transnational Perspective on Migration. Race, Class, Ethnicity and Nationalism Reconsidered*, Nueva York, Academy of Sciences.
- Gómez de León, José y Susan Parker (2000), "Bienestar y jefatura femenina en los hogares mexicanos", en Ma. de la Paz López y Vania Salles (eds.), *Familia, género y pobreza*, México, Miguel Ángel Porrúa/GIMTRAP, pp. 11-45.
- González de la Rocha, Mercedes (1994), *The Resources of Poverty. Women and Survival in a Mexican City*, Oxford, Blackwell.
- (1988), "De por qué las mujeres aguantan golpes y cuernos: un análisis de hogares sin varón en Guadalajara", en Luisa Gabayet et al. (comps.), *Mujeres y sociedad. Salario, hogar y acción social en el occidente de México*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco/ Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), pp. 205-227.

- Guarnizo, Luis (1997), "The Emergence of a Transnational Social Formation and the Mirage of Return Migration Among Dominican Transmigrants", *Identities*, vol. 42 núm. 2, pp. 281-322.
- (1995) "Regresando a casa. Clase, género y transformación del hogar entre migrantes dominicanos/as", *Género y sociedad*, vol. 2, núm. 3, pp. 53-127.
- y P. Smith (1998), "The Rise of Transnational social Formations: Mexican and Dominican State Responses to Transnational Migration", *Political Power and Social Theory*, vol. 12, pp. 45-95.
- Hakkert, Ralph y José Miguel Guzmán (2004), "Envejecimiento demográfico y arreglos familiares de vida en América Latina", en Marina Ariza y Orlandina de Oliveira (coords.), *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México (IISUNAM), pp. 479-518.
- Jelin, Elizabeth (1994), "Las relaciones intrafamiliares en América Latina", en *Familia y futuro. Un programa regional en América Latina y El Caribe*, Santiago de Chile, CEPAL/UNICEF, pp. 37-55.
- Lesthaege, Ron (1998), "On Theory Development and Applications to the Study of Family Formation", *Population and Development Review*, vol. 24, núm. 1, pp. 1-14.
- Morrison, A. R. y M. B. Orlando (1999), "Social and Economic Costs of Domestic Violence: Chile and Nicaragua", en A. R. Morrison y M. Loreto Biehl (eds.), *Too Close to Home: Domestic Violence in the Americas*, Washington Inter-American Development Bank, pp. 43-59.
- Nieves Rico, María (1992), *Domestic Violence Against Women in Latin America and the Caribbean: Proposals for Discussion*, Santiago de Chile, Naciones Unidas (Mujer y Desarrollo, 10).
- Ojeda, Norma (1986), "Separación y divorcio en México: una perspectiva demográfica", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 1, núm. 2 (2), pp. 227-265.
- Oliveira, Orlandina de (1999), "Políticas económicas, arreglos familiares y perceptores de ingresos", *Demos. Carta demográfica de México*, núm. 12, pp. 32-33.
- (1998), "Familia y relaciones de género en México", en Beatriz Schmukler (coord.), *Familias y relaciones de género en transformación. Cambios trascendentales en América Latina y el Caribe*, México, The Population Council/Edamex, pp. 23-52.
- , Marcela Eternod y María de la Paz López (1999), "Familia y género en el análisis sociodemográfico", en Brígida García (coord.), *Mujer, género y población en México*, México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía (Somede), pp. 211- 271.
- , Marina Ariza y Marcela Eternod (1996), "Trabajo e inequidad de género", en Orlandina de Oliveira, Marina Ariza, Marcela Eternos, María de la Paz López y Vania Salles, "Informe final. La condición femenina: una propuesta de indicadores", México, Somede/Conapo, noviembre (inédito).
- Pérez-Sáinz, Juan Pablo (2000), "Labour Market Transformations in Latin America", trabajo presentado en el Latin America Labor and Globalization Trends Following a Decades of Economic Adjustment: A Workshop, organizado por Social Science Research Council (SSRC) y Flasco-Costa Rica, San José, Costa Rica, 10 y 11 de julio.
- Popkin, Eric, Sarah Lawrence y Kay Andrade-Eekhoff (2000), "The Construction of Household Labor Market Strategies in Central America Transnational Migrant Communities", trabajo presentado en el Latin America Labor and Globalization Trends Following a Decades of Economic Adjustment: A Workshop, organizado por el Social Science Research Council (SSRC) y Flasco-Costa Rica, San José, Costa Rica, 10 y 11 de julio.
- Portes, Alejandro (1996), "Transnational Communities: Their Emergence and Significance in the Contemporary World-System", en Roberto P. Korzeniewicz (ed.), *Latin America in the World-Economy*, Londres, Greenwood Press, pp.151-168.
- , Luis Guarnizo y Patricia Landott (1999), "The Study of Transnationalism: Pitfalls and Promises of an Emergent Research Field", *Ethic and Racial Studies*, vol. 22, núm. 2, pp. 217-237.

- Quilodrán, Julieta (2001), “Un siglo de matrimonio en México”, en José Gómez de León y Cecilia Rabell (coords.), *La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, México, Fondo de Cultura Económica/Consejo Nacional de Población (Conapo), pp. 242-270.
- (2000), “Atisbos de cambios en la formación de las parejas conyugales a fines de milenio”, *Papeles de Población*, año 6, núm. 25, pp. 9-33.
- (1991), *Niveles de fecundidad y patrones de nupcialidad en México*, México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México.
- Rendón, María Teresa (2003), *Trabajo de hombres y trabajo de mujeres en el México del siglo XX*, México, Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG)/Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la Universidad Nacional Autónoma de México (CRIM-UNAM).
- Rossetti, Josefina (1994), “Hacia un perfil de la familia actual en Latinoamérica y el Caribe”, en *Familia y futuro. Un programa regional en América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile, CEPAL/UNICEF, pp. 17-65.
- Safilios-Rothschild, Constantina (1990), “Socio-economic Determinants of the Outcomes of Women’s Income-Generation in Developing Countries”, en Sharon Stichter y Jane L. Parpart (eds.), *Women, Employment and the Family in the International Division of Labor*, Filadelfia, Temple University Press, pp. 221-228.
- Standing, Guy (1999), “Global Feminization through Flexible Labor: a Theme Revisited”, *World Development*, vol. 27, núm. 3, pp. 583-602.
- Szasz Pianta, Ivonne (1999), “La perspectiva de género en el estudio de la migración femenina en México”, en Brígida García (coord.), *Mujer, género y población en México*, México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía (Somede), pp. 167-210.
- Traversa, María Teresa (2001), *Violencia en la pareja. La cara oculta de la relación*, Washington, Banco Interamericano de Desarrollo (BID).
- Tuirán, Rodolfo (1993), “Vivir en familia: hogares y estructura familiar en México, 1976-1987”, *Comercio Exterior*, vol. 43, núm. 7, pp. 662-676.
- Van de Kaa, Dirk (1987), “Europe Second Demographic Transition”, *Population Bulletin*, vol. 42, núm. 1, marzo, pp. 3-57.
- Wainerman, Catalina (2000), “División del trabajo en familias de dos proveedores. Relato desde ambos géneros y dos generaciones”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 15, núm. 1 (43), pp. 149-184.

A metrópole e seus deslocamentos populacionais cotidianos: o caso da mobilidade pendular na Região Metropolitana de Campinas em 2000

José Marcos Pinto da Cunha, Daniel Pessini

RESUMO

O artigo analisa a constituição dos fluxos de deslocamento pendular na Região Metropolitana de Campinas relacionando esse fenômeno ao processo de expansão urbana, em geral, e à migração intrametropolitana, com a qual está fortemente correlacionado, em particular. Também são feitas considerações quanto às características socioeconômicas e demográficas da população que realiza o deslocamento pendular e em que medida essa modalidade de deslocamento condiciona essas características. O artigo também busca operacionalizar novas perspectivas teóricas, capazes de contemplar a complexidade que o fenômeno do deslocamento pendular adquire, particularmente na sua relação com a constituição social do território metropolitano.

Palavras-chave: expansão urbana; migração intrametropolitana; deslocamento pendular

ABSTRACT

This article studies the constitution of pendular movements in the Campinas Metropolitan Area because of urban sprawl and, particularly, internal migration to the rural-urban fringe. We also analyse the socioeconomic and sociodemographic characteristics of this migrant population. In the conclusion we theorise new perspectives in order to comprehend the relationship between suburbanisation and the social construction of the metropolitan areas.

Keywords: urban sprawl, inter-urban migration; suburbanisation.

* José Marcos Pinto da Cunha. Universidade Estadual de Campinas, Brasil
zemarcos@nepo.unicamp.br

* Daniel Pessini. Diagonal Urbana, São Paulo, Brasil.
pessini@yahoo.com

INTRODUÇÃO

Segundo pesquisa recentemente realizada, diariamente na Região Metropolitana de Campinas, mais de 200 mil pessoas saíam de seus municípios de residência para trabalhar ou estudar em outro município, cifra que mostra um significativo aumento com relação àquela registrada pelo Censo de 2000 de aproximadamente 180 mil pessoas. Esse movimento era feito majoritariamente dentro da própria RMC, mas estende-se também para outros municípios do estado de São Paulo e até mesmo para outros estados. Por trás do deslocamento de um volume tão grande de pessoas há uma série de fatores, como a integração crescente do território metropolitano, a especialização funcional e interdependência dos municípios e a reorganização das atividades produtivas em uma nova base territorial de modo a otimizar vantagens locacionais. Tudo isso contribuiu para que uma parcela cada vez maior da população se deslocasse a distâncias crescentes em busca de trabalho e serviços específicos.

Entretanto, tendo em vista a forte heterogeneidade socioespacial existente nas metrópoles nem sempre tais deslocamentos refletem opções racionalizadas por partes das pessoas ou famílias, sendo que, via de regra, representam “um custo a pagar” pelo acesso mais barato à moradia. Este ir e vir diário apresenta custos financeiros nem sempre assimiláveis, perda de tempo de descanso e possivelmente riscos potenciais para boa parcela da população. Por outro lado, como será mostrado, na metrópole também encontram-se aqueles para os quais a possibilidade do movimento pendular seja uma alternativa para a busca de lugares mais tranquilos e exclusivos.

Desta forma, pode-se dizer que existem vários fatores que explicariam a intensificação da pendularidade em uma grande metrópole, sendo que estes certamente variam de acordo com os grupos sociais envolvidos, suas possibilidades de escolha e os recursos físicos e de infra-estrutura disponíveis.

O objetivo deste artigo, mais que mensurar e mostrar os caminhos da “pendularidade” na RM de Campinas, é examinar as diferenças entre a população que realiza este tipo de deslocamento e aquela que não realiza, com o intuito de verificar se este tipo de movimento cotidiano constitui uma vantagem ou uma desvantagem para a população que o realiza. Se o distanciamento progressivo entre o local de trabalho e o de moradia pode ser encarado como uma desvantagem, por outro lado, a possibilidade de se deslocar constitui uma vantagem para a população que se desloca, permitindo superar as limitações socioeconômicas de seu local de residência.

Para tanto serão analisados os dados do Censo Demográfico de 2000, os quais serão complementados, e de alguma forma atualizados, com os resultados de uma pesquisa domiciliar realizada na região no segundo semestre de 2007 cujos dados foram recentemente liberados para análise¹.

ALGUNS PRESSUPOSTOS TEÓRICOS

A mobilidade pendular da população, definida neste texto como o deslocamento de um indivíduo com propósito de trabalho ou estudo para outro município que não o de sua residência, é um fenômeno bastante comum que ocorre cotidianamente, mas que ganha maior visibilidade nas regiões metropolitanas, dada a escala que atinge. Para além do seu peso numérico, a mobilidade pendular pode ser considerada como um indicativo do nível de integração e complementaridade de atividades num dado território, desempenhando um papel significativo quanto veículo de interações sociais e consequentemente, de transformação social.

Castells sustenta que a circulação, seja ela de mercadorias, informações e principalmente de pessoas, é um dos fatores estruturais e estruturantes de uma região metropolitana, sendo o seu entendimento revelador das relações entre os elementos da estrutura urbana, a saber, produção (trabalho), reprodução (moradia) e consumo. Segundo ele, uma região metropolitana é um agrupamento urbano no qual a distribuição das atividades depende pouco de fatores geográficos, estando condicionada principalmente pela facilidade de comunicação interna, que adquire um papel preponderante na determinação do sistema de relações funcionais e sociais, anulando a distinção rural e urbana, trazendo para o primeiro plano a conjuntura histórica das relações sociais que constituem a base da dinâmica espaço/sociedade. (Castells, 1983.)

Este foi o ponto de partida de Villaça, para forjar o termo espaço intra-urbano como uma distinção etimológica e conceitual contra o uso que o autor considera errôneo do termo espaço urbano. Segundo ele, o termo espaço urbano, tal qual tem sido utilizado, refere-se a processos socioeconômicos circunscritos ao âmbito regional. O espaço urbano seria um dos principais fatores estruturantes dos processos regionais, mas não a sua dimensão analítica básica. Desse modo, o erro consistiria em tomar por urbano um território cuja lógica vai além dessa dimensão. Para Villaça, a distinção básica entre o espaço intra-urbano e o espaço regional é que o primeiro estrutura-se em termos do deslocamento de pessoas ao passo que o espaço regional estrutura-se principalmente em termos de comunicação (fluxos de informações, de capital, de energia, etc.) (Villaça, 1998).

O termo espaço intra-urbano refere-se a um espaço socialmente construído, dentro do qual o que importa são as *localizações*, em oposição aos *locais*. Por localização Villaça entende um ponto nesse espaço, no qual se encontra

¹ A pesquisa domiciliar realizada na RM de Campinas no segundo semestre de 2007 contemplou 1680 domicílios tendo sido financiada com recursos da FAPESP no âmbito do projeto temático “Dinâmica Intrametropolitana e Vulnerabilidade Sócio-demográfica nas Metrópoles do Interior Paulista: Campinas e Santos”. Os dados devidamente consistidos foram liberados somente a partir de junho de 2008, razão pela qual não são explorados com profundidade nesse artigo.

disponível uma rede de infra-estrutura urbana articulada com as possibilidades de manutenção dos fluxos (de pessoas) que cruzam o espaço intra-urbano de um ponto a outro de modo a proporcionar uma otimização na alocação do tempo dos deslocamentos dentro desse espaço. A *localização*, assim proposta, distingue-se em relação às demais localizações devido à sua posição relativa dentro do *espaço intra-urbano*, valorizando-se ou desvalorizando-se em função das conexões que estabelece entre os diversos fluxos e com as redes de infra-estrutura urbana.

As proposições de Villaça guardam grande semelhança com a formulação teórica do espaço social proposta por Pierre Bourdieu, segundo a qual

os agentes sociais que são constituídos como tais em e pela relação com um espaço social (ou melhor, com campos) e também as coisas na medida em que elas são apropriadas pelos agentes, portanto constituídas como propriedades, estão situadas num lugar do espaço social que se pode caracterizar por sua posição relativa em relação a outros lugares [...] e pela distância que o separa deles. Como o espaço físico é definido pela exterioridade mútua das partes, o espaço social é definido pela exclusão mútua (ou a distinção) das posições que o constituem, isto é, como estrutura de justaposição de posições sociais. (BOURDIEU, 1998, p. 160).

Praticamente todos os elementos propostos por Villaça encontram-se na formulação de Bourdieu: a *localização* num espaço cujas características são determinadas justamente por sua posição relativa às outras localizações; os *fluxos* estruturantes do espaço, que em Bourdieu encontram-se expressos pela interação entre os agentes que nele atuam. Essa apropriação de posições no espaço social seria atribuída em termos do *quantum* das diversas formas de capital disponíveis pelos agentes sociais (capital cultural, simbólico, social, econômico, etc.). Esse *quantum* de capital conferiria aos agentes competências legítimas em termos de apropriação e uso do espaço em relação aos demais agentes sociais. Essas competências legítimas se traduziriam, por fim, na hegemonia exercida por alguns agentes ou grupos sociais sobre determinadas localizações no espaço.

Destarte, o espaço social se traduziria no espaço urbano, pois

o espaço social reificado (isto é, fisicamente realizado ou objetivado) se apresenta, assim, como a distribuição no espaço físico de diferentes espécies de bens ou de serviços e também de agentes individuais e de grupos fisicamente localizados (enquanto corpos ligados a um lugar permanente) e dotados de oportunidades de apropriação desses bens e desses serviços mais ou menos importantes (em função de seu capital e também da distância física desses bens, que depende também de seu capital). É na relação entre a distribuição dos agentes e a distribuição dos bens no espaço que se define o valor das diferentes regiões do espaço social reificado. (BOURDIEU, 1998, p.161).

Em suma, Bourdieu propõe que se faça uma *topologia social*, que perpassa várias dimensões da sociedade, incluindo o espaço socialmente construído, que é entendido como uma dimensão-síntese da sociedade. Essa perspectiva permite superar o que ele nomeia de “falsas contradições” das teorias sociais, pois conjuga a um só tempo a dimensão estrutural da sociedade, ou seja, dos fenômenos sociais que se sobrepõem aos indivíduos, e a dimensão subjetiva ou individual, que compreende o mundo das interações entre sujeitos enquanto agentes sociais. A noção de *habitus* é decorrente da relação entre a posição no espaço social ocupada pelo individuo e o quantum de capital de que este dispõe, de modo a gerar uma internalização de disposições e práticas sociais que acaba por constituir uma *matriz de percepções*, de apreciações e de ações. Por conseguinte, emerge daí a noção de *estratégia*, que é a ação resultante de um *habitus* determinado, cujo propósito é a manutenção, reprodução ou melhoria da posição de um agente dentro de um campo determinado. Poder-se-ia dizer que uma dessas estratégias seria a mobilidade pendular possibilitada não apenas pela integração física dos espaços metropolitanos, mas também pela integração social e econômica permitida por uma aglomeração desta natureza.

Acredita-se, portanto, que essas proposições permitirão apreender algumas das dimensões da mobilidade pendular enquanto fenômeno social. Particularmente aquelas ligadas aos processos de mobilidade social (tanto ascendente quanto descendente), ligados às formas de vulnerabilidade social bem como às diversas *estratégias* de superação de vulnerabilidades.

A REGIÃO METROPOLITANA DE CAMPINAS E SUA EXPANSÃO URBANA

A Região Metropolitana de Campinas (RMC) formada por 19 municípios abriga aproximadamente 2.2 milhões de habitantes, constituindo-se, sem dúvida, em uma das regiões mais importantes do Brasil, não somente por causa da sua produção econômica mas também pela sua relevância na produção tecnológica brasileira. Como mostrado em outro estudo (Cunha *et al*, 2006), sob o ponto de vista demográfico, a criação e expansão da RMC revela similaridades com o que se estabeleceu em outras metrópoles do país. Sua expansão deve-se, por um lado, ao elevado crescimento populacional do município sede (Campinas) a partir dos anos 60 de depois, das áreas periféricas da região, muito embora existam claras indicações que outros processos também concorreram para este processo, como o crescimento dos subúrbios² e outros formas de assentamentos no interior do município de Campinas, como a ocupações que, nos dias atuais passam de uma centena.

² Este e outros termos tem sido usados para representar diferentes fenômenos. Embora este fato seja importante sob o ponto de vista conceitual, neste momento não iremos discutir a questão da suburbanização. Sem dúvida este tema será um ponto de reflexão em trabalhos futuros.

Principalmente a partir da década de 1970, Campinas recebeu grandes investimentos governamentais do estado de São Paulo, se tornando um dos maiores eixos de expansão industrial no interior do estado. Como resultado desse estímulo para a desconcentração da produção industrial desde a Região Metropolitana de São Paulo em direção ao o interior do estado, registrou-se tanto no município sede, quanto em boa parte da região um rápido crescimento populacional (Tabela 1).

TABELA 1

Taxa de crescimento media anual

Brasil, Estado de São Paulo e Região Metropolitana de Campinas 1970/2000

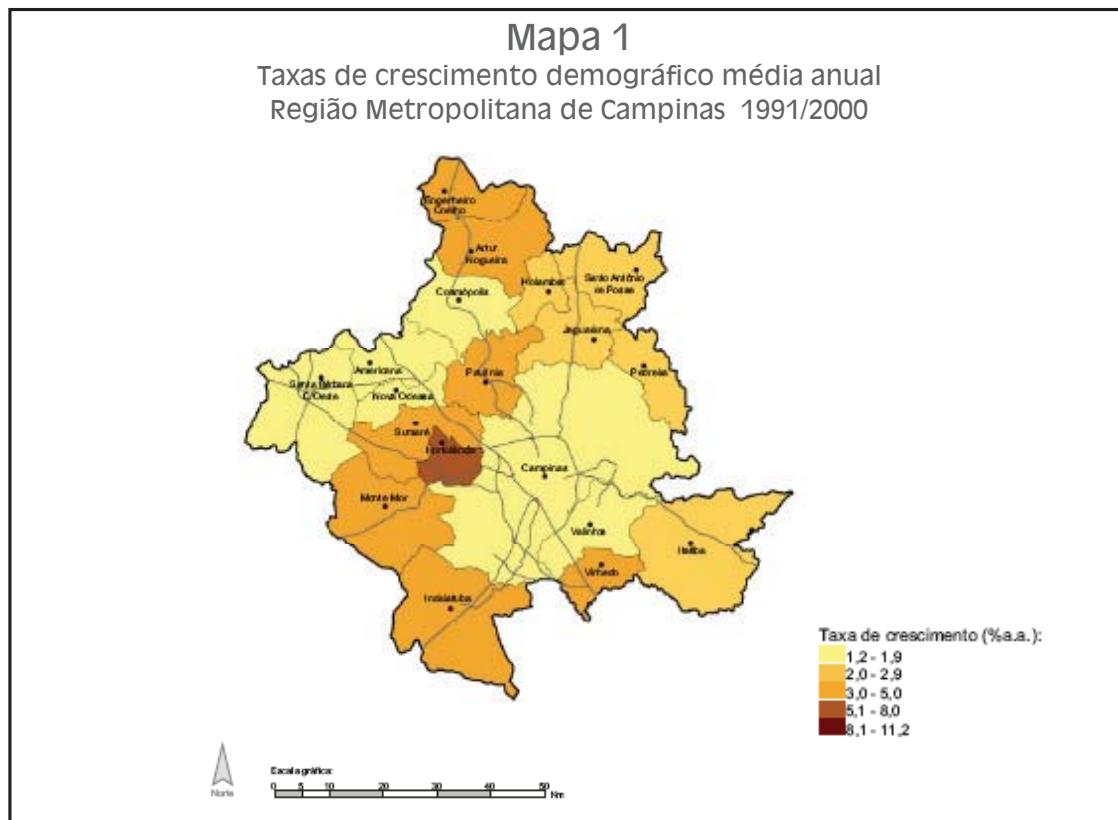
1970/2000	1970-1980	1980-1991	1991-2000
Brasil	2,48	1,93	1,63
Estado de São Paulo	3,49	2,13	1,78
Região Metropolitana de Campinas	6,49	2,51	2,54
Municipio de Campinas	5,86	2,24	1,5
Outros municipio de Campinas	7,22	4,74	3,34

Fonte: FIBGE, censos Demográficos de 1970 a 2000

Os anos 80 já registraram um movimento da população desde o município de Campinas em direção aos seus municípios vizinhos, fato que resultou em uma transformação e crescimento demográfico importante de algumas destas áreas (Mapa 1). No entanto, outros municípios, mesmo integrados na região metropolitana, são menos dependentes da dinâmica da cidade sede, apresentando uma elevada capacidade de retenção da sua mão-de-obra e, portanto, também exercendo uma atração significativa para os fluxos migratórios. Enquadrar-se-iam neste perfil, por exemplo, os municípios de Paulínia, um grande pólo petroquímico, e Americana, notável pela sua indústria têxtil.

Este é um dos aspectos que marcam a formação da Região Metropolitana de Campinas e, de alguma maneira, dão a ela uma característica peculiar. Nesse sentido dois elementos devem ser destacados: primeiro, o fato da industrialização destes municípios, em muitos sentidos favorecida pela existência de uma importante rodovia que articula a região, ter-lhes propiciado desenvolver uma dinâmica própria, mesmo que sincronizada com o município de Campinas; segundo que, em alguns casos, esses municípios acabaram criando suas próprias periferias. Especialmente no caso já mencionado de Americana, pode-se dizer que, assim como ocorre em outras regiões metropolitanas do país, o município configura-se como um sub-polo apresentando sua própria periferia representada pelos municípios de Nova Odessa e Santa Bárbara d'Oeste.

De maneira geral pode-se dizer que a expansão da região, em boa medida tem seguido as mais importantes rodovias da região, em especial a rodovia Anhanguera ao longo da qual se registrou não apenas a localização das atividades



produtivas, mas também da população. Assim é que a maior parte dos municípios mais populosos da região são cortados por esta rodovia. Enquanto a ocupação em três direções (oeste, sudoeste e norte) têm sido impulsionada pela oferta de áreas de moradia a custos relativamente menores, existe também uma elevada concentração em regiões mais atrativas para as pessoas com renda mais elevada no norte e sudeste. Nestas áreas percebe-se a emergência cada vez mais intensa de condomínios fechados, a existência de áreas de preservação ambiental e, até mesmo, um zona onde está sendo planejado a implementação de um complexo de alta tecnologia. Embora existam várias direções de expansão e concentração de população, a segregação residencial na região é mais claramente definida ao longo da Rodovia Anhanguera que corta a região no sentido noroeste/sudoeste (Cunha *et al.*, 2006).

Do ponto de vista econômico, a RMC apresenta um aumento progressivo na participação industrial da produção no estado de São Paulo. Em 2004, a produção da região metropolitana foi responsável por 7.4% do PIB (Produto Interno Bruto) do estado. Na verdade, 7.8% do valor adicionado da produção do estado de São Paulo é gerada pelas atividades da região.

Embora a atividade agrícola seja importante na região e existam diferenças entre os municípios, particularmente aqueles mais distantes do centro metropolitano, a economia da RMC é predominantemente urbana, principalmente de caráter industrial, para o que contribui sua posição estratégica e sua excepcional estrutura de transporte. Esses elementos, analisados de forma conjunta com a

existência de várias universidades justificam a elevada atração de investimento em vários setores produtivos, principalmente aqueles do complexo tecnológico. Nesse último caso, é interessante notar que, visivelmente a localização das atividades de alta tecnologia não tem sido totalmente aleatória, uma vez que estas tende a se concentrar mais predominantemente na porção nordeste da região (Figura 1),

Evolução recente dos deslocamentos pendulares na RMC

Entre o Censo de 1980 e o de 2000, ou seja, em 20 anos, houve um crescimento da ordem de 160% no volume de deslocamentos pendulares³ na Região Metropolitana de Campinas. Tal incremento, embora em ritmo mais moderado continuou a observar-se nos anos 2000, uma vez que os dados de pesquisa domiciliar de 2007 mostram que este ficou em torno de 10% no período 2000/07.

Esse fato está diretamente ligado ao processo de metropolização que transcorreu de forma mais visível durante esse período, configurando um padrão de trocas populacionais com base nas especificidades dos municípios em termos de empregos, moradia e serviços especializados. A Tabela 2 traz um panorama detalhado da evolução dos deslocamentos pendulares a partir dos municípios da RMC no período 1980-2000. Como se pode notar, o maior crescimento se deu nas trocas internas à RMC que passaram de 76% dos deslocamentos em 1980 para 79% dos deslocamentos em 2000. Os deslocamentos para os demais municípios do Estado de São Paulo aumentaram em volume durante o período, mas perderam participação relativa, caindo de 22% dos deslocamentos em 1980 para cerca de 20% em 2000. Analogamente, os deslocamentos pendulares para outras localidades fora do estado de São Paulo tiveram um aumento em números absolutos, mas também perderam participação relativa, limitando-se a 1% do total de deslocamentos. Esse mesmo padrão se repete e é até mesmo acentuado nos pelos dados mais recentes mostrando que, em 2007, quase 91% da mobilidade pendular se concentrava dentro da própria Região Metropolitana.

No que diz respeito ao tamanho dos fluxos, há grandes diferenças dentro da RMC, desde municípios aonde predominam os fluxos de pequena intensidade, até municípios aonde o deslocamento pendular movimenta volumes da ordem de 25 mil pessoas. Em 2000, os municípios que mais enviam população para trabalhar/estudar em outros municípios da RMC, eram Sumaré, com 32.311 pessoas, Hortolândia, com 30.487 pessoas, Santa Bárbara d'Oeste, com 21.889 pessoas e Campinas, que enviava 16.820 pessoas.

³ Considera-se neste estudo como deslocamentos pendulares aqueles movimento de caráter diário ou freqüente realizado por um indivíduo em razão de trabalho ou estudo. Baseada no dados censitários este informação foi coleta a partir de pergunta sobre o município de trabalho ou estudo do indivíduo. Assim sendo, fica claro que, a partir da informação censitária, não é possível distinguir a motivação do movimento pendular.

Tabela 2

Deslocamentos pendulares segundo grandes destinos
Região Metropolitana de Campinas 1980 e 2000

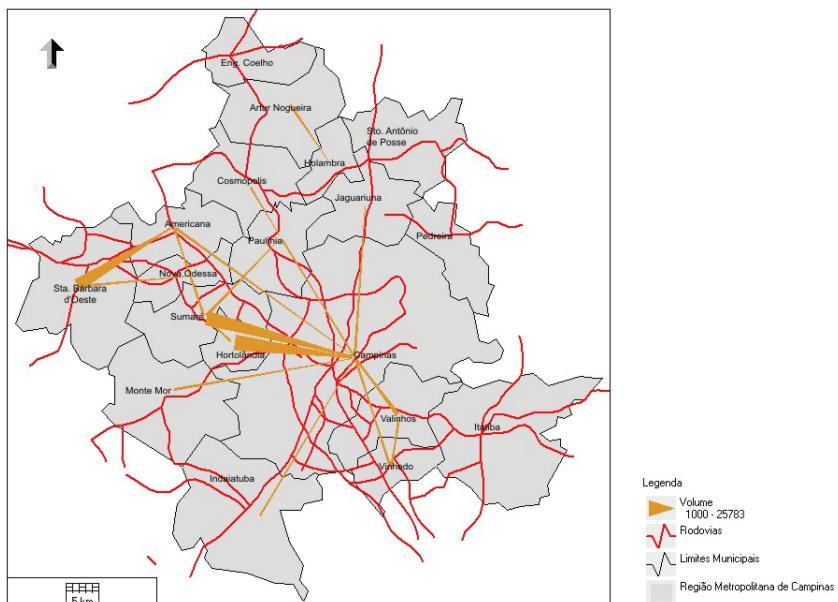
Município de Residência	RMC		SP		Outros		Total	
	1980	2000	1980	2000	1980	2000	1980	2000
Americana	3,617	7,804	2,040	3,181	69	221	5,726	11,206
Artur Nogueira	446	2,697	298	401	7	42	751	3,140
Campinas	11,84	16,820	6,270	13,06	738	1,04	18,85	30,915
Cosmópolis	2,910	3,783	172	633	35	57	3,117	4,473
Eng. Coelho	-	145	-	268	-	26	-	439
Holambra	-	217	-	64	-	13	-	294
Hortolândia	-	30,487	-	1,663	-	164	-	32,314
Indaiatuba	2,058	3,119	821	3,046	27	93	2,906	6,258
Itatiba	296	749	685	1,924	58	42	1,039	2,715
Jaguariuna	535	1,168	163	402	12	40	710	1,610
Monte Mor	955	3,192	213	353	26	22	1,194	3,567
Nova Odessa	2,589	4,741	204	535	24	55	2,817	5,331
Paulínia	632	2,627	83	426	27	84	742	3,137
Pedreira	437	781	447	421	20	0	904	1,202
Santa Bárbara d'Oeste	9,549	21,889	1,571	2,977	57	127	11,18	24,993
Santo Antônio de Posse	532	967	331	336	11	6	874	1,309
Sumaré	13,29	32,311	1,076	2,052	72	176	14,43	34,539
Valinhos	2,781	7,647	502	1,697	37	50	3,32	9,394
Vinhedo	736	2,410	341	2,151	9	19	1,086	4,580

Fonte: IBGE, Censo Demográfico 1980 e 2000. (Tabulações Especiais).

Considerando os fluxos de até 1000 pessoas para os municípios da RMC, pode-se constatar que estes envolvem um grande número de interações entre municípios metropolitanos, fato que dificulta a sua representação cartográfica. Deve-se considerar, no entanto, que não obstante esse grande número de interações, o maior volume de deslocamentos concentra-se em poucos fluxos, como fica demonstrado no Mapa 2. Nele estão representados apenas os fluxos que respondem por cerca de 75% de todos os deslocamentos pendulares que, como se pode notar, estão concentrados nos fluxos com destino em Campinas, o principal polo da região metropolitana e, em menor escala, em Americana, que certamente se configura como um sub-polo regional.

Do mesmo mapa se deduz que os municípios responsáveis por esses fluxos numericamente mais importantes foram Santa Bárbara d'Oeste, que se poderia caracterizar como uma periferia de Americana e Sumaré e Hortolândia que mantêm uma movimentação intensa com Campinas. Vale notar ainda que todos estes dois últimos municípios encontram-se no eixo das rodovias Anhanguera e dos Bandeirantes, e estão em franco processo de conurbação com o respectivo município polo. No caso do município de Santa Bárbara d'Oeste, a ligação com Americana é feita principalmente através da rodovia Luís de Queiroz e ambos os municípios já se encontram bastante conurbados.

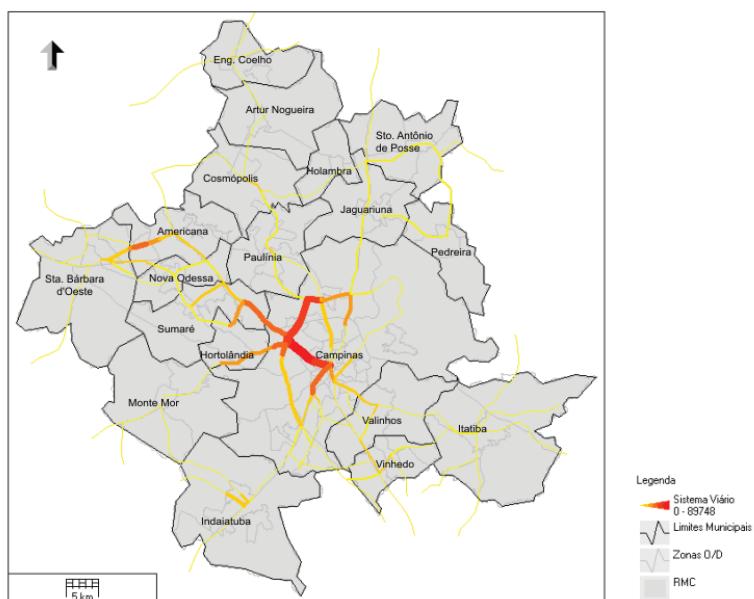
Mapa 2
Deslocamentos pendulares, fluxos acima de 1000 pessoas
Região Metropolitana da Campinas 2000



Fonte: IBGE, Censo Demográfico 2000.

A partir de outra fonte de dados, a pesquisa Origem/Destino⁴ realizada em 2003 na região, fica muito claro o impacto desses fluxos diários de pessoas no sistema viário da região (Mapa 3).

Mapa 3
Deslocamento pendular, intensidade dos fluxos sobre o sistema viário segundo zonas O/D Região Metropolitana de Campinas 2003



Fonte: Emplasa, Pesquisa Origem/Destino, RMC, 2003. (Tabulações Especiais).

Nos Mapas 2 e 3 fica claro o papel preponderante dos municípios-pólos Campinas e Americana, as áreas economicamente mais dinâmicas dentro da RMC e que dispõem de um grande parque industrial e comercial, capaz de fornecer serviços especializados. Deve-se destacar também a presença de uma infra-estrutura educacional, de pesquisa e hospitalar (especialmente no caso de Campinas), que também constitui um fator de atração populacional.

Outra questão bastante relevante no que diz respeito aos deslocamentos pendulares é o tempo gasto durante esse movimento, na medida em que, juntamente com a disponibilidade de meios de transporte e o montante gasto nesta viagem, configurariam importantes indicadores das consequências deste tipo de movimento sobre a qualidade de vida do indivíduo, em particular aqueles de mais baixa renda e moradores das periferias mais distantes. Claro está que, dependendo das condições do deslocamento, a importância da proximidade geográfica entre local de moradia e local de trabalho acaba sendo relativa.

A Tabela 3 exibe a duração das viagens segundo o município de residência das pessoas que realizam deslocamento pendular.

Tabela 3
População economicamente ativa segundo duração da viagem e
município de moradia Região Metropolitana de Campinas 2000.

Municipio de Residencia	Até 15 min.	15 a 30 min.	30 a 45 min.	45 a 60 min	1h ou mais	Total
Americana	25,6	40,6	19,1	9,2	5,5	100%
Artur Nogueira	5,1	30,8	25,6	33,3	5,1	100%
Campinas	9,0	29,2	17,3	21,6	22,9	100%
Cosmópolis	10,0	52,0	20,0	10,0	8,0	100%
Eng. Coelho	15,0	45,0	9,9	24,9	5,1	100%
Holambra	35,3	35,3	11,8	17,6	0,0	100%
Hortolandia	6,1	20,6	23,9	22,4	27,0	100%
Indaiatuba	14,2	28,2	24,2	9,6	23,8	100%
Itatiba	0,0	50,0	50,0	0,0	0,0	100%
Jaguaruna	0,0	37,5	25,0	37,5	0,0	100%
Monte Mor	3,7	22,0	16,9	28,3	29,2	100%
Nova Odessa	34,0	34,0	6,4	17,0	8,5	100%
Paulinia	15,7	43,5	12,2	28,6	0,0	100%
Pedreira	0,0	0,0	20,0	20,0	59,9	100%
Santa Barbara d'Oeste	16,4	42,5	22,9	10,7	7,4	100%
Santo Antonio de Posse	31,6	47,4	0,0	21,0	0,0	100%
Sumaré	9,8	22,6	14,7	29,5	23,4	100%
Valinhos	6,3	43,7	10,9	20,3	18,8	100%
Vinhedo	9,5	44,5	14,0	22,4	9,5	100%

Fonte: Emplasa, Pesquisa Origem/Destino, RMC, 2003. (Tabulações Especiais)

⁴ Trata-se de uma pesquisa que busca conhecer vários aspectos da mobilidade diária da população (motivos, meios, direções etc) para fins do planejamento do sistema de transportes metropolitano. Em termos de representatividade espacial a sua unidade de coleta, as chamadas “zonas O/D” permitem uma visão mais detalhada e “intra-municipal” dos deslocamentos diários realizado pelas pessoas.

Nota-se, em linhas gerais, que a viagem dura até 45 minutos para a maior parte dessa população (cerca de 60%). Contudo, também percebe-se importantes diferenças na duração da viagem quando são observados os municípios de residência. No caso daqueles de onde partem os maiores fluxos, com destino em Campinas, ou seja, Hortolândia e Sumaré, há uma proporção elevada de pessoas (quase 50%) cujo deslocamento demanda mais de 45 minutos, o que leva a crer, se considerarmos que o mesmo tempo é gasto na viagem de retorno ao município de moradia, o tempo de deslocamento total possui um impacto significativo no tempo livre dessas pessoas. Com relação ao município de Santa Bárbara d'Oeste, a proporção de pessoas que gasta mais de 45 minutos se deslocando é bem menor, dada a proximidade com o município de Americana, que é para onde se destina majoritariamente o fluxo pendular.

Considerando-se a relação do tempo de deslocamento com a renda familiar dessas pessoas, chegou-se a Tabela 4, também obtida a partir da Pesquisa O/D.

Tabela 4
População economicamente ativa, duração do deslocamento segundo
faixas de renda Região Metropolitana de Campinas 2003

Duração	Faixa de Renda (Salários Mínimos)					
	Sem Rendimento	1 SM	1 a 3 SM	3 a 5 SM	5 a 10 SM	Mais de 10 SM
até 15	0,0	0,0	8,5	11,1	11,4	16,1
15 a 30	0,0	37,1	25,5	29,0	31,4	39,4
30 a 45	0,0	16,9	20,3	19,2	17,6	18,5
45 a 60	0,0	27,3	22,3	23,1	20,3	13,1
mais de 1h	0,0	18,7	23,4	17,5	19,2	12,8
Total	100%	100%	100%	100%	100%	100%

Fonte: Emplasa, Pesquisa Origem/Destino, RMC, 2003. (Tabulações Especiais)

Os dados da tabela sugerem, portanto, que os deslocamentos de maior tempo de duração são, em geral, mais freqüentes entre as pessoas de mais baixa renda. De fato, é nítida a diferença entre os percentuais daqueles cujas viagens duram mais de 1 hora entre os mais pobres e mais ricos. Além disso, os dados dão conta de que as maiores proporções de pessoas cujo deslocamento é mais curto encontram-se preponderantemente nas categorias de renda acima dos 5 salários mínimos⁵.

⁵ A pesquisa domiciliar de 2007 mostra que nas áreas da RMC que concentram a população mais vulnerável e, portanto, dos estratos socioeconômicos mais baixos, o percentual de pessoas cuja duração do deslocamento é inferior a 30 minutos é de apenas 20%, contra 31% do estrato imediatamente superior e 51% do estrato mais rico da população.

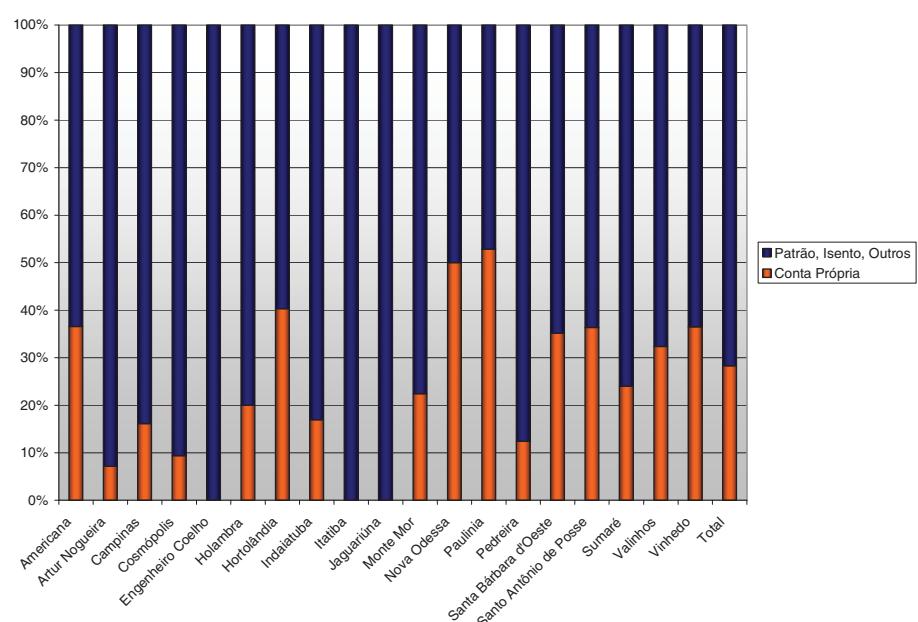
No entanto, vale notar uma alta incidência (37%) de pessoas que percebem menos de 1 SM com deslocamento entre 15 a 30 minutos o que se pode supor representar, por um lado, indivíduos que residem em ocupações ou favelas que podem se formar justamente em função de uma escolha de localização mais adequada e, por outro lado, aqueles que em função de sua qualificação ou outras dificuldades de acesso ao mercado de trabalho acabam por inserir-se produtivamente de forma mais precária no próprio bairro ou arredores.

Outro fator importante no caso do deslocamento pendular e que possui um impacto significativo na renda das pessoas que realizam esse movimento é o custo gerado pelo deslocamento, ou seja, o preço pago pela passagem (no caso de transporte coletivo) ou pelo combustível (e também pelos pedágios), no caso do transporte individual. Essa questão pode ser avaliada uma vez mais com base nos dados da pesquisa O/D de 2003.

Como se nota pelo Gráfico 1, para o total das pessoas que realiza deslocamento pendular, a viagem é paga em sua maioria (cerca de 70%) pelo empregador. No entanto, são evidentes as grandes variações quanto aos municípios de origem dos deslocamentos, o que certamente acarreta impactos diferenciados nas rendas dessas pessoas. Em Hortolândia, por exemplo, cerca de 60% das viagens são pagas pelo empregador. Já em Sumaré e Santa Bárbara d'Oeste, essas proporções são ainda maiores, da ordem de 76% e 64%, respectivamente. Ou seja, fica claro que nesses municípios existe uma grande dependência entre o deslocamento e o financiamento por terceiros do mesmo.

Gráfico 1

População economicamente ativa segundo origem do pagamento da viagem
Região Metropolitana de Campinas 2003.



Fonte: Emplasa, Pesquisa Origem/Destino, RMC, 2003. (Tabulações Especiais)

Todos esses fatores acabam por influir no comportamento de parte da população economicamente ativa que se desloca em busca de oportunidades de trabalho lugares distintos de sua residência, seja pela falta de empregos nestes lugares, seja pela existência de alternativas mais atraentes ou, o que talvez seja mais provável, pelo descompasso espacial da oferta e demanda para determinados tipo de ocupações ou qualificações.

Na verdade, ao contrário do que se poderia esperar em uma área metropolitana caracterizada pela fluidez das fronteiras e dispersão de sua população, na RM de Campinas, a fenômeno alcança apenas uma pequena parcela da população em particular a economicamente ativa⁶. Como se percebe pela Tabela 5, menos de 13% da PEA metropolitana realizava, em 2000, este tipo de movimento, situação que não se modifica muito em 2007 quando, segundo pesquisa domiciliar já mencionada, não mais que 15% destas pessoas se movimentavam na região por motivos de trabalho.

No entanto, esse baixo percentual reflete, em grande medida, o fato de que a sede regional, ou seja o município de Campinas, detém boa parte da PEA e dos empregos gerados na região. Além disso, deve-se levar em conta que essa situação sofre significativas mudanças quando se observa o comportamento do fenômeno para determinados municípios, particularmente aqueles que tendem a abrigar a população de mais baixa renda.

Desta forma, se observa que em municípios como Hortolândia, quase 40% da PEA realizava, em 2000, este tipo de deslocamento. Da mesma forma Sumaré, com 30,7% e Santa Bárbara d'Oeste, com 23,3%, apresentam-se como áreas onde o fenômeno mostra-se bem mais significativo. Vale dizer que são justamente estes três municípios os que melhor espelham a figura das áreas dormitórios na região, não obstante, suas condições vêm gradativamente perdendo essas condições em função do crescimento de seus setores produtivos particularmente o industrial e de tecnologia. De qualquer forma, estes três municípios historicamente se configuraram a partir de uma relação muito forte com dois dos principais pólos da região, Campinas e Americana, esta última destacada por ser um dos mais importantes centros têxteis do país.

Estes dados, portanto, mostram não apenas a relevância da mobilidade pendular para a RMC, como demonstra o significativo grau de interdependência de muitos de seus municípios. Como será mostrado, esta relação é fruto, em certa medida, da própria desconcentração demográfica que nem sempre é acompanhada pela desconcentração da atividade econômica com efeitos nem sempre positivos sobre a população, particularmente aquela de mais baixa renda.

⁶ Como já apontado na nota anterior, o dado censitário não permite distingui o motivo do deslocamento pendular, no entanto, ao selecionar apenas a PEA busca-se uma aproximação do que seriam os movimentos realizados em função de trabalho.

Tabela 5

População Economicamente Ativa segundo local de trabalho/estudo
Região Metropolitana de Campinas 2000.

Municipio de Residencia	Local de Trabalho/Estudio				Total
	No municipio	RMC	SP	Outros	
Americana	74,216	7,173	2,508	227	84,124
	88,20%	8,5%	3,0%	0,3%	100%
Artur Nogueira	12,237	2,519	298	38	15,092
	81,1%	16,7%	2,0%	0,3%	100%
Campinas	411,077	15,043	10,287	950	437,357
	94,0%	3,4%	2,4%	0,2%	100%
Cosmopolis	13,098	3,548	518	57	17,221
	76,1%	20,6%	3,0%	0,3%	100%
Eng. Coelho	4,290	130	213	25	4,658
	92,1%	2,8	4,6	0,5	100%
Holambra	3,704	180	43	0	3,927
	94,3%	4,6%	1,1%	0,0%	100%
Hortolandia	32,240	28,479	1,422	149	62,290
	51,8%	45,7%	2,3%	0,2%	100%
Indaiatuba	60,961	2,799	2,742	149	66,651
	91,5%	4,2%	4,1%	0,2%	100%
Itatiba	35,989	569	1,686	43	38,287
	94,0%	1,5%	4,4%	0,1%	100%
Jaquariuna	11,941	1,031	366	19	13,357
	89,4%	7,7%	2,7%	0,1%	100%
Monte Mor	11,682	3,156	270	21	15,129
	77,2%	20,9%	1,8%	0,1%	100%
Nova Odessa	13,655	4,107	477	31	18,270
	74,7%	22,5%	2,6%	0,2%	100%
Paulinia	21,109	2,304	298	67	23,778
	88,8%	9,7%	1,3%	0,3%	100%
Pedreira	16,113	693	394	0	17,200
	93,7%	4,0%	2,3%	0,0%	100%
Santa Barbara d'Oeste	52,464	19,501	2,650	103	74,718
	70,2%	26,1%	3,5%	0,1%	100%
Santo Antonio de Posse	6,948	828	286	6	8,068
	86,1%	10,3%	3,5%	0,1%	100%
Sumaré	51,638	30,183	1,868	174	83,9%
	61,6%	36,0%	2,2%	0,2%	100%
Valinhos	31,564	6,440	1,569	50	39,623
	79,7%	16,3%	4,0%	0,1%	100%
Vinhedo	19,290	1,641	1,918	27	22,876
	84,3%	7,2%	8,4%	0,1%	100%
Total	884,216	130,324	29,813	2,136	1,046,489
	84,5%	12,5%	2,8%	0,2%	100%

Fonte: IBGE, Censo Demográfico 2000. (Tabulações Especiais).

Mobilidade pendular e migração intrametropolitana: fenômenos associados

Se é verdade que, no caso da RMC, não se pode afirmar que a mobilidade pendular seja uma consequência direta e imediata dos deslocamentos daqueles que mudam de município dentro da região, tampouco se pode deixar de considerar a importância de deste último sobre a intensificação do primeiro.

Na verdade, como já foi mostrado em outros estudos (Cunha et. al. 2006), a migração para a RMC possui um caráter diferenciado na medida em que sua periferia tem o seu crescimento influenciado fortemente pela migração

que provém de fora da RM. Sendo assim, parte da mobilidade pendular gerada pelos diferenciais existentes entre os municípios, principalmente em termos de mercado de trabalho, certamente é devida ao deslocamento diário também destes indivíduos.

No entanto, analisando mais detidamente apenas os migrantes intrametropolitanos⁷ pode-se perceber não apenas que estes realizam mais intensamente este tipo de mobilidade diária, como também parecem ter uma tendência a manter seus vínculos com os lugares de residência anterior, ao menos no que diz respeito ao desenvolvimento de suas atividades de trabalho ou estudo.

Como mostra a Tabela 6, a proporção da PEA migrante intrametropolitana que realiza mobilidade pendular tende a ser maior que a PEA como um todo (ver também Tabela 3). Assim, enquanto em municípios que se destacam também por suas características de áreas dormitório como Hortolândia, 38% de sua PEA realiza suas atividades fora dessa área, quando computados apenas aqueles economicamente ativos que ao mesmo tempo foram, em algum momento, migrantes intrametropolitanos este percentual passa sobre 48,8%. O mesmo pode ser dito com relação a Sumaré onde, em 2000, mais de 50% dos migrantes intrametropolitanos faziam movimento pendular. Também chama a atenção o caso de Valinhos, área que vem se especializando em condomínios fechados e que abriga, portanto, uma população de mais alta renda; nesse caso, mais de 48% daqueles que migraram de outro município da região deslocam-se rotineiramente para outras cidades.

Na verdade, isso mostra, mais uma vez, que o deslocamento pendular não está associado necessariamente à condição social do indivíduo, mas sim às relações que os municípios e seus habitantes (sejam eles bem ou mal colocados na escala social) possuem com a região e, em especial, com os seu pólo (ou sub-pólo) econômico, cultural, político etc.

As relações metropolitanas reveladas pela intensidade da mobilidade pendular, particularmente nos municípios mais marcadamente dormitórios, também se apresentam quando se avalia este fenômeno em termos do município

⁷ É importante nesse ponto explicitar as definições utilizadas para a caracterização dos migrantes nesse estudo. Tendo em vista que a informação em nível municipal sobre migração é coletada, no Censo 2000, a partir da pergunta sobre o município de residência cinco anos antes do recenseamento, não resta alternativa que definir o migrante como “aquele pessoa que, em 1995, morava em um município distinto daquele onde foi entrevistado”. Desta forma, dependendo da localização do município poder-se-ia classificá-lo como “intrametropolitano” (residência em 1995 na própria RMC), intra-estadual (residência em outra área do Estado de São Paulo) e interestadual, no caso em que o indivíduo vivesse, em 1995, fora do Estado de São Paulo. Embora se saiba que este tipo de informação subestima a mobilidade intrametropolitana, ao não contabilizar indivíduos que, dentro do período de cinco anos, realizaram um movimento deste tipo, e limite o alcance temporal da migração, pode-se considerar que ela é capaz de mostrar as principais tendências do fenômeno em questão.

de residência anterior dos migrantes. De fato, percebe-se que, na RMC, uma proporção significativa dos migrantes intrametropolitano (cerca de 30%) continua exercendo suas atividades nas áreas onde residiam. No entanto, novamente no caso de alguns municípios caracteristicamente dormitórios como Hortolândia, Sumaré, Santa Bárbara d'Oeste e Valinhos⁸, este percentual chega a quase metade deste migrantes, fato que apenas corrobora o fato de que, em boa medida, a mudança dentro da RMC dá-se mais por questões habitacionais.

Tabela 6

Migração Intrametropolitana, PEA migrante intrametropolitana e proporção da PEA migrante intrametropolitana que realiza deslocamento pendular.
Região Metropolitana de Campinas 2000.

Município de residencia actual	Volumen de Migração Intermetropolitana		Volumen de PEA migrante intrametropolitana com mobilidade pendular	Migrantes intrametropolitano que trabalhavam ou estudavam		
	Total	PEA		Fora do município de residencia atual	No município de residencia 5 anos antes	Em campinas e lá morava 5 anos antes
Americana	4,923	3,440	648	18,8%	12,7%	2,4%
Artur Nogueira	2,011	1,204	453	37,6%	27,3%	5,5%
Campinas	8,286	5,240	760	14,5%	11,8%	0,0%
Cosmopolis	719	462	161	34,8%	25,3%	8,2%
Eng. Coelho	275	150	8	5,3%	5,3%	0,0%
Holambra	404	259	62	23,9%	22,4%	6,6%
Hortolandia	11,974	8,214	4,007	48,8%	37,6%	32,3%
Indaiatuba	2,116	1,475	213	14,4%	13,2%	13,1%
Itatiba	602	375	44	11,7%	13,6%	6,1%
Jaguariuna	993	680	148	21,8%	19,9%	12,1%
Monte Mor	1,627	1,049	372	35,5%	23,1%	19,9%
Nova Odessa	2,429	1,536	621	40,4%	26,6%	2,1%
Paulinia	2,074	1,312	511	38,9%	35,1%	29,4%
Pedreira	450	302	64	21,2%	20,9%	16,9%
Santa Barbara d'Oeste	4,274	2,865	1,411	49,2%	44,9%	0,0%
Santo Antonio de Posse	338	197	52	26,4%	22,3%	6,6%
Sumaré	9,089	6,118	3,083	50,4%	41,2%	31,8%
Valinhos	3,878	2,420	1,104	45,6%	48,1%	31,0%
Vinhedo	1,174	720	137	19,0%	19,6%	8,6%
Total	57,637	38,018	13,859	36,5%	29,9%	17,4%

Fonte: IBGE, Censo Demográfico 2000. (Tabulações Especiais)

⁸ Apesar de localizado na porção mais “nobre” e ter um perfil populacional de população de maior poder aquisitivo, não deixa de apresentar características de uma área dormitório, muito em função de sua “especialização” em condomínios fechados. Para maiores detalhes sobre o caso de Valinhos ver Miglioranza, 2005.

AS PARTICULARIDADES DA MOBILIDADE PENDULAR NA RMC

Como já se assinalou, a informação sobre o movimento pendular no Censo Demográfico de 2000 não permite distinguir entre as motivações do deslocamento. No entanto, considerando a proporção da PEA dos municípios que o deslocamento pendular atinge, os resultados de outros estudos (Antico, 2003 e Cunha, 1994) e os dados outros pesquisas como a O/D de 2003 e, principalmente a realizada em 2007, pode-se dizer, para a RMC, parcela importante dos deslocamentos diários, se dá por motivos de trabalho ou busca de alguma atividade econômica. De fato, segundo dados dessa última pesquisa domiciliar, ao se considerar conjuntamente os indivíduos que se movem por motivos de trabalho ou estudo (cerca de 200 mil pessoas), percebe-se que o primeiro motivo responde por mais de 81% destes movimentos⁹.

Desta forma, ao se investigar mais de perto as características de PEA que realiza mobilidade pendular estar-se-ia, de alguma maneira, não apenas “depurando” a informação censitária para um tipo específico de mobilidade, mas também voltando os olhos para o que talvez seja o fenômeno que melhor espelharia a integração metropolitana: a mobilidade da força de trabalho.

Parece, portanto, importante comparar, ainda que de maneira sucinta, a PEA que realiza deslocamento pendular com aquela que não o realiza para se tentar desta análise obter indicações das causas e consequências do fenômeno em questão. Essa comparação pode ser reveladora em termos de vantagens ou desvantagens que o deslocamento pendular pode proporcionar à população que o realiza. Desse modo, serão comparadas algumas características demográficas dessas duas populações, como também as relativas à renda, setor de atividade e nível educacional.

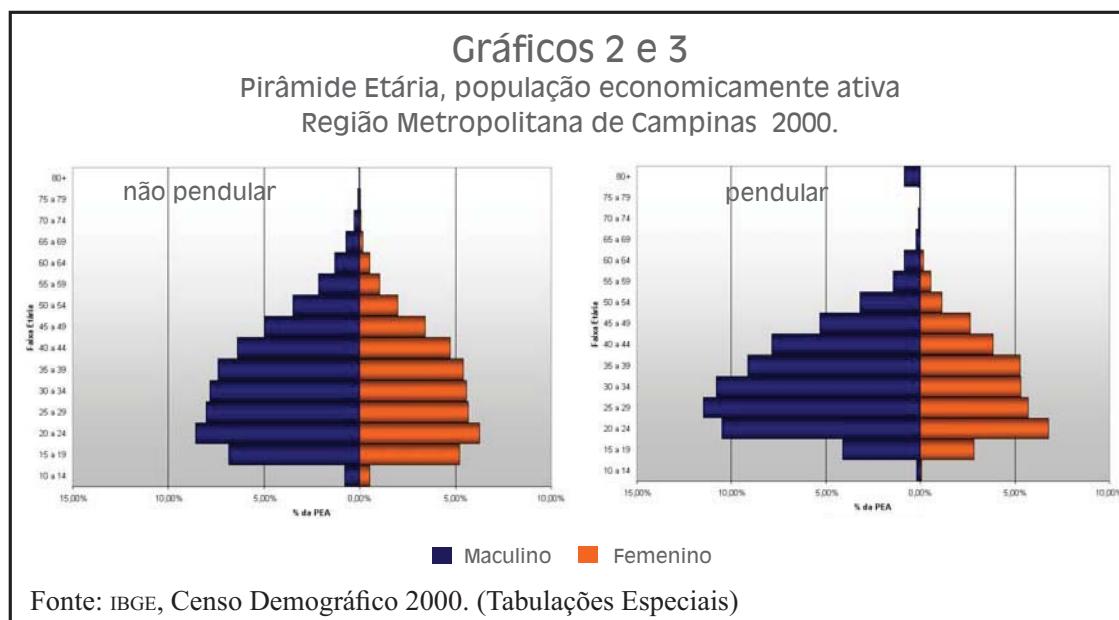
Os Gráficos 2 e 3, mostram a estrutura por sexo e idade das duas populações em questão.

Comparando-se as duas pirâmides, nota-se em primeiro lugar, que a PEA “não pendular” apresenta um maior equilíbrio entre os sexos, ao contrário da PEA pendular, que apresenta uma maior proporção de homens. Em termos etários, a PEA “pendular” é mais concentrada a partir da faixa dos 20 a 24 anos até a faixa dos 30 a 34, a partir da qual as proporções decaim paulatinamente.

Tal especificidade de PEA “pendular” sugere uma relação entre este tipo de mobilidade e o ciclo de vida do indivíduo. De fato, não obstante a maior “juventude” daquele que “circula” pela região possa revelar as necessidades (ou oportunidades) de mão-de-obra existentes para grupos específicos da população – ou seja, aquela em idade altamente produtiva –, por outro lado, faz supor que por se tratar de um momento inicial da vida laboral destas pessoas não haveria

⁹ A pesquisa domiciliar do projeto vulnerabilidade levante separadamente os movimentos motivados por trabalho e por estudo.

maiores entraves para a mobilidade e o enfrentamento dos ônus da maior distância ao trabalho. Observe-se que o grupo “15 a 19 anos” tem uma participação mais intensa na PEA “não pendular” o que parece ser coerente com a menor autonomia destes adolescentes ou, no mínimo, menor disponibilidade de deslocar-se na região em função da necessidade de conciliação da atividade produtiva com outras atividades, como o estudo, que, em geral, são desenvolvidas mais próximas da residência.



Nota-se, curiosamente, que entre as mulheres o grupo etário de maior concentração na PEA pendular é o 20-24 anos, fato que provavelmente exprime as disponibilidades de atividades para este sexo nesta faixa etária, como são os casos da indústria de confecção, o emprego doméstico etc..

De fato, como se pode observar na Tabela 7, para alguns municípios periféricos e claramente ligados à dinâmica de Campinas, a ocupação “serviços domésticos” atinge significativa participação entre as pessoas que realizam o movimento pendular, chegando a representar quase 15% do casos em Sumaré. Certamente se esta informação fosse desagregada por sexo, este percentual seria bem maior. Da mesma forma, percebe-se que outros municípios próximos e integrados a Americana, como se sabe, importante pólo têxtil, apresentam alto percentual de pessoas ligadas a esta atividade, como é o caso de Santa Bárbara D’Oeste e Nova Odessa onde cerca de 26% e 13% da PEA, respectivamente, encontravam-se nessa condição.

No que se refere ao rendimento bruto, observa-se que na PEA “não pendular”, a maior proporção de pessoas está concentrada na faixa de 1 a 3 salários mínimos, sendo que este percentual atinge mais de 45% na RMC como um todo (Tabela 8). No entanto há diferenciais significativos entre os municípios. Esses diferenciais estão ligados às diferentes estruturas de oportunidades desses

municípios, cujos reflexos rebatem diretamente na renda da população. Além disso, esses diferenciais são ainda mais intensos nos extremos da distribuição, ou seja, entre as pessoas sem rendimento e aquelas com renda superior a 10 salários mínimos.

Tabela 7

Volume da mobilidade pendular intrametropolitana e ocupações mais recorrentes
Região Metropolitana de Campinas, municípios selecionados 2000

Municípios de residência na RMC selecionados	Deslocamentos Pendulares		Percentual das ocupações mais recorrente nos movimentos pendulares intrametropolitanos							
	Para municípios da RMC	Percentual no total dos movimentos	Serviços domésticos	Comércio atacadista e intermediário	Construção	Serviços prestados principalmente	Transporte terrestre	Alojamento e alimentação	Fabricação de produtos têxteis	Educação
Sumaré	32,311	22,5%	14,3%	11,8%	10,8%	6,4%	6,2%	4,7%	3,3%	3,3%
Hortolândia	30,487	21,2%	12,8%	11,1%	10,5%	8,1%	5,7%	5,9%	0,7%	2,5%
S.B.D’Oeste	21,889	15,2%	7,5%	9,9%	5,6%	3,8%	5,3%	2,7%	26,1%	
Valinhos	7,647	5,3%	1,7%	12,2%	4,4%	8,4%	2,6%	2,3%	0,6%	7,9%
Nova Odessa	4,741	3,3%	5,0%	11,1%	5,0%	3,1%	7,2%	5,5%	12,5%	5,6%
Cosmópolis	3,783	2,6%	1,3%	20,5%	13,9%	4,9%	9,4%	2,4%	1,8%	1,2%
Monte Mor	3,192	2,2%	14,7%	10,2%	21,9%	6,7%	3,7%	3,1%	1,3%	1,3%

Fonte: IBGE, Censo Demográfico 2000. (Tabulações Especiais)

Já no caso da PEA “pendular” nota-se pela Tabela 9 uma distribuição significativamente distinta daquela apresentada pela PEA “não pendular”..

Em linhas gerais, nota-se uma menor proporção de pessoas sem renda e com renda inferior a 1 salário mínimo. A faixa de 1 a 3 salários mínimos apresenta igualmente a maior proporção de pessoas, no entanto, um pouco mais concentrada que para os “não pendulares”. De mesma forma, a faixa entre 5 e 10 salários mínimos apresenta também uma maior proporção de pessoas. No caso da PEA “pendular”, os diferenciais de renda entre os municípios da RMC são ainda mais intensos, particularmente nas faixas de 1 a 3 e de mais de 10 salários mínimos.

O que os dados sugerem é que, independentemente da forma como se inserem no mercado de trabalho, a pendularidade parece ter efeito positivo sobre a situação da PEA regional na medida em que parece incrementar seus níveis de ganhos. No entanto, não se pode perder de vista que muitas das oportunidades que estes indivíduos dispõem somente estariam acessíveis via este tipo de deslocamento, ou seja, a movimento seria uma condição sine qua non para a inserção ou melhor colocação produtiva, sendo talvez o caso mais exemplar dessa situação o emprego doméstico.

De fato, é muito provável que mulheres de baixa renda vivendo em municípios periféricos que tivessem acesso ao mercado de trabalho dos bairros mais abastados de outros municípios teriam maior possibilidade de aferir mais rendimento que aquelas que permanecessem em ocupações no próprio município.

Tabela 8

População economicamente ativa não pendular segundo faixas de renda
(total de rendimentos brutos) Região Metropolitana de Campinas 2000

Município de residencia	PEA que trabalha no município						Total
	Sem rendimento	Menos de 1 SM	1 a 3 SM	3 a 5 SM	5 a 10 SM	Mais de 10 SM	
Americana	5,9%	6,0%	37,5%	20,4%	18,8%	11,4%	100%
Artur Nogueira	6,5%	10,0%	45,0%	19,1%	11,3%	8,1%	100%
Campinas	5,6%	4,8%	31,9%	19,3%	20,8%	17,6%	100%
Cosmopolis	9,2%	10,6%	40,0%	18,7%	15,6%	5,8%	100%
Eng. Coelho	2,4%	1,7%	55,9%	12,6%	9,8%	7,6%	100%
Holambra	4,5%	5,5%	54,8%	15,1%	10,9%	9,2%	100%
Hortolandia	11,8%	9,2%	39,3%	21,1%	13,3%	5,2%	100%
Indaiatuba	5,9%	7,5%	41,9%	20,4%	14,9%	9,4%	100%
Itatiba	5,3%	7,7%	43,7%	19,7%	16,1%	7,5%	100%
Jaguariuna	4,5%	7,0%	46,2%	22,1%	13,8%	6,4%	100%
Monte Mor	10,4%	11,1%	42,1%	16,6%	14,2%	5,7%	100%
Nova Odessa	8,2%	8,3%	42,4%	20,6%	13,3%	7,2%	100%
Paulinia	7,2%	8,1%	32,3%	22,8%	20,1%	9,6%	100%
Pedreira	3,0%	6,3%	52,8%	17,4%	14,4%	6,1%	100%
Santa Barbara d'Oeste	8,3%	8,1%	42,6%	19,6%	15,3%	6,0%	100%
Santo Antonio de Posse	5,0%	7,8%	53,8%	16,9%	11,3%	5,2%	100%
Sumaré	9,7%	9,7%	39,6%	19,5%	15,3%	6,2%	100%
Valinhos	5,3%	6,7%	39,3%	19,7%	17,5%	11,6%	100%
Vinhedo	4,5%	7,0%	36,6%	23,3%	18,6%	10,1%	100%
Total	6,3%	6,5%	36,8%	19,7%	18,1%	12,6%	100%

Fonte: IBGE, Censo Demográfico 2000. (Tabulações Especiais).

No entanto, pode-se pensar que tal diferencial de salário permitido pela mobilidade pendular também poderia ter efeitos perversos na vida destas mulheres por suas implicações sobre outras dimensões não menos importantes de suas vidas, como a tempo de descanso, comprometido pelo tempo diário de deslocamento¹⁰, a intensificação da chamada “dupla jornadas”, o cuidado e educação dos filhos etc.

Na verdade, não se pode dizer que a melhor condição do trabalhador “pendular” reflete tão somente o seu melhor posicionamento no mercado de trabalho, na medida em que os “desempregados” ou “subempregados” (e, portanto, os de mais baixa ou sem qualquer remuneração) poderiam ter menos motivos (e sequer recursos) para realizarem deslocamentos longos para buscaram algum tipo de ganho.

Tabela 9

População economicamente ativa pendular segundo faixas de renda
(total de rendimentos brutos) Região Metropolitana de Campinas 2000

Município de residencia	PEA que trabalha em outro município (RMC)						Total
	Sem rendimento	Menos de 1 SM	1 a 3 SM	3 a 5 SM	5 a 10 SM	Mais de 10 SM	
Americana	2,3%	1,7%	23,3%	21,8%	27,9%	23,0%	100%
Artur Nogueira	1,8%	2,9%	58,2%	19,2%	11,5%	6,4%	100%
Campinas	2,5%	0,7%	16,6%	17,9%	29,9%	32,4%	100%
Cosmópolis	1,0%	0,5%	22,3%	33,2%	33,1%	9,9%	100%
Eng. Coelho	0,0%	3,1%	34,4%	22,7%	23,4%	16,4%	100%
Holambra	0,0%	3,9%	32,2%	25,6%	14,4%	23,9%	100%
Hortolândia	1,8%	3,9%	45,7%	27,8%	17,6%	3,3%	100%
Indaiatuba	5,0%	0,9%	16,6%	18,3%	29,2%	30,0%	100%
Itatiba	7,4%	3,3%	15,1%	13,2%	32,6%	28,3%	100%
Jaguariuna	4,7%	0,0%	16,3%	31,0%	23,1%	25,0%	100%
Monte Mor	1,0%	4,3%	52,6%	24,9%	11,0%	6,1%	100%
Nova Odessa	3,6%	2,3%	31,1%	25,3%	25,2%	12,5%	100%
Paulinia	3,7%	0,9%	28,3%	25,2%	28,2%	13,6%	100%
Pedreira	1,3%	1,6%	22,4%	31,3%	29,2%	14,2%	100%
Santa Bárbara d'Oeste	2,2%	3,2%	40,5%	29,2%	19,0%	5,9%	100%
Santo Antônio de Posse	4,5%	4,5%	40,6%	22,4%	15,7%	12,4%	100%
Sumaré	1,6%	3,2%	46,4%	26,0%	18,1%	4,8%	100%
Valinhos	2,7%	1,2%	18,5%	23,9%	26,9%	26,8%	100%
Vinhedo	5,4%	0,5%	13,7%	18,8%	27,1%	34,5%	100%
Total	2,2%	2,7%	36,5%	25,3%	21,5%	11,8%	100%

Fonte: IBGE, Censo Demográfico 2000. (Tabulações Especiais).

Nesse sentido, também é interessante apresentar um dado sobre o tempo de residência dos indivíduos que pertencem à PEA e realizam movimento pendular. Como se nota na Tabela 10, é muito sugestivo o fato de que na RMC mais da metade destes indivíduos sejam aqueles que viviam há mais tempo em seus municípios. Além disso, chama ainda mais a atenção que, justamente naqueles municípios caracteristicamente dormitórios, como Sumaré, Hortolândia e Santa Bárbara d'Oeste a concentração de “pendulares” nas durações de residência mais longas é maior, sendo que, nas mais curtas (“menos de 2 anos”) são os que apresentam a menor proporção deste indivíduos. Esse fato, sugere que para uma

¹⁰ Sabe-se por experiência própria que uma empregada doméstica que vive em Hortolândia gasta cerca de 4 horas de seu dia para ir e voltar para o trabalho.

melhor inserção produtiva na região, o indivíduo necessita de maior tempo de conhecimento do lugar e de suas oportunidades.

Pode-se dizer que isso seria ainda mais decisivo para pessoas de baixa qualificação já que, no outro extremo, por exemplo, aqueles trabalhadores mais qualificados muitas vezes migrariam para a região com propostas de trabalho cabendo-lhes talvez apenas a decisão de onde morar. Essa hipótese parece encontrar respaldo no fato de que nos municípios de melhor condição de vida e concentração de população de mais alta renda como Jaguariúna e Valinhos se constatam as maiores proporções de indivíduos com movimento pendular com tempo de residência reduzido.

Tabela 10

População economicamente ativa com movimento pendular segundo tempo de residência no município Região Metropolitana de Campinas 2000

Municipio de Residencia	Tempo de Residencia no Município				
	Menos de 2 anos	2 a 4 anos	5 a 9 anos	10 anos e mais	total
Americana	11,9%	16,6%	15,7%	55,8%	100%
Artur Nogueira	14,3%	28,1%	24,9%	32,7%	100%
Campinas	10,3%	16,8%	13,4%	59,5%	100%
Cosmopolis	10,5%	14,3%	16,8%	58,5%	100%
Eng. Coelho	21,0%	20,0%	36,0%	23,0%	100%
Holambra	28,0%	38,7%	16,7%	16,7%	100%
Hortolandia	9,0%	20,6%	25,7%	44,7%	100%
Indaiatuba	17,3%	15,1%	18,1%	49,4%	100%
Itatiba	9,0%	24,2%	17,8%	48,9%	100%
Jaguariuna	22,3%	18,1%	19,5%	40,1%	100%
Monte Mor	11,1%	17,5%	25,6%	45,8%	100%
Nova Odessa	9,2%	20,7%	18,1%	52,0%	100%
Paulinia	20,2%	23,5%	12,4%	43,9%	100%
Pedreira	17,5%	26,9%	4,1%	51,5%	100%
Santa Barbara d'Oeste	7,7%	13,9%	16,5%	61,9%	100%
Santo Antonio de Posse	14,3%	15,1%	24,1%	46,5%	100%
Sumaré	9,3%	16,4%	22,3%	52,0%	100%
Valinhos	24,1%	21,8%	15,1%	39,0%	100%
Vinhedo	14,7%	24,4%	30,1%	30,8%	100%
RMC	10,6%	18,0%	20,5%	50,9%	100%

Fonte: IBGE, Censo Demográfico 2000. (Tabulações Especiais)

Em suma, os dados aqui analisados mostram que o deslocamento pendular embora inegavelmente refletia os descompassos espaciais existentes entre oferta e demanda por empregos, na prática parece ter efeito importante sobre as condições

de vida da população, particularmente aquela de mais baixa renda, configurando-se, a despeito de certos custos representados pelo enfrentamento das viagens, em estratégias de certas famílias para a sua reprodução social.

CONSIDERAÇÕES FINAIS

Estudar o fenômeno dos deslocamentos aqui denominados pendulares implica na necessidade de se pensar novas formas de enfocar a dinâmica metropolitana e a própria mobilidade da população.

Na verdade, ao contrário do movimento migratório, que envolve uma mudança efetiva no local de residência, com rompimento (ainda que parcial) de laços sociais no local de origem e constituição de novos laços no local de destino, o deslocamento pedular amplia a rede de relacionamentos dos indivíduos, permitindo o acesso a outros espaços e oportunidades sem o ônus do distanciamento permanente do local de origem. Desse modo, desempenha um papel importante enquanto meio para minimizar as limitações do local de residência dos indivíduos.

No entanto, apesar desse efeito dinamizador, o deslocamento pendular não é efetuado por grupos homogêneos de pessoas, mas pelo contrário, está condicionado às diversidades socioeconômicas encontradas no espaço metropolitano. O que se observa é que o deslocamento de pessoas na região metropolitana está intrinsecamente ligado à própria configuração desse espaço, ou seja, os fluxos constituem em função das características de cada localização, atuando como ligações entre áreas diferentes mas em certa medida complementares.

A Região Metropolitana de Campinas possui uma densa malha viária, que possibilita a integração e compartilhamento de atividades entre os municípios que a compõem. Essa integração permitiu articular de forma integrada um parque produtivo bastante diversificado que conjuga a um só tempo a indústria tradicional e a indústria de alta tecnologia, bem como o setor de serviços e agroindústria. No entanto, a despeito dessa integração, ocorrem grandes disparidades econômicas e sociais entre os municípios que compõem a RMC, o que acaba por condicionar o tipo de mão-de-obra necessária nesses municípios. Essa especialização e maior demanda acaba por motivar os deslocamentos pendulares, que são facilitados pela integração viária e facilidade de transportes.

Em linhas gerais, esse estudo mostrou que a população economicamente ativa (PEA) que realiza deslocamento pendular possui um padrão de renda ligeiramente mais elevado que o da PEA não pendular, sendo que isso acontece mesmo nos municípios com padrão de renda mais baixo, como é o caso de Hortolândia, Sumaré e Santa Bárbara d'Oeste, dentre outros.

Além disso, a PEA pendular possui uma estrutura etária mais jovem que a da PEA não pendular, o que denota uma associação entre o ciclo de vida da população e a propensão a uma maior mobilidade em função das oportunidades de trabalho.

A relação entre o deslocamento pendular da população e a migração intrametropolitana explica parte da gênese e a orientação dos fluxos de deslocamentos pendulares. A migração intrametropolitana pode ser vista como uma mudança de localização dentro do espaço social metropolitano, por vezes forçosa, provocada principalmente por questões habitacionais. É o que indica a manutenção do emprego no município de residência anterior numa proporção bastante elevada desses migrantes, de modo que, a migração dentro do espaço metropolitano não chega a constituir uma mudança no espaço cotidiano de interações sociais, dos migrantes, mas antes uma ampliação deste espaço. No entanto, essa ampliação não pode deixar de ser vista como uma mudança de posição dentro do espaço social, de modo que o que se buscou, no caso do migrante intrametropolitano, foi um melhor posicionamento dentro do espaço metropolitano, posicionamento dado não apenas em função dos elementos objetivos tais como oferta de emprego e moradia, mas também em termos de elementos inerentes à população que mudou de posição, como demonstra claramente as suas peculiaridades em termos de composição etária e por sexo. O deslocamento pendular surge desse modo, como uma estratégia, gerada dentro do espaço social metropolitano de modo a possibilitar o acesso de uma parcela da população a um conjunto de bens, ou pelo menos a ampliar a probabilidade de acesso a esses bens, ou seja, permitir o acesso a uma estrutura de oportunidades (Katzman, 1999.) que é incompleta ou está indisponível para essa população em seu município de residência.

Obviamente que toda estratégia possui um custo. Alguns fatores podem se constituir com vulnerabilidade para parcelas significativas da população que realiza deslocamento pendular. O tempo de deslocamento é muito importante nesse sentido, pois consome parcelas significativas do tempo livre dessas pessoas, além de gerar desgaste físico e mental. Também é importante ressaltar o custo monetário desse deslocamento, que como foi visto, é pago por uma grande proporção dessa população, sendo particularmente oneroso para aqueles de menor renda.

Em suma, o deslocamento pendular constitui não apenas um reflexo da diversidade sócio-demográfica e espacial do espaço metropolitano, mas um importante fator na produção desse espaço, para o qual convergem tanto fatores objetivos, como a estrutura de oportunidades disponível nas diferentes localizações do território metropolitano, quanto subjetivos, como as estratégias adotadas e habitus gerados por sujeitos socializados dentro do espaço metropolitano. Nesse

sentido, estudá-la e entender seus significados e consequências, significa, de certa forma, contribuir para entender a lógica e o processo de formação de um novo ente social, ou seja, o “cidadão metropolitano”.

BIBLIOGRAFIA

- ANTICO, Claudia. Onde morar e onde trabalhar: espaço e deslocamentos pendulares na Região Metropolitana de São Paulo. Campinas, 2003. 248f. Tese (Doutorado) – Instituto de Filosofia e Ciências Humanas, Universidade Estadual de Campinas.
- BAENINGER, Rosana. Espaço e Tempo em Campinas:migrantes e a expansão do pólo industrial paulista. Campinas: CMU/UNICAMP, 1996.
- _____. Região Metropolitana de Campinas: expansão e consolidação do urbano paulista. In: HOGAN, Daniel Joseph. et al. (orgs). Migração e Ambiente nas Aglomerações Urbanas. Campinas: Núcleo de Estudos de População/UNICAMP, 2001. p. 321-348.
- BOURDIEU, Pierre. Coisas Ditas. São Paulo: Brasiliense, 2004.
- _____. O Poder Simbólico. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 2000.
- CAIADO, Maria Célia. O padrão de urbanização brasileiro e a segregação espacial da população na Região de Campinas: o papel dos instrumentos de gestão urbana. In: ENCONTRO NACIONAL DE ESTUDOS POPULACIONAIS, 11., 1998, Caxambu. Anais... Belo Horizonte: ABEP, 1998.
- CAIADO, Maria Célia e PIRES, Maria Conceição Silvério. Campinas Metropolitana: transformações na estrutura urbana atual e desafios futuros. In: Cunha, J.M.P. (org.) Novas Metrópoles Paulistas: população, vulnerabilidade e segregação. Campinas: NEPO, 2006.
- CALDEIRA, Teresa Pires do Rio. Cidades de muros: crime, segregação e cidadania em São Paulo. São Paulo: Editora 34/Edusp, 2000.
- CAMPINAS. Prefeitura Municipal de Campinas. Subsídios para a discussão do Plano Diretor. Campinas, 1991.
- CANO, W. O processo de interiorização da indústria paulista. São Paulo: Fundação SEADE, v.1-3, 1988.
- CASTELLS, Manuel. A Questão Urbana. São Paulo: Paz e Terra, 1983.
- CUNHA, José Marcos Pinto da. Migração Pendular, uma contrapartida dos movimentos populacionais intrametropolitanos: o caso do município de São Paulo. Conjuntura Demográfica, São Paulo, nº 22, p. 15-27, janeiro/março, 1993.
- _____. Mobilidade Populacional e Expansão Urbana: o caso da Região Metropolitana de São Paulo. Campinas: Instituto de Filosofia e Ciências Humanas da Universidade Estadual de Campinas, 1994. 311p. (Tese, Doutorado em Ciências Sociais).
- _____. Aspectos Demográficos da Estruturação das Regiões Metropolitanas Brasileiras. In: HOGAN, Daniel Joseph. et al. (orgs). Migração e Ambiente nas Aglomerações Urbanas. Campinas: Núcleo de Estudos de População/UNICAMP, 2001. p. 19-46.
- _____. Jiménez, M.A. Segregação e Acúmulo de carências: localização da pobreza e condições educacionais na Região Metropolitana de Campinas. In: Cunha, J.M.P. (org.) Novas Metrópoles Paulistas: população, vulnerabilidade e segregação. Campinas: NEPO, 2006.
- _____, et al. Expansão metropolitana, mobilidade espacial e segregação nos anos 90: o caso da RM de Campinas. In: Novas Metrópoles Paulistas: população, vulnerabilidade e segregação. Campinas: NEPO/UNICAMP, 2006.
- DAVANZO, A. A Região Metropolitana de Campinas: dinâmica socioeconômica e as perspectivas de gestão urbana. Campinas: NESUR/IE/UNICAMP, 1992.
- EMPRESA METROPOLITANA DE PLANEJAMENTO DA GRANDE SÃO PAULO S.A. (EMPLASA). Organização regional: Grande São Paulo, Campinas e Santos Proposições/ Fundamentos. São Paulo, maio/jun.1990. (mimeo)

- FARIA, V. O processo de urbanização no Brasil: algumas notas para seu estudo e interpretação. In: ENCONTRO NACIONAL DE ESTUDOS POPULACIONAIS 1., 1978, Campos do Jordão. Anais... São Paulo: ABEP, 1978.
- FIGUEIRA DE MELLO, F. Formação histórica de Campinas: breve panorama. In: CAMPINAS. Prefeitura Municipal de Campinas. Subsídios para a discussão do Plano Diretor. Campinas, 1991.
- IPEA/IBGE/NESUR/IE/UNICAMP. Caracterização e tendências da rede urbana do Brasil. Campinas: IE/UNICAMP, v.1, 1999.
- KATZMAN, Ruben. Activos y Estruturas de Oportunidades: estúdios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay. Montevideo: PNUD, 1999.
- NEPO/NESUR. Atlas da Região Metropolitana de Campinas. Campinas, 2004. (CD-ROM).
- TASCHNER, S. P.; BOGUS, L. M. M. A cidade dos anéis: São Paulo. In: RIBEIRO, L. C. Q. (Org.). O futuro das metrópoles: desigualdades e governabilidade. Rio de Janeiro: REVAN/FASE, 2000.
- VILLAÇA, F. Espaço intra-urbano no Brasil. São Paulo: Studio Nobel, Fapesp, Lincoln Institute, 2001.
- ZIMMERMANN, G.; SEMEGHINI, U. C. Estudo de caso: Campinas. In: IE/Unicamp. Explosão urbana no Estado de São Paulo – 1970-1985. Campinas, v. 2, 1988. (Relatório Final de Pesquisa).

REVISTA LATINOAMERICANA DE POBLACIÓN

Patrones y diferencias en la transición escuela-trabajo en Buenos Aires, Lima y la Ciudad de México

Patricia Solís, Marcela Cerrutti, Silvia E. Giorguli, Martín Benavides, Georgina Binstock

RESUMEN

Los patrones de desigualdad en América Latina se traducen en oportunidades diferentes entre los jóvenes y en la forma y el momento en que se dan las transiciones a la adultez. En este trabajo realizamos un análisis comparativo de dos transiciones, la salida de la escuela y el ingreso al mercado de trabajo, en Buenos Aires, Lima y la Ciudad de México, y documentamos la heterogeneidad de situaciones que viven los jóvenes durante esta doble transición. Se exploran las diferencias por estrato socioeconómico y sexo al interior y entre las ciudades. Si bien las características sociodemográficas y socioeconómicas de los jóvenes se asocian estrechamente a las diferencias intra-ciudad, éstas no son suficientes para dar cuenta de las diferencias entre ciudades. Esto sugiere que los entornos institucionales que regulan el acceso al sistema educativo y al mercado de trabajo contribuyen a explicar las características particulares que asume la transición escuela-trabajo en las tres ciudades.

Palabras clave:*Transición a la adultez; jóvenes; salida de la escuela*

ABSTRACT

In Latin America, the odds amongst young people and the kind of transition to adult life are affected by inequality. In this study we compare the finishing of studies and the start of the working life in Buenos Aires, Lima and Mexico City, and we document the very different situations that the young ones experience in both transitions. We explore these differences by socioeconomic stratus and sex into and between cities. Although the young's sociodemographic and socioeconomic characteristics are narrowly related to differences into cities, they do not explain the differences between cities. So, the institutional environments that rule the access to education and labour market contribute to explain the particular trends of the transition from school to work in each city.

Keywords: *Transition to adulthood; young people; school leaving*

-
- * Patricio Solís. El Colegio de México, México
psolis@colmex.mx
 - * Marcela Cerrutti. Centro de Estudios de Población, Argentina
mcerrutti@cenep.org.ar
 - * Silvia E. Giorguli. El Colegio de México, México
sgiorguili@colmex.mx
 - * Martín Benavides. Grupo de Análisis para el Desarrollo, Perú
mbenavides@grade.org.pe
 - * Georgina Binstock. Centro de Estudios de Población, Argentina
gbinstock@cenep.org.ar

INTRODUCCIÓN^{*1}

A lo largo de las dos últimas décadas las sociedades latinoamericanas han experimentado profundas transformaciones socioeconómicas, con importantes consecuencias para la inclusión social de diversos sectores de la población (Portes, Roberts y Grimson, 2005). Los procesos de desregulación y liberalización económica, así como los cambios institucionales que los acompañaron, tuvieron fuertes impactos en el campo social. La estructura de oportunidades de los jóvenes se ha modificado, particularmente en lo que hace a la posibilidad de adquirir saberes significativos impartidos por el sistema de educación formal, así como en el acceso a empleos dignos (CEPAL, 2003). En otras palabras, los cambios en dos de las instituciones clave para la transición a la vida adulta de los jóvenes –el sistema educativo y el mercado de trabajo– han contribuido a profundizar la desigualdad y heterogeneidad en los tránsitos a la vida adulta.

El concepto juventud puede diferir entre y dentro de cada sociedad (dada la multiplicidad de sectores sociales, étnicos y culturales). Sin embargo, existe cierto consenso en que el pasaje a la adultez se vincula estrechamente con la inserción en la vida productiva, la constitución de la propia familia y la residencia independiente de la familia de origen. Entendido de esta forma, el tránsito a la vida adulta asumirá formas que pueden variar en cada sociedad en función de su capacidad para brindar oportunidades educativas significativas accesibles a la población y opciones laborales que faciliten la independencia económica.

Si bien con marcadas diferencias entre países, en América Latina la cobertura educativa ha aumentado en forma significativa (CEPAL, 2004; SITEAL, s.f.). Sin embargo, vastos sectores juveniles aún no logran adquirir una educación formal mínima redituable en el mercado de trabajo. (Abdalá, 2002; CEPAL, 2004; Filmus, 2001; Gallart, 2000). Asimismo, la calidad de la educación que adquieren los jóvenes provenientes de distintos sectores sociales se ha tornado más heterogénea, reforzando las desigualdades sociales preexistentes (Sidicaro y Tenti Fanfani, 1998). Por otra parte, el creciente acceso a la educación formal de los jóvenes ha tenido lugar paralelamente a dos tendencias contradictorias en el mercado laboral: el aumento en los requerimientos de calificación de la mano de obra derivada de la utilización de nuevas tecnologías y procesos productivos y la devaluación de las credenciales educativas, propiciada por la escasa generación de empleos en los sectores formales de la economía. Estos procesos condicionan en gran medida la posibilidad de inclusión social de los jóvenes, en particular de aquellos provenientes de hogares en situación de pobreza. El punto de partida de esta investigación es que los procesos actuales de transición a la vida adulta de

* El presente texto es una versión revisada y actualizada de la ponencia que los autores presentaran en el II Congreso de ALAP.

¹ Los autores agradecen el apoyo brindado por la Fundación Jacobs para la realización de este estudio. También agradecen a Marlis Buchmann por su apoyo y por los comentarios y sugerencias realizados a una versión previa de este trabajo.

los jóvenes latinoamericanos se encuentran afectados tanto por las estructuras sociales pre-existentes, las cuales condicionan el acceso de las familias a recursos materiales y simbólicos, como por las oportunidades laborales disponibles y la oferta de bienes, servicios y oportunidades laborales que las instituciones ponen a disposición para los diversos grupos sociales. La interacción entre estos aspectos hace más o menos probable que los jóvenes tempranamente abandonen la educación, se dispongan a trabajar, se incorporen al mercado de trabajo o no encuentren estímulos para participar activamente en alguna actividad. A nivel individual, estas decisiones de los jóvenes, socialmente condicionadas, tendrán fuertes consecuencias en la vida adulta, mientras que a nivel social, repercutirán en reproducir o acentuar la desigualdad social.

Este trabajo constituye la etapa inicial de una investigación más amplia cuya preocupación general es indagar, mediante una perspectiva comparativa, los mecanismos de integración y segregación social en los procesos de transición a la adultez de los jóvenes en tres metrópolis latinoamericanas: Buenos Aires, Lima y la Ciudad de México. Este propósito se fundamenta en la inquietud por examinar patrones de transición a la adultez diferenciados en distintos contextos y establecer los mecanismos sociales e institucionales que promueven trayectorias juveniles heterogéneas. En este sentido, se plantea que las diferencias históricas y actuales en los regímenes de bienestar de estos tres países han contribuido a conformar y reproducir las estructuras sociales así como a establecer los marcos institucionales de integración social de los jóvenes (Filgueira y Filgueira, 2002). De este modo, la diversidad de trayectorias educativas y laborales y su incidencia en contextos específicos dependerán en gran medida de las características de los sistemas educativos (facilidad de acceso a diversos niveles, duración de los ciclos, obligatoriedad, requisitos, dependencias, etcétera), del mercado de trabajo (regulación, estructura, dinamismo, tasas de retorno, etc.), y de la oferta de programas sociales tanto para la población en su conjunto como para los jóvenes.

Nos centramos en el análisis de las metrópolis dado que nos permite, por un lado, disminuir las diferencias en los patrones de transición a la adultez que resultarían por las variaciones en la composición rural-urbano de los tres países analizados. Por otro, las ciudades latinoamericanas han sido uno de los espacios centrales de transformación ante los fenómenos conjuntos de persistente desigualdad, cambio estructural, liberalización económica, crecimiento de los mercados de trabajo informales en la región y aumento de la pobreza urbana (Portes y Roberts, 2005). Además, es en el espacio de las ciudades, y en especial de las grandes metrópolis, donde se observa la mayor influencia de las fuerzas globales en los patrones de consumo y culturales que influyen en las preferencias y expectativas de los jóvenes (Tienda, 2002; Emmerij, 1997). El avance que aquí se presenta propone dar cuenta de las diversas formas que adquieren dos

transiciones cruciales en el pasaje a la adultez, como son la salida de la escuela y la entrada al mercado de trabajo entre jóvenes residentes en estas tres metrópolis. Mediante información cuantitativa comparable proveniente de encuestas de hogares relevadas en las tres áreas metropolitanas, se examinan en primer lugar los momentos, secuencias y heterogeneidades en las trayectorias educativas y en el ingreso al mercado laboral de los jóvenes. En segundo lugar, se persigue establecer hasta qué punto las diferencias en las transiciones examinadas en cada ciudad responden a variaciones en la posición de los individuos en la estratificación social. Por último, se procura determinar si las diferencias entre ciudades persisten aún después de incorporar controles estadísticos que neutralizan los efectos de la edad, la estratificación social y del estado marital de los jóvenes. Sobre la base de la aproximación conceptual adoptada, sería dable esperar que las diferencias entre ciudades en la situación laboral y educativa de los jóvenes permanezcan incluso cuando se controlan por variables asociadas a la estructura social, pues tales diferencias dependen más de entornos institucionales específicos asociados a las particularidades de los sistemas nacionales de bienestar que a diferencias estrictamente económicas.

DATOS Y MÉTODOS

El presente estudio se basa en información proveniente de Encuestas de Hogares para el año 2003 de cada una de las metrópolis (Encuesta Permanente de Hogares, Buenos Aires; Encuesta Nacional de Hogares, Lima; y Encuesta Nacional de Empleo Urbano, Ciudad de México). Estas encuestas permiten realizar comparaciones confiables entre las tres ciudades. Sin embargo, tienen como limitante el que carecen de información retrospectiva sobre las historias educativa y laboral de las personas. Debido a lo anterior, se utiliza información transversal sobre la situación actual de los jóvenes para, a partir de ahí, inferir tendencias sobre el calendario en que se presenta la salida de la escuela y la entrada al trabajo, así como sobre las diversas situaciones por las que pasan los jóvenes en el transcurso de esta doble transición.

El análisis se enfoca en las edades en las que la mayoría de los jóvenes de las tres ciudades abandonan la escuela y eventualmente ingresan al mercado de trabajo, esto es, entre los 14 y 24 años. Se calcula en cada edad la proporción de jóvenes que no asisten a la escuela y que trabajan, con lo cual, si se asume el principio de cohortes sintéticas, es posible visualizar las principales tendencias en el calendario e intensidad de las transiciones. Asimismo, con el objeto de señalar la diversidad de estados educativos y laborales de los jóvenes en las tres metrópolis, se comparan medidas de heterogeneidad de estados para diversos grupos de edad y sexo. Este análisis permite establecer en qué medida los jóvenes de las tres metrópolis se acercan o alejan de criterios normativos, por ejemplo de

permanencia exclusiva en el sistema educativo o de entrada tardía al mercado de trabajo.

Además de examinar las distinciones que establece el sexo, el estudio incorpora también el análisis de los efectos ejercidos por el estrato socioeconómico del hogar de los jóvenes. Para ello, en cada ciudad se calculó un índice que refleja la posición relativa del hogar en la estratificación social utilizando técnicas de análisis factorial por componentes principales. Para construir este índice se consideraron las siguientes variables: el ingreso del hogar, el nivel máximo de escolaridad promedio de los miembros del hogar, los materiales de la vivienda y el acceso a servicios públicos de la misma. El análisis factorial se realizó en forma independiente para las tres ciudades. Por tanto, el índice refleja la posición relativa del hogar del joven en la estratificación social de cada ciudad, y no una posición absoluta obtenida a partir de estándares absolutos para las tres ciudades².

Las técnicas utilizadas son por lo general de corte descriptivo, por lo que no se incluye una explicación detallada en esta sección. La excepción son los índices de disimilitud y los modelos de regresión logística. En esos dos casos se discute el uso de las técnicas antes de presentar los resultados.

RESULTADOS

La permanencia en la educación y la entrada al mercado de trabajo

En esta sección se analizan las diferencias en la permanencia educativa y en la entrada al mercado de trabajo de los jóvenes en las tres ciudades, es decir, se contrastan los porcentajes de jóvenes que no asisten a la escuela o han entrado a trabajar en los distintos grupos de edades. El Cuadro 1 presenta el porcentaje de individuos que no asiste a la escuela en cada edad, por ciudad y sexo. Destacan tres tendencias. La primera es que, como era de esperarse, existe un progresivo incremento con la edad en la proporción de individuos que no asisten a la escuela, hasta alcanzar porcentajes a los 24 años de edad que fluctúan entre 68.3% y 86.9%. Esto confirma que es efectivamente en estas edades en donde se presenta la transición en cuestión para la mayoría de los jóvenes. En segundo lugar, el “punto de partida” es muy diferente en las tres ciudades. Mientras que en Buenos Aires prácticamente la totalidad de los jóvenes de 14 años se encuentran en la escuela, en México y en Lima una proporción considerable (entre 21.3% y 36.2% según la ciudad y el sexo) ya no asiste a la escuela a esa edad. Estas diferencias en la asistencia escolar a edades tempranas guardan estrecha relación con el

² En las tres ciudades el análisis factorial produjo una solución de factor único. Por razones de espacio no se incluyen aquí más detalles sobre la construcción del índice, pero éstos están a disposición del lector si así lo solicita.

nivel de eficiencia terminal en el nivel primario. En otras palabras, dado que un requisito para asistir a la escuela secundaria es haber culminado la primaria, dichas diferencias se explicarían en parte por el nivel de las tasas de graduación del nivel primario en Buenos Aires, Ciudad de México y Lima. Por último, en términos generales se aprecia una tendencia a porcentajes mayores de jóvenes que no asisten a la escuela en Lima, fenómeno que se agudiza entre las mujeres. México ocupa un lugar intermedio, y en Buenos Aires se presentan los porcentajes menores.

Cuadro 1

Porcentaje de individuos que no asisten a la escuela, por edad, sexo y ciudad*

Edad	Hombres			Mujeres		
	Bs. As.	Lima	México	Bs. As.	Lima	México
14	1,7	25,5	23,6	0,0	36,2	21,3
15	6,8	30,2	26,7	4,6	37,4	25,6
16	14,1	40,7	31,1	8,5	46,3	33,4
17	22,2	54,1	39,9	20,9	61,0	43,5
18	35,6	66,3	45,3	32,0	10,4	54,8
19	45,9	68,2	54,9	43,8	77,2	61,5
20	54,3	68,9	59,8	49,2	80,7	66,8
21	59,9	68,6	69,2	54,5	83,4	69,1
22	60,3	74,1	72,7	61,6	82,4	74,2
23	64,4	81,3	78,8	66,1	83,8	79,2
24	68,3	81,9	82,6	74,8	86,9	85,3

* Los porcentajes para las edades 15 a 24 se calculan utilizando medias móviles de tres edades individuales

Fuente: Estimaciones propias a partir de la Encuesta Permanente de Hogares 2003, Buenos Aires; Encuesta Nacional de Empleo Urbano 2003, Ciudad de México; y Encuesta Nacional de Hogares 2003, Lima.

A partir de estos resultados se infiere que el calendario de la salida de la escuela varía considerablemente entre las tres ciudades y, dentro de cada ciudad, entre varones y mujeres. Si se adopta el supuesto de que los porcentajes observados reflejan el comportamiento de una cohorte ficticia, entonces es posible apreciar con más claridad estas variaciones. Así, por ejemplo, se observa que la edad en que el primer cuartil de mujeres abandona la escuela es menor a 14 años en Lima, a 15 años en la Ciudad de México, y a 18 años en Buenos Aires. Asimismo, la edad en la que el 75% de mujeres está fuera de la escuela (tercer cuartil) sería de 19 años en Lima, 22 años en México, y más de 24 años en Buenos Aires. Entre los varones, la edad mediana a la salida de la escuela sería de 17 años en Lima, 19 años en México, y 20 años en Buenos Aires. Es evidente que el calendario de la salida de la escuela es más temprano en Lima y más tardío en Buenos Aires, mientras que México muestra un patrón intermedio entre estas dos ciudades. En lo que respecta a las diferencias por sexo, se observa que las mujeres en la

Cuidad de México y más aún en Lima se encuentran en desventaja en relación a los varones, mientras que en Buenos Aires ellas son quienes tienen una mayor permanencia en el sistema educativo.

En cuanto a la entrada al mercado de trabajo, el Cuadro 2 presenta los porcentajes de jóvenes que participan de la fuerza de trabajo (ya sea como ocupados o desocupados). Entre los varones se aprecian tendencias similares a las del cuadro anterior, lo que de inicio apunta a la estrecha interconexión entre trayectorias educativas y laborales. En Buenos Aires los porcentajes de jóvenes económicamente activos son nuevamente menores en las edades más tempranas pero, en contraposición a los resultados anteriores, hacia los 23 años prácticamente se iguala la tasa de actividad en las tres ciudades. Al combinarse con el todavía elevado porcentaje de asistencia escolar a esta edad (más del 30), este dato capta para el caso de Buenos Aires la combinación de estudio y trabajo durante el ciclo de educación superior.

Cuadro 2

Porcentaje de individuos en la fuerza de trabajo, por edad, sexo y ciudad*

Edad	Hombres			Mujeres		
	Bs. As.	Lima	México	Bs. As.	Lima	México
14	2,9	19,5	11,5	0,0	26,3	2,6
15	3,8	30,3	17,2	0,0	26,4	7
16	9,9	42,6	23,5	3,1	31,4	11,3
17	21,6	49,8	31,9	14,9	46,3	16,9
18	41	56,2	40,4	29,8	54,7	24,1
19	58,8	60,5	50,7	42,2	61,2	31,1
20	72,5	63,5	57,6	50,0	64,1	36,6
21	79,8	72,4	67,7	58,5	67,5	38,3
22	82,8	79,7	73,1	65,5	69,5	41,6
23	83,5	84,8	80,4	69,7	67,4	44,7
24	86,8	84,2	84,4	70,7	67,3	49,3

* Los porcentajes para las edades 15 a 24 se calcularon utilizando medias móviles de tres edades

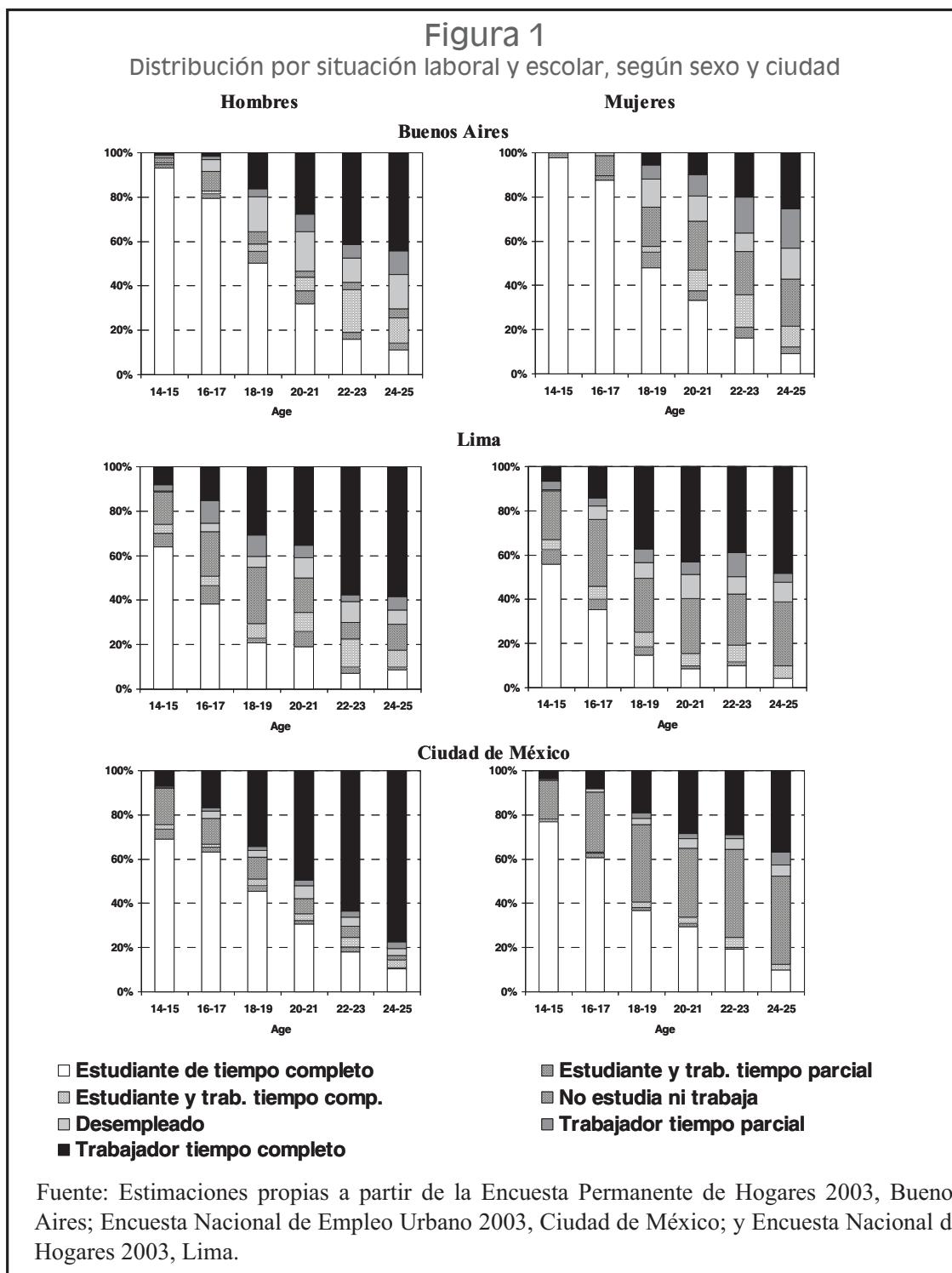
Fuente: Estimaciones propias a partir de la Encuesta Permanente de Hogares 2003, Buenos Aires; Encuesta Nacional de Empleo Urbano 2003, Ciudad de México; y Encuesta Nacional de Hogares 2003, Lima.

Las mujeres muestran comportamientos bien distintos en cada ciudad. En México y en Buenos Aires la participación laboral es muy baja antes de los 17 años, con tasas inferiores al 12%, pero a partir de los 19 años las tasas en Buenos Aires son bastante superiores a las de México. En cambio, Lima muestra un patrón marcadamente distinto, que denota una entrada mucho más temprana a la actividad económica, con tasas superiores al 25% incluso antes de los 16 años, que luego se incrementan hasta alcanzar un nivel estable de alrededor de 65% a partir de los 20 años, el mismo que alcanza Buenos Aires a partir de esa edad.

En resumen, los datos del Cuadro 2 sugieren que entre los varones el calendario de entrada al mercado de trabajo es más temprano en Lima que en México y Buenos Aires, aunque las tasas de incorporación a la fuerza de trabajo alcanzan niveles similares en las tres ciudades alrededor de los 23 años. Por su parte, entre las mujeres existen importantes diferencias tanto de intensidad como de calendario. En cuanto a la intensidad, se observa que la proporción de mujeres jóvenes que terminan por incorporarse al mercado de trabajo es bastante mayor en Buenos Aires y en Lima, donde los porcentajes fluctúan entre 65% y 70% a los 24 años, frente a un poco menos de 50% para México. Esta diferencia puede deberse a que en términos generales las tasas de participación femenina son menores en esta última ciudad. Con relación al calendario, la entrada al mercado de trabajo ocurre considerablemente más temprano en Lima que en Buenos Aires y México, lo cual coincide con las tendencias en la salida de la escuela presentadas en el Cuadro 1.

El enfoque recién planteado permite realizar una primera inspección de las transiciones educativa y laboral, pero el proceso que lleva a la salida definitiva de la escuela y la entrada al mercado de trabajo no siempre se presenta como una clara secuencia normativa o mediante transiciones tajantes entre dos estados mutuamente excluyentes. Por el contrario, y tal como lo señalaron hace ya más de treinta años Balán, Browning y Jelin (1977), en América Latina las fronteras de la salida de la escuela y la entrada al mercado de trabajo suelen ser borrosas, pues frecuentemente los jóvenes son simultáneamente estudiantes y trabajadores, o bien ocupan posiciones marginales en el mercado de trabajo, ya sea en el empleo no asalariado o en el empleo de tiempo parcial.

Para obtener una mejor perspectiva de esta complejidad se construyó una variable que refleja con mayor detalle la situación escolar y educativa de los jóvenes . En la figura 1 se describen las distribuciones porcentuales de varones y mujeres por edad de acuerdo a esta variable. Esta nueva mirada produce una acentuación de las diferencias entre ciudades. En el caso de los varones, Buenos Aires no sólo es la ciudad en donde el ingreso a la fuerza de trabajo es más tardío, sino también donde el desempleo y las formas “parciales” de incorporación al trabajo -como son la combinación de actividades escolares y laborales y el trabajo de tiempo parcial- son más frecuentes. En el polo opuesto está México, donde la entrada al mercado de trabajo se da fundamentalmente a través del paso de la escuela de tiempo completo al trabajo de tiempo completo, mientras que las situaciones mixtas (trabajo y estudio) o la exclusión simultánea de la escuela y el trabajo son poco frecuentes, especialmente a partir de los 18 años. Por su parte, Lima está en una situación intermedia, pues predominan, al igual que en México, las ocupaciones de tiempo completo, aunque la proporción de jóvenes que combinan escuela y estudio, están desempleados, o no estudian ni trabajan, es mayor que en esta ciudad.



Esta diversidad de comportamientos entre varones de las tres ciudades podría vincularse no sólo a los niveles de cobertura educativa y a la distinta capacidad para acceder a la educación por parte de diversos grupos sociales, sino también a los costos de oportunidad de incorporarse tempranamente a los mercados de trabajo. En este sentido, la mayor o menor facilidad para acceder a empleos (ya sea formales o informales) y generar ingresos, podría estar influyendo en las decisiones de los jóvenes de dedicarse total o parcialmente al trabajo.

A diferencia de los varones, las mujeres presentan una mayor heterogeneidad de estados a medida que avanza la edad. La proporción que trabaja es siempre menor a la de los varones, lo que da lugar al incremento del grupo de mujeres que no estudian ni trabajan, quienes presumiblemente se encuentran realizando actividades domésticas o ejerciendo labores de amas de casa. Esta tendencia es más acentuada en México, en donde la proporción de mujeres que no estudian ni trabajan alcanza niveles cercanos al 40% entre los 22 y 25 años. Por otra parte, en Buenos Aires se aprecia que, incluso con más frecuencia que como ocurre en los varones, la participación laboral de las mujeres se encuentra fuertemente segmentada entre el empleo de tiempo parcial y el empleo de tiempo completo, de tal forma que hacia los rangos superiores de edad las mujeres se distribuyen en el conjunto de posiciones de forma más heterogénea que en Lima y en México.

En resumen, la evidencia empírica presentada en esta sección permite delinejar algunas tendencias generales:

- 1) Existe una marcada heterogeneidad en el calendario de las transiciones en las tres ciudades. En general, éstas ocurren a edades más tardías en Buenos Aires y a edades más tempranas en Lima, con México en un lugar intermedio. Un rasgo específico de Lima es que presenta mayores diferencias por sexo, de forma que las mujeres salen de la escuela a edades considerablemente más tempranas que los varones.
- 2) Hay diferencias considerables entre ciudades en el grado de heterogeneidad de situaciones educativas y laborales. En Buenos Aires las situaciones por las que transitan los varones son más heterogéneas, pues con frecuencia incluyen el trabajo de tiempo parcial, la mezcla de estudio y trabajo, y el desempleo. En México el tránsito de la escuela al trabajo consiste en el pasaje del estudio de tiempo completo al trabajado de tiempo completo. Lima se encuentra en una situación intermedia, pero parece acercarse más a México que a Buenos Aires.
- 3) En las tres ciudades la heterogeneidad es mayor para las mujeres, aunque con especificidades por ciudad. En México, la heterogeneidad se asocia al incremento de la proporción de mujeres que no estudian ni trabajan. En Buenos Aires (que nuevamente presenta la mayor heterogeneidad) se debe a la alta proporción de mujeres en el empleo de tiempo parcial, el desempleo, y los estudios combinados con trabajo. En Lima se asocia tanto a la proporción de mujeres que no trabajan ni estudian como a las relativamente elevadas tasas de desempleo.

Heterogeneidad intra-ciudad y estratificación social

Una de las hipótesis de este trabajo es que las diferencias intra-ciudad se asocian principalmente a la desigualdad social y por ende a las particulares composiciones de sus estructuras sociales. Para ser más precisos, se plantea que la desigualdad

entre las familias de origen de los jóvenes, tanto en el acceso a activos de diversa índole como en las condiciones de vida, genera inequidad de oportunidades y de expectativas, lo cual a su vez termina reflejándose en la heterogeneidad de cursos de vida.

Si bien la hipótesis es sugerente, es difícil sustentarla con la información disponible. Esto se debe a que, como se comentó antes, se poseen datos transversales y no retrospectivos, y a que las muestras no son lo suficientemente grandes como para analizar en forma detallada las diferencias entre estratos sociales. A pesar de ello, se presenta un análisis preliminar que contribuye a respaldar la hipótesis, aunque sea provisionalmente.

La primera evidencia se presenta en el Cuadro 3, que muestra los porcentajes de jóvenes que no asistían a la escuela o estaban ya en la fuerza de trabajo para dos grupos de edades (16-17 años y 22-23 años), según el estrato socioeconómico del hogar de residencia. En casi todos los casos existen diferencias muy significativas entre estratos sociales. Así, por ejemplo, en Buenos Aires todos los varones del estrato alto asistían a la escuela en el grupo 16-17 años, mientras que en el estrato bajo una cuarta parte ya la habían abandonado. Las diferencias son de igual o mayor magnitud entre los varones de Lima (19.5% versus 54.6%) y de la Ciudad de México (17.8% frente a 44.2%). Lo mismo ocurre entre las mujeres, con la excepción de Lima, donde los porcentajes que abandonaron la escuela son muy altos por igual para los tres estratos sociales (entre 50.4% y 58.4%).

La brecha entre estratos sociales es también muy amplia en el grupo 22-23 años. Como resulta esperable, a esta edad la proporción de jóvenes que ya abandonaron la escuela es bastante mayor que a los 16-17 años, pero eso no atenúa las disparidades sociales. En Lima, por ejemplo, 93.8% de los varones del estrato bajo ya habían abandonado la escuela, frente a sólo 43.4% en el estrato alto. Las diferencias son casi tan amplias en México (95.1% frente a 55.5%) y en Buenos Aires (76.9% frente a 31.3%). Incluso, se observa que en el caso de las mujeres de Lima, donde no había muchas diferencias a los 16-17 años, la brecha es muy considerable a los 22-23, pues a esta edad sólo 3.5% de las pertenecientes al estrato bajo permanecía en la escuela, frente a 42.9% de las del estrato alto.

Estos resultados sugieren que el calendario de salida de la escuela es muy diferente para los jóvenes provenientes de distintos estratos sociales. En términos generales, la salida de la escuela es bastante más temprana para los jóvenes de estratos bajos, mientras que los de estratos altos prolongan su estadía en la escuela frecuentemente hasta bien entrados los veinte. En este sentido, resulta evidente que no sólo existen considerables diferencias entre ciudades, sino también amplias disparidades intra-ciudad asociadas a la estratificación social.

También se aprecian diferencias en el mismo sentido para los varones en lo que respecta al calendario de la entrada al mercado de trabajo. Ésta ocurre a

Cuadro 3

Porcentajes que no asisten a la escuela y están en la fuerza de trabajo a edades seleccionadas, por ciudad, sexo, y estrato social

a) no asistieron a la escuela a las edades 16-17

	hombres			Mujeres		
	Estrato social			Estrato social		
	bajo	medio	alto	bajo	medio	alto
Buenos Aires	25,2	3,2	0,0	15,9	0,0	0,0
Lima	54,6	54,7	19,5	50,4	58,4	58,4
México	44,2	35,6	17,8	46,0	39,1	27,0

b) no asistieron a la escuela a las edades 22-23

	hombres			Mujeres		
	Estrato social			Estrato social		
	bajo	medio	alto	bajo	medio	alto
Buenos Aires	76,9	56,2	31,3	94,3	57,0	21,1
Lima	93,8	83,2	43,4	96,5	85,2	57,1
México	95,1	70,9	55,5	93,2	74,7	55,6

c) en la fuerza de trabajo a las edades 16-17

	hombres			Mujeres		
	Estrato social			Estrato social		
	bajo	medio	alto	bajo	medio	alto
Buenos Aires	18,1	0,0	0,0	2,1	11,4	4,3
Lima	60,8	43,4	12,1	43,6	30,7	24,5
México	41,4	22,5	10,1	19,2	12,3	4,1

c) en la fuerza de trabajo a las edades 16-17

	hombres			Mujeres		
	Estrato social			Estrato social		
	bajo	medio	alto	bajo	medio	alto
Buenos Aires	86,3	82,1	76,1	67,7	69,8	73,9
Lima	90,5	84,0	84,8	53,5	79,3	71,0
México	97,5	78,2	49,1	40,1	43,5	39,4

Fuente: Estimaciones propias a partir de la Encuesta Permanente de Hogares 2003, Buenos Aires; Encuesta Nacional de Empleo Urbano 2003, Ciudad de México; y Encuesta Nacional de Hogares 2003, Lima

edades más tempranas en el estrato bajo que en el alto. Por ejemplo, en México 41.4% de los varones del estrato bajo estaban ya en la fuerza de trabajo a los 16-17 años, contra sólo 10.1% de los del estrato alto. En Lima las diferencias eran aún mayores (60.8% frente a 12.1%, respectivamente), mientras que en Buenos Aires la participación laboral era prácticamente inexistente en los estratos medio

y alto, frente a 18.1% en el estrato bajo. Hacia los 22-23 años las diferencias en Buenos Aires y Lima eran menores, lo que sugiere que para esta edad la mayor parte de los varones habían iniciado su actividad laboral, independientemente de su estrato socioeconómico. En México, por el contrario, a esa edad aún existían enormes diferencias en las tasas de participación: 97.5% de los varones de estratos bajos ya trabajaban, frente a sólo 49.1% de los varones de estratos altos. Esto sugiere que en México las diferencias entre estratos eran mayores que en las otras dos ciudades.

Por último, con el tipo de datos sobre participación en la fuerza de trabajo que se presentan en el Cuadro 3 es más difícil obtener conclusiones para las mujeres. Por un lado, en Buenos Aires pareciera que no existen diferencias sustanciales entre estratos sociales en ninguno de los dos grupos de edades, lo que sugiere en primera instancia que en esta ciudad el calendario e intensidad del ingreso al mercado de trabajo no se asocia a la estratificación social. Por otra parte, en Lima y en México sí hay diferencias, aunque son difíciles de interpretar. A los 16-17 años, parecería que estas dos ciudades muestran una tendencia similar a la de los varones, con mayores tasas de participación para los estratos bajos que sugieren un inicio más temprano de la actividad laboral. Sin embargo, a los 22-23 años la situación cambia: en Lima las tasas de participación son mayores para las mujeres de los estratos medio y alto (79.3% y 71.0%, respectivamente) que para las del estrato bajo (53.5%), mientras que en México no existen diferencias sustanciales entre estratos, con tasas de alrededor de 40%. Es evidente que en este caso sería necesario contar con información más adecuada para obtener mejores conclusiones.

Ya se señalaron antes las limitaciones del enfoque que toma por separado la situación escolar y laboral. ¿Pero qué ocurre si en vez de utilizar esta aproximación se recurre a la combinación de situaciones propuesta en la figura 1? ¿Qué tanta heterogeneidad de situaciones existe entre los jóvenes de distintos estratos sociales? ¿Es esta heterogeneidad de igual magnitud en las tres ciudades? ¿Existe evidencia para respaldar la hipótesis de que los jóvenes provenientes de distintos estratos sociales siguen caminos distintos en su pasaje de la escuela al trabajo?

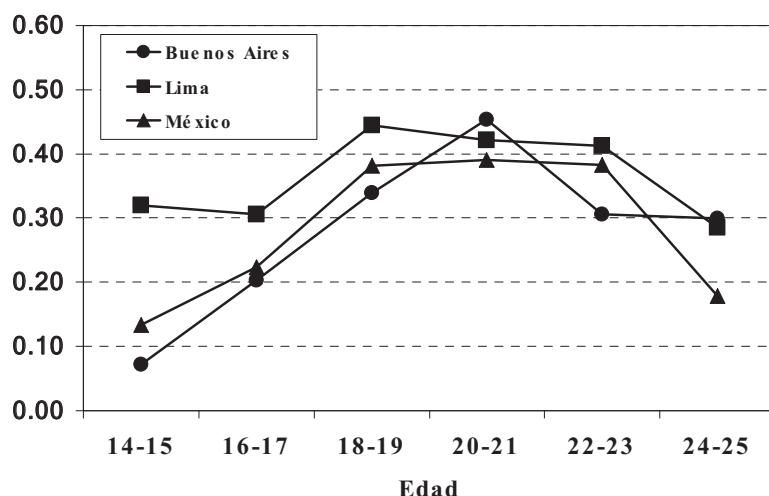
Debido a las limitaciones en las fuentes de información utilizadas, en este trabajo sólo puede presentarse una aproximación inicial a este problema. Para ello, se recurrió a una medida sintética de heterogeneidad entre distribuciones de variables categóricas, que es el Índice de Disimilitud de Duncan (Duncan y Duncan, 1955; Theil, 1972). Este índice puede asumir valores entre 0 y 1. Si al comparar la distribución de situaciones educativas y laborales del estrato i con la del j el índice adopta el valor de 1, esto significa que el 100% de los jóvenes del estrato i tendrían que modificar su situación para alcanzar una distribución idéntica a la del estrato j, o viceversa. Si el índice asume el valor de 0, entonces

las distribuciones de los estratos i y j son idénticas. En este caso existían tres estratos socioeconómicos, por lo que podían hacerse tres comparaciones . Para obtener una medida sintética de la heterogeneidad en situaciones por estrato social en cada ciudad, se obtuvo un promedio simple de los índices de disimilitud obtenidos en las tres posibles comparaciones.

En las Figuras 2 y 3 se presentan estos promedios de índices de disimilitud por estrato socioeconómico para cada grupo de edades. En el caso de los varones (Figura 2), se observa un patrón común en las tres ciudades: el grado de heterogeneidad de situaciones entre los jóvenes de distintos estratos sociales es mayor entre los 18 y 21 años, con niveles muy parecidos de desigualdad (índices de disimilitud promedio en las tres ciudades entre 0.34 y 0.45), mientras que la heterogeneidad es menor en las edades más tempranas y más tardías . Esto es consistente con la idea de que los puntos de partida y llegada en la transición escuela-trabajo no difieren mucho entre estratos sociales, aunque los caminos que se recorren entre estos dos extremos sí varían en forma sustancial.

Figura 2

Promedio de índices de disimilitud entre estratos sociales para la situación escolar y laboral. Hombres



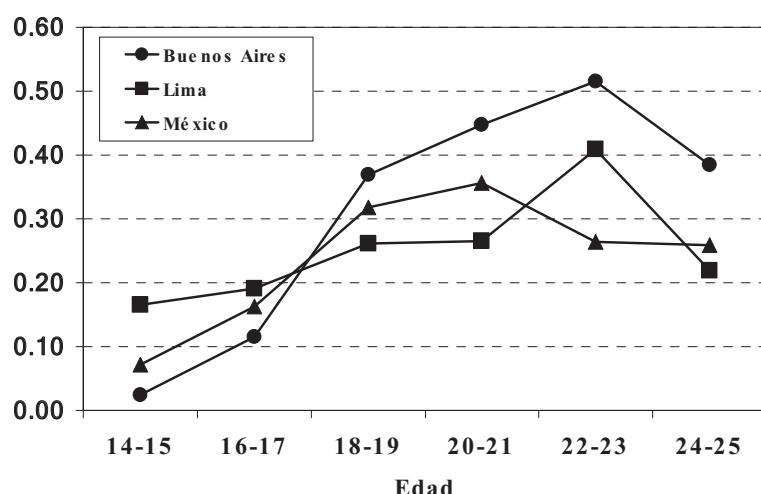
Fuente: Estimaciones propias a partir de la Encuesta Permanente de Hogares 2003, Buenos Aires; Encuesta Nacional de Empleo Urbano 2003, Ciudad de México; y encuesta Nacional de Hogares 2003, Lima.

Con respecto a las mujeres (Figura 3), el comportamiento de los índices de disimilitud también sigue un patrón común, que difiere del observado entre los varones en que la caída de los índices una vez alcanzado su valor máximo es menos acentuada y, en el caso de Lima y Buenos Aires, sólo se da hasta los 24-25 años. Destaca el hecho de que a partir de los 18-19 años la heterogeneidad entre estratos sociales es más acentuada en Buenos Aires, ciudad en la que el promedio

de índices de disimilitud incluso rebasa 0.50 a los 22-23 años y culmina con un valor de 0.40 a los 24-25 años. En conjunto, estas tendencias sugieren que la situación escolar y laboral de las mujeres de distintos estratos sociales es muy similar al inicio del periodo de estudio, que la heterogeneidad de situaciones se incrementa en la medida que avanza la edad, y que esta heterogeneidad disminuye hacia los 24-25 años, con la excepción de Buenos Aires, donde los niveles altos de heterogeneidad persisten.

Figura 3

Promedio de índices de disimilitud entre estratos sociales para la situación escolar y laboral. Mujeres



Fuente: Estimaciones propias a partir de la Encuesta Permanente de Hogares 2003, Buenos Aires; Encuesta Nacional de Empleo Urbano 2003, Ciudad de México; y encuesta Nacional de Hogares 2003, Lima.

En resumen, los resultados presentados en esta sección presentan evidencia -preliminar, pero consistente- que lleva a respaldar la hipótesis de que la heterogeneidad intra-ciudad en la transición escuela-trabajo se asocia a la desigualdad social. Esta asociación parece producir no sólo diferencias en el calendario de las transiciones de salida de la escuela y entrada al trabajo, sino también disparidades en la forma específica en que se presentan tales transiciones, lo cual se refleja en una alta heterogeneidad de situaciones educativas y laborales asociada a la posición de los jóvenes en la estratificación social.

Persistencia de las diferencias entre ciudades

Hasta ahora el análisis se orientó a la descripción de las diferencias entre ciudades o a las diferencias entre estratos sociales al interior de las mismas. Sin embargo, persiste una pregunta fundamental planteada ya en la introducción de este trabajo: ¿puede explicarse la varianza “inter-ciudad” exclusivamente por factores

individuales (como la edad o el estado civil) y por la estratificación social, o por el contrario, persisten las diferencias una vez que se controlan estos factores? La pregunta es relevante porque, si las variaciones inter-ciudad persisten una vez que se controlan otros factores, se sustenta la hipótesis de que esas variaciones dependen más de entornos institucionales diferenciados asociados a las particularidades de los sistemas nacionales de bienestar que a diferencias estrictamente económicas o sociodemográficas.

Para explorar este punto, se ajustaron modelos logísticos que buscan probar específicamente esta hipótesis. La estrategia consistió en construir una base de datos para el conjunto de las tres ciudades y ajustar modelos separados para varones y mujeres, en los cuales las variables dependientes eran a) si los jóvenes asistían o no a la escuela, o b) si eran o no económicamente activos. En vez de analizar los coeficientes de los modelos, en este caso se puso atención a las mejoras globales en la bondad de ajuste de tres modelos anidados. El primer modelo (Modelo 0) es el llamado “modelo nulo”, que incluye sólo a la constante y sirve de referencia comparativa para los modelos siguientes. El segundo modelo (Modelo 1) incluye los efectos de los factores sociodemográficos y de la estratificación social (situación marital, edad, y nivel socioeconómico del hogar) y el tercer y último modelo (Modelo 2) incorpora, además de los factores sociodemográficos y de estratificación, los “efectos ciudad”, tanto principales como en interacción con los factores sociodemográficos y de estratificación. Si, como plantea la hipótesis de los efectos institucionales, las diferencias entre ciudades no se deben únicamente a las variaciones sociodemográficas y en la estratificación, entonces debería esperarse que la bondad de ajuste del Modelo 2 mejorara significativamente con relación a la del Modelo 1. La significancia estadística de esta mejora se evalúa a partir de una prueba chi cuadrada de la razón de verosimilitud de los modelos anidados (modelo 2 versus modelo 1).

Los resultados de este ejercicio se presentan en el Cuadro 4. La bondad de ajuste del Modelo 1 (medida a través de la pseudo R² de McFadden) sugiere que los factores sociodemográficos y de estratificación contribuyen significativamente a la explicación de las diferencias individuales en la condición educativa y laboral para ambos sexos (pseudo R² entre 0.18 y 0.31). Pero lo más relevante es que todas las pseudo R² se incrementan sustancialmente cuando se incorporan los “efectos ciudad”. Estos incrementos son ligeramente mayores en el caso de la condición de asistencia escolar que en el de la participación laboral, y son también mayores entre las mujeres que entre los hombres. El contraste de modelos (prueba Chi-cuadrada) indica que todas estas mejoras son estadísticamente significativas con un valor de $p < 0.001$. En síntesis, estos resultados sustentarían, aunque sea preliminarmente, la hipótesis de que las diferencias entre ciudades en la transición educativa y laboral no sólo se deben a factores sociodemográficos o a la estratificación social, sino que también pueden sustentarse en variaciones en

las formas de organización institucional de los sistemas educativos y los mercados de trabajo.

Cuadro 4

Modelos de regresión logística para evaluar los "efectos ciudad" en la situación escolar y laboral de los jóvenes

HOMBRES

	No asiste a la escuela	Económicamente activo
Pseudo R ² de McFadden		
Modelo 0 ^a	0.00	0.00
Modelo 1 ^b (efectos individuales y de estratificación social)	0.24	0.31
Modelo 2 ^c (efectos individuales, de estratificación social, y de ciudad)	0.28	0.34
Contraste de modelos (prueba chi 2 de razón de verosimilitud)		
Modelo 1 vs. Modelo 0	1743.4*	2103.08*
Modelo 2 vs. Modelo 1	209.4*	144.5*

MUJERES

	No asiste a la escuela	Económicamente activo
Pseudo R ² de McFadden		
Modelo 0 ^a	0	0
Modelo 1 ^b (efectos individuales y de estratificación social)	0.27	0.18
Modelo 2 ^c (efectos individuales, de estratificación social, y de ciudad)	0.33	0.23
Contraste de modelos (prueba chi 2 de razón de verosimilitud)		
Modelo 1 vs. Modelo 0	1915.4*	1441.2*
Modelo 2 vs. Modelo 1	336.8*	247.1*

a. Sólo la constante

b. constante + edad + estado marital + estrato + edad*estrato

c. constante + edad + estado marital + estrato + edad*estrato + ciudad + ciudad*edad + ciudad*estrato + ciudad*estado marital

* p < 0.001

Fuente: Estimaciones propias a partir de la Encuesta Permanente de Hogares 2003, Buenos Aires; Encuesta Nacional de Empleo Urbano 2003, Ciudad de México; y Encuesta Nacional de Hogares 2003, Lima.

REFLEXIONES FINALES

Este trabajo constituye un resultado inicial de una investigación cuyo propósito general es estudiar los patrones diferenciados de transición a la adultez en tres metrópolis latinoamericanas –Buenos Aires, Lima y la Ciudad de México–, así como el posible vínculo entre tales patrones y diferencias institucionales en los sistemas educativos, los mercados de trabajo y, en términos más amplios, los regímenes de bienestar imperantes en cada ciudad.

En esta primera etapa, el objetivo ha sido dar cuenta de las similitudes y diferencias en el calendario e intensidad de la salida de la escuela y la entrada al mercado de trabajo, así como documentar la heterogeneidad de situaciones por

las cuales pasan los jóvenes durante esta doble transición. También se exploraron las diferencias intra-ciudad asociadas a la estratificación social. Por último, se utilizaron modelos de regresión para destacar la persistencia de las diferencias entre ciudades una vez que se controlan algunas características sociodemográficas y socioeconómicas de los jóvenes.

Los resultados aquí presentados muestran que los calendarios de la salida de la escuela y de la entrada al mercado de trabajo son marcadamente diferentes entre estratos sociales en las tres ciudades analizadas. Asimismo, la forma en que se combinan el “status” educativo y laboral varía considerablemente en función del estrato social y del sexo del joven. En términos generales, los jóvenes de estratos bajos abandonan la escuela a edades más tempranas, y las mujeres suelen transitar con mayor frecuencia a una situación en donde ya salieron de la escuela pero no trabajan. Esto es importante porque la desigualdad en edades de salida de la escuela y en el acceso al trabajo fuera del hogar puede traducirse en inequidad de oportunidades: quienes abandonan temprano el sistema educativo - sin haber alcanzado niveles básicos que facilitarían el acceso a empleos formales- se enfrentarán a serias limitaciones en el futuro para tener acceso a otros activos, y por tanto a posibilidades limitadas de alcanzar niveles de vida dignos. La incorporación temprana a la actividad laboral no sólo conspira contra la posibilidad de mantenerse dentro del sistema educativo, sino que en general se da en empleos de baja calificación, escasa protección social y bajas remuneraciones. Por último, la combinación del abandono temprano de la escolaridad y la no incorporación al mundo del trabajo, situación que es mucho más frecuente entre las mujeres, sería indicativa de una división sexual del trabajo que les asigna a éstas tareas vinculadas al cuidado del hogar y que las excluye de otras formas de participación social.

Otro hallazgo importante es que el calendario de las transiciones, así como la combinación de situaciones educativas y laborales por las que pasan los jóvenes, son sustancialmente diferentes entre ciudades, incluso una vez que se controlan los efectos del sexo, la edad, la situación socioeconómica, y el estado civil de los jóvenes. En Buenos Aires, se observa una transición más tardía tanto a abandonar el sistema educativo como a incorporarse al mercado de trabajo. Asimismo, se observa que las mujeres tienden a permanecer en el sistema educativo por más tiempo que los varones. En el otro extremo se encuentra Lima, ciudad en la que los jóvenes abandonan más tempranamente su formación y se incorporan al mercado de trabajo. En esta ciudad, las mujeres se encuentran en una clara desventaja respecto de los varones. La Ciudad de México se sitúa en una posición intermedia y presenta comportamientos claramente diferenciados de mujeres y varones. Ellas tienden a abandonar la escuela más tempranamente que los varones, aunque son muchas menos las que lo hacen para incorporarse al mercado de trabajo.

Para explicar estas diferencias, en este trabajo se ha propuesto la hipótesis de que la transición escuela-trabajo asumirá formas específicas dependiendo de los arreglos institucionales particulares que regulan en cada ciudad el acceso a la educación y la entrada al mercado de trabajo. Evidentemente, en esta etapa inicial es prematuro identificar en forma específica cuáles son esas diferencias institucionales y a través de qué mecanismos operan. No obstante, es conveniente adelantar aquí algunas posibles diferencias que serán exploradas en las fases siguientes de este proyecto de investigación.

En primer lugar están las diferencias en el sistema educativo, entre ellas aquellas relativas a: a) el grado de cobertura del sistema educativo en sus distintos niveles (primario, medio y superior); b) la participación de las escuelas públicas y privadas en el sistema educativo; c) la organización por niveles, grados, y opciones terminales del sistema educativo; d) la oferta de espacios en el nivel superior; e) la flexibilidad del sistema educativo (diferentes opciones terminales, posibilidades de retornar a la escuela después de haberla dejado); f) los apoyos financieros y las facilidades que ofrecen las instituciones de educación superior para que los estudiantes trabajen y estudien simultáneamente.

En segundo lugar se encuentran las diferencias en la organización de los mercados de trabajo, particularmente en: a) las calificaciones escolares que se requieren para acceder a los distintos tipos de ocupación (el vínculo entre educación y oportunidades laborales); b) el peso del sector informal como fuente de trabajo para los jóvenes; c) los mecanismos de seguridad social y protección laboral (por ejemplo, el acceso o no a seguro de desempleo); d) la presencia de regulaciones (y su grado de aplicación efectiva) tendientes a prevenir o desincentivar el empleo infantil o en la adolescencia; e) la existencia de mecanismos institucionales que incentivan o desincentivan la incorporación precaria y flexible de jóvenes pobres al mercado laboral; f) los patrones de participación femenina. Por último, se encuentran las posibles diferencias en aquellas políticas o programas sociales que directa o indirectamente pueden incidir en la transición escuela-trabajo.

Para demostrar que, en efecto, estas particularidades institucionales contribuyen a explicar las diferencias inter-ciudad, sería necesario no sólo documentar su existencia, sino también identificar los mecanismos específicos mediante los que operan. Desde luego, esta última tarea demanda una aproximación distinta, que permita reconstruir las trayectorias educativas y laborales de los jóvenes y a partir de ahí visualizar la forma en que los distintos entramados institucionales, en interacción con la situación de clase, conforman las estructuras de oportunidades. La investigación que se está desarrollando se propone identificar estos mecanismos a la luz de las propias experiencias y trayectorias de jóvenes de sectores populares, mediante la realización de estudios etnográficos similares en las tres ciudades.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abdalá, Ernesto (2002), Jóvenes, educación y empleo en América Latina, Organización Internacional del Trabajo, Montevideo.
- Balán, Jorge, Harley L. Browning y Elizabeth Jelin (1977), El hombre en una sociedad en desarrollo, Fondo de Cultura Económica, México.
- CEPAL (2004), Panorama Social para América Latina 2004, Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Santiago de Chile.
- _____ (2003), Juventud, pobreza y desarrollo en América Latina y El Caribe. Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Santiago de Chile. <http://www.eclac.org/publicaciones/xml/0/13520/L575.pdf>.
- Chacaltana, Juan (2004), Empleo para los Jóvenes. CEPAL-GTZ. Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación (CEPAL), Lima.
- Duncan, Otis Dudley y Beverly Duncan (1955), "A Methodological Analysis of Segregation Indexes", American Sociological Review, vol. 20, núm. 2 (Abril 1955), pp. 210-217.
- Emmerij, Lous (1997), "Development Thinking and Practice: Introductory Essay and Policy Conclusions", en Economic and Social Development in the XXI Century, Banco Interamericano de Desarrollo, Washington D.C.
- Filgueira, Carlos y Fernando Filgueira (2002), "Models of Welfare and Models of Capitalism: The Limits of Transferability", en Evelyn Huber (editor), Models of Capitalism. Lessons for Latin America, The Pennsylvania State University Press, Pennsylvania.
- Filmus, Daniel (2001), "La educación media frente al mercado de trabajo: cada vez más necesaria, cada vez más insuficiente" en Cecilia Braslavsky (coord.), La educación secundaria. Cambio o inmutabilidad, UNESCO-Santillana, Buenos Aires.
- Gallart, María Antonia (coord.) (2000), Formación, pobreza y exclusión: los programas para jóvenes: trabajos del Seminario, CINTERFOR – OIT, Montevideo.
- Portes, Alejandro, Bryan Roberts y Alejandro Grimson (editores) (2005), Ciudades Latinoamericanas: Un Análisis Comparativo, Prometeo Editores, Buenos Aires.
- Portes, Alejandro y Bryan R. Roberts (2005). "La ciudad bajo el libre mercado. La urbanización en América Latina durante los años del experimento neoliberal", en Alejandro Portes, Bryan R. Roberts y Alejandro Grimson (editores), Ciudades Latinoamericanas: Un Análisis Comparativo, Prometeo Editores, Buenos Aires.
- Sidicaro, Ricardo y Emilio Tenti Fanfani (1998), "Introducción", en Ricardo Sidicaro y Emilio Tenti Fanfani (comps.), La Argentina de los jóvenes: entre la indiferencia y la indignación, UNICEF – Losada, Buenos Aires.
- SITEAL (s.f.), "Ingreso y abandono de la educación secundaria en América Latina", Boletín Num. 2. Sistema de Información de Tendencias Educativas en América Latina, IIPE-UNESCO, OEI. http://www.siteal.iipe-oei.org/boletin/pdf/SITEAL_Boletin-02.pdf.
- Theil, Henry (1972), Statistical decomposition analysis, North-Holland Publishing Company, Amsterdam.
- Tienda, Marta (2002), "Comparative Perspectives of Urban Youth. Challenges for Normative Development", en Marta Tienda y William Julius Wilson (editores), Youth in Cities. A Cross-National Perspective, Cambridge University Press, Cambridge.

La mía es una actitud vital: hasta cuando el cuerpo y la mente funcionen trabajaré.

Entrevista a Carmen A. Miró Gandásegui.

Por Magela Cabrera Arias

Nació en la ciudad de Panamá el 19 de abril de 1919. Multifacética e incansable, Carmen Miró ha sido Directora del Instituto de Estudios Nacionales de la Universidad de Panamá y consultora del Fondo de Población de Naciones Unidas, entre otros cargos. En 1984 fue candidata a la vicepresidencia de Panamá en la nómina del Dr. Renán Esquivel. Ha recibido el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de la Habana, Cuba, en 1987, el de la Universidad Nacional de Córdoba, en el 2006, y en este año, el de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. Autora prolífica, entre sus publicaciones destacan: *Población y Desarrollo* (en colaboración con Joseph Potter); *Capitalismo y Población en el Agro Latinoamericano* (en colaboración con Daniel Rodríguez); *Social Science Research for Population Policy Design* (en colaboración con Gerardo González C. y James Mc Carthy). Sin duda, su signo más característico ha sido nunca deslindar el compromiso político con la objetividad y rigurosidad del estudio científico de la población.

Carmen, hija de Ricardo Miró, el gran poeta panameño, a sus 88 años pertenece a varias entidades científicas. Preside el Comité Directivo del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) Justo Arosemena. Además; es miembro a título individual del Consejo Superior de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), institución creada en 1957 que se dedica a la promoción, docencia, difusión y cooperación técnica de esas ramas de la ciencia.

En Carmen confluye una particular aptitud para ejercer el pensamiento y una gran energía y elocuencia para transmitirlo. De contextura mediana, cabello entrecano y lentes, vistiendo una blusa de algodón blanco y pantalones cremas, nos recibe con un saludo afable y nos conduce con paso aún enérgico a la sala comedor de su casa, donde se efectúa la entrevista.

M.C.A. Cuénteme de sus años de niñez y juventud. Seguramente allí está la fuente de inspiración y la brújula que la llevaron a lo que ha caracterizado su vida: estudio y trabajo constante.

C.M.G. Durante mi niñez estuve muy cerca de un hermano de mi madre, Blanca. Mi tío Marco Gandásegui era un hombre muy recto y de carácter enérgico; creo que su influencia la he sentido a lo largo de mi vida. Recuerdo que poco antes de entrar a la secundaria, en el Instituto Nacional, en la familia se dio una especie de consulta y me propusieron seguir la carrera de magisterio. Sin embargo, ya entonces yo reconocía mi carácter y dije que yo no creía que tenía la paciencia necesaria para lidiar con niños, que imaginaba serían descolos. Como los recursos no abundaban, al final se decidió que estudiara lo que en aquel entonces se llamaba Perito Mercantil -una de las opciones más cortas, de solo cuatro años-. Al finalizar mis estudios a los dieciséis años, ese tío de quien hablo, me ofreció entrar en una empresa de radio de su propiedad. Ese fue mi primer trabajo y así fue como llegué a ser algo así como secretaria en la empresa.

Pausadamente, con voz ronca y entornando un poco los ojos, como para recordar mejor, se acomoda en la silla y cuenta.

Claro, eso de haber escogido comercio significó para mí que, posteriormente, tuve que estudiar mucho más para compensar las áreas que no había aprendido como perito mercantil.

El 29 de mayo de 1935 se firmó el decreto de creación de la Universidad de Panamá; y con el apoyo de las Universidades de Salamanca y de San Marcos de Lima, inició ofreciendo Licenciaturas en Derecho, Ciencias Económicas y Sociales, Ciencias Políticas y Farmacia, así como estudios

introductorios de Medicina, Ingeniería Civil y Educación. En ese entonces Carmen acababa de graduarse y, para lograr su ingreso, se inscribió en varios cursos de equiparación que ofrecía la universidad.

C.M.G. *Ingresé a la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales -como se la llamaba entonces- donde estudié Administración y Contabilidad. Pocos años después gané una beca del Instituto Internacional - una organización norteamericana.*

Carmen hace una pausa y ríe.

Yo diría que tuve tan mala suerte que me asignaron al Saint Catherine College en el Estado de Minnesota, muy al norte con mucho frío, y ¡ya te puedes imaginar como fue para mí vieniendo de este clima caluroso llegar a aquel bello clima! Pero realmente era un lugar muy bueno. Allí obtuve un Bachelor of Arts con un Major en Sociología y un Minor en Estadística. Luego tuve la oportunidad de estudiar un postgrado en Estadística en la Universidad de John Hopkins.

Se acomoda nuevamente en la silla y mientras tamborilea con los dedos sobre la mesa,- evidenciando su carácter impaciente-, continúa hablando.

Te contaré sobre los empleos que tuve antes de partir hacia Minnesota. Primero fui secretaria de dos contralores, antes de ser trasladada a la Presidencia de la República. Yo era muy joven y estaba tan asustada que apenas si podía hablar; pero encontré una excelente compañera de trabajo, bastante mayor que yo, – Carmen Mata- quien me apoyó y orientó.

El periodo al que Carmen se refiere fue el del Presidente Juan Demóstenes Arosemena; luego de su muerte repentina se encargó Augusto S. Boyd de la presidencia.

M.C. A. ¿Qué recuerda de aquella época?

Sonríe nuevamente, como reviviendo aquellos tiempos, y dice con cierta picardía, mal disimulada.

C.M.G. *Me da mucha vergüenza contarlo pero lo haré. Yo tengo un genio tremendo y soy muy exigente y lo saben aquellos, como tú, que han trabajado conmigo; cuando se equivocan, ¡les halo las orejas con fuerza! -aclara con voz firme. Imagínate que cuando salía del trabajo en la Presidencia, debía atravesar el Patio Andaluz, cuyo piso estaba siempre muy pulido, así que yo, para divertirme,*

pegaba una carrera y me dejaba deslizar por él. ¡Recuerda que yo era muy joven! Un día haciéndolo, me tropecé con el mismísimo presidente Boyd; él, bondadosamente me sujetó y me dijo, ¡pero hija! ¡A dónde vas tan apurada?

Ríe con ganas y agrega: si a alguien le hubiera pasado eso conmigo, ¡yo lo hubiera contramatado!

Para ese entonces ya estaba en el último año de la universidad y preparaba mi tesis, por lo que pedí vacaciones por un mes. Lamentablemente en ese año -1939- murió el Presidente y quedó encargado Augusto S. Boyd, que hasta entonces era embajador en Estados Unidos. A él le habían dicho que yo que fungía como secretaria del Consejo de Gabinete, era quien podía dactilografiar el informe que él debía presentar a la Asamblea Nacional, por lo que me negó las vacaciones. Así que estuve muchas noches hasta la madrugada trabajando mi tesis.

Con cierta ironía dice, *Seguimos siendo una pequeña aldea, y más aún en ese entonces; imagínate que el presidente de la República era quien entregaba los diplomas en la universidad.*

El primer rector de la Universidad y durante 1940 cuando Carmen finalizó su tesis, fue Octavio Méndez Pereira.

Y, lo que es la vida, Agusto Boyd, quien había olvidado por completo mi solicitud de vacaciones pareció recordarlo al momento de entregarme mi diploma ya que me dijo, con una cierta sonrisilla sarcástica, "siempre lo lograste eh". Yo en ese momento sólo atiné a recordar ¡cuán largas fueron mis noches trabajando!

M.C.A. *El año pasado cuando le fue conferido su segundo Doctorado Honoris Causa, en su discurso exhortó a las universidades a involucrarse más en la resolución de los problemas de los pueblos latinoamericanos. Mostró su honda preocupación por la abismal pobreza así como por las desiguales oportunidades para acceder a la educación, a la salud y a un hábitat digno y sin violencia. Esos han sido tópicos comunes en sus escritos y discursos, lo que me lleva a preguntarle: ¿Qué motivó sus inclinaciones ideológicas de izquierda?*

C.M.G. *Bueno, te diré que desde muy joven yo formé parte del Frente Patriótico. El nombre completo era Frente Patriótico de la Juventud; pero a medida que pasaron los años se le dio el nombre de Frente Patriótico a secas.*

El Frente Patriótico hizo una convocatoria pública para convertirse en partido en

1950 y llegar así a 7,500 adherentes, cifra que exigía en aquel entonces la ley. La ocasión era propicia para convocar más simpatizantes para el nuevo partido, dado el descalabro de la unificación del liberalismo y el desgobierno de Arnulfo Arias, entonces en la presidencia, particularmente desde que había anunciado su decisión de reemplazar la Constitución de 1946 por la de 1941 para conseguir la extensión de su periodo presidencial.

M.C.A. ¿que edad tenía cuando ingresó al Frente?

C.M.G. Tenía, unos 24 años. El primero que entró fue mi hermano René. Yo le dije que quería participar pero él solo me dijo: "eso no es para mujeres"; y como yo desde ese entonces no aceptaba esa clase de respuestas, me fui de inmediato sola a averiguar lo que debía hacer y me inscribí. Después dediqué parte de mi tiempo a hacer algunas contribuciones para el partido. El Frente desde sus orígenes, sin ser un partido de izquierda, sí se orientó de manera de combatir las malas actuaciones políticas que se practicaban en aquellos tiempos y que aún se acostumbra en estos -aclara con un dejo de ironía en la voz.

Recuerdo que siendo miembro del Frente, fui designada Directora de la Dirección de Estadística y Censo y en una ocasión me sorprendió encontrarme en una reunión del Frente, a varios empleados de la dirección. Imagínate que pensaban que porque yo estaba allí, ellos, para congraciarse conmigo, debían pertenecer al partido de la jefa. Yo, por supuesto, les aclaré que eso era impropio e innecesario.

Los 36 grados centígrados se dejan sentir; me levanto para encender el ventilador de techo sobre nuestras cabezas y aprovecho para observar mejor el entorno. La sencillez y el buen gusto se reflejan en el decorado del espacio. Destacan pinturas y adornos de origen mexicano y chileno, seguramente adquiridos durante los cuatro años que vivió en México y los 18 pasados en Chile, donde a los 39 años de edad, Carmen ocupó el cargo de directora del Centro Latinoamericano de Demografía de Naciones Unidas (CELADE) luego de dirigir durante diez años la Dirección de Estadística y Censo de Panamá. Ya entonces había finalizado –gracias a una beca del Population Council- sus estudios en Demografía y Economía en la London School of Economics.

M.C.A. Cuénteme más sobre el Frente y sus actividades. ¿Quién era el presidente de la república cuando se constituyó como partido?

Enrique Jiménez era el presidente en ese entonces. El nunca atacó al Frente Patriótico; incluso llamó a algunos dirigentes del Frente para conversar con ellos.

Sin embargo no fue igual con Remón Cantera. Muchos pensaban de nosotros que éramos sólo un grupo de discolos a los que muy pronto se nos pasaría el entusiasmo. Del Frente formaron parte gente valiosa. Déjame recordar algunos nombres. Por ejemplo, estuvieron Jorge Illueca, Ricardo J. Bermúdez, Carlos Iván Zúñiga, Rubén Darío Carles, Ramón H. Jurado y, como ya te dije, mi hermano René Miró. En fin, como ves, gente ya entonces muy reconocida.

Así que digamos que en efecto éramos gente con tendencias de izquierda y lo que proponíamos era cambiar una serie de instituciones públicas y sus procedimientos. Logramos sacar como diputado a Jorge Illueca y a Carlos Iván Zúñiga. Pero podría decir que la persecución que impulsó Remón Cantera contra nosotros fue debilitando al Frente hasta que lo extinguió. No tuvimos la resistencia necesaria para soportar esas presiones.

M.C.A. Sin embargo la empatía por los pobres y esa inquietud por luchar contra la injusticia y las desigualdades ya crecía en usted.

C.M.G. Si, si. En realidad yo considero que eso que llaman ser de izquierda debería ser una cosa casi natural; porque lo que pasa es que una se preocupa porque los que tienen menos, tengan una mejor vida. Hace poco en Panamá se hizo un escándalo sobre la muerte por hambre de algunos niños; sin embargo parecen olvidar que desde hace muchos años existe una enorme marginación y exclusión, y apenas se habla de ello. Yo sé que el gobierno tiene un programa llamado PRODEC, pero a mí me enseñaron que es mejor enseñar a pescar que dar pescado y el PRODEC da pescado. Creo que entregan como 35 Balboas mensuales por familia en muchos corregimientos; claro que debe ser una ayuda bien recibida por la gente que no tiene qué comer. Además, creo que les ponen como condición que los niños vayan a la escuela y cumplan con los programas de vacunación, lo que es muy importante. Teóricamente les dan en las escuelas alguna alimentación. Aunque en el periódico de hoy dice: Ni galleta ni crema, pero explican que aun el Ministerio de Educación no ha podido llegar a esas comunidades como en el alto Túira, Darién y otras áreas muy alejadas.

M.C. A. Algunos pensamos que a pesar de todo el crecimiento económico – que ha sobrepasado el 8%-, en algunos lugares de Panamá se ha retrocedido casi tres siglos pues algunos –los indígenas principalmente– apenas alcanzan a vivir cuarenta años, igual que en el siglo XVIII. Es inadmisible que en un país como Panamá haya niños y adultos que padecen desnutrición. ¿Qué se podría hacer ante esa situación?

Carmen se concentra por unos minutos en sus reflexiones pero repentinamente, entusiasmada, dice:

Viendo la situación del país he pensado que quizás yo pudiera iniciar alguna campaña nacional, ¿pero, que podría hacer?, ¿Qué podríamos hacer? Cuando lo del incendio de Curundú, fui a dejar ropa y latas de leche y botellas de agua; pero tú sabes que esos son paliativos que no resuelven la situación. Entonces pensé, todos sabemos quienes son las familias más ricas de Panamá; se podría proponer una campaña para recoger dinero y constituir un fondo. Así se podría comprar alimentos para al menos una quincena, y zapatos para esos niños que deben caminar distancias largas, y botes y motores fuera de borda para aquellos que viven en áreas alejadas. Eso no tendría mayor impacto en esas grandes fortunas. Además, también podríamos contribuir a ese fondo los que no tenemos esos grandes caudales. Seguramente lograríamos una suma muy grande.

Aun más apasionada continúa.

Cómo es posible que este país que crece a un ocho por ciento y con un Producto Interno Bruto (PIB) relativamente alto, tengamos un desequilibrio tan grande entre los distintos grupos sociales. ¡Algo tenemos qué hacer! Duele mucho ver a los paisanos en ese estado. ¿Eso es lo que me convierte en una izquierdista? porque me preocupo por los que tienen menos. Yo nunca he pertenecido a ningún partido socialista, aunque el Frente sí pudo calificarse como un partido de izquierda, ¡si bien algunos de sus miembros al final, como hemos podido ver, no eran tan izquierdozos!

Pero, como te decía. Me preguntaba cómo puedo contribuir yo. Bueno yo quisiera motivar a esas personas adineradas para crear ese fondo para organizar alguna actividad que genere ingresos y comida de forma permanente para los más pobres. Alguna actividad en el área agropecuaria o en la pesca.

Sus palabras, le digo sonriendo, me recuerdan a la conocida canción del cantautor cubano Pablo Milanés titulada La vida no vale nada": ...la vida no vale nada, si no es para perecer, porque otros puedan tener, lo que uno disfruta y ama.

M.C.A. Algunos dicen que la mayoría de las grandes y no tan grandes fortunas de aquí se han logrado gracias al desarrollo del comercio, aprovechando la posición geográfica; y que eso ha influido en detrimento de la agricultura.

C. M. G. Decir eso es algo exagerado. La población rural de Panamá ha emigrado a la ciudad pero ellos aman la tierra y desearían tener mejores condiciones para trabajarla adecuadamente. La ganadería extensiva ha ocupado buena parte de las tierras, y la estabulada ha sido poco desarrollada afectando así la agricultura.

Desde hace poco tiempo relativamente se está exportando melón, sandía, piña, en fin una cantidad importante de productos de la tierra. Y todo eso se puede organizar mejor para que produzca ingresos a los agricultores más pobres. Por otro lado, me preocupa lo que pasa con lo del etanol. No podemos dedicarnos en Panamá, como algunos han insinuado, a producir etanol y renunciar a la producción de maíz para consumo humano y animal. Además, deben desarrollarse en las áreas urbanas industrias nacionales para minimizar la importación.

M.C.A. ¿y qué opina de la firma del TLC? , a propósito de ello algunos dicen que la mejor manera de avanzar hacia el futuro es entender el pasado.

C.M.G. *Cuando una lee el texto, los conceptos allí te hacen pensar en el famoso tratado de "Panamá cede", en los orígenes de la independencia. Panamá cede esto y Panamá cede lo otro. Las exigencias que en su momento hizo el ex ministro Cortizo no se respetaron; ahora estamos siendo inundados por Estados Unidos con sus productos, los que pueden tener algún problema fitosanitario. Yo creo que eso es negativo para el país.*

M.C.A. Una última pregunta. Muchos se sorprenden al saber que usted a los 88 años aún sigue trabajando. ¿Por qué lo hace?

Me mira fijamente, y sin que pueda retenerla aflora una sonrisa de satisfacción mientras dice:

C. M. G. *La verdad, he sido consciente apenas desde el año 2006 de mis muchos años, cuando sufri algunos reveses de salud. Creo que la mía es una actitud vital, social y mental que me hace pensar que mientras el cuerpo y la mente funcionen está bien que trabaje. Pero el mérito no es mío ¡es de mis genes!*

A mí nunca me ha provocado estar tranquila. Recuerdo que cuando me jubilé, acepté una misión de Naciones Unidas para ir a China Continental para impulsar lo que la revolución cultural china había eliminado: el estudio y el análisis en Demografía. Yo me jubilé, ¡pero no me retiré! Así que estuve dictando clases e impulsando la creación de varias organizaciones. Incluso volví a China, un año después, cuando Naciones Unidas volvió a enviarme para verificar el buen funcionamiento de esas organizaciones y programas.

Yo siempre he sido un ave nocturna; incluso hasta ahora trabajo muchas veces hasta la una de la mañana... Hace poco a través de CELA presentamos dos proyectos a SENACYT. Uno de ellos, iniciativa mía, fue la creación del Observatorio de Ciencias

Sociales; y el otro la consolidación de la Revista Tareas adicionando a su formato actual algunos aspectos propios de las publicaciones científicas, tales como: un resumen en inglés y en español, una breve presentación del autor y palabras claves. De cumplirse eso, llevaríamos a la revista a un nivel internacional aún más importante que el actual.

Y con un gesto de complacencia, y de afable picardía, agrega:

Así que, como puedes ver, si son aprobados ambos proyectos tendré, otra vez, mucho trabajo.

El papel real de los migrantes

Carta abierta de Juan Evo Morales Ayma, Presidente Constitucional de la República de Bolivia, a la Unión Europea

El tener como objeto de estudio a los propios seres humanos no deja de suponer un riesgo para las ciencias sociales: que los sentimientos hacia nuestros familiares, amigos, vecinos, paisanos o, simplemente, hacia los grupos que nos despiertan simpatía o rechazo, nublen nuestra capacidad de interpretar con rigor los fenómenos que los afectan. Pero también el riesgo de reducir a nuestros semejantes a la condición de “casos”, susceptibles de ser manipulados, modificados, reubicados... reemplazados. Para los estudiosos de la población la responsabilidad es si cabe mayor, pues políticas tan aberrantes y que han provocado tanto sufrimiento como la segregación racial o las esterilizaciones forzosas se valieron en su día del trabajo de académicos que les proporcionaron una supuesta respabilidad científica. El desarrollo de las ciencias sociales ha permitido desenmascarar los prejuicios sexistas, racistas, religiosos o de clase que se escondían detrás de tales políticas, pero en el fondo, no ha hecho más que reafirmar una evidencia que, sin tanto aparato intelectual, muchos otros han sostenido a lo largo de la Historia: que todos los seres humanos nacen libres e iguales y que, como tales, tienen derecho a la búsqueda de la felicidad. Hace sesenta años que estos principios quedaron definitivamente asentados en la *Declaración Universal de los Derechos del Hombre*, y consideramos que el progreso material, científico y cultural que ha vivido la Humanidad desde entonces sólo tiene sentido si tiene como resultado una ampliación constante de los derechos humanos.

Es desde este compromiso ético que observamos con preocupación el reciente endurecimiento de las políticas de inmigración en la Unión Europea. Como científicos hemos documentado que las migraciones son un fenómeno histórico recurrente y por tanto con el que hay que convivir, que suponen una contribución al desarrollo de las sociedades que las reciben o, en este caso en particular, hemos identificado las violaciones que la llamada “directiva retorno” comete contra derechos fundamentales que los estados están obligados a salvaguardar. En esta ocasión, sin embargo, nos hacemos eco y suscribimos una reflexión que irónicamente no habría superado el dictamen a que se someten los textos de esta revista, pero que se impone por su fuerza moral. Son tan sólo las palabras de un hombre común que con serenidad defiende el derecho de todas las personas, de todos los pueblos, a un trato justo.

El papel real de los migrantes

Hasta finales de la Segunda Guerra Mundial, Europa fue un continente de emigrantes. Decenas de millones de europeos partieron a las Américas para colonizar, escapar de las hambrunas, las crisis financieras, las guerras o de los totalitarismos europeos y de la persecución a minorías étnicas.

Hoy estoy siguiendo con preocupación el proceso de la llamada “directiva retorno”. El texto, validado el pasado 5 de junio por los ministros del Interior de los 27 países de la Unión Europea, tiene que ser votado el 18 de junio en el Parlamento Europeo. Siento que endurece de manera drástica las condiciones de detención y expulsión de los migrantes indocumentados, cualquiera que sea su tiempo de permanencia en los países europeos, su situación laboral, sus lazos familiares, su voluntad y sus logros de integración.

A los países de América Latina y Norteamérica llegaron los europeos, masivamente, sin visas ni condiciones impuestas por las autoridades. Fueron siempre bienvenidos, y lo siguen siendo, en nuestros países del continente americano, que absorbieron entonces la miseria económica europea y sus crisis políticas. Vinieron a nuestro continente a explotar riquezas y a transferirlas a Europa, con un altísimo costo para las poblaciones originales de América. Como es el caso de nuestro Cerro Rico de Potosí y sus fabulosas minas de plata que permitieron dar masa monetaria al continente europeo desde el siglo XVI hasta el XIX. Las personas, los bienes y los derechos de los migrantes europeos siempre fueron respetados.

Hoy, la Unión Europea es el principal destino de los migrantes del mundo, lo cual es consecuencia de su positiva imagen de espacio de prosperidad y de libertades públicas. La inmensa mayoría de los migrantes viene a la Unión Europea para contribuir a esta prosperidad, no para aprovecharse de ella. Ocupan los empleos de obras públicas, construcción, en los servicios a la persona y hospitalares, que no pueden o no quieren ocupar los europeos. Contribuyen al dinamismo demográfico de este continente, a mantener la relación entre activos e inactivos que vuelve posibles sus generosos sistemas de seguridad social y dinamizan el mercado interno y la cohesión social. Los migrantes ofrecen una solución a los problemas demográficos y financieros de la Unión Europea.

Para nosotros, nuestros migrantes representan la ayuda al desarrollo que los europeos no nos dan –ya que pocos países alcanzan realmente el mínimo objetivo

de 0.7 por ciento de su producto interno bruto (PIB) en la ayuda al desarrollo. América Latina recibió, en 2006, 68 mil millones de dólares de remesas, o sea más que el total de las inversiones extranjeras en nuestros países. A escala mundial alcanzan 300 mil millones de dólares, que superan los 104 mil millones otorgados por concepto de ayuda al desarrollo. Mi propio país, Bolivia, recibió más de 10 por ciento del PIB en remesas (mil 100 millones de dólares) o un tercio de nuestras exportaciones anuales de gas natural.

Es decir que los flujos de migración son benéficos para los europeos y de manera marginal para nosotros del tercer mundo, ya que también perdemos a contingentes que suman millones de nuestra mano de obra calificada, en la que de una manera u otra nuestros estados, aunque pobres, han invertido recursos humanos y financieros.

Lamentablemente, el proyecto de “directiva retorno” complica terriblemente esta realidad. Si concebimos que cada Estado o grupo de estados puede definir sus políticas migratorias en toda soberanía, no podemos aceptar que los derechos fundamentales de las personas sean denegados a nuestros compatriotas y hermanos latinoamericanos. La “directiva retorno” prevé la posibilidad de un encarcelamiento de los migrantes indocumentados hasta 18 meses antes de su expulsión (o “alejamiento”, según el término de la directiva). ¡Dieciocho meses! ¡Sin juicio ni justicia! Tal como está hoy, el proyecto de texto de la directiva viola claramente los artículos 2, 3, 5, 6, 7, 8 y 9 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948. En particular, el artículo 13 de la declaración reza:

“1. Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado.

2. Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio, y a regresar a su país.”

Y, lo peor de todo, existe la posibilidad de encarcelar a madres de familia y menores de edad, sin tomar en cuenta su situación familiar o escolar, en estos centros de internamiento donde sabemos ocurren depresiones, huelgas de hambre, suicidios. ¿Cómo podemos aceptar sin reaccionar que sean concentrados en campos compatriotas y hermanos latinoamericanos indocumentados, de los cuales la inmensa mayoría lleva años trabajando e integrándose? ¿De qué lado está hoy el deber de injerencia humanitaria? ¿Dónde está la “libertad de circular”, la protección contra encarcelamientos arbitrarios?

Paralelamente, la Unión Europea trata de convencer a la Comunidad Andina de Naciones (Bolivia, Colombia, Ecuador y Perú) de firmar un “Acuerdo de Asociación” que incluye en su tercer pilar un Tratado de Libre Comercio, de misma naturaleza y contenido que los que impone Estados Unidos. Estamos bajo intensa presión de la Comisión Europea para aceptar condiciones de profunda liberalización para el comercio, los servicios financieros, propiedad intelectual o nuestros servicios públicos.

Además, a título de la protección jurídica, se nos presiona por los procesos de nacionalización del agua, el gas y las telecomunicaciones realizados en el Día Mundial de los Trabajadores. Pregunto, en ese caso, ¿dónde está la “seguridad jurídica” para nuestras mujeres, adolescentes, niños y trabajadores que buscan mejores horizontes en Europa?

Promover la libertad de circulación de mercancías y finanzas, mientras enfrente vemos encarcelamientos sin juicio para nuestros hermanos que trajeron de circular libremente. Eso es negar los fundamentos de la libertad y de los derechos democráticos.

Bajo estas condiciones, de aprobarse esta “directiva retorno” estaríamos en la imposibilidad ética de profundizar las negociaciones con la Unión Europea, y nos reservamos del derecho de normar con los ciudadanos europeos las mismas obligaciones de visa que nos imponen a los bolivianos desde el primero de abril de 2007, según el principio diplomático de reciprocidad. No lo hemos ejercido hasta ahora, justamente por esperar buenas señales de la Unión Europea.

El orbe, sus continentes, sus océanos y sus polos conocen importantes dificultades mundiales: el calentamiento global, la contaminación, la desaparición lenta, pero segura, de recursos energéticos y biodiversidad, mientras aumentan el hambre y la pobreza en todos los países, fragilizando nuestras sociedades. Hacer de los migrantes, sean documentados o no, los chivos expiatorios de estos problemas globales no es ninguna solución. No corresponde a ninguna realidad. Los problemas de cohesión social que sufre Europa no son culpa de los migrantes, sino el resultado del modelo de desarrollo impuesto por el norte, que destruye el planeta y desmiembra las sociedades de los hombres.

En nombre del pueblo de Bolivia, de todos mis hermanos del continente y regiones del mundo, como el Maghreb, Asia y los países de África, hago un llamado a la conciencia de los líderes y diputados europeos, de los pueblos, ciudadanos y activistas de Europa, para que no se apruebe el texto de la “directiva retorno”.

Tal cual la conocemos hoy es una directiva de la vergüenza. Llamo también a la Unión Europea a elaborar, en los próximos meses, una política migratoria respetuosa de los derechos humanos, que permita mantener este dinamismo provechoso para ambos continentes y que repare de una vez por todas la tremenda deuda histórica, económica y ecológica que tienen los países de Europa con gran parte del tercer mundo, que cierre de una vez las venas todavía abiertas de América Latina. No pueden fallar hoy en sus “políticas de integración” como han fracasado con su supuesta “misión civilizadora” del tiempo de las colonias.

Reciban todos ustedes, autoridades, europarlamentarios, compañeras y compañeros, saludos fraternales desde Bolivia. Y en particular nuestra solidaridad a todos los “clandestinos”.

Juan Evo Morales Ayma

Presidente Constitucional de la
República de Bolivia